MIRANDA

EN LA

REVOLUCIÓN FRANCESA

Imp. y Lit. del Gob. Nacional. Caracas

FRANCISCO MIRANDA

MIRANDA

EN LA

REVOLUCIÓN FRANCESA

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS AUTÉNTICOS REFERENTES Á LA HISTORIA DEL GENERAL FRANCISCO DE MIRANDA, DURANTE SU PERMANENCIA EN FRANCIA DE 1792 Á 1798

Edición oficial, cotejada con la original de 1810 publicada en Londres por orden del General Miranda; arreglada bajo un plan metódico y cronológico; aumentada con documentos que no figuran en la edición de 1810; enriquecida con un apéndice en el cual se hallan apreciaciones acerca de Miranda de historiadores franceses antiguos y modernos; y precedida de un prefacio

por

ARÍSTIDES ROJAS

con autorización del Gobierno Nacional

—

Edición castellana

—

CARACAS

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DEL GOBIERNO NACIONAL

1889

PREFACIO

En el Arco de Triunfo de la Estrella, arco que conmemora en los Campos Elíseos de la moderna Lutecia las glorias militares de la Francia republicana é imperial, y entre los nombres preclaros que decoran la bóveda del suntuoso monumento, figura el de un venezolano, hijo de Caracas: Miranda.

¿Quién es este Miranda, único americano de origen español, que acompaña á los adalides de la magna revolución de 1789 y á los conmilitones de Napoleón el Grande, y que figura igualmente en la galería de retratos del Museo de Versalles? ¿Quién es este varón insigne, celebrado por los clarines de la Fama, y que hace ya más de un siglo ocupa puesto de honor en las páginas de la historia?

Uno de los espíritus rectos é ilustrados del foro francés, en los días de la magna revolución—aquel

Chauveau-Lagarde, defensor de María Antonieta y de Carlota Corday—al comenzar la defensa de Miranda, calumniado por los enemigos de la libertad, se expresa así, delante de los jueces que lo escuchan: "Extraordinario destino, señores, el del hombre que en todo Europa es conocido por su filosofía, principios y carácter, como uno de los más celosos partidarios de la libertad; que en las dos naciones más libres, antes de la revolución francesa, Inglaterra y América, se ha granjeado la amistad de los hombres más conspicuos por sus virtudes, talento y trabajos en favor de la libertad; que á causa de ésta ha sido perseguido por el despotismo del uno al otro polo; que durante su vida no ha discurrido, respirado y combatido sino por ella, habiéndole ofrendado fortuna, aspiraciones y hasta amor propio".

Y un historiador moderno, el célebre Michelet, al hablar acerca de la traición de Dumouriez, nos dice:

"Este no fué el caudillo de los jacobinos, ni el de los girondinos, porque si aquéllos sostenían el gobierno revolucionario, éstos eran los propagandistas de la Revolución. Necesitábase un general entusiasta como ellos y como ellos fanático; que contase menos con los medios materiales, y creyese en cambio con fe en la victoria de Francia; necesitábase, pues, un noble paladín de la Revolución, y lo habían encontrado. Era éste el amigo de Petión y

de Brissot; el teniente de Dumouriez; el antiguo voluntario de Washington: el caraqueño General Miranda.

"Permítasenos decir algunas palabras en gloria del infortunado Miranda, y en gloria también del carácter español, dignamente representado por aquél, en su vida y en su muerte.

"Miranda, hombre heróico y austero, rico y noble de nacimiento, sacrificó desde su juventud reposo y fortuna al triunfo de una idea: la libertad de la América española. No hay ejemplo de vida alguna consagrada tan absolutamente al servicio de una idea, sin conceder jamás un solo instante al interés ó al egoísmo; no hay ejemplo de tal desprendimiento en la historia de la humanidad. Niño aún, y á pesar del temor que infundía la Inquisición á los que estudiaban, atrájose costosamente los mejores maestros de España y se rodeó de los hombres más notables y de los mejores libros. Erale necesario un ejército, y lo pidió á Inglaterra y á Rusia, que le habían acogido con distinción; pero llegó el año de 1789 y se puso al servicio de Francia. Ya veremos la suerte que le esperaba en ella.

"Dumouriez mismo á pesar de haberlo calumniado indignamente, se vé obligado á confesar el raro y singular mérito del general americano. Nadie tenía más instrucción ni más talento que él; y por lo que al valor se refiere, si carecía de la brillante

iniciativa de los militares franceses, poseía en el más alto grado la firmeza castellana, noble cualidad que se asociaba en él á la profundidad y al ardor de su fe revolucionaria.

"Cuando el pánico se apoderó del ejército, y las famosas Termópilas de Argona, de las cuales decía Dumouriez ser el Leónidas, fueron sorprendidas y forzadas; cuando las tropas casi en desorden efectuaban rápida y confusamente la retirada hacia Santa Menehulda: Miranda, situado á retaguardia, demostró una impavidez extraordinaria y dió frente al enemigo. Pero su frialdad heroica y un tanto altiva armonizaba poco con el carácter francés. Con aquella su trigueña faz española, tenía el garbo altanero y sombrío, el trágico aspecto de un hombre predestinado más bien al martirio que á la gloria: había nacido desgraciado.

"Ya á fines de 1792, Brissot y Petión querían reemplazar á Dumouriez con Miranda; poner al honrado y firme castellano en lugar del gascón; pero para esto había dificultades infinitas. Miranda era extranjero y casi desconocido en Francia." [*]

Entre estas dos épocas, la de Chauveau-Lagarde y la de Michelet—aquélla en que brillan los destellos de la justicia que absuelve al inocente, y ésta en que el historiador de conciencia recta, socorrido de la

[*] MICHELET.—Historia de la Revolución Francesa.

sagacidad del filósofo y de la severidad del crítico, devuelve á la historia sus fueros y al patricio sus timbres—¡cuántas opiniones doctas, cuántos panegíricos, cuántas apreciaciones y estudios no han visto la luz pública antes y después de la revolución francesa, acerca del ilustre girondino! Desde Chauveau-Lagarde, Petión, Brissot, Louvet, Champagneux, Beurnonville, Servan, Grimoard, hasta el mismo Dumouriez; desde Pitt, Sheridan, Fox, King, Hamilton, hasta Boisjolin, Sainte Preuve, Michelet y Luis Blanc, aparece Miranda en la historia de ambos mundos como tipo de gran carácter, defensor de la libertad, paladín de las nobles causas.

Y sea que lo juzguemos, ya como el militar más ilustrado de su época; ya como espíritu sagaz, político, hombre de ciencias y de letras; ya como voluntario en el ejército de Washington; ya como general en las conquistas de la revolución francesa; ya en su labor prolongada respecto de la emancipación política de las colonias hispano-americanas, de la cual fué precursor, actor y mártir: él descollará siempre en probidad á la altura de sus méritos, con una firmeza en armonía con sus nobles propósitos y con una ilustración que le hace superior á sus conmilitones en los días de la revolución francesa. Y, feliz ó desgraciado, triunfador ó vencido, Miranda aparecerá siempre grande como uno de los más fervientes apóstoles de la libertad de ambos mundos.

El panegírico de Michelet, después de las injustas apreciaciones de algunos de los historiadores franceses que le precedieron, asoma cual apacible rayo de luz después de noche prolongada; que nunca es tardía la justicia cuando el fallo está basado en el estudio concienzudo de los hechos; cuando la crítica filosófica, despojada de la pasión, se impone; cuando las diversas nacionalidades de los actores de una epopeya sangrienta desaparecen para fundirse todas ellas en una misma causa y en un mismo pueblo, sostenidos por idénticas aspiraciones; finalmente, cuando en medio de las vicisitudes humanas la inocencia lucha y se defiende contra su constante enemigo: la calumnia, hay cierta fuerza misteriosa que, tarde ó temprano, absuelve al inocente y condena al culpable: esta fuerza es la justicia, emanación de Dios; la lógica inexorable de la conciencia humana. Por esto en el campo de la historia, como en los del arte y de la ciencia, alcanza el espíritu día por día nuevos triunfos. El objetivo ideal cambia á proporción que el historiador estudia, que el filósofo analiza, que el crítico resuelve, que la conciencia falla.

¡Loor á tu memoria, noble paladín, Nestor y fundador de la emancipación hispano-americana; y gloria á tus severas virtudes, mártir de la libertad! Ya la América de Washington te saludó en los días en que un gran pueblo festejó la fecha de la

primera centuria de su libertad, en 1876; ya Venezuela te aclamó con júbilo en los días en que se cumplió el primer centenario de Bolívar el Libertador, en 1883. Surge hoy de la tumba, ilustre girondino, y asiste á estas fiestas de la Francia republicana, únicas en la historia del mundo, porque festejan el *fiat lux* de la civilización universal. El pueblo que ahora un siglo te llevó en triunfo sobre sus hombros porque venciste con tus virtudes el crimen y fuiste absuelto por la justicia de los hombres, contempla hoy la grande obra, síntesis de la revolución de 1789: son los trofeos de las ciencias, de las artes, de la industria, cortejo de las conquistas del pensamiento, en todas sus manifestaciones: es la sociedad humana que se levanta por sus propios esfuerzos, consciente, libre y á la altura de sus destinos.

Al frente del actual gobierno de Francia figura como Presidente de la República Carnot, espíritu recto é ilustrado; nieto de aquel Carnot, varón insigne de la revolución, sabio, tipo completo del militar y del patricio, que dejó nombre glorioso en los anales del pueblo francés. Al frente del actual gobierno de Venezuela figura como Presidente de la República Rojas Paúl, también espíritu recto é ilustrado, emparentado con Miranda, nieto de aquel notable abogado Felipe Fermín Paúl, primer presidente del Constituyen-

te de Venezuela de 1811, patricio y actor de la causa republicana y cuyo nombre resuena en los anales del patrio suelo.

La casualidad acerca hoy dos naciones y dos gobiernos para conmemorar una misma idea: el triunfo de la magna revolución de 1789 que creó los derechos del hombre, y con ellos la redención de la humanidad, como con tanta elocuencia acaba de decirlo Castelar. Y nosotros al celebrar la gloria de la libertad en Francia, celebramos igualmente glorias de familia. Miranda, hijo de Venezuela por la nacionalidad, por el amor, por el deber, es igualmente hijo, por el amor, por el desinterés, por la gratitud, de aquella Francia que le admiró en pasadas épocas y que se enorgullece hoy al ver esculpido el nombre del ilustre girondino en el monumento grandioso que consagra las glorias de un gran pueblo.

Desde el momento en que el gobierno de Venezuela aceptó con entusiasmo la invitación que le hiciera el gobierno francés, para que contribuyese con las riquezas del suelo venezolano á la Exposición Universal de París, á fin de solemnizar la fecha clásica de 1789, el Presidente de la República creyó que la patria de Miranda no podía limitarse al envío de los productos naturales de su fértil zona, sino que debía igualmente preconizar glorias comunes: la memoria del Nestor de

nuestra emancipación política, la del célebre general de la Gironda que dió páginas brillantes á la historia de la Revolución y á las glorias de la Francia republicana.

De Francia condujo Miranda á su patria el gorro frigio, símbolo de la libertad, el cual clavó en la cima florida del Avila; y la bandera de Colombia, salvada del naufragio de 1806, flameó con orgullo el 5 de Julio de 1811, fecha inmortal en los anales de la patria venezolana, para alcanzar años más tarde, después de la muerte del Precursor, las cuestas inaccesibles del dorso del planeta, las cimas coronadas de nieve y de fuego de los volcanes andinos. Miranda había comenzado la noble labor desde su juventud á orillas del Potomac y la había ensanchado en los campos gloriosos de la revolución de 1789. Templado su espíritu en las prisiones, soñó con el bello ideal de la patria libre, y en cierto día pudo alcanzar la meta deseada para dejar en ella la corona de laureles convertidos á poco en cipreses, cuando el hado fatal lo empujó á las mazmorras de la Carraca, donde, resignado y digno, entregó su alma al Creador en 1816.

Nació desgraciado, escribe Michelet, pero había representado dignamente el noble carácter castellano en la vida y en la muerte.

Inspirado por cuanto acabamos de asentar, el Presidente de la República, en el propósito de legar á las futuras generaciones un acto de justicia hacia Miranda, acto de justicia que fuera al propio tiempo digno homenaje á la gran nación francesa, dictó el siguiente decreto:

DOCTOR JUAN PABLO ROJAS PAÚL,

Presidente de los Estados Unidos de Venezuela:

Por cuanto la República de Venezuela ha de concurrir á la Exposición Universal que se efectuará en la ciudad de París en el presente año, con el objeto de celebrar el primer Centenario de la memorable Revolución francesa de 1789, que es uno de los más trascendentales acontecimientos en los destinos del género humano; y

Considerando:

1º Que el General Francisco de Miranda, nacido en esta capital, fué el único hispano-americano que intervino y se hizo notable en la magna obra de aquella Revolución, por lo que, luego de consumada ésta, fué inscrito su nombre en la brillante lista militar de la primera República francesa, con el elevado carácter de General de División de sus Ejércitos;

2º Que debido á su inteligencia, valor, servicios y virtudes cívicas, que tanto le distinguieron desde la lucha de la Independencia Norte Americana, hubo de sobreponerse á las borrascas políticas de su época, y ocupar puesto de honor en los anales de la poderosa é ilustrada Nación francesa, quien inscribió su nombre en el "Arco de Triunfo de la Estrella", y conserva su efigie con las de otras celebridades, en una de las galerías del Palacio de Versalles; y

3º Que un pabellón del local de la Exposición está dedicado á exponer las prendas y demás reliquias que pertenecieron á las notabilidades de la Revolución francesa del 89, en el número de los cuales figura Miranda:

Con el voto afirmativo del Consejo Federal,

DECRETA:

Art. 1º La faja militar que llevó el General Miranda en las campañas de Bélgica y Holanda, faja legada á su familia y que es hoy una de las prendas históricas que de este preclaro varón se conservan en el Museo Nacional, será remitida por el Ministerio de Relaciones Exteriores á la Legación de Venezuela residente en París. Por órgano de ésta, y con anuencia del Excelentísimo señor Presidente de la República francesa, se ofrecerá, en clase de devolución, para que figure en la sala de la Exposición que está destinada á objetos históricos.

Art. 2º Con motivo de las festividades del Centenario, y de haber de figurar en una de ellas el nombre de Miranda, el Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, enviará al de la República francesa, acompañados de carta autógrafa, y por medio de la expresada Legación, el diploma é insignias que corresponden á la primera clase de la "Orden del Busto del Libertador."

Art. 3º El Gobierno de Venezuela hará acuñar una medalla de oro, conmemorativa de esta fecha, que tendrá ciento cinco milímetros en su mayor diámetro, por ochenta y cuatro en su menor, la cual llevará en el anverso, en relieve, el busto de Miranda, con su nombre al pié, y en el reverso el escudo nacional, también en relieve, rodeado de la siguiente inscripción:

"Los Estados Unidos de Venezuela á la República Francesa, en el primer Centenario de su magna Revolución.—1789—1889."

Parágrafo.—Esta medalla será enviada á la Legación residente en París, para que la presente en nombre del Gobierno de Venezuela, al de la República Francesa.

Art. 4º El Gobierno hará publicar un libro contentivo del retrato, correspondencia, notas oficiales, proclamas, etc., etc., del General Miranda en la época de la Revolución Francesa, y de algunas opiniones favorables á él, dadas por cele-

bridades contemporáneas; libro cuyo título será: MIRANDA EN LA REVOLUCIÓN FRANCESA.

Art. 5º Los gastos que ocasione lo dispuesto en el presente Decreto, se harán por el Tesoro Público.

Art. 6º El Ministro de Relaciones Interiores queda encargado de la ejecución de este Decreto.

Dado en el Palacio Federal en Caracas, á los veinte y siete días del mes de Abril, del año de mil ochocientos ochenta y nueve.—26º de la Ley y 31º de la Federación.

J. P. ROJAS PAÚL.

Refrendado.

El Ministro de Relaciones Interiores,

FERNANDO ARVELO.

MIRANDA EN LA REVOLUCIÓN FRANCESA: tal es el título del volumen ofrendado por el Gobierno de Venezuela al de Francia. Llena las páginas de esta obra la colección más completa de los documentos oficiales y privados referentes á los servicios de Miranda en Francia desde 1792 hasta 1798, que hasta hoy ha visto la luz pública. Y de grande interés será para los futuros historiadores de la revolución francesa, la adquisición de una obra rarísima que no conocieron Jomini, Thiers y Lamartine, y que estudiaron Sainte Preuve, Boisjolin,

Michelet y Luis Blanc, lo que puede conjeturarse por las justas apreciaciones que acerca de Miranda han aseverado estos historiadores modernos.

Mas, antes de continuar, séanos permitido hacer el historial de este volumen, pues de lo contrario aparecería como publicación innecesaria.

Después del fracaso de las dos expediciones que contra el gobierno español de Venezuela en 1806, puso por obra el General Miranda, éste hubo de permanecer en Londres y aguardar el curso de los acontecimientos. A poco llegaron los días de 1808, época en que comienza el fermento revolucionario en las diversas colonias hispano-americanas. Caracas da el grito revolucionario el 19 de Abril de 1810, y luego á luego toda la América española, como por encanto, se lanza en el camino de las conquistas políticas: meses más tarde, Miranda, acompañado del joven Bolívar, arriba al suelo patrio después de cuarenta años de ausencia. Enorgullecido y lleno de noble satisfacción, contempla á su patria, y, con el amor que siempre le profesó, se juzga feliz al servirla. Pero Miranda aparecía como extranjero en Caracas después de tan prolongada ausencia. Casi habían desaparecido sus compañeros de infancia, y por todas partes no tropezaba sino con individuos que desconocían por completo el importante papel que aquél había representado en el mundo político. Ignoraban la brillante educación que había recibido el tan célebre

compatriota; los servicios que había prestado á la causa de la libertad, tanto en la América del Norte como en Europa; las valiosas relaciones que tenía con los varones insignes de aquella época; y finalmente, cuanto acerca de su carácter, talento, servicios á la libertad, sólida instrucción y demás condiciones sociales y morales, había publicado la prensa de ambos mundos.

Mas ya de antemano, Miranda, que presentía todo esto, creyó que debía presentarse ante sus compatriotas con una hoja de servicios que lo diera á conocer de la nueva generación; y para alcanzar tan noble propósito dió á la estampa en Londres un libro que puso bajo la dirección de uno de sus amigos, el Sr. J. M. Antepara, hijo de Guayaquil: libro rico en documentos escritos en español, francés é inglés, los cuales datan de 1776 á 1808.— En este valioso volumen figuran cartas y recomendaciones de soberanos y de hombres célebres; correspondencia oficial de Miranda en Europa y América; apreciaciones de historiadores, ministros y hombres de Estado; extractos de periódicos; documentos de carácter privado: nutrido acopio de documentos, aunque sin orden cronológico, que comprende la vida de Miranda, desde el estreno de éste en el ejército español que prestó su contingente á la emancipación de la América del Norte, hasta los sucesos de 1808, que dieron aliento y contribuyeron en mucho al desarro-

llo y desenvolvimiento de la revolución americana de 1810. El libro valiosísimo á que nos referimos es conocido con el siguiente título:

SOUTH AMERICAN EMANCIPATION: *documents, historical and explanatory, shewing the designs which have been in progress and the exertions made by General Miranda for the attainment of that object during the last twenty-five years, by J. M. Antepara. London*, 1810.

Dando de mano á los documentos que en esta obra se refieren á la vida pública de Miranda, antes y después de la revolución de 1789, hemos tomado los que se conexionan solamente con la historia de la Revolución Francesa. Después de haber estudiado esta colección, la hemos dispuesto metódicamente, según la cronología de los sucesos; expurgada de centenares de errores de que adolece la original; [*] acompañada de nuevos documentos que no intercaló Miranda en la edición de 1810; y además de un apéndice en el cual figuran apreciaciones de antiguos

[*] La corrección de este volumen y la versión del español al francés del prefacio que lo precede, han corrido bajo la dirección del entendido profesor Don Pedro José Rojas. Reciba públicamente este nuestro distinguido amigo, los sentimientos de nuestra gratitud. El señor Rojas ha corregido numerosos errores del texto original, respetando, al propio tiempo, el estilo de la correspondencia que no es siempre correcto. También ha dejado á cada autor, especialmente á los modernos, la ortografía con que cada uno designa los nombres geográficos y aún los nombres históricos.

y modernos historiadores respecto de Miranda, y de este prefacio que podrá servir de guía en el estudio de la rica adquisición histórica.

Esta edición, que satisface nuestros deseos, cumple el mandato del Presidente de la República, en su decreto del 27 de Abril del año en curso.

Sanos y nobles propósitos han guiado al Gobierno de Venezuela, al publicar esta obra. "Gajes á la libertad dió Miranda á Francia, desde el primer día en que comenzó á servirla" ha escrito el célebre historiador Luis Blanc.

Homenaje de Venezuela á la Francia republicana, diremos nosotros, es por lo tanto la publicación de una obra que lleva por título: MIRANDA EN LA REVOLUCIÓN FRANCESA. Hé aquí un caudal de apreciaciones y de hechos; una de tantas y trascendentales contribuciones á la historia de estos días de progreso general que marca ya nueva época en las conquistas del linaje humano. Y para que la importancia histórica esté á la altura de la justicia histórica, hemos omitido intercalar en estas páginas opiniones de escritores ingleses y americanos en honor de Miranda; todo en ellas será francés: documentos, apreciaciones y juicios de aquéllos que fueron contemporáneos y testigos de la magna revolución de 1789. [*]

[*] Una obra de grande aliento enriquecerá dentro de poco la bibliografía mirandiana, y ocupará puesto de honor

Pero hay todavía algo más, que satisface el sentimiento americano, y va en honra y triunfo de la historia, y es la vindicación de Miranda que han comenzado á hacer algunos historiadores de la Francia actual, aclarando hechos que, por ausencia de documentos, no pudieron dilucidar los historiadores que les precedieron. Michelet ha escrito: "La relación de Dumouriez, perfectamente calculada para oscurecer la verdad de los hechos, fué aceptada sin contradicción por Jomini, á quien todos han copiado; pero no obstante esto, tal relación ha sido desmentida, destruída y pulverizada: 1º, pór las órdenes escritas que comunicó el mismo Dumouriez; 2º, por Miranda que era un hombre honrado y cuya palabra valía mucho más que la de aquél; y 3º, por el testimonio incuestionablemente imparcial del General Coburgo, que está de acuerdo con Miranda en la descripción de la batalla [Nerwinde].

"Fué pues con razón por lo que Servan y Grimoard, es decir, los jueces militares más competentes

---

en la literatura hispano-americana. Nos referimos á la VIDA DE MIRANDA, escrita por nuestro distinguido amigo Don Miguel Tejera. Después de haber estudiado cuantos documentos se conocen hasta hoy, en pro y en contra de Miranda, desde su juventud hasta 1816, el autor, ayudado de criterio imparcial y de severa crítica, nos presenta á Miranda, no bajo los dictados de la pasión ó de ciertos intereses políticos, sino como lo exponen los documentos oficiales, único norte que guía hoy á los historiadores modernos que tratan de esclarecer la vida de los grandes hombres.

de aquel tiempo, prefirieron la relación consecuente de Miranda á la insostenible contradicción de Dumouriez, quien se equivoca voluntariamente en números, horas, lugares, cosas y personas. [*]

Agreguemos á la apreciación de Michelet ésta de Luis Blanc: "Dumouriez temía en Miranda al republicano sincero, al amigo de Petión, al general favorito de la Gironda. Esta rectitud republicana no era para agradar á un espíritu del carácter de Dumouriez. La verdad es que sin ir hasta los límites extremos del Jacobinismo, Miranda había dado desde temprano gajes á la libertad." [**]

Una medalla de oro que lleva por el anverso el busto de Miranda y por el reverso el sello de armas de la República de Venezuela, acompaña este libro; y ambos objetos son un presente que hace el Presidente de Venezuela, al Presidente de la República francesa, como recuerdo de una fecha memorable en la historia del mundo: la revolución de 1789.

Sea este obsequio, tan simpático como elocuente, de una república joven á la gran República francesa que figura hoy al frente de la civilización universal, vínculo de unión entre dos pueblos que han luchado con gloria por el triunfo de la libertad.

Lo pequeño se engrandece y lo grande se sublima cuando por el triunfo de nobles ideas, pue-

---

[*] MICHELET.—Historia de la Revolución Francesa.

[**] LUIS BLANC.—Historia de la Revolución Franc esa.

blos de un mismo origen combaten, sufren, vencen, se inmortalizan. En los momentos en que celebramos la más grande de las conquistas políticas que ha alcanzado el linaje humano, comunes glorias, glorias inmarcesibles, festejan Francia y Venezuela: la memoria de un varón insigne, el recuerdo de sus hechos que las une bajo la égida de Miranda, hijo de Venezuela y de Francia, apóstol y mártir de la libertad en ambos mundos.

Caracas: 5 de Julio de 1889.

ARÍSTIDES ROJAS.

MIRANDA EN LA REVOLUCION FRANCESA

Colección de documentos auténticos referentes á la historia del General Francisco de Miranda, durante su residencia en Francia por los años de 1792 á 1798.

I

Correspondencia entre el General Miranda y el Diputado Brissot, referente á la emancipación política de la América Española.

Brissot, diputado á la Convención Nacional, al General Dumouriez.

París, á 28 de noviembre de 1792.

No lo felicito, mi querido Dumouriez, por sus conquistas; aún no ha llegado V. al término, y digo de V., como de César se decía: *mil actum reputans si quid superesset agendum.* Lo dije á los diputados de Francfort: esto es un combate á muerte entre la libertad

y la tiranía; entre la vetusta Constitución Germánica y la nuestra: es menester que aquélla muera, ya que está agonizante, y toca á V. rematarla. ¿Cuál será en seguida la suerte de esta parte de Europa? ¿Qué será de las facciones? Con los folletos alemanes y las bayonetas suyas todo se arreglará. Una vez más, amigo mío, está V. predestinado á ir á plantar por todas partes el árbol de la libertad: noble encargo, mientras que nosotros nos consumimos, obligados á seguir paso á paso á estos miserables anarquistas.

Sus trabajos actuales no le han hecho olvidar, sin duda, nuestros antiguos proyectos: ni un solo Borbón debe quedar en el trono. España se madura para la libertad; su gobierno emprende nuevos preparativos; es preciso, pues, prevenirnos para alcanzar buen éxito, ó más bien para naturalizar allí la libertad. Es preciso hacer esta revolución á un tiempo en la España europea y en la España americana. Todo debe coincidir. La suerte de esta revolución depende de un hombre; V. lo conoce, lo estima, lo ama: es Miranda. No ha mucho buscaron los Ministros con quien reemplazar á Desparbes en Santo Domingo. Un rayo de luz me iluminó, y dije: *nombrad á Miranda.*—En primer lugar, Miranda aplacará pronto las miserables querellas de las colonias; pronto hará entrar en razón á aquellos blancos tan turbulentos y se hará el ídolo de la gente de color. Y luego ¡con cuánta facilidad sublevará las islas españolas, ó el continente americano que poseen los españoles! ¡Con cuánta facilidad invadirá las posesiones españolas á la cabeza

de más de 12.000 hombres de tropa de línea que se hallan actualmente en Santo Domingo, y de diez á doce mil valientes mulatos que le suministrarán nuestras colonias! Tendrá además una armada bajo sus órdenes, mientras que los españoles no tienen nada que oponerle. Su solo nombre le valdrá por un ejército; y sus aptitudes, su valor, su talento, todo nos responde de un éxito feliz. Pero para obtenerlo, no hay que perder momento: es menester que salga en la *Capricieuse* que va á Santo Domingo; es menester que salga antes que España penetre nuestras miras. Bien sé que su nombramiento infundirá terror á España y confundirá á Pitt con su triste política dilatoria; pero España está impotente é Inglaterra no se moverá. Vamos siempre adelante, pero seamos justos y generosos.

Los Ministros están de acuerdo con respecto á esta elección, pero temen que V. se niegue á cederles á Miranda, tanto más cuanto que lo ha escogido para reemplazar á Labourdonnaie. Les he dicho: vosotros no conocéis á Dumouriez; sus ideas son elevadas; él anhela ver realizada la revolución del Nuevo Mundo; él sabe que Miranda es el único hombre capaz de llevarla á cabo; y, aunque lo necesite, lo cederá, al saber que es más útil en otra parte. Ofrecí esta mañana á Monge que escribiría á V., y me dió su palabra de que nombraría á Miranda Gobernador General, si V. consiente en dejarlo ir.

Apresúrese, pues, á enviar su consentimiento. ¿Deberé agregarle que nuestro excelente amigo Gen-

sonné opina como nosotros? Sobre esto le escribirá mañana. Claviere y Petión están encantados con esta idea. Ah! querido amigo ¿qué son Alberoni, Richelieu, tan ponderados? ¿A qué se reducen sus proyectos mezquinos, si se comparan con estas agitaciones sociales, con estas grandes revoluciones que estamos llamados á hacer? Pero es menester que no dejemos entibiarse los ánimos: nada debe detenernos. Creo que la revolución de Holanda no se detendrá ante la fantasma de *iluminados* y que no será para V. el *sta sol.* No nos cuidemos ya, amigo mío, de estos proyectos de alianza de Prusia, de Inglaterra, miserables armazones: todo eso debe desaparecer. *Novus rerum nascitur ordo.* Diré á V. que una opinión se generaliza bastante por aquí: y es que la República Francesa no debe tener por límite sino el Rin. ¿Están por allá dispuestos los ánimos á esta reunión? Es necesario prepararlos en tal sentido. Se nos habla de una diputación de los Estados. No se le hará caso, y la Savoya quedará anexada hoy.

Adios, mi querido Dumouriez; escriba V. á Gensonné, ó á mí, como quiera, pero diga qué enviará á Miranda. Tengo, junto con Gensonné, un solo deseo: el de ir á ver á V., el año próximo, á la cabeza de su ejército en Ratisbona ó en Berlín. Lo abrazo.

J. P. Brissot

El General Miranda á Brissot, miembro de la Convención Nacional, Presidente de la Junta de defensa general.

Lieja, á 19 de diciembre de 1792.

Acabo de leer, mi querido conciudadano, la carta que ha escrito V. al General Dumouriez con referencia á mí. Le doy las gracias por la opinión favorable que ha tenido á bien formar sobre mis escasos conocimientos, y por la amigable influencia que ha ejercido con el fin de hacer que el Consejo Ejecutivo me confíe el gobierno de Santo Domingo, etc. Ayer tarde fué cuando recibí esta noticia, porque, á pesar de haberme avisado el General Dumouriez el 7 de octubre que viniese á encontrarlo en Lieja, donde tenía asuntos importantes que comunicarme, me fué entonces imposible separarme del ejército que está bajo mi mando, el cual marchaba á una operación importante y algo difícil sobre Ruremunda. El plan que forma V. en su carta es realmente grande y magnífico; pero no sé si su ejecución sería segura, ni aún probable. En lo que respecta al Continente hispano-americano y sus islas, estoy perfectamente instruído y en estado de formar opinión exacta. Pero en todo lo concerniente á las islas francesas y á su situación actual, casi nada sé, y me sería por consiguiente imposible formar juicio preciso en el asunto. Como en el plan de V. es esta la base de toda la operación, puesto que de las colonias francesas debe salir la fuerza activa

para poner en movimiento los pueblos del continente opuesto, es menester que *estemos muy seguros* de que este dato es verdadero y positivo. Me parece también que mi nombramiento y mi partida para Santo Domingo sería la señal de alarma para la corte de Madrid y para la de San Jaime, y que sus efectos se harían sentir pronto en Cádiz y en Portsmouth, lo que opondría nuevos obstáculos á la empresa, que es, por otra parte, demasiado grande, demasiado noble, demasiado interesante para que se la haga encallar por falta de previsión en el comienzo.

Sin embargo, como está V. más informado que yo de los movimientos interiores de los gabinetes europeos en la actualidad, y también de la situación de las colonias francesas, á la par que de sus arreglos interiores, podrá V. juzgar mejor que yo; y todo lo que sobre este asunto tengo la honra de decirle, no debe considerarse sino como observaciones que se toman en consideración para la formación del plan general: tampoco desearía que pudiese creerse que mi intención sea esquivar ó rehusar un cargo que el Poder Ejecutivo juzga necesario hacerme desempeñar.

Al abrazar la causa de la libertad en Francia, me he consagrado de un todo á vencer ó á perecer con ella, y en el puesto que ocupo el primer deber es la obediencia.

Soy, con agradecimiento y respeto, su servidor y amigo,

MIRANDA.

P. S.—Los papeles que contienen mis planes presentados al ministerio inglés en 1790, sobre la independencia de la América Meridional, llegaron hace algún tiempo á París y están en manos de P....n. Quizás fuera necesario examinarlos, antes de formar el gran plan que propone V. en su carta; y si un momento desocupado (mientras que nuestras tropas se acantonan en el mes entrante) pudiese inducir al Consejo Ejecutivo á concederme permiso para ir á París, podríamos entonces combinar algún plan definitivo.

J. P. Brissot al General Miranda.

París, á 13 de octubre de 1792.

Va inclusa, querido y digno Miranda, una carta del patriota Boisguyón el cual me ha referido el suceso que lo había hecho abandonar el ejército de V. Le he censurado mucho su vehemencia: él no lo conocía á V ., y cuando le referí su historia, cuando le hable de sus sacrificios por la libertad y de sus aptitudes, se mostró verdaderamente arrepentido por la conducta que ha observado con V. y resuelto á repararla. He visto después al ministro Pache, que había dado á Boisguyón orden de ir á cumplir su arresto. Le expuse los hechos y el sentimiento de Boisguyón, la inutilidad de hacerlo regresar á Bélgica donde no debía servir más; le ofrecí escribir á V. sobre esto, y el Ministro consintió en que Boisguyón permaneciese aquí. Atendiendo á estas

consideraciones, me he encargado de trasmitir á V. la carta de Boisguyón y de pedirle la suspensión de su arresto. Le respondo del patriotismo y del sentimiento de Boisguyón. Petión debe escribir á V. en el mismo sentido, y me inclino á creer que no nos negará V. este favor.

Vamos ahora á una cosa que concierne á V. personalmente. Yo había creído llegado el momento de conmover las colonias españolas, de darles la libertad. Diez ó doce mil hombres de tropa se hallan actualmente en Santo Domingo. Puede fácilmente levantarse allí, como en nuestras demás colonias, un cuerpo de ocho á diez mil mulatos. Nuestra escuadra estacionada es muy fuerte, y nada sería más fácil que sacar de los Estados Unidos gran número de valientes soldados que suspiran por esta revolución. V. solo me parece capaz para dirigirlos. Su nombre y sus aptitudes me aseguran el buen éxito. He expuesto mis apreciaciones á todos los Ministros y éstos han comprendido sus ventajas. Consienten en darle el gobierno vacante de Santo Domingo, á cuya sombra podrá V. llevar á cabo aquella revolución. Sólo una consideración los ha detenido: y es el afecto bien merecido que ha cobrado á V. Dumouriez. Yo sabía cuánto se interesaba él en esta revolución del Nuevo Mundo; yo esperaba que ayudaría, que me contestaría, pero no he recibido ninguna respuesta. Sólo tengo una palabra que decir á V.; y es que el feliz éxito de este asunto depende de V. y de él: consienta él y V. parte: véalo ó

escríbale. Propicio es el momento, y si se deja pasar, quizás no volverá. Escríbame V. dos líneas sobre esta materia, como también sobre Boisguyón, y crea en la estimación profunda que le he cobrado.

J. P. Brissot.

El General Miranda al ciudadano Brissot, miembro de la Convención Nacional, Presidente de la Junta de defensa general.

Bruselas, á 26 de diciembre de 1792.

Habiendo recibido ayer una carta del Coronel Smith, en la que hay cosas referentes á la América del Norte, que se relacionan con el plan que para honra mía me comunicó V. en su carta del 28 de noviembre, he hecho sacar un extracto de aquélla, el cual le incluyo en copia. Conoce V., sin duda, la persona del Coronel Henry Lee, del cual habla, y ya ve V. que es uno de esos hombres de quienes puede sacarse el mejor partido en la ejecución de nuestros proyectos con respecto á la América Meridional.

Ruego á V. que la comunique, junto con mi primera carta, al Consejo Ejecutivo, y que tenga la bondad de contestarme sobre el asunto.

El General Dumouriez saldrá pasado mañana para París, y le dirá verbalmente lo que pienso con respecto al gran proyecto que nos propone V. principiar sin dilación. *Patriæ infelici fidelis.*

J. P. Brissot al General Miranda.

París, á 6 de enero de 1793.

He recibido, querido General, sus diversas cartas, y ya he hablado de ellas con el General Dumouriez, quien me parece convencido de la necesidad de suspender por algún tiempo el proyecto que comuniqué á V. ó más bien, como será V. probablemente llamado á París, cuando se encuentre aquí el General Dumouriez, podremos entonces estudiar el proyecto bajo todas sus faces.

No me ha contestado V. relativamente al Ayudante Boisguyón que está siempre inactivo, por no haberse levantado su arresto. Petión se lo exije, y yo me uno á él.

Lo abrazo.

J. P. Brissot.

J. P. Brissot al General Miranda.

París, á 10 de enero de 1793.

Doy á V. las gracias, mi querido General, por el favor que ha hecho á Boisguyón, y espero que esta lección le será útil, porque un patriota se complace en reconocer sus faltas y en repararlas.

He visto varias veces al General Dumouriez: ayer volvió á la Junta de defensa general. Me parece deseoso de emprender en compañía de V. la expedición de

que le he hablado. España se muestra tan partidaria de la neutralidad, que aquí hay poca inclinación á atacarla. *Además, la guerra próxima con Inglaterra atrae todas las miradas y absorbe toda la atención. Todo parece hacerla cierta; sin embargo, cuando se considera que en el fondo no hay ningún motivo racional, y por otra parte se ve la inmensa cantidad de dinero que gana esta nación mientras que nosotros guerreamos, se sorprende uno de tal extravagancia del gabinete de San Jaime.* Sea cual fuere su proyecto, hay que hacerle frente, y para ello nos estamos preparando: en seguida es menester echar las bases de la otra expedición: el Consejo y la Junta no cesan de pensar en ella. Adiós, querido General, esperamos tener el gusto de verlo aquí antes de la apertura de la campaña.

J. P. Brissot.

II

Correspondencia oficial entre los Generales Miranda y Dumouriez, y Miranda con Pache, Beurnonville, Leveneux, Valence Petión, &.—Ordenes de Dumouriez á Miranda durante las campañas de 1792 y 1793.

El General Dumouriez al General Miranda.

Vouziers, á 10 de octubre de 1792,
año I de la República.

Su amistad, mi querido Miranda, es mi más preciosa recompensa. V. es todo un hombre; y encuentro tan pocos, que, el haberle conocido, y el tratarle en el curso de la vida; el sostener una correspondencia con V. cuando nos separen los acontecimientos, será una de las más gratas ocupaciones del resto de mi vida. Nosotros nacimos para estimarnos; pero á V. corresponde el mérito de nuestra intimidad, puesto que su sublime filosofía es la que nos ha unido.

Lo abrazo á V. como hermano.

Firmado: DUMOURIEZ.

El General Dumouriez al General Miranda.

Lieja, á 29 de octubre de 1792.
año I de la República.

Yo no dudaba, mi digno y respetable amigo, que lograse V. tomar pronto esa ciudadela (Amberes) que hubiera detenido uno ó dos meses al famoso Labourdonnaie. *Le recomiendo á V. la estatua del Duque de Alba, y espero destruya ese monumento de la tiranía: mucho sentirá V. no poseer el original.* Debe V. encontrar en dicho punto mucha artillería y pertrechos. Confío en V. para que el inventario se haga con la mayor exactitud: si encuentra V. piezas de á cuatro ó de á tres, con sus arcones y municiones, délas V. á aquellos de sus batallones que las necesitan, y lo restante, con su artillería de grueso calibre, hágalo V. pasar por Malinas, para que yo lo distribuya á los batallones de mi ejército, que carecen completamente de ello.

Ponga V. á Marassé en posesión de su mando. Lea V. con él la instrucción que le he dado para la apertura del Escalda. Añada V. sus prudentes consejos. Espero que ya habrá llegado el Teniente Muerson. Despache V. un bote al bajo Escalda, dándole orden de remontar con aquellas de sus embarcaciones que no calen demasiado. Examine V. mismo los trabajos mayores que haya que hacer para desembarazar el canal de este río, á fin de que los

buques mercantes puedan remontarlo : aprovéchese V., con su prudencia y energía ordinarias, de este servicio hecho á la ciudad de Amberes, estableciéndoles la comparación entre la generosa conducta de los franceses y la manera baja é infame del Emperador José, quien después de haber declarado la guerra á Holanda, bajo el pretexto de la apertura del Escalda, vendió ésta por siete millones de florines. Con tal comparación y mi alocución á los belgas, la elocuencia republicana de V. los atraerá, por propio interés, á los verdaderos principios; y espero que esta ciudad, que era la más fanática porque sus habitantes carecían de ocupación, llegará á ser uno de los más firmes apoyos de la República de los belgas.

Ruego á V. diga de mi parte, á su ejército, que hasta ahora las circunstancias le han proporcionado una marcha sin obstáculos y demasiado fácil para franceses; que siento no hayan participado de nuestras victorias; que vamos á acercarnos, y que en adelante no recogeremos un laurel, sin que él comparta nuestros peligros. Por eso va á marchar de vanguardia y, según el valor que ha mostrado en la ciudadela de Amberes, estoy persuadido de que la ciudad de Ruremunda, que le encargo tome, no resistirá por mucho tiempo el empuje de bravos republicanos. Dígale V. también que hemos combatido una vez más el 27, antes de entrar en Lieja; que los enemigos han perdido mucha gente y muchos oficiales superiores, entre otros, el General Harray, que era uno de sus más hábiles jefes. Esta nueva victoria regocijará al bra-

vo ejército de V., y le hará desear de nuevo el que nos reunamos.

Lo abrazo.

El General en Jefe del ejército de Bélgica,

Firmado: DUMOURIEZ.

El General Dumouriez al General Miranda.

Lieja, á 30 de noviembre.

Le envío á V., mi digno amigo, al ciudadano belga Lami, coronel de ingenieros de Bélgica, para que resida al lado del General Marassé, á petición de éste, con el objeto de seguir los trabajos del río, y de hacer reparar los dos fuertes de Lillo y Liefskenshoeck, de los cuales se puede necesitar algún día.

Espero contestación del presidente de la Convención á una carta muy enérgica que le escribí sobre la desorganización que se ha introducido en mis planes. Dicha contestación decidirá seguramente de mi suerte, y de rechazo de la suerte del ejército de Bélgica; quizás también de la de Francia y de la de Europa. Esta contestación no puede tardar. Entretanto, estoy sin numerario y sin almacenes: mis tropas se hallan desnudas y desertan para volverse á sus casas.

Todo esto va mal, y preveo todavía mayores males por la obcecación de la Convención y de lo que ella llama energía. Petión y Condorcet, que están equivocados, me han escrito para hacerme doblegar.

He empleado mi más fuerte lógica para probarles que esto es como lo de la retirada detrás del Marne, que todo el mundo me aconsejaba y que al hacerla hubiera perdido á mi patria.

Adiós, amigo mío; me lamento de todo cuanto veo. Lo abrazo de todo corazón.

Amigo por la vida,

Firmado: DUMOURIEZ.

El General Dumouriez al General Miranda.

Cuartel general en Lieja, á 30 de noviembre de 1792, año I de la República Francesa.

He recibido, mi querido y bravo Miranda, todos los pormenores relativos á la toma de la ciudadela de Amberes, que me ha dirigido V. *Lo he admirado á V. mi digno amigo, en la capitulación que ha hecho:* lleva á un tiempo el sello del filósofo y del republicano.

Estoy muy inquieto respecto á la escuadrilla que envié al Escalda: confío, sin embargo, en que no le habrá sucedido nada. Diga V. al General Marassé que me avise cuando aquélla aparezca en Amberes.

Sin duda alguna, va V. á ponerse en marcha para aumentar el número de sus triunfos. Tenga V. la atención de ponerme al corriente de todos sus mo-

vimientos, con el objeto de protegerlos con los míos en tanto que me sea posible.

Adiós, mi querido amigo: lo abrazo á V. *toto corde*

El General de ejército,

Firmado: DUMOURIEZ.

El General Dumouriez al General Miranda.

Lieja, á 4 de diciembre de 1792,
año I de la República.

He tenido gran placer, mi querido Miranda, en leer los pormenores de su despacho del 3. Se ha conducido V. perfectamente con los holandeses, y yo aguardo la decisión del Poder Ejecutivo respecto á éstos. Por otra parte el Poder Ejecutivo está muy apurado en cuanto á la conducta que debe observar, puesto que actualmente me considera como enemigo á quien hay que someter. Con motivo de mi carta, el Ministro Pache ha contestado al Presidente de la Convención, asegurándole que nada falta al ejército: por consiguiente, la Convención, vacilante entre estas dos afirmaciones contradictorias, ha enviado cuatro comisarios para juzgar este pleito y dar órdenes con conocimiento de causa. Estos comisarios son Camus y Gossuin que ya han llegado, y Lacroix y Dantón que deben llegar muy pronto. Me parece temen que presente mi dimisión. Lo sentiría tanto como ellos, porque en ésto vería la

ruina de nuestros asuntos; sin embargo, la presentaré con seguridad, si según las pruebas que pueden fácilmente establecerse, no se devuelve la libertad á mis dos administradores, y si se continúa en querer explotar tiránicamente este país, por medio de una compañía exclusiva que devoraría su riqueza, haciéndonos odiosos á él, y concluyendo por traernos el hambre.

Espero que venceremos al fin todas estas intrigas. Entretanto, siga V. su marcha, y le daré noticias de cuanto aquí ocurra, *y espero que se nos perdonará, si añade V. á Ruremunda á nuestras conquistas.* Nada mejor puede V. hacer que el confiar á Darnaudin todo el trabajo de su Estado Mayor, y así estará en buenas manos: sus marchas y campamentos irán á maravilla. El General Thowenot y todos sus amigos abrazan á V.

El General en Jefe del ejército de Bélgica,

Firmado: DUMOURIEZ.

El General Dumouriez al General Miranda.

Cuartel general en Lieja, á 12 de diciembre de 1792, año I de la República.

He recibido, mi muy querido General, sus despachos de Malinas, del 6. *Nada más perfecto que todo lo que V. hace y escribe.* La feliz llegada de nuestra escuadrilla es un acontecimiento plausible para el comercio de Amberes y para la manifestación del principio de la libre navegación de los ríos y de los mares.

Le doy á V. muchas gracias por la copia del estado de su cuerpo de ejército y de su orden de batalla. *No se puede ejecutar con más exactitud y precisión todo cuanto hemos convenido; pero nosotros debemos entendernos á medias palabras.*

Después de nuestra separación han redoblado las incomodidades que empezaban á hacerme sufrir, y que habrían concluído por desorganizarlo todo, si yo no hubiese adoptado el partido de inducir á los comisarios á que mandasen á Camus á la Convención para informarla del estado verdadero de las cosas, y obtener de ella poderes suficientes para hacerlas cesar. He hecho que vaya acompañado de Thowenot, que le dará evasión á todo. Espero el regreso de ambos con impaciencia. D'Harville está en Marche-en-Famene. Envío á Valence en vanguardia avanzada al Limburgo, donde se presentará el 15 al frente de una cabeza de columna. Sean cuales fueren las resoluciones que se adopten sobre nuestras operaciones ulteriores, estos movimientos se ligarán á todo, y continuarán, además, inquietando al enemigo, que no puede sospechar el estado de entorpecimiento en que se me tiene.

Marassé me ha dado cuenta de su posición. Necesita un escuadrón, ó á lo menos una división para su servicio exterior y de correspondencia. Sus voluntarios están completamente desnudos.

Los prisioneros de guerra parece que han abusado de ciertas libertades que V. les había dado desde hace ocho días, puesto que faltan más de 200, los cuales se necesitarán para el canje de los 1.200 que acaban

de ser arrebatados á Custine en Francfort. Hé aquí el triste efecto de esa maldita diversión en Alemania, en vez de haber flanqueado el Rin: pero todavía hay remedio.

El hospital de Amberes se halla en mal estado: envío al director Menures para que organice este establecimiento: 80 prisioneros están enfermos y casi sin la asistencia que les debemos. La municipalidad no da resultado: se mueve mucho y no hace nada.

Voy á contestar á Marassé. He conversado con el negociante Lombaerls, y estoy satisfecho de las disposiciones del comercio de Amberes, que dará tono é impulso al país.

Adiós, mi querido amigo: lo quiero tanto cuanto se merece.

Firmado: DUMOURIEZ.

Post-scriptum (escrito de mano de Dumouriez).— He arrojado á los enemigos de Herve y de Verriers, pero me he detenido de repente por la falta de subsistencias y la desorganización en la administración del ejército. Le he mandado á V. que *venga aquí personalmente* lo más pronto posible *para negocios muy urgentes.*

En cuanto Ruremunda sea tomada, lo que espero no tardará, deje V. en ella un mariscal de campo ó un buen coronel con una guarnición á lo menos de dos batallones y 100 caballos, y le ordenará V. que se apodere de los forrajes y víveres que remonten el Mosa para pasar á Maestricht, á menos que se pruebe que van de tránsito para el ejército francés.

En seguida marche V. por la orilla derecha del Mosa, y colóquese V. en tres marchas, ó á lo más en cuatro, en Fauquemont, desde donde se pondrá V. en comunicación conmigo para lo que debamos hacer ulteriormente. Puede V. confiar esta operacion al General Duval. Marche V. con precaución sobre Fauquemont, dejando siempre un río entre V. y el enemigo, ó más bien, Duval es quien deberá tener este cuidado.

El General Dumouriez al General Miranda.

Lieja, á 13 de diciembre de 1792,
año I de la República.

Nuestro amigo Duval llegó anoche, mi querido Miranda, *y me ha referido minuciosamente el valor heroico de sus tropas y la consternación de los Austriacos.* Concibo que estamos en capacidad de apoderarnos del Güeldres prusiano, del ducado de Cléveris, Juliers, Colonia y Aix-la-Chapelle; pero el Ministro de la Guerra y sus criminales subalternos me ponen en tal apuro, que no puedo ir adelante, por no tener ni zapatos, ni uniformes, ni armas, ni hospitales, ni víveres, ni forrajes, ni depósitos, ni dinero, ni comisario de guerra, y por haber perdido desde hace quince días más de diez mil hombres á causa de la deserción: deserción forzosa por el apuro en que nos dejan. *Hay en todo esto un tejido de maldad por una parte y de ignorancia por la otra, que hará perecer la república antes, por decirlo así,*

de nacer. No hay ni gobierno ni constitución. La Convención Nacional no se cuida de esto absolutamente. En vez de hacerlo, pasa el tiempo tornándose en un tribunal inquisitorial. Todo denuncio, verdadero ó falso, probado ó no probado, es acogido con grandes aplausos. Nadie está seguro de su situación. Se despoja al funcionario público de empleo y de honra antes de juzgarlo. Son tiempos de proscripción, de locura y de maldad, que no pueden compararse sino con los de Tiberio y de Nerón. Los hombres de bien de la Asamblea callan por falta de valor. Tal es el partido que los representantes de la Nación sacan de nuestras victorias.

Entre el horroroso cuadro de los asuntos de la República, y cuando son mayores los apuros, me envía el Consejo Ejecutivo los más locos, extravagantes y peligrosos proyectos. Quiere que en esta estación, con un ejército que carece de todo, y mientras que yo no puedo adelantar cuatro leguas por falta de medios, marche sobre Coblenza y tome á Luxemburgo. Entretanto, los enemigos se aprovechan de mi forzosa inacción para reunirse, obligándome á acercarme á V. igualmente que á Valence; y cuando *estos tres cuerpos de ejército se hayan reunido, presentaremos apenas treinta y cinco mil hombres*, porque los restantes han marchado ó se han dispersado en las plazas.

Estoy desde luégo muy incierto sobre lo que la Convención y el Poder Ejecutivo decidirán respecto al viaje de Thowenot y Camus, que han ido á París para

dar á conocer á la Convención Nacional la horrible situación en que nos hallamos.

En consecuencia de todo esto, deje V. en Ruremunda una guarnición suficiente con un buen oficial, y contramarche V. sobre Tongres, desde donde tendrá en jaque á Maestricht. Haré que pase á Visé el cuerpo de flanqueadores de la izquierda de mi ejército, cuyo mando he quitado al General Eustace, á quien envío á París para que se justifique, si posible es, de sus relaciones con el Gobernador de Maestricht. Este hombre es un loco malvado que contínuamente escribe contra mí, y al propio tiempo me abruma con adulaciones. Va á aumentar el número de mis enemigos en París, pero lo prefiero allá más bien que en el ejército. Duval explicará á V. por qué hago que V. regrese á Tongres. Quiero, en caso de necesidad, que pueda V. sitiar á Maestricht por la orilla izquierda del Mosa. Deje V. escalonados algunos batallones en Maseick, Houkhen, Thorn y Welsem. Deje V. un oficial general al mando de estos acantonamientos, el cual debe servirse de dos de las brigadas de V. y dé un regimiento de caballería. Voy á dirigir sobre esos lugares seis nuevos batallones que llegan de Francia. Tan luégo como V. haya puesto en movimiento sus otras cuatro brigadas y su vanguardia, ruego á V. venga á mi encuentro, personalmente.

El punto central del resto de nuestro ejército será Tongres, la izquierda Reckem, y la derecha la orilla del Mosa hácia Liche. Lo abrazo á V. mi querido

amigo, y lo espero con impaciencia para explicarle el resto de mis operaciones.

El General en Jefe del ejército de Bélgica,

Firmado: DUMOURIEZ.

El Ministro de la Guerra al Teniente General de la división del Norte del ejército francés en Bélgica.

París, á 5 de enero de 1793,
año II de la República.

El Consejo Ejecutivo provisional me ha encargado, General, trasmitir á V. la orden de tomar el mando en jefe del ejército francés de Bélgica, en lugar del General Valence, quien ha obtenido licencia. Dígnese V. dedicar á este mando los cuidados todos que exige el bienestar de la República.

Firmado: PACHE.

Miranda en Tongres.

Pache, Ministro de la Guerra, á Miranda, Teniente General, General en Jefe del ejército de Bélgica.

París, á 7 de enero de 1793,
año II de la República.

La falta de confianza entre el Estado Mayor del ejército y los comisionados de la junta abastecedora de subsistencias, y la administración de las vituallas,

causa perjuicio en extremo desfavorable á los valientes defensores de la República.

Los comisarios de la Convención anuncian que se carece de forrajes en el ejército; los miembros de la junta abastecedora anuncian que tienen provisiones considerables en los valles de Louvain, que se dejan perder, porque no se quiere de ninguna manera proporcionarles almacenes, y añaden que la administración de vituallas, no las hacen conducir donde se necesitan.

No puedo concebir cómo, en momentos en que el interés público y la seguridad de la libertad exigen que nos unamos para vencer al enemigo, los intereses particulares y quizás el amor propio un tanto herido, dividan á los hombres públicos, haciéndoles comprometer la seguridad de la subsistencia de nuestros hermanos que arrostran todos los peligros para defender nuestros intereses comunes.

Como no puedo ir yo mismo á Bélgica para comprobar la verdad de los diferentes informes que se me dan, le pido á V., General, en nombre de la libertad y de la igualdad; en nombre de la República, de la cual se ha declarado V. uno de sus defensores, que otorgue protección y ayuda á cuantos están encargados de las subsistencias.

Haga V. que se den almacenes á los comisionados de la junta abastecedora, como igualmente á los de las de vituallas. Haga V. comparecer á su presencia á los primeros, y que le indiquen los lugares donde se hallan las subsistencias que han com-

prado y las cantidades de éstas de que disponen; dé V., en seguida, órdenes á los comisionados de la junta de vituallas para que las recojan y conduzcan á los puntos donde se necesiten; dé V. órdenes para que se reparen los trasportes, á fin de que ninguna querella de interés ó de amor propio cause de algún modo la desorganización del ejército, ni exponga á nuestros bravos defensores al peligro de morir de hambre, ni comprometa de ninguna manera la gloria de las armas de la República.

Cuando se haya V. asegurado de las cantidades de subsistencias compradas, y de los sitios en que se hallan, dígame V. en seguida, General, si son suficientes; dónde existen y cuántas es preciso comprar; y daré en el acto órdenes y le enviaré fondos para que todas las necesidades estén á cubierto.

Se lo repito á V., General, me hallo vivamente afligido por la situación en que se encuentran en Bélgica las tropas francesas. Estoy resuelto á hacer cuantos esfuerzos dependan de mí y del deber de mi empleo para mejorarla, pero tengo necesidad de ser secundado en ello. La reconocida probidad de V., su amistad con Petión, el puesto que V. ocupa, todo me induce á escogerle para que coopere conmigo á labrar el bien del ejército.

Escríbame V. á menudo, y aun todos los días, sobre la situación, su mejoramiento y medidas que se deban tomar para conducirla al punto de tranquilidad y de seguridad en que debería estar hace mucho tiempo.

Firmado: PACHE.

El General Dumouriez al General Miranda.

París, á 10 de enero.

El Ministro de la Guerra, mi querido Miranda, le envía á V. el estado de las guarniciones, cuyo movimiento está convenido para acercarse á la Flandes marítima; lo que le refuerza á V. aproximadamente en diez mil hombres, de los cuales de mil doscientos á mil quinientos son de caballería. Esta reunión se hace de Dunquerque por Ostende y Brujas, tirando hacia Gante y Amberes. Es preciso que simule V. el movimiento de acantonamientos sobre la izquierda para reforzar á Amberes con una brigada de infantería, sin sacar nada de este punto. Hé aquí de lo que se trata ahora. La guerra por parte de Inglaterra parece casi segura. Su proyecto es apoderarse de la Zelandia. Para ello cuentan con nueve fragatas en Flessingue, que llegarán dentro de poco, si no han llegado ya: entonces los holandeses deben declararse.

Estos, según lo que dicen los patriotas, han evacuado ya á Venloo, donde los prusianos deben poner una guarnición. Deben evacuar también á Maestricht, haciéndose reemplazar en dicho punto por tropas aliadas. Deben, por este medio, formar una reunión de unos veinte mil hombres para defender el interior desde Berg-op-Zoom hasta Nimega, y suministrar un contingente para atacarnos por el flanco, de concierto con los ingleses.

Como el Estatuder teme el espíritu revolucionario que fermenta con la mayor fuerza en todas las pro-

vincias y especialmente en Amsterdam y en la Haya, hace fortificar la isla de Walcheren, donde proyecta retirarse con los estados y los cabos de las diversas administraciones, bajo la protección de las flotas holandesa é inglesa. Se trabaja con la mayor rapidez en esta fortificación, que esperan tener terminada para dentro de quince días. Tal es por el momento la resolución del Consejo; y como Valence va á Paris y V. está encargado *interinamente* del mando del ejército, hé aquí de lo que está V. encargado y lo que debe V. arreglar con el más profundo secreto:

1º Se da licencia al General Labourdonnaie para que no entorpezca lo que V. tiene que hacer, y se ponen á disposición de V. todas las tropas de la Flandes marítima, para que una sola voluntad haga mover los distintos cuerpos. En Brujas tiene V. al General Deflers, que es muy bueno, á quien dará órdenes y á quien encargará V. de disponer las tropas en la Baja Flandes austriaca, haciendo otro tanto respecto de las de la Baja Flandes francesa con el General Pascal, que manda en Dunquerque. Arregle V. las tropas de manera que pueda, en doce días á lo más, acercarse á la Zelandia y apoderarse de la Flandes holandesa, mientras que hace V. entrar sus tropas en la isla de Zuyd-Beveland, y de aquí en la isla de Walcheren, de la cual quieren apoderarse antes de que el Estatuder tenga tiempo de refugiarse en ella y de que la fortifiquen y la guarnezcan No hay tiempo que perder: y aunque los patriotas pretenden que los zelandeses están preparados; que no

hay en toda la Zelandia sino cincuenta y cinco compañías de infantería á lo sumo de cuarenta hombres cada una, y ninguna caballería; y que por consiguiente no exige esta expedición más que 3.000 hombres; yo creo que se necesitan ocho batallones de infantería, la legión holandesa, la flotilla de Moultson y dos regimientos de caballería, ocho piezas de á doce, cuatro morteros, una compañía de artillería montada, y diez y seis piezas de batallón. Irá V. á Amberes, donde se le reunirán los patriotas holandeses que deben llevarle mapas y guiarle, puesto que han reconocido las facilidades de esta expedición. El Ministro de Marina da orden de preparar hornillos y parrillas en cada una de las tres lanchas cañoneras para poder disparar balas rojas. Estas tres embarcaciones calan poco, y por la superioridad de su calibre de á veinte y cuatro, y por sus balas rojas darán caza fácilmente á las fragatas. Tome V. como pretexto de su viaje á Amberes el empréstito de ocho millones de florines que debe V. levantar en dicha ciudad; como yo lo he preparado, exija V. severamente este empréstito, y anuncie á la ciudad, á su clero y á la Bolsa que los franceses no serán víctimas de malas voluntades; que van á tomar como contribución lo que se dignan pedir prestado; que V. sabe quiénes son los capitalistas que tienen los fondos, y que de ellos los tomará V., siendo ellos dueños después de arreglarse con sus compatriotas para el prorateo. Dígales V. que estoy trabajando para hacer derogar el decreto del 15, y que espero salir airo-

so; que en tal caso no serán sometidos sino á las condiciones de mi proclama; pero que según esta proclama, en la que digo que se tratará como enemigas á las provincias ó ciudades que perseveren en considerarse como súbditas de la casa de Austria, en conservar su antiguo gobierno, fundado en la esclavitud del pueblo y en la desigualdad de las órdenes, va V. á tratarles como país enemigo, anulando todos sus decretos, y en fin, tomándoles dinero para indemnizarnos de los gastos de la guerra.

Haga V. que le den una lista de los capitalistas de Amberes; llámelos personalmente al Ayuntamiento, y guárdelos allí, sin soltarlos, hasta que hayan tomado alguna resolución y cubierto el empréstito, ya de grado ó por fuerza. Si de grado, cobre V. en seguida dos millones de florines, para los gastos de la expedición; si por fuerza, impóngales cincuenta mil florines á unos, á otros más, y á otros menos, según sus facultades, y hágales pagar dentro de ocho días, teniéndolos vigilados en sus casas. Haga V. lo mismo con el clero, pero separadamente del comercio.

Durante esta operación de rigor, única que puede salvar al ejército francés y á Bélgica, trabaje V. con los patriotas holandeses en combinar el plan, y en hacer practicar reconocimientos de los pasos que puedan conducir desde Amberes al Zuyd-Beveland; tome datos precisos sobre los trabajos de la isla de Walcheren, y reuna V. sus tropas en el punto de Amberes, para llegar allí en día fijado, y también para salir. No confíe V. sus secretos sino á Thowenot y á

Ruault, para que lo ayuden en el arreglo de este plan de invasión, que debe ser muy rápido á fin de adelantarnos á los ingleses que nos entretienen. Yo me reuniré á V. secretamente en Amberes dentro de pocos días, y así, es preciso que todo esté preparado, y que de grado ó por fuerza, tenga V. á lo menos dos ó tres millones de florines en caja.

Arregle V. también en su plan que Deflers reuna en Brujas cuatro ó cinco mil hombres de infantería, con cuatro piezas de á doce, mil doscientos hombres de caballería, dos morteros, dos cañones de á cuatro por batallón, y que se encamine con la mayor prontitud á Middelburgo, y de allí á la isla de Cadsand y á Biervliet.

2º Mientras que arregla V. este plan en la Flandes austriaca, envíe á Ruremunda un excelente oficial superior con un pregonero, para que diga al Gobernador de Venloo que le han instruído á V. de que los holandeses deben evacuar esta plaza y recibir en ella guarnición prusiana. Reúna bajo las órdenes de Duval, en Ruremunda, ó más bien en Kom, todas las tropas que forman el ejército particular de V., con dos piezas de á veinte y cuatro, cuatro de á doce, dos morteros, y dos obuses para poder entrar inmediatamente en Venloo, si es evacuado, ó impedir la evacuación.

3º Tan luégo como haya V. arreglado la expedición de la Zelandia, y la toma de posesión de Venloo por el cuerpo de ejército á las órdenes de Duval, téngalo V. ordenado todo, para que, sin desguarnecer las orillas del Roer, el ejército á las órdenes del General

Lanoue asedie rigorosamente á Maestricht: para esto, tome el ejército de Valence y reúnalo sobre Tongres, que habrá sido evacuado por el de V. A esto me dirá V. que carece de víveres y de forrajes; pero por una parte tiene V. el mercado de Simson y por otra las pocas provisiones hechas por Piek y Moncluan, agentes de la junta de abastos. Por lo demás, no se trata sino de acercar los acantonamientos.

Envíeme V. un correo para darme á conocer los obstáculos ó las facilidades que se encuentren, en la ejecución de este plan. Esto lo sabrá V. positivamente cuando haya visto á los patriotas holandeses, y examinado sus mapas y proyectos. Todo depende de la prontitud y del secreto. Desenvolveré á V. mi plan día por día: es precipitado, porque los acontecimientos nos apresuran, y no tenemos ni un día que perder. Prepárelo V., pues, sin perder tiempo. Si encuentro aquí obstáculos, ya sea por la incertidumbre del Consejo, ya por la lentitud de las juntas, ó ya por el desgarramiento de las facciones, le pondré á V. al corriente día por día de lo que ocurra; y, ó lo adoptaremos si es ejecutable, ó lo abandonaremos para adoptar otro; ó en fin, si nadie quiere oírme, si la sospecha, la mala fe, el espíritu de facción, la ignorancia y la tacañería, más ruinosa todavía que sórdida, se oponen á que salve á mi patria, presentaré mi dimisión y lamentaré en un rincón la suerte de mis ciegos compatriotas.

Adiós, amigo mío y mi digno segundo: lo abrazo y lo quiero con todo mi corazón.

Firmado: DUMOURIEZ.

El General Miranda al General Dumouriez.

Lieja, á 15 de enero de 1793.

Cuanto más leo su carta del 10, mi querido y digno General, tanto más veo el esfuerzo de un alma noble y generosa que se eleva por cima de todos los obstáculos, á medida que las dificultades aumentan. Vamos al hecho.

Creo el plan de V. muy difícil de ejecutar en la situación de desnudez y carencia absoluta de provisiones en que se encuentran nuestras tropas. Sin embargo, la llegada del Comisario Petit-Jean y las órdenes que trae del Ministro, que no dejaré de secundar vigorosamente, harán andar la máquina mucho mejor, según creo.

Si V. suprimiera de su plan la empresa de la Zelandia, me parece que éste sería mucho más practicable, y no tendríamos que enfrentarnos con las fuerzas marítimas de Inglaterra y de Holanda, las cuales no dejarían de detenernos al principio de nuestra empresa, puesto que no tenemos por nuestra parte fuerzas marítimas que oponerles.

Recuerde V., mi General, que fueron zelandeses quienes empezaron con sus buques á detener los ejércitos de tierra, siempre victoriosos, del tirano Felipe, y los que concluyeron por destruírlos totalmente; tanto más, cuanto que la Zelandia caerá por sí misma cuando sus aliados sean sorprendidos. La Flandes holandesa debe ser invadida, y entonces el Escalda será nuestra barrera por ese lado. Esta es una observación que puede merecer la atención de V.

Cuatro batallones han marchado ya sobre Amberes practicando una maniobra muy simple y que no estorba en manera alguna nuestros acantonamientos. El movimiento de tropas sobre la Flandes marítima que V. y el ministro Pache me han anunciado, no se ha efectuado todavía: lo espero con impaciencia, del mismo modo que las ulteriores instrucciones de V. para proceder: ahora no tenemos instante que perder.

Por los últimos informes que acabo de obtener, parece que la guarnición de Wesel está reforzada con diez ó doce mil hombres desde el 8 del corriente. Este cuerpo no puede tener por objeto sino el socorrer á Holanda en caso de ser atacada, ó quizás alguna empresa sobre Ruremunda y la izquierda de nuestros acantonamientos. Yo he reforzado éstos detrás del Roer, y ordenado á Lamarliere que emprenda retirada, si llega el caso, por el Roer sobre los puentes de Ruremunda y Wodorpt, replegándose en último caso sobre Geylen-Kirchen, lo cual nos protege perfectamente de cualquier revés.

Firmado: MIRANDA.

P. S.—Preveo muchas dificultades en la ejecución del plan de operaciones que me ha enviado V. La cosa me parece casi impracticable, según las reglas del arte; pero no dude V. por eso que haré por mi parte cuanto sea posible, y creo que el ejército también seguirá con la mejor voluntad, por la confianza que tiene en V. Temo únicamente que, aun en el caso de que acertemos, nos digan los instruídos: *casu et non arte.*

El General Dumouriez al General Miranda.

París, á 19 de enero de 1793,

año II de la República.

Contesto á un tiempo, mi querido Miranda, sus dos correos, por orden de fechas.

Remití inmediatamente el primero al Consejo y hé aquí su contestación firmada por Pache, el 18 de enero.

" El Consejo Ejecutivo provisional, General, ha re-
" cibido la carta que V. le ha escrito, referente á la
" operación de la Zelandia, con la copia de la del
" General Miranda. El Consejo, después de haber de-
" liberado sobre el contenido de ellas, ha resuelto que
" se suspenda de nuevo la proyectada expedición sobre
" la Zelandia, y ruega á V. lo avise al General
" Miranda, agregándole que desearía que este General
" oyera á los patriotas holandeses que deben dirigirse
" á Lieja, y adoptara medidas para verificar los proyec-
" tos anunciados de los zelandeses y sus diferentes in-
" formes. El General Miranda conservará, por lo demás,
" la situación de las tropas que se han puesto en
" marcha para esta operación, y que se hallan fuera del
" territorio francés."

V. vé, según esto, mi querido General, que estamos muy indecisos respecto de los enemigos que tenemos que combatir y del género de guerra que les hacemos. Yo no encuentro sino una sola ventaja en lo que había sido arreglado respecto del asunto de la Zelan-

dia, y es que eso le da á V. algunos miles de hombres más, que se han aproximado. Tiempo es de que conozcamos las fuerzas que tenemos en los Países Bajos. He recibido el estado del cuerpo de ejército que yo mandaba y el del General D'Harville, con fecha 12 de enero: ascendía á cincuenta mil hombres de infantería y cinco mil ochocientos de caballería, comprendidas las guarniciones de Bruselas, Malinas y Mons.

Obtenga V. por separado el estado del ejército de Valence ó de las Ardenas, que supongo ascienda á quince ó diez y seis mil hombres, de los cuales hay tres mil de caballería, á lo sumo.

Disponga V. que se levante un estado exacto del ejército del Norte que V. manda; auméntelo con todas las tropas que le envían á V. de Francia y con las guarniciones de Tournay, Courtray y demás puntos no comprendidos en el estado del 12 que me ha sido enviado por el General Lanoue. Hágame V. levantar estos dos estados y enviémelos inmediatamente, para que yo pueda coadyuvar con el Consejo y con la Junta de defensa general, apoyado en datos seguros.

Creo que si la guerra se declara entre nosotros y la Holanda y la Inglaterra, sólo hay que simular un ataque sobre la Zelandia; ocupar á Maestricht, Venloo, Güeldres, Emmerich; dejarnos caer sobre Nimega; y por las alturas de Amersfoort rodear á Utrecht, ganar la esclusa de Muyden que el Mariscal de Luxemburgo no logró en 1672, y entonces llegaremos sin dificultad á Amsterdam. En esta campaña, que debe ser muy rápida y que yo he meditado

largo tiempo, no hay que contar con los patriotas sino como auxiliar accesorio, y no fiarnos sino en nuestras propias fuerzas y medios de conquista. La Zelandia caerá entonces por sí misma, y la isla de Walcheren, aun cuando llegue á ser inexpugnable, se convertirá en triste retirada para la casa de Orange y para el gobierno del país, porque nosotros reuniremos los recursos de la marina holandesá á nuestros elementos de artillería para penetrar en aquélla, cuando no tengamos que hacer sino eso.

Es preciso, sin embargo, no solamente que atienda V. á cuanto le digan los patriotas holandeses sobre las facilidades de la empresa de la Zelandia, sino, al propio tiempo, que arbitre V. medios para verificarla; y es probable que esté al lado de V. actualmente un hombre que es muy idóneo para este género de asuntos: especie de *Buscón* que tiene el despacho de Teniente Coronel y se llama.... Hay que confiarle con precaución esta tarea, sin darle á entender el resultado; que pretextar el deseo de conocer por su medio la situación de Amsterdam y de Rotterdam; que recomendarle pase por la isla de Walcheren y observe si hacen en ella fortificaciones; y que regrese por Ostende, después de haberse cerciorado de la situación y del número de buques de la escuadrilla inglesa. Pero cuide V.: 1º de fijarle un número de días para su viaje; 2º no darle nada por escrito; 3º no darle á conocer ninguno de los patriotas holandeses cuyos informes debe verificar; 4º no hablarle de ningún proyecto sobre la Zelandia; 5º no proporcionarle sino el dinero

necesario para ida y vuelta, prometiéndole recompensas si sus informes son minuciosos y exactos.

En cuanto á Maestricht, tengo datos bastantes para esperar un triunfo completo en dicho punto: le enviaré á V. en estos días al Teniente Coronel H.... Es un oficial sajón que ha servido en Rusia, y á quien, en recompensa de los informes que él mismo fué á tomar sobre Maestricht, he agregado al Estado Mayor del ejército, porque me ha parecido superior al oficio de espía, que se prestó á desempeñar sólo en esta vez y eso por complacerme: él dará á V. informes los más exactos sobre aquella plaza, á lo que corresponderá V. con muestras de confianza.

No le hablaré á V. de los acontecimientos de este país. Procuro prepararlo todo como si debiera emprender la campaña; pero es muy posible que no la emprenda porque nada se decide, y, con toda certeza, sostendré mis indicaciones cualquiera que sea el resultado. V. ha leído mi carta á la Convención y las cuatro memorias á ella inclusas, sobre las cuales nada se ha estatuído todavía, y me parece que me costará mucho trabajo alcanzar una resolución en la forma que yo juzgo necesaria: de esto depende mi aceptación ó mi renuncia. Espero que su segundo correo, que será despachado inmediatamente, podrá llevarle respuestas definitivas sobre este asunto.

Siento que Marassé haya permitido al Mariscal de Campo Canolles que concurra á la barra de la Convención Nacional, como representante de la guarnición de Amberes: si hubiera V. leído la carta particular que

me escribe con tal motivo, sería V. más indulgente para con este anciano, respetable bajo todos conceptos, que le secundaría á V. perfectamente, si le demostrase V. más confianza. No se le puede imputar como una falta el que los efectos del campamento de V. se hayan quemado con el hospital de Amberes, puesto que él debió creerlos seguros en el almacen en que los colocó, y un incendio es una desgracia que no ha podido calcularse. Por esta razón, y sea cual fuere la contrariedad que esto le cause á V. no debe hacerlo responsable de ello.

En cuanto á los documentos que me envía V. referentes á la Junta de abastos, ya los esperaba, y temiendo que fuesen sustraídos, los he trasmitido al Consejo. Envío también una copia á la Junta de defensa general. Lo abrazo, mi querido Miranda, de todo corazón.

Firmado: El General DUMOURIEZ.

El General Miranda al General Dumouriez.

Lieja, á 23 de enero de 1793.

Recibí ayer tarde, mi querido General, su carta del 19. Hemos formado los tres estados de fuerza que V. me pide, con la exactitud posible y agregado á ellos las guarniciones del ejército de las Ardenas. El total lo verá V. en la demostración inclusa:

Ejército del Norte, con las guarniciones de Amberes y su distrito...	23.340 h.
Aumento	10.761 „
Ejército de las Ardenas	22.844 „
Guarniciones de las Ardenas.....	13.319 „

En este total no están comprendidas las guarniciones de Furnes, Nieuport, Ostende, Courtray, Tournay, Ath, y la antigua guarnición de Brujas. Hemos tomado, además de esto, todas las disposiciones, según los deseos de Ud. y esperamos sus órdenes para obrar ó hacer algunos movimientos.

He recibido á los comisarios bátavos, según los deseos del Poder Ejecutivo y de V., y le he enviado á V. en mi última carta el resultado de nuestra conversación.

El comisario austriaco encargado del canje de prisioneros de guerra, me escribe una carta de enredos acerca de la capitulación de Amberes, la cual carta me parece completamente contestada por la mía cuya copia incluyo á V.

Firmado: MIRANDA.

El General Miranda al General J. Perneti, Ayudante y Comisario de S. M.

Lieja, á 23 de enero de 1793,
año II de la República.

En contestación á la difusa carta que acaba V. de escribirme con fecha 5 de enero, y por la cual pre-

tende V. que la guarnición austriaca de la ciudadela de Amberes no debe considerarse como prisionera de guerra en la capitulación del 29 de noviembre, le envío á V. la declaración formal que el Coronel Molitor, que mandaba dicha ciudadela y que firmó la capitulación, rindió para prevenirnos contra los embrollos que yo presumía por parte de V. y que veo hoy por completo realizados:

"Yo, el infrascrito, declaro que antes de la capitulación
"de la ciudadela de Amberes, el señor Mariscal de Campo
"Ruault me manifestó verbalmente que la intención del
"señor Teniente General Comandante en Jefe Miranda,
"era que la guarnición entera se rindiese prisionera
"de guerra, aunque esto no estuviese especificado lo bas-
"tante en los artículos de dicha capitulación: que
"yo manifesté esta condición á todo el cuerpo de
"oficiales de mi guarnición, reunidos en mi casa
"con este motivo, los que unánimemente se sometie-
"ron á ella: que además di al salir de Amberes, al
"señor Teniente General Marassé un respaldo para que
"ni oficial ni soldado de esta guarnición pudiera ser
"vir hasta que se efectuase el canje. El artículo VII
"de la capitulación dice: los enfermos y heridos que-
"darán en el hospital y se les cuidará como á los de-
"más prisioneros de guerra."

Según este relato, ruego á V. me diga: ¿quiénes, los austriacos ó los franceses, han sido más *leales* en interpretar el verdadero sentido de la capitulación y en obrar según él?

Agregaré que cuando la guarnición estaba detenida en Amberes, como se solicitase de mí que las mujeres y los niños que se encontraban en la ciudadela en el momento de la rendición no estuviesen sujetos á canje, como los hombres, esto les fue concedido; y los demás, inclusive los enfermos, quedaron persuadidos de que eran prisioneros de guerra, que debían ser canjeados como tales; y en este sentido firmaron su compromiso y salieron para Colonia sin haberme dirigido nunca queja alguna sobre este asunto.—Ellos fueron los que hicieron y firmaron la susodicha capitulación.

Firmado: MIRANDA.

El General Miranda al Comisario de Guerra L....

Ciudadano:

Lo llamé á V. esta mañana para informarle de que las reiteradas quejas contra los dependientes ó serviciales de sus oficinas, no podían ser sino fundadas, y que yo defería al dicho de los soldados voluntarios que, en número de más de treinta, me las habían dirigido en diferentes ocasiones; é indiqué á V. que tomara medidas para prevenir quejas semejantes en lo porvenir.

El relato que V. me hace en su carta, es enteramente inexacto. Le exhorto á que cumpla su deber y prevenga los abusos de que se quejan los respetables voluntarios del ejército, quienes me aseguran

que vienen de una distancia de tres leguas, donde se hallan sus acantonamientos, y son muy mal recibidos por su Comisario. No puedo persuadirme de que tal número de hombres, respetables y honrados, falten á la verdad, y que sólo el Comisario L...., que me hace hoy un relato sofístico, sea infalible.

Firmado : MIRANDA.

El General en Jefe Dumouriez al General Miranda.

París, á 23 de enero de 1793.

Le he anunciado á V., mi querido Miranda, que abandonaba como V. el proyecto de la Zelandia; pero esto es una razón más para llevar adelante muy vigorosamente el del ataque de Maestricht, Venloo y Nimega. Yo daré quizás á Caok y á Bendels el insignificante socorro que reclaman, deferiendo á la idea en que están de lograr lo que desean con tres ó cuatro mil hombres, que es cuanto han pedido al Consejo Ejecutivo. Personalmente examinaré esto en el sitio mismo, dentro de pocos días.

La catástrofe del 21 nos torna probablemente en enemigos á todos los pueblos de Europa, y esto mismo juzga el Consejo Ejecutivo.

Nos queda todavía la incertidumbre acerca del partido que adoptará Inglaterra, el cual determinará nuestra conducta con respecto á Holanda. El Consejo, según el deseo de los ingleses y de los holandeses, se ha fija-

do en mí para que vaya á Inglaterra en embajada extraordinaria, con el objeto de hacer que se decida categóricamente esta nación por la paz ó por la guerra. En consecuencia, se ha dado orden á nuestro embajador Chauvelin para que regrese. Se envía mañana un agente secreto, muy conocido de Pitt y de Fox, para pedir á los dos partidos, es decir, á toda la nación, un salvoconducto para mí, y la seguridad de ser bien recibido, sea cual fuere el resultado del encargo: puesto que es un *sí* ó un *nó* lo que voy á pedir, como Catón en Cartago, esta comisión no durará más de ocho días.

En aguarda de la respuesta, seguiré mañana en la noche para Dunquerque, y de allí á Ostende, Nieuport, Brujas y Amberes, donde estaré á más tardar el 30. Esperaré en Amberes la llegada de mis caballos para continuar marcha á Ruremunda, Maseick y Tongres, y reunirme con V. en Lieja.

Se envía una persona de confianza á la Haya, á prevenir á milord Auckland y al gran pensionario Van-Spiegel para que se reunan conmigo según su solicitud, en la frontera, entre Amberes y Breda, con el objeto de entablar negociaciones. Esta corta permanencia en Amberes me dará tiempo para recibir el correo del Ministro Lebrun, que me traerá la respuesta de Londres. Si es categórica y amistosa, como parece que lo esperan aún, entonces volveré á pasar por París, para recibir la últimas instrucciones, ó iré, según lo que resuelva el Consejo, de Amberes á Calais, para embarcarme. Si, por el contrario, la respuesta fuere

ó negativa ó dilatoria, atacaré ocho días después á Maestricht, y practicaré un movimiento general para ponerle sitio, al mismo tiempo que se apodere V. de Venloo, donde no hay más que un batallón de guarnición. Tengo acerca de Maestricht ventajosas noticias que casi me aseguran el triunfo. Durante mi estadía en Amberes, obtendré del comercio de grado ó por fuerza, el empréstito, para tener los primeros recursos, y proceder. Hé aquí lo que V. tiene que hacer durante mi ausencia: ir V. mismo á Louvain y á San Trond, para disponer nuestra artillería, con el objeto de que pueda marchar á más tardar del 10 al 15 de febrero y dictar las disposiciones conducentes al sostenimiento de las tropas, sin que esto se trascienda. Lo que más importa es adelantarse á los prusianos de Wesel, á fin de que no se enteren tan pronto de nuestros preparativos. Le enviaré á V. de Amberes las disposiciones que dicte con relación á las subsistencias; pero anticípese V. sin pérdida de tiempo á ordenar al Comisario general y al proveedor, que hagan construír en Tongres cocinas portátiles para 30.000 hombres. Anuncie V. mi llegada como si fuera una visita de inspección á los cuarteles, la cual haré por orden del Consejo Ejecutivo y de la Junta de defensa general. No hable V. de ninguna manera de negociaciones; no porque haya de hacerse misterio de ellas, sino porque deben quedar secretas hasta tanto que hayan tenido bueno ó mal éxito. Esta medida es trascendental y noble. Si sale bien, disminuímos el número de nuestras enemigos y podremos hacer la misma guerra que en la campaña an-

terior. Si sale mal, nos adelantamos á los ingleses y á los prusianos; los sorprenderemos con el ataque de Holanda; simularemos un gran movimiento que salve al ejército de Custine; y quizás obtendremos en seguida más fácilmente la paz, pues á ello sólo debemos aspirar por razones que le descubriré á V. No vaya V. á encontrarme á Amberes, porque esto estorbaría la apariencia de visita que quiero dar á mi viaje. Nos daremos cita en Tongres ó en Ruremunda; pero si tiene V. que comunicarme algo muy importante, envíeme al General Thowenot á Amberes, que se lo devolveré á V. en seguida. Le escribiré á V. desde Amberes con más minuciosidad. Entretanto lo abrazo de todo corazón.

Firmado: El General en Jefe, DUMOURIEZ.

El General Miranda al General Dumouriez.

Lieja, á 28 de enero de 1793.

He recibido su carta del 23 de enero, y el Teniente Coronel..... salió ayer á cumplir la comisión que V. me ha ordenado. Irá á Amberes á darle á V. cuenta proximamente á los principios de febrero. Las cocinas portátiles se construyen en Tongres, según lo que me previno V. y se han dictado las disposiciones por V. indicadas.

Los enemigos aumentan sus fuerzas, haciendo pasar tropas por la orilla izquierda del Rin, todos los días, en mayor ó menor número. No creo, como Stingel, que alcancen á cincuenta mil hombres, pero sí me imagino que puedan ser en número de veinte y cin-

co mil. Según lo que me dice el General Lamarlière, parece que los prusianos han hecho pasar algunas tropas por Meurs y Kalde-Kirchen. Este movimiento puede tener por objeto la toma de Venloo ó tal vez la marcha de un cuerpo de tropas de Wesel sobre Holanda. *He enviado á Stingel un refuerzo de cinco mil hombres, alguna artillería, y tres oficiales de ingenieros para fortificar provisionalmente algunos puéstos.* Esta medida lo ha tranquilizado un poco, pero ello no impide que esté yo muy inquieto respecto de las avanzadas.

Firmado: MIRANDA.

El General Dumouriez al General Miranda.

Amberes, á 5 de febrero de 1793
año II de la Repóblica.

Tengo absoluta necesidad, General, del General Thowenot: es preciso que me traiga el estado de acantonamientos del ejército de V., del mío, del de Valence y del cuerpo de D'Harville. Sobre esto debo trazar el movimiento general, cuyo proyecto, en globo, es el siguiente:

1º V. se dirigirá con su cuerpo de ejército, cuatro piezas de á veinte cuatro y dos morteros, sobre Venloo, mientras que con el cuerpo de ejército que yo mando y parte del de Valence, estableceré el sitio de Maestricht con el resto de la artillería gruesa, para atacar bruscamente esta plaza, como lo hará V. tam-

bién con la de Venloo, donde no encontrará resistencia, por falta de guarnición. Por mi parte, obraré con mucha prontitud sobre *Maestricht, que espero se rinda á la tercera bomba.*

2º Durante esta operación, que espero no sea larga, Valence tomará posiciones sobre el Roer, y reconcentrará sus fuerzas.

3º Al propio tiempo el General D'Harville se reconcentrará por la parte de Namur para estar pronto á unirse á Valence, en el caso en que Clairfayt, reforzado con los socorros de Alemania y quizás reunido con los Prusianos, quiera intentar pasar el Roer. Si acaso Clairfayt quiere volver á bajar el Rin para unirse á los prusianos por el lado de Wesel y del país de Cleveres y dirigirse desde aquí á las provincias de Groningue y Jutphen, entonces D'Harville se quedará en la parte de Aix-la-Chapelle (1), mientras que Valence bajará el Roer hasta Ruremunda.

Espero, General, que acelerando nuestros movimientos, seremos dueños de estas dos plazas á fines de febrero; y ni entonces podremos descansar, pues iremos á tomar á un tiempo á Nimega y á Grave. Yo considero á Nimega, en el estado de guerra en que nos encontramos, como la llave de Holanda. Si nos adelantamos á los prusianos en este importantísimo puesto, estamos seguros de hallarnos quince días después en Amsterdam. *Todo esto parecería quimérico, si el país no se hubiese de-*

(1) Aix-la-Chapelle se llama en español *Aquisgram.* Para mayor claridad usamos el nombre en francés.

cidido en nuestro favor; pero cuantas informes tengo en este respecto, me inspiran esperanzas que juzgo muy fundadas.

He devuelto á V. al Teniente Coronel T.... cuyo viaje ha sido muy útil, y cuyos informes están enteramente de acuerdo con los que tengo de otros lugares. Voy á escribir al Teniente General Omoran, para que me informe exactamente acerca del número de tropas que tiene bajo sus órdenes. Es posible que yo juzgue útil hacer una concentración no muy numerosa cerca de Amberes, para penetrar entre Breda y Bois-le-Duc, en Gertruydenberg ó Heusden: este cuerpo menor, cuyo mando confiaré á Berneron, tendrá en jaque á todas las guarniciones, é impedirá el refuerzo de las de la frontera, las cuales debemos atacar.

Daré instrucciones muy claras á todos los jefes que conmigo cooperen: *sólo ruego á V. por el momento, que medite maduramente sobre este primer proyecto del plan de campaña, y me envíe sus observaciones con Thowenot*, á quien ruego á V. haga salir inmediatamente, pues no tenemos un instante que perder.

El General en Jefe,

Firmado: DUMOURIEZ.

P. S.—Envíeme V. al ciudadano Cantin, mi Secreario, con el Mariscal de Campo Thowenot.

El General Dumouriez al General Miranda.

Amberes, á 8 de febrero de 1793,
año II de la República.

Son las nueve de la mañana y Thowenot no ha llegado todavía: lo espero con la mayor impaciencia, para conocer minuciosamente el movimiento de las tropas. La toma de Venloo es de tal importancia, que le ruego á V. envíe inmediatamente un correo á Champmorin para que éntre allí antes que los prusianos. Si esto no se realiza, la campaña se perderá, y la defensa de los Países Bajos será muy azarosa. Yo no cifro esperanza, mi querido Miranda, sino en la extrema celeridad de la operación de Venloo. Envíe V. sin pérdida de tiempo á Champmorin dos morteros, si él no los tiene; ocupe Ud. también á Stewenswerdt, y entonces podrá Ud. utilizar el Mosa para su artillería y forrajes. Doy orden á Duval para que se reuna á Ud. inmediatamente. Si no sorprendemos, si no nos adelantamos á los holandeses y á los ingleses, estaremos perdidos para la primavera: sobre todo estará perdido este país que se halla mal dispuesto por nuestra culpa: *por lo tanto hagamos cosas increíbles, y hasta me atrevo á decir imposibles.*

Incluyo á V. la orden del Consejo, fecha 31. La declaración de guerra, que no me ha sido notificada todavía, es del 1º Esta orden es vaga y nada he recibido con posterioridad.

El General en Jefe,

Firmado: DUMOURIEZ.

P. S.—Remito un paquete que le ruego haga pasar en seguida á Maestricht.

El General Miranda al ciudadano Pache, Ministro de la Guerra.

Cuartel general en Lieja, á 9 de febrero de 1793, año II de la República.

Apesar de no haber recibido todavía, ciudadano Ministro, ninguna noticia oficial de la declaración de guerra á Holanda por la República Francesa, como la pública notoriedad no me deja duda alguna sobre este asunto, acabo de agregar á las disposiciones militares que tuve la honra de comunicar á V. ayer, las de tomar el fuerte de Stewenswerdt y el de San Miguel, el uno sobre la orilla derecha, y el otro sobre la orilla izquierda del Mosa, pertenecientes á los holandeses; y así lo verá V. por la copia que le acompaño de la orden dada á este efecto al Mariscal de Campo Champmorin. Entretanto, aguardo las instrucciones posteriores de U.

Olvidé comunicar á V. la orden general que dicté al ejército el 3 de febrero, con motivo de la muerte gloriosa del ciudadano Pelletier, ilustre mártir de la libertad. He creído que siguiendo el ejemplo dado por el Cuerpo Legislativo y por el Poder Ejecutivo, el ejército cumpliría con su deber.

Firmado: MIRANDA.

El General Dumouriez al General Miranda.

Amberes, á 11 de febrero de 1793, año II de la República.

El General Thowenot, mi querido Miranda, le dará á V. todos los pormenores respecto de la atrevida empresa

que he proyectado de propio movimiento, y que pondré por obra el 18 ó 19 á más tardar: le envío á V. á Thowenot para que en los mismos días y sin dilación, empieze V. á bombardear á Maestricht. Es preciso que apresure V. este ataque, pues ni la estación ni el tiempo son propicios para abrir un sitio regular. Todo depende, además, de la celeridad con que se desembaraze V. de este sitio para poder marchar inmediatamente sobre Nimega con veinte y cinco mil hombres de fuerza efectiva. Dejará V. los restantes á las órdenes de Lanoue, si el General Valence no hubiere llegado todavía. Dará V. á este oficial general órdenes é instrucciones para sostener á Aix-la-Chapelle y defender el paso del Roer.

Autorizo á V. para enganchar á todos los holandeses, alemanes y suizos de la guarnición de Maestricht que quieran unirse á V. Tome V. en esta ciudad todos los vestuarios y el armamento que encuentre en ella, aun el de la parte de la guarnición, que V. licenciará si hay una capitulación. En último caso les compraríamos sus vestidos; pero no debemos privar de ellos á nuestras tropas por dejar á esos tunantes bien vestidos. Para desembarazarse V. de los prisioneros, envíelos á Francia, sobre todo á los suizos y alemanes. Deje V. al General Leveneur en Maestricht con una guarnición, la cual no importa que sea fuerte, puesto que el General Lanoue la protegerá.

Si tuviéramos tiempo de obrar metódicamente, necesitaríamos que después de Maestricht tomase V. á Grave, pero como Nimega es la llave de las Provincias Uni-

das por este lado; como es preciso anticiparnos en esta parte á la llegada de las tropas prusianas; y como Grave está en un repliegue del Mosa, cubierta por Stewenswerdt y Venloo, que V. dejará ocupado, vale más que vaya V. directamente á Nimega.

Como V. empezará su expedición al propio tiempo que yo mi azarosa empresa, no podrá V. ya recibir ninguna orden mía; puesto que nuestra comunicación quedará enteramente interrumpida hasta que nos reunamos por retaguardia en virtud de la marcha que emprenderé sobre Utrecht, tan luego como la revolución se lleve á cabo en Rotterdam y Amsterdam, donde no me detendré, con el objeto de alcanzarlo á V. lo más pronto y relevarlo de esos asedios: y al efecto haré que la nueva república dé órdenes á los diferentes Comandantes. Probablemente llevaré conmigo un refuerzo de tropas holandesas. Si no triunfo completamente, trataré de apoderarme siquiera de Breda y aun quizás de Berg-op-Zoom ó de Bois-le-Duc, para cubrir á lo menos nuestro flanco izquierdo en la primavera.

Cuanto más atrevido considero mi proyecto de ataque, más esperanzas tengo de triunfar. Con fuerzas suficientes y tiempo, emprendería una marcha más metódica; pero en el caso en que nos encontramos, hay que dar sorpresas y golpes desesperados. Ruego á V. remita al General Thowenot los dos mapas de Alemania, pegados sobre tela, que ha debido V. encontrar en las gavetas de su escritorio. Procure V. enterarse de si el Ayudante General Pille y sus cuatro agregados, han salido de Lieja, como se los

ordené; de lo contrario, hágalos V. partir inmediatamente.

Emprendemos una obra tan difícil como audaz; este es el caso de decir: *vencer ó morir*. Nuestra íntima amistad nos allanará dificultades. V. es mi fiel segundo, y todo lo espero de V. En esta importante ocasión considero nuestra empresa como el único medio de salvar la República. Haga V. cumplir inmediatamente al comisario Petit-Jean, la orden de marcha que le comunico: es de todo punto necesario que éste venga á pasar conmigo cuarenta y ocho horas, puesto que sólo él puede procurarme los medios de no experimentar retraso en mi expedición. Tengo aquí un comisario de guerra novel y tímido, y no conozco los recursos del país. Petit-Jean se reunirá á V. inmediatamente. Creo que dentro de tres ó cuatro días, á más tardar, la artillería de V. se hallará frente á Maestricht, ciudad que bombardeará V. en seguida.

Tenga V. cuidado de hacer correr la voz de que no permaneceré aquí sino por algunos días, y que debo encontrarme con V. frente á Maestricht, ó más lejos, si Maestricht ha sido tomada para el 20; y para que no se murmure de esta dilación, diga V. públicamente que no me detengo aquí sino para levantar un empréstito de un millón doscientos mil florines, y que estoy seguro de conseguirlo. Le escribiré á V. otra vez antes de mi salida; pero después no cuente V. ya con noticia alguna mía hasta que nos reunamos. Adios, lo abrazo.

El General en Jefe,

Firmado: DUMOURIEZ.

P. S.—Incluyo á V. una orden para el capitán de carros Payen. Despáchelo inmediatamente.

El General Miranda al General Dumouriez.

Lieja, á 12 de febrero de 1793.

Acabo de recibir la carta de V. fechada en Amberes á 11 del corriente, y para cumplir, si fuere posible, todas las órdenes que V. me comunica, aguardo, impaciente, la llegada del General Thowenot.

Salieron ayer para Amberes los cuatro agregados exigidos por V.: respecto al Ayudante General Pille, se halla un tanto indispuesto de la salud; y si fuese dable á V. dejármelo en el ejército del Norte, allí me sería de muchísimo provecho. *Según las averiguaciones que he hecho expresamente con respecto á él, para verificar si lo que Thowenot me había dicho era verdad, encuentro que Pille es un hombre integro*, y puedo asegurar á V. que creo positivamente ser falso todo lo que Thowenot dice con referencia á aquél, y que al propio tiempo es *completamente infundado* el cargo casi general que se hace á Thowenot de carácter duro y envidioso.

Está en nuestro poder Stewenswerdt y acaso también Venloo, atacada probablemente y quizás tomada en estos momentos, según lo verá V. por las relaciones y órdenes de Champmorin, de todo lo cual envío á V. copia, así como de mi parte de ayer al Ministro de la Guerra. Me ocupo en hacer construír inmediatamente el puente de Visé, que considero muy importante para nuestras operaciones sobre Maestricht.

El canje de prisioneros de guerra se hace en Maseick, entre los comisarios austriacos y los nuestros, con buena inteligencia y sin dificultad. Proponen uno ó dos artículos para ser agregados como estipulación al tratado de canje, que someteré á la decisión de V.

El barón Senfft, anteriormente enviado de Prusia á Lieja, ha sido detenido al ir de Maestricht á Utrecht. Yo lo considero como prisionero de guerra; pero sin decidir esto, lo hago pasar á Bruselas donde esperará las órdenes de V. y su decisión en tal asunto.

Firmado: MIRANDA.

El General Dumouriez al General Miranda.

Amberes, á 13 de febrero de 1793,
año II de la República.

Envío á V., General, algunas de mis proclamas. Haga V. imprimir tres ó cuatro mil ejemplares y diríjalos por cuantos medios le sean posibles á los holandeses, que yo haré lo mismo por mi parte. Recibí su carta del 12, que me proporcionó gran placer. Espero que pronto me comunicará la noticia de la toma de Venloo, y estoy en la persuación de que antes del 17 estará V. en marcha y que los morteros habrán disparado ya sobre Maestricht. El príncipe de Hesse-Filipsthal, que manda en aquella plaza carece en absoluto de conocimientos militares. Le propondrá á V. quizás el evacuarla y el retirarse con su guarnición; porque el proyecto de los holandeses era formar un pequeño cuerpo de ejército,

y aguardar á los prusianos; y si se dejasen salir los 6.000 hombres de la guarnición de Maestricht, servirían de núcleo á este pequeño ejército, ó reforzarían las guarniciones de Arnheim y de Nimega. Esto es precisamente lo que debe evitarse, intimidando al Gobernador á quien hará V. personalmente responsable para con los habitantes de los estragos del bombardeo. Si le parece á V. que el sitio de Maestricht se prolonga, déjelo V. rematar por mi ejército y el de Valence, y marche V. personalmente sobre Nimega, tomando la mitad de los morteros y la de los cañones de á doce y diez y seis. Si, por el contrario, Maestricht se rinde á un ataque brusco combinado con el bombardeo, como lo espero, entonces estará V. más fuerte para el ataque de Nimega.

En la intimación que haga á la ciudad de Maestricht, no olvide V. dirigirse á los magistrados, además del Gobernador, y hacerlos personalmente responsables de los estragos causados por las bombas. Prevéngales V., y por medio de ellos á los habitantes, que á V. no le son malquistos sino los partidarios del Estatuder á quienes perseguirá con todo rigor; agrégueles que V. y nosotros estamos animados de amistad hacia la nación holandesa; que no es contra ella, sino en su favor, por lo que hacemos la guerra; y que no deseamos sino adelantarnos á los prusianos, que los vejarían, como ya lo han hecho. Ponga V. por escrito estos consejos en su estilo fogoso, y hágalos V. llegar á su destino por todas las vías posibles. Me notifican que las tropas brunsviquesas, al servicio de

Holanda, no tienen en absoluto la intención de pelear. Aprovéchese V. de este aviso.

Puede V. conservar en su ejército al *Ayudante General Pille*, que no podría avenirse con el General Thowenot. Este último puede tener el carácter un poco dominante; pero es un hombre demasiado necesario para no concederle esta insignificante satisfacción, *sobre todo, apreciando los hechos gravísimos que me ha referido y de los cuales hablaremos cuando nos veamos.*

Escribiré al General Moretón, para que envíe al barón de Senfft á Valenciennes, y una vez allí comunicaré su llegada al Ministro Lebrun para que se decida de su suerte.

Animo, amigo mío: si sacamos partido del arrojo francés en nuestra expedición, acertaremos; y este comienzo de la campaña nos proporcionará armas, uniformes, víveres, municiones y dinero.

El General en Jefe del ejército de Bélgica,

Firmado: DUMOURIEZ.

El Ministro de la Guerra al General Miranda.

París, á 14 de febrero de 1793.
año II de la República.

He recibido, ciudadano, la carta que ha escrito V. el 7 del corriente al Ministro de la Guerra. La declaración de guerra de la República Francesa contra Holanda é Inglaterra, debe haberle llegado á V. hoy oficial-

mente, y *apruebo en absoluto las medidas que ha tomado V. según esta determinación, aun antes de haber tenido conocimiento oficial de ella por conducto del Ministerio.* Manténgase V. en los fuertes de Stewenswerdt y de San Miguel, pertenecientes á los holandeses, y los cuales ocupa el General Champmorin por orden de V. Por lo demás, el General Dumouriez se halla actualmente á la cabeza de su ejército, destinado á la expedición de Holanda. El ha debido concertar con sus generales el plan de campaña, y por consiguiente, debe V. tener instrucciones para obrar de concierto con él y secundarle.

Agradezco á V. la noticia que me comunica de haber escrito á los Generales Leveneur, Stengel y Champmorin, cartas que contienen disposiciones muy acertadas, que debo aplaudir.

Apruebo igualmente la orden que ha dado V. con motivo de la muerte del ciudadano Pelletier: todo buen francés debe compartir el pesar que causa la pérdida del mártir de la libertad; y ha hecho V. bien en rendirle público testimonio con el luto general que ha ordenado al ejército.

El Ministro de la Guerra,

Firmado: BEURNONVILLE.

P. S.—Acabo de recibir su despacho del 11: voy á comunicar á la Convención la toma del fuerte de Stewenswerdt, noticia que le será tan grata como á mí.

Cuente V. con una sostenida actividad de mi parte, para remediar todos los males que nos abruman.

Sólo exijo un poco de paciencia á mis compañeros, y todo marchará bien.

Juzgo que mi nombramiento para el Ministerio no motiva felicitaciones. Me encontraba mejor al frente de mi ejército, pero un soldado no debe tener voluntad. Por lo demás, conozco los males, y á lo menos podré indicarlos.

El General Miranda al General Beurnonville.

Lieja, á 14 de febrero de 1793.

Recibo hoy, General, la noticia de la toma del fuerte holandés de San Miguel, sobre la orilla izquierda Mosa, y frente á Venloo, del cual fuerte se han apoderado nuestras tropas sin resistencia, habiendo hecho prisioneros algunos soldados holandeses que estaban de avanzada. Un desbordamiento extraordinario de las aguas del Mosa, durante estos días, ha impedido que ocupásemos igualmente las fortificaciones de Venloo, que está sobre la orilla derecha y donde los prusianos, aprovechándose de estas circunstancias, se encerraron con grandes fuerzas, asistidos por las tropas holandesas que los guardaban, y sostenidos por un cuerpo de infantería de ocho á diez mil hombres, según lo que se me informa. Disponemos siempre de la orilla izquierda del Mosa que protege todas nuestras operaciones sobre Holanda, mientras que los prusianos, con un cuerpo considerable de tropas, ocupan la Güeldres prusiana, y establecen baterías sobre la orilla derecha del Mosa.

No dudo que este cuerpo prusiano, fuerte según me dicen de más de quince mil hombres, tenga por objeto el socorrer á Holanda, en el caso en que nuestros ejércitos intenten la invasión de las Provincias Unidas; *y sólo en el caso de que estallase una revolución por la libertad en Holanda*, podríamos realizar esta operación, sin experimentar grande oposición por parte de las tropas prusianas.

Veo muy probable también que, desde el momento en que empieze el sitio ó bombardeo de Maestricht, *el ejército austriaco que está frente á nosotros sobre el Roer, y me dicen alcanza á más de cuarenta mil hombres, intentará un ataque sobre el nuestro situado detrás de este río cubriendo el sitio de Maestricht, para hacerlo levantar y salvar la plaza. Nuestras fuerzas no son bastantes, ni con mucho, para sostener con seguridad toda la extensión que ocupamos en este momento, y ejecutar las operaciones que vamos á emprender.* Supongo que el General en Jefe Dumouriez habrá instruído á V. particularmente de todo. He recibido sus órdenes, y todo el ejército se mueve para ejecutarlas con confianza y buena voluntad. *La empresa me parece asombrosa y muy difícil*, y por lo mismo espero que si el buen éxito no satisface por completo nuestros deseos y la esperanza que V. ha podido concebir, se nos concederá la indulgencia que un celo ardiente por el servicio y la gloria de la patria inspira á una nación libre que vé á sus hijos gozozos marchar al sacrificio.

Inclusas van la copia del informe del General Champmorin sobre la toma del fuerte San Miguel, una nota

del *Teniente General Boucher*, para que tenga V. la bondad de enviarnos á vuelta de correo los planos y memorias relativos á las fortificaciones de Maestricht, que necesitamos actualmente, y la copia de ciertas cartas de la, poco ha, marquesa de Favras, que contienen algunos informes interesantes. El otro documento es un despacho holandés con su traducción, dirigido á los magistrados de Maestricht, para que sean suprimidos los escritos patrióticos, que nuestras avanzadas sobre Maestricht han interceptado.

Firmado: MIRANDA.

El General Dumouriez al General Miranda.

Amberes, á 15 de febrero de 1793,

año II de la República.

El Comisario ordenador Petit-Jean, que acaba de llegar, me dice, mi querido General, que doce ó trece mil prusianos se han apoderado de Venloo y de sus alrededores. Esta noticia es muy desagradable, porque habiéndosenos adelantado en Venloo, serán dueños de esperarnos detrás del canal Eugenio, que va desde Venloo á Güeldres, ó de marchar á Ruremunda, si les llegan refuerzos, ó de extenderse por Holanda para oponerse á mi expedición. El último partido sería peligroso para ellos, porque si Maestricht no resiste por mucho tiempo, como lo espero, y si acierto á penetrar en el corazón de Holanda, como voy á intentarlo, marchando V. por su parte contra ellos con presteza á la

cabeza de veinte y cinco á treinta mil hombres, yo los atacaré por retaguardia y los pondremos entre dos fuegos.

Según esto, juzgará V. cuán importante es que el ataque de Maestricht sea brusco, y que pueda V. desde el primer día, establecer sus baterías de morteros. Envío á V. al Teniente Coronel.... á quien Beurnonville no ha podido dar otro título que el de agregado á los ayudantes generales. El dará á V. los pormenores más secretos sobre Maestricht, y V. empleará en seguida cuantos medios ha logrado aquél obtener para provocar la deserción de los suizos y alemanes. Forme V. acto continuo, bajo las órdenes de él, un batallón franco de ochocientos ó mil hombres con estos mismos desertores; cumpla V., para atraerlos y fijarlos, las promesas que él se vió obligado á hacerles. *No hay que preocuparse por dinero en este momento, pues la ciudad de Maestricht pagará todos los gastos. Deseo, y hasta me atrevo á esperar, que esta plaza no le resista más de dos ó tres días*, y que V. podrá continuar inmediatamente sobre los prusianos, deteniéndose sólo veinte y cuatro horas en Maestricht, y haciendo que marchen acto continuo sus columnas.

- Sería acertado destacar ahora mismo, si esto le es posible, algunas tropas que refuerzen al General Champmorin. Espero que se haya adueñado ya del fuerte de San Miguel, y de allí será muy fácil bombardear á Venloo. En cuanto se halle V. desembarazado del sitio de Maestricht, podrá V., acercándose á Venloo, desguarnecer á Ruremunda, ó no dejar en ella sino lo absolutamente in-

dispensable, y seguir á los prusianos sobre Nimega, mientras que cinco ó seis mil hombres bombardeán á Grave por la retaguardia de V. Piense V. cuán importante es, mi querido amigo, que entretenga V. á los prusianos, para impedir su marcha contra mí, pues no tengo sino quince mil hombres escasos. Sin embargo, no hay que retroceder: mi vanguardia saldrá el 18, y yo la seguiré el 19. Continúe V. esparciendo el rumor de mi llegada al ejército, y apresúrese V. á reunir artillería y trenes, para que no haya retardo después de la toma de Maestricht. De la prontitud de V. en secundarme, depende la suerte, no solamente de Holanda, sino de la República y de la libertad de los pueblos; pues si no alcanzamos buen éxito en nuestra invasión sobre Holanda, como no contamos ni con la amistad de los belgas, á quienes, por el contrario, hemos exasperado contra nosotros, ni con un ejército adecuado para la defensiva, seremos arrojados de Bélgica con la misma prontitud con que nos hemos adueñado de ella. *Todas las desgracias y la consternación seguirían á esta retirada, que tendría que ser desordenada;* y nos costaría mucho trabajo después el defender nuestro propio país. Tales son nuestros peligros; y sólo con el valor más indomable y con la mayor rapidez, podremos salvar á nuestra patria.

El General en Jefe del Ejército de Bélgica,

Firmado: DUMOURIEZ.

El General Dumouriez al General Miranda.

Amberes, á 16 de febrero de 1793.

año II de la República.

Thowenot se ha visto obligado, General, á detenerse en Bruselas y en Lovaina, y quizás en Tirlemont; pero su retraso contribuye al buen éxito de la expedición de V. *Estoy de acuerdo con V. y he apoyado cuanto ha dicho V. á Beurnonville. No creo, sin embargo, que Clairfayt tenga ya cuarenta mil hombres.* Sé que han trasladado á Luxemburgo al General Beaulieu, gravemente enfermo, y sé que su cuerpo de ejército carece de todo. Sé también que el ejército de Clairfayt se halla tan mal provisto como el nuestro, y no creo que pueda antes de tres semanas, moverse sobre el cuerpo de ejército que dejará V. reunido cerca de Aix-la-Chapelle, y en los acantonamientos del Roer: esta comisión podrá V. confiarla á Valence, que debe incorporársele. Autorizo á V. para que tome de mi ejército el contingente necesario para formar uno de veinte y cinco á treinta mil hombres, con el que V. tiene, y el excedente se lo confiará V. al General Valence para cubrir á Lieja y á Maestrich. Le dejará V. igualmente su Teniente General Leveneur, y como Comandante de Maestricht colocará V. al Teniente General Lanoue.

El General Eustace me ha escrito una carta trivial, según su estilo, en la cual se queja de que V. ha puesto dos gendarmes para que lo vigilen. Le ordeno dirigirse á París, y que los gendarmes de V. se unan al ejército, tan pronto como se haya puesto en

camino. *Este hombre no vale la pena de que se moleste V.*

Creo que se pondrá V. en marcha hoy ó mañana á más tardar. Debe V. haber recibido mi carta de ayer con el Teniente Coronel.... Dejo á Amberes mañana ó pasado mañana y no tardaré en intentar la gran aventura.

El General en Jefe del ejército de Bélgica,

Firmado: DUMOURIEZ.

El General Miranda, Comandante en Jefe, al General Lanoue.

Lieja, á 16 de febrero de 1793.

Es de toda necesidad, General, para el servicio de la República, que vaya V. inmediatamente á Aix-la-Chapelle á tomar el mando de las tropas del ejército de Bélgica que se hallan acantonadas entre el Roer y el Mosa.

El General Stengel, que las manda actualmente, ha recibido las órdenes necesarias para el arreglo de aquéllas y la pauta que se debe observar si los enemigos hicieren un movimiento sobre alguna parte de los acantonamientos y aún si pasaren el Roer. Hágase V. presentar estas órdenes; y obrando conforme á ellas, y de acuerdo con aquel respetable veterano, del mismo modo que con los Generales Miaczinsky y Dampierre, haga V. cuantos arreglos le dicten su prudencia y conocimientos militares para *defender vigorosamente el paso del Roer, ó librar batalla*

á los enemigos que lo hubieren pasado con la idea de introducir refuerzo de tropas en Maestricht, atacando á las nuestras que sostienen el sitio, ó con cualquier otro designio.

Después que haya V. hecho sus observaciones sobre la colocación de nuestras tropas y posición de las del enemigo, comuníqueme V. el resultado para que podamos obrar de acuerdo y pueda yo darle los socorros que nos permita la extensión de nuestras operaciones.

Firmado: MIRANDA.

El General Miranda al General Beurnonville, Ministro de la Guerra.

Lieja, á 17 de febrero de 1793.

Tengo la honra de enviar á V., General, copia de las órdenes que acabo de dictar para el arreglo de las tropas que componen los tres ejércitos de Bélgica, el Norte y las Ardenas, los cuales ocupan en la actualidad las orillas del Roer, las del Mosa, hasta el fuerte San Miguel, y sitian á Maestricht. Espero merezcan la aprobación de V.

Dentro de seis ú ocho días, á lo más, creo haber terminado el bombardeo de Maestricht para dirigirme inmediatamente después, por marchas rápidas, sobre Nimega, con un cuerpo de veinte y cinco mil hombres, con el fin reunirme ó apoyar al General Dumouriez que habrá penetrado en Holanda por otro lado, según lo que ambos hemos convenido. *No dejo de prever grandes*

dificultades en todas estas empresas; pero abrigo la esperanza de que las venceremos, por poco favorables que nos sean el tiempo ó la suerte.

Envío á V. diferentes documentos: 1º un infame impreso que los aristócratas de los alrededores han pretendido hacer circular en el ejército, y que el oficial á quien fué dirigido, me remitió acto continuo; 2º el reconocimiento militar hecho por los oficiales de artillería y por los ingenieros, para el bombardeo de Maestricht; 3º procedimientos militares contra el Mariscal de Campo Eustace, por desobediencia y otras faltas graves, provocados principalmente por una correspondencia con el Príncipe de Hesse, Gobernador de Maestricht, y que fueron enviados á París por el General Dumouriez. Algunos miembros de la Convención Nacional pueden informar acerca de la conducta anterior de este individuo, á quien conocieron personalmente en Burdeos, y de quien se quejaron, delante de mí, al ciudadano Lebrun, Ministro de Relaciones Exteriores.

Firmado: MIRANDA.

El Ministro de la Guerra al General Miranda.

París, á 17 de febrero de 1793,

año II de la República.

He recibido, General, su correo del 14 de este mes, y le agradezco mucho los pormenores que me da sobre la toma del fuerte San Miguel. Participo á la Con-

vención Nacional el éxito feliz de esta operación, dirigida por el General Champmorin. He visto con desagrado que el desbordamiento del Mosa impidiera á nuestras fuerzas dirigirse sobre Venloo, ocupado ya por los prusianos. No dudo que haya V. comunicado este incidente al General Dumouriez, y que reciba V. de él por momentos instrucciones respecto al curso que V. debe dar á sus operaciones. Las medidas de seguridad que ha tomado V. para enterarse de los movimientos de los enemigos, son muy acertadas, y lo excito á que las continúe. He visto los extractos de las cartas que han sido sorprendidas.

El Ayudante General S. Fief, mi agregado á la artillería y á los ingenieros, contesta al General Bouchet respecto de los pedidos que hace de planos y noticias relativos á Maestricht; el General D'Arçon, que debe estar actualmente de regreso al lado del General Dumouriez, se los ha llevado y va provisto de los informes que pueden ilustrar respecto del ataque de esta plaza: el General Bouchet puede pedirle transcripción de ellos.

El General Ministro de la Guerra,

Firmado: BEURNONVILLE.

P. S.—Tan pronto como obtenga los planos que desea Bouchet y que se solicitan, los remitiré á V.

El General Miranda al General Dumouriez.

Lieja, á 18 de febrero de 1793.

Verá V., mi General, por la copia inclusa de mi parte al Ministro de la Guerra, el arreglo de las tropas, y las disposiciones que dicté ayer para poner en ejecución las órdenes de V. Por aquel juzgará V. que de ninguna manera se puede efectuar el bombardeo, sino dentro de cuatro ó seis días á contar de hoy, y por consiguiente no se puede estar sobre Nimega con un cuerpo de veinte y cinco mil hombres sino el 26 ó el 28. Este cálculo me parece bastante probable, y creo poder efectuarlo, si accidentes imprevistos no trajeren algunos obstáculos que nos retarden. Cuente V. con esto para sus operaciones, ó déme V. otras instrucciones, si lo juzga oportuno. El Coronel..... llegó ayer, y sacaremos el mejor partido de sus correspondencias con Maestricht.

Envíenos V. al Comisario Petit-Jean lo más pronto posible, pues los que están aquí, en lugar de servirnos y de ayudarnos, no hacen sino entorpecer las cosas, y esto es lo que retarda principalmente nuestras operaciones, y lo que acabará por paralizarnos, si no se corta el mal á tiempo.

Firmado: MIRANDA.

El General Dumouriez al General Miranda.

Amberes, á 18 de febrero de 1793,
año II de la República.

Envío á V., mi querido Miranda, los dos patriotas holandeses, G*** Teniente Coronel, y G*** miembro de la Junta bátava, acompañados de muchas personas prácticas de los caminos. Estos señores están encargados de permanecer al lado de V. con autorización de la Junta, 1°: para revolucionar el país que V. debe recorrer; 2º para dar órdenes á nombre del pueblo soberano, representado por la Junta bátava, á los oficiales municipales y militares, y á toda banda armada y á toda agrupación de pueblo, para unirse á V. y entregarle las plazas, almacenes, arsenales etc.; 3º para solicitar á V. administradores, comisarios, proveedores de víveres y de forrajes, y cuanto sea necesario para la subsistencia del ejército; 4º para levantar empréstitos, sea por contribución ó por confiscación á los partidarios de la casa de Orange, y para entregar á V. los fondos que sean necesarios á la conservación del ejército, con que obra V. en la revolución de Holanda.

A proporción que penetremos en el país, la Junta bátava, se hará de nuevos miembros para atender así á la administración provisional, de la cual no se encargará según lo ha dicho sino cuando llegue el momento de la reunión precursora de una Convención Nacional.

Nosotros tenemos que obrar militarmente en esta revolución: la diferencia de hábitos, de usos y de idioma

imposibilitan la creación de clubs; y solo cuando hayamos ocupado el país, recibiremos nuevas instrucciones y nuevas órdenes, referentes al decreto de 15 de noviembre de 1792.

Puede V. depositar toda su confianza en estos dos miembros de la Junta bátava, compuesta de hombres honrados é inspirados por un patriotismo á toda prueba. No necesito recomendar á V. que los aloje en su casa y los trate con la distinción que ellos se merecen: V. honrará en ellos á hombres del todo diferentes á los belgas. Abrazo á V.,

El General en Jefe del ejército de Bélgica,

Firmado: DUMOURIEZ.

El General Dumouriez al General Miranda.

Amberes, á 19 de febrero de 1793,
año II de la República.

Las tardanzas que tengo que soportar, General, me impacientan sobremanera, y me impacientarían todavía más, si su carta del 18 no me probase que V. soporta las mismas tardanzas. *Esto justifica la idea que he tenido siempre de que se había obrado con sobrada precipitación al declarar la guerra. Era preciso alargar la negociación, hasta que yo hubiese estado dispuesto á entrar en Holanda, y poner sitio á Maestricht.* Apresúrese V. cuanto pueda. Petit-Jean, que no puede salir de aquí hasta el 21, irá á reunirse con V. en seguida: él me

anuncia que están en camino siete mil caballos que ha pedido al departamento del Norte para el ejército de V. Esperamos á los antiguos administradores de víveres y forrajes, que se han vuelto á tomar para el servicio de los ejércitos: así, espero que por esta parte, no nos faltará nada.

Thowenot le dará á V. cuenta del plan general que acabo de trazar para la recluta de tropas belgas, según el deseo del Ministro de la guerra. Pasado mañana estaré frente á Breda, la cual amenazaré con bombardeo, mientras que se procede á reunir los buques para mi grande expedición. Espero que los enemigos se engañarán creyendo que quiero detenerme delante de esta plaza, y atacar en seguida á Gertruydenberg. Estoy satisfecho con la carta escrita de Dusseldorf, porque si es verdadera, como lo imagino, Clairfayt no estará listo antes de algún tiempo. Anuncio á V. además, que excepto la caballería y los granaderos húngaros, el resto del ejército de éste se compone de nuevas levas, que no valen lo que las nuestras. Tome V. á Maestricht, porque no podemos estar seguros del Mosa sino cuando dispongamos de esta plaza.

Sé que la consternación en ella es muy grande; que la mayor parte de la guarnición tiene pocos deseos de guerrear; que cuanta menos regularidad ponga V. en ese sitio, más pronto alcanzará V. éxito feliz, porque el bombardeo fastidiará á la guarnición y horrorizará á los habitantes. *Hasta los emigrados que se han retirado á ella serán un estorbo más que facilite la rendición de la plaza. Todas las órdenes de V. á sus diferentes*

generales me parecen muy claras y muy en regla. Despacharé á V. un correo tan luego como salga de Amberes, y probablemente no recibirá V. noticias mías antes de que nos reunamos.

El General en Jefe del ejército de Bélgica,

Firmado : DUMOURIEZ.

P. S. *(escrito en español).*—Estamos en el hecho; no miremos atrás; pasó el tiempo de la prudencia y del método, y cada día que se pierde, acrece el peligro.

Como tengo aquí dos de los correos de V., reservo uno, que le despacharé mañana.

El General Miranda, Comandante en Jefe, al General Lanoue.

Lieja, á 19 de febrero de 1793.

Recibí, General, su carta escrita ayer en Aix-la-Chapelle. Dispuse que por el Jefe de Estado Mayor Thowenot, se hiciera un estado de la fuerza disponible que tiene V. bajo sus órdenes, y resulta de él que, con los cuerpos de los Generales Lamarche y Neuilly, que están también bajo las órdenes de V., y con cinco batallones que recibirá por momentos, y de los cuales salen hoy dos, *tendrá V. una fuerza efectiva de cerca de treinta mil hombres*, sin contar con el cuerpo de tres mil quinientos mandados por el General Lamarliere que cubre la izquierda de V., ni con el del General Le-

veneur, de seis mil hombres que está frente á Wyck ; todos en estado de apoyarlo á V. en caso necesario.

La artillería de V., según el estado que me presenta el General Anghest, Comandante en Jefe, consta en la actualidad de *veinte y dos piezas de sitio*, además de las de los batallones: cuatro ingenieros han sido empleados en fortificar los puntos que ellos han juzgado más convenientes. Así, General, es preciso que con esta fuerza trate V. de cumplir su propósito, mientras que nosotros terminamos las operaciones que se nos han ordenado por otro lado con menores fuerzas respectivamente.

Si juzga V. oportuno enviar copia de esta orden, á los Generales Lamarche y Neuilly, ó á otros, puede V. hacerlo, *para que el concierto y la armonía convenientes* reinen en todas partes.

Acabo de dar órdenes para que no falten fondos al hospital, y para que los forrajes sean abundantes.

Firmado: MIRANDA.

El General Miranda al ciudadano Lacroix, Comisario de la Convención Nacional, en el ejército de Bélgica.

Lieja, á 21 de febrero de 1793.

Con el objeto de poner á V., ciudadano, en actitud, de que conozca exactamente los motivos que me han determinado á atender la solicitad de la Junta encargada de vigilar á los ingleses en la ciudad de

Lieja, le acompaño copia, tanto de la orden que dí al General Thowenot, como de la nómina de dichos ingleses. Las correspondencias que la mayor parte de ellos sostenían, ya con los emigrados, ya con la guarnición de Maestricht, han hecho necesaria esta medida de precaución, tanto por ellos mismos como por la cosa pública.

LISTA de los ingleses denunciados por la Junta de vigilancia de la ciudad de Lieja.

B.—Grainger, en el muelle de Avron, su mujer y una señorita. Partirá solo el jueves en la diligencia. [*No ha partido.*]

La señora Tailla, mujer de un médico inglés, alojada en la fonda "*Señoras Inglesas,*" aunque tiene una casa en Hoche porte.

B.—Las Dallman, madre y sobrina, en el barrio San Gil, casa de Conna. Partirán juntas el viernes. [*No han partido.*]

Milady Clifford y sus dos hijas, casa de la señora Pechat, barrio de St. Jacques. Alojamiento reservado para al General Dumouriez, casa del canónigo Leuvreux, calle de Vertbois.

Stanhope con su mujer, guardia nacional, barrio de St. Jacques, casa del conde Lannoy. Se responde de ellos.

B.—Cearel, su mujer é hijos, gran amigo del Enviado de Holanda, alojado en casa de Bolen, impresor, muelle del Mosa. Partirá con su familia el jueves. [*Ha salido para Bruselas.*]

Milady Fitzgerald, con una sobrina que dicen ser grande amiga del Nuncio; su hermano y su hermana, hotel de Flandes.

B.—Richard con su familia, casa del muy rico propietario Bonhomme, en Avray. Partirá el jueves, á las ocho de la mañana, con su familia, con caballos de alquiler. [*Ha salido para Bruselas.*]

La señora Ryan. Convento de Santa Clara.

B.—Pourrés, irlandesa, negociante, en la esquina de la plaza cuando se viene del palacio. Partirá con su hijo, en la diligencia. [*No ha partido.*]

Certificado por nos, Mariscal de Campo, Comandante de la ciudad de Lieja, el 21 *de febrero de* 1793, *año II de la República.*

Firmado: YLHER.

N. B.—Los que llevan la señal *B* al lado de sus nombres, han sido más particularmente denunciados como sospechosos.

El Ministro de la Guerra al General Miranda.

París, á 22 de febrero de 1793,
año II de la República.

He recibido, General, su carta, fecha 17 de este mes, y las diferentes notas que venian con ella, sobre las disposiciones que V. ha ordenado para el sitio y bombardeo de Maestricht, siguiendo las instrucciones del General Dumouriez. *El plan de las operaciones de V., que he examinado con mucha atención, me ha parecido muy prudente y bien concertado.* Espero que el concierto que reina entre los diferentes jefes y el valor de nuestros compañeros de armas asegurarán el buen éxito. Aguardo con suma impaciencia noticias de V. y confío en que serán satisfactorias.

No contesto á V. en la presente sobre los demás puntos de su carta, porque trato de hacer que se me dé cuenta de ellos detenidamente. Le ruego á V. no dude de mi prontitud en hacer lo que V. desea, en cuanto de mí dependa.

El Ministro de la Guerra,

Firmado: BEURNONVILLE.

El General Dumouriez al General Miranda.

Groot-Zundertt, á 22 de febrero de 1793,

año II de la República.

Ya estoy en campaña: mi división de la izquierda, compuesta de nueve batallones, bloquea á Berg-op-Zoom; mi vanguardia que se encuentra sobre el Merk, se ha apoderado de algunos barcos, y espero que pasará á Dort con mi retaguardia y mi división de derecha que asciende á nueve batallones. Enviaré mañana á Devaux con una intimación muy severa, tanto para el Gobernador como para los magistrados, y de la cual envío á V. copia.

Devaux me ha referido su conversación con V. Espero que tome V. á Maestricht, y que desde este punto nos demos la mano entre Nimega y Utrecht. Si toma V. pronto á Nimega, tendrá también á Amersfoort, para cerrar totalmente la provincia de Utrecht á los alemanes.

No me detendré frente á Breda sino el tiempo necesario para reunir mis trasportes, pues mucho es ya el haber tomado diez y siete, al llegar. Si Breda se rinde, tomaré en ella artillería de todas clases, que me servirá muy bien en Holanda, y encontraré allí todos los pontones que puede necesitar la República. Ya juzgará V. que estoy algo ocupado y que apenas tengo tiempo para abrazarlo.

El General en Jefe de los ejércitos de Bélgica,

Firmado: DUMOURIEZ.

El General Miranda al General Dumouriez.

Hochten, á 25 de febrero de 1793.

Mi General: he aquí el parte que he dirigido hoy al Ministro de la Guerra, el cual parte pondrá á V. al corriente de cuanto he podido hacer en virtud de las órdenes de V. Veremos si el apuro en que se halla en este momento la ciudad de Maestricht, que arde por cinco puntos diferentes, obliga al Gobernador ó á los magistrados á rendírnosla: si esto no se verifica, cuento ponerme en movimiento dentro de cuatro ó cinco días, para ir á reunirme á V. en Grave ó en Nimega. Me es imposible practicar más pronto este movimiento, en atención á que todavía no se me ha incorporado el Comisario Petit-Jean, y no cuento con ningún recurso en las comisarías actuales, pues se ha dejado á este ejército sin Comisario general; *y hénos aquí casi detenidos por la desorganización de las comisarías y la falta de subsistencias en los puntos indicados, que es consecuencia inmediata de aquella falta.*

Sin embargo, habiéndome prometido llegar hoy el Comisario Petit-Jean, me pondré de acuerdo con él, y cuente V. con que no perderé un instante en ejecutar las órdenes de V.

Firmado: MIRANDA.

El General Miranda al General Beurnonville Ministro de la Guerra.

Hochten, á 25 de febrero de 1793.

Se ha puesto sitio á Maestricht, según las órdenes que he recibido, por un cuerpo de tropas de doce mil hombres: en la orilla derecha hemos procedido á la formación de las obras y baterías necesarias para el bombardeo. Todo se ha terminado felizmente el 23, en la altura de Cauwenbergh, á cuatrocientas toesas del camino dominado por la plaza, y tan sólo con la pérdida de tres hombres muertos, apesar del fuego constante de la plaza sobre nuestros trabajos.

Pronto á romper los fuegos ayer al medio día, envié las intimaciones que le incluyo, al Comandante general y á los miembros de la magistratura de Maestricht. La contestación del Principe de Hesse, Gobernador de la plaza (de la cual remito copia) fué una negativa.... haciéndome decir verbalmente por el Coronel Arnaudin, que estimaba extraña dicha intimación, puesto que no sabía que la nación holandesa hubiese declarado la guerra á Francia, y que si yo se lo permitía, enviaría un correo á LL. HH. PP. para pedir instrucciones sobre este punto.

Nuestros fuegos empezaron por la noche, secundados por otra batería de morteros, construída frente á Wick, y poco después, declaróse un incendio en la ciudad: los enemigos consiguieron extinguirlo; pero esta mañana, á eso de la diez, empezó de nuevo con mayor fuerza, y Maestricht arde en este momento.

El enemigo ha hecho durante el sitio, dos salidas, cada una como con doscientos hombres, por el lado de Wyck y por la puerta de San Pedro: nuestras tropas lo han rechazado fácilmente con pérdidas por parte suya, sin que hayamos tenido nosotros ningún muerto.

Me apresuro á terminar esta operación para ejecutar las otras más importantes de que estoy encargado por el General Dumouriez, como he tenido la honra de comunicarlo á V. en mis anteriores partes; *pero no debo ocultar á V. que la falta de Comisario general* en este ejército, me pone actualmente en la imposibilidad de ejecutar estas operaciones en el tiempo convenido, lo cual puede acarrear las más fatales consecuencias para los intereses de la República.

Firmado: MIRANDA.

El General Dumouriez al General Miranda.

Zevenbugen, á 26 de febrero de 1793, año II de la República.

Estoy persuadido, mi querido General, de que su primer correo me traerá la noticia de la rendición de Maestricht: calculo que habiéndola incendiado desde el 25, en cinco puntos diferentes, habrá V. continuado con buen éxito, y que los burgueses concluirán por cansarse y quizás por imponer la ley al Gobernador. La noticia de la toma de Breda va, además, á sembrar la consternación en dicha ciudad. El General Berne-

ron acaba de tomar la ciudad de Klundert: mañana atacará la de Williamstadt; pasado mañana haré atacar á Gertruydenberg; y durante este tiempo dispondré nuestras baterías de la costa, que he reconocido perfectamente, y que me inspiran las mayores esperanzas. Para el pasaje dispongo de veinte y una barcas-pontones, que dan unas ochocientas toneladas, y cinco ó seis lanchas muy buenas para el abordaje. La artillería de Breda y la de Klundert me servirán para las baterías y para establecer fuegos cruzados durante el pasaje de la vanguardia. Por este medio pondré fuera de combate una docena de buques armados sin que me ocasionen mucho daño. Y aun es posible que me posesione de algunos para que me escolten hasta Rotterdam. V. juzga que el parque de Breda es muy numeroso: el de Klundert me da mil quinientos buenos fusiles, unas diez piezas de artillería además de las cincuenta que he encontrado aquí, más de dos mil bombas de diez pulgadas, diez y ocho mil libras de pólvora y cantidad considerable de ducados, provenientes, tanto de los ofrecimientos voluntarios de los buenos habitantes, como del embargo de los bienes del Príncipe de Orange. He sacado también mil sacos de avena y de trigo y algún forraje. Espero haber pasado antes del 5 de marzo; y es casi de creerse que entonces no tenga que hacer sino viajar y apenas combatir. Aprovéchese V. de la consternación que todas estas buenas noticias deben producir por esos [illegible] Extienda V. los brazos lo más que pueda para que podamos reunirnos por Nimega, y bailar juntos la carmañola.

He escrito á Beurnonville de la manera más apremiante, sobre la necesidad de enviar á V. inmediatamente á Malus, pues la actividad de Petit-Jean es necesaria en Holanda para sacar de allí todos los recursos con qué hacer la guerra en los Países Bajos. He encargado al General Thowenot que apresure la formación de veinte y cinco á treinta batallones belgas, y al efecto, cada comandante, oficial general, etc., está encargado de una parte de esta organización en su respectivo distrito. Así, espero que antes del mes de mayo tengamos á lo menos veinte y cinco mil hombres de infantería belga que agregar á nuestro ejército. Nuestros voluntarios volverán á unírsenos en tropel, tan luego como sepan nuestros triunfos; de modo que espero podamos reunir en mi campo ciento cincuenta mil hombres, con los cuales me divertiré haciéndoles algunas muecas á los déspotas que nos atacan. *Adiós, mi querido compañero; mantenga buen fuego, beba en regla, consérvese bueno y esté alegre.*

El General en Jefe de los ejércitos de Bélgica,

Firmado: DUMOURIEZ.

El General Miranda al General Dumouriez.

Hochten, á 27 de febrero de 1793.

Mi querido General:

Después de mi última carta hemos continuado hostilizando fuertemente la ciudad, sin que sus fuegos, aunque muy vivos, nos hayan incomodado mucho. He aprovechado la ocasión favorable que me ofrecía la

feliz noticia que he recibido de V. esta mañana, para escribir al Gobernador de Maestricht la carta, cuya copia acompaño (*), con su contestación; y la de los magistrados. En esta vez no han dejado entrar al Coronel

(*) *Intimaciones á los magistrados y al Comandante de Maestricht.*

LIBERTAD, IGUALDAD.

EN NOMBRE DE LA REPÚBLICA FRANCESA,

El Teniente General Francisco Miranda, Comandante en Jefe del ejército de la República francesa, frente á Maestreiht,

A los magistrados del pueblo libre de la ciudad de Maestricht.

Forzada la nación francesa á declarar la guerra al Estatuder y á sus partidarios, quiere romper las cadenas de los bátavos y en tal virtud entraremos en vuestra ciudad como hermanos y amigos. Por lo tanto, haremos la guerra, no contra vosotros, sino en vuestro favor.

Acabo de establecer sitio contra vuestra ciudad, el cual continuaré, si á ello se me obliga. La guarnición y los partidarios del Estatuder no pueden defender aquélla con buen éxito: les intimo, por tanto, que la rindan.

Vuestro deber, como representantes del pueblo, es evitar á éste los desastres y calamidades de una defensa inútil. Os requiero, en nombre de la humanidad y por vuestra conservación personal, que induzcáis ú obliguéis al Comandante y oficiales á entregar la plaza, sin demora alguna, á las tropas de la República francesa.

Os declaro, magistrados del pueblo, que si desgraciadamente me forzáis á disparar sobre la ciudad, os haré personalmente responsables del irreparable daño que vuestra debilidad ó connivencia con nuestros enemigos atraiga sobre vuestra patria; y vuestra pena capital servirá de ejemplo á los satélites del despotismo, y lavará la injuria de la nación.

Soy el amigo del pueblo bátavo,

F. MIRANDA.

P. S. La declaración de la Junta bátava, recordándoos vuestros deberes, os hará, sin duda, acceder á mi petición.

Arnaudin, ora para que no se imponga del deplorable estado de la plaza, ora por el temor de que su presencia cause algún tumulto del cual se habrían apro-

---

En el cuartel general de Hochten, á 24 de febrero de 1793, año segundo de la República francesa, á las cuatro de la tarde.

EN NOMBRE DE LA REPÚBLICA FRANCESA.

El Teniente General Francisco Miranda, Comandante en Jefe del ejército de la República francesa, frente á Maestricht.

Intimo al Comandante militar de las tropas holandesas de Maestricht que se rinda dentro de tres horas y entregue la plaza á las armas de la República francesa, para evitar á la población los horrores de un bombardeo y de un sitio, el incendio y la destrucción de la ciudad.

Y declaro al Comandante que, si comete la imprudencia de aventurar una defensa tan inútil como temeraria; si se opone á que la carta inclusa sea entregada á los magistrados de Maestricht, y si intercepta su respuesta: esta criminal audacia será rigurosamente castigada, y el General de la República se verá obligado á hacer pasar al filo de la espada á todos los oficiales de la guarnición.

Los ciudadanos bátavos y los soldados que, con repugnancia combaten á los amigos de la libertad y de la igualdad, serán admitidos á la fraternidad y á la protección de la nación francesa, que, habiendo sido forzada á declarar la guerra al Estatuder y á sus partidarios, aprovecha con prontitud la ocasión favorable que sus usurpadores le han proporcionado para restablecer la soberanía nacional y los sagrados é imprescriptibles derechos del pueblo.

F. MIRANDA.

La declaración inclusa, hecha por la Junta bátava á las tropas de la República de las Provincias Unidas, llamándolas al cumplimiento de su deber, debe bastar á decidirlas para que accedan á mi intimación.

En el Cuartel General de Hochten, á 24 de febrero de 1793, año II de la República francesa, á las cuatro de la tarde.

vechado los patriotas. Pero la conversación que este oficial ha tenido con un anciano brunsviquense que guardaba la puerta, le ha hecho juzgar que la ciudad se encuentra en el mayor apuro; y auguro en tal virtud que continuando nuestro bombardeo y calentándolo con algunas balas rojas, la plaza se abrirá á las tropas francesas antes de diez días. Confiaré este cuidado al General Valence y á su ejército, para ir á reunirme con V.

Este General ha venido aquí á verme y lo he impuesto de los planes de V. Me ha parecido muy bien dispuesto á prestar su concurso, por cuantos medios estén á su alcance. Me ha escrito después desde Lieja para confirmarme sus buenas disposiciones.

Thowenot y Petit-Jean vinieron ayer á verme, y de común acuerdo hemos concertado nuestras operaciones. He convenido con Thowenot en que un cuerpo de diez mil hombres marche á ocupar los mismos puestos que yo dejo frente á Maestricht, mientras que he proyectado hacer un movimiento de un modo inadvertido, que empieza mañana con el objeto de dirigirme sobre Kessel y Grave, con un cuerpo de veinte á veinte y tres mil hombres, con el cual estaremos allí del 4 al 6. Diariamente le comunicaré cuanto ocurra. Las noticias que he recibido de Champmorin, por las dos cartas que en copia le acompaño, me deciden, si los caminos que hago reconocer son practicables, á adelantarme por la izquierda del Mosa. Como la división de este General debe formar, como es natural, mi vanguardia, estaré así más pronto sobre Grave

y Nimega. Pero en tal situación sería imprudencia no dejar cuatro ó cinco mil hombres á retaguardia, sobre Ruremunda. El General Valence no podría bastarse para ello, pues debe también al propio tiempo suministrar tropas en la orilla del Roer y en el bloqueo de Maestricht. Me propongo dejar á Lamarliere frente á Ruremunda con el cuerpo de tropas que tiene á sus órdenes, el cual refuerzo agregándolo al ejército de las Ardenas, para que haga partir las tropas que están en la orilla derecha del Mosa, fuera de que Lamarliere se halla muy bien situado para este arreglo.

Las posiciones que ocupamos del lado de Beaulieu son excelentes. Por la copia de los partes que recibí ayer de D'Harville, verá V. que se ha extendido sobre Luxemburgo, desalojando al enemigo de la pequeña ciudad de Laroche, punto que importaba mucho ocupar para poder descubrir el movimiento de los enemigos desde las alturas de Houffalise y de Laroche. *Doy cuenta de ello al Ministro, y he enviado todos los partes á Valence con quien deberá corresponder en adelante.*

El Coronel*** me parece no muy apto para ejecutar lo que le ha prometido á V. Ha pedido que se le coloque en Reckem para la continuación de sus operaciones.

Firmado : MIRANDA.

El General Miranda al General Beurnonville, Ministro de la Guerra.

Hochten, á 27 de febrero de 1793.

Desde las últimas noticias que tuve la honra de comunicar á V., General, por mi carta de 25 de este mes,

nuestro bombardeo ha continuado siempre con buen éxito, poniendo á la ciudad en el mayor apuro, por medio de repetidos incendios.

Habiendo recibido esta mañana la noticia de la rendición de Breda, he aprovechado esta ocasión para repetir al Gobernador y á los Magistrados de Maestricht, la repugnancia que experimentábamos al hacer uso de medios tan rigurosos contra habitantes que deseábamos tener por hermanos y amigos. Escribí en consecuencia la carta cuya copia va inclusa (*) para acreditarles estos sentimientos, é invitarles á poner la plaza bajo la salvaguardia de las armas francesas. El oficial que envié con este mensaje, no fué recibido en la plaza, por el aparente temor

---

[*] Hochten, á 27 de febrero de 1793.

El General Miranda al Gobernador de Maestricht.

Habiendo esperado dos días la contestación prometida de los Magistrados de la ciudad de Maestricht, ruego á V. considere y les haga saber, que si se obstinan en rehusarnos una respuesta satisfactoria á las equitativas y fraternales proposiciones que les han sido hechas en nombre de la República francesa, emplearemos los medios extremos para reducir la plaza, llevándola á su ruina total.

Debo informar á V. y anunciarle oficialmente, que un ejército francés, á las órdenes del General Dumouriez, está ya en posesión de la plaza de Breda y de otras dos fortalezas, y que en este momento debe haber penetrado en el interior de Holanda.

Tales circunstancias deben convencer á VV. de la inutilidad de una resistencia superflua, y que no conduciría sino á la ruina de los habitantes á quienes deseamos tratar como hermanos, y quienes tal vez no son, en efecto, sino inocentes víctimas del interés particular.

El General, etc. *Firmado :* MIRANDA.

de que observase los estragos que nuestro bombardeo había ocasionado, según se lo hizo comprender suficientemente por su conversación, el Oficial de guardia de la avanzada. Pero el Gobernador y los Magistrados enviaron la respuesta evasiva cuya copia incluyo.

Hacemos preparar algunas baterías de cañones, que, con el fuego de las bombas, reducirán la plaza á la necesidad indispensable de rendirse dentro de pocos días, mayormente si nuestros triunfos en Holanda continúan. Un grupo de tropas del ejército de Bélgica, de diez mil hombres, se encargará de esta comisión; y al efecto ocupará las posiciones frente á Maestricht, que las tropas de mi mando ocupan en este momento, para continuar el sitio y el ataque, mientras que el ejército que rijo, cuya vanguardia se halla actualmente en la orilla izquierda del Mosa, más allá de Venloo, se dirige sobre Grave, para secundar las operaciones del General Dumouriez en Holanda, según hemos convenido.

El General D'Harville acaba de comunicarme oficialmente la toma del puesto de Laroche, que ocupaban los austriacos sobre el antiguo camino de Luxemburgo á Namur, y del cual, en mi opinión, los ha echado con feliz éxito, y sin ninguna pérdida.

Firmado: MIRANDA.

El General Miranda al General Leveneur.

Hochten, á 28 de febrero de 1793.

Ruego á V., General, que haga venir de San Trond ó de Lieja cuatro piezas de artillería de á doce, y las

coloque detrás de un buen parapeto, para que pueda V. disparar algunas balas rojas de rebote, sobre la parte de Wyck, mientras que nosotros hacemos lo mismo por este lado, sobre Maestricht, con piezas de á diez y séis. Este último expediente, unido á la ruina que los incendios causados por el bombardeo, han ocasionado en la ciudad, nos dará la plaza tal vez en pocos días: es cuanto podemos hacer en la actual estación con los medios y órdenes que se me han dado. Repito á V. una vez más que la intención no es de establecer un sitio, sino pura y simplemente un bombardeo.

Dos oficiales que llegaron aquí esta mañana de parte de V. me han asegurado que algunos sirvientes de emigrados, que salían de Maestricht por la fortificación de Wyck han sido incorporados á la división de V. Le recomiendo á V. en esto la mayor prudencia, porque las leyes contra cualesquiera emigrados, son muy severas; y estos individuos, sirviendo probablemente de espías á nuestros enemigos, [*] podrían ocasionar graves males á los intereses de la República, á la cual servimos con la más estricta severidad. Otro oficial del Estado Mayor [**] de V. ha llegado después pidiendo pareceres sobre la posición de su batería, y muy pronto empezó á dictarnos preceptos obligándonos á creer que cuanto hacíamos aquí no tenía sino las apariencias de sitio, etc. V. comprenderá muy bien que

[*] El Barón de Malsen salió disfrazado de sacerdote y se trasladó al ejército enemigo, después de haber conferenciado con el General M...., circunstancia que el General M.... supo algunos años después en Londres. (*Nota de Antepara*).

[**] Joubert.

este paso, de parte de aquél, no era cosa que debía yo aprobar ni oír con paciencia. Procure V. realizar su operación en el sentido simple y literal que indican sus órdenes, conformes en todo á las intenciones del General en Jefe Dumouriez, y no según el espíritu que parece darles este oficial de su Estado Mayor, que ha venido á hablarme sobre este asunto, esta mañana, de parte de V.

Si á pesar de esto, hay algo en este parque que pueda serle á V. útil para la nueva batería de á doce, no tiene V. más que pedirlo al General de la artillería Hanghest, que se lo proporcionará.

Firmado: MIRANDA.

El Ministro de la Guerra al General Miranda.

París, á 2 de marzo de 1793,
año II de la República.

He recibido, General, con su carta de 27 del pasado, los pormenores que me ha enviado V., sobre la continuación del ataque de Maestricht. No me extraña de ninguna manera la resistencia que opone esa plaza: cinco ó seis mil emigrados, al frente de los cuales se halla Autichamp, y que no ven por todas partes sino la muerte, deben impedir á los habitantes que se rindan, como éstos, tal vez, lo desearían. Hay que triunfar de esta resistencia: la constancia y la obstinación de un General, de origen español, deben vencerla. Confío, pues, en la actitud de V. y en que continuará precipitando

este importante ataque. Un fuego sin tregua debe someter al fin esa plaza: es, pues, preciso quemar hasta las murallas, si se persiste en no ceder.

Apruebo las disposiciones de V. respecto á la marcha del ejército que manda sobre Grave, para secundar las operaciones del General Dumouriez, dejando diez mil hombres del ejército de Bélgica los cuales continuarán e sitio de Maestricht.

He visto con placer que la posición de la vanguardia de V., más allá de Venloo, era tan importante como podía desearse, y hago justicia á las disposiciones del General Champmorin, que son muy buenas y mantienen en jaque á los prusianos por esa parte. Es también un triunfo el haber arrojado á los austriacos del puesto de Laroche. La actividad de las tropas que lo han alcanzado, no deja nada que desear. Por todas partes se conoce lo que puede el ardimiento del soldado francés, y ello es el más dichoso augurio para el término de la campaña en que entramos.

Firmado : BEURNONVILLE.

POR DUPLICADO.

El General Valence al General Dumouriez.

Lieja, á 2 de marzo de 1793,
año II de la República.

Se ha disipado nuestra ilusión de Holanda, mi que-

rido General: lo que había previsto ha sucedido. Los enemigos atacaron á Lanoue en sus acantonamientos de derecha é izquierda. Este se vió obligado á establecer su campamento frente á Aix-la-Chapelle, de donde fué desalojado. La primera noticia del ataque me llegó ayer á las once de la noche, y esta mañana á las cinco me anunciaron que evacuaba á Aix y se retiraba á Herve. En virtud de tan desagradable noticia, creo que es preciso que nos sostengamos el tiempo que sea necesario, para que Miranda se decida á pasar el Mosa, á dar la batalla, ó á levantar el sitio de Maestricht, si no quiere pasar el indicado río. Creemos Thowenot y yo, que es preciso, si Miranda toma este partido, que Leveneur se retire hacia nosotros, y destruya el *puente de Visé*, para que Miranda, durante este tiempo, tome posiciones é impida á los enemigos que pasen por Maestricht.

La Providencia que vela por Francia ha hecho que V., mi General, no se haya embarcado. Vuele V. aquí: *yo declaro que si V. no viene, no estoy en aptitud de mandar fuerzas en tal posición:* recuerde V. que yo había manifestado esto al Ministro cuando quiso que reemplazase á V. durante su primera ausencia. Es evidente que la expedición de Holanda no podrá verificarse cuando nos hayan hecho levantar el sitio de Maestricht. En todo caso V. puede estar aquí, dentro de *veinticuatro ó treinta horas;* vuele V., se lo repito, y llegará V. á tiempo para decidir respecto del partido que quiera V. tomar. No tengo aún noticia alguna de la izquierda de los acantonamientos, donde está Chamboran, etc.... Vuele V. aquí: *refuerce á Malinas y ten-*

drá V. tiempo, cuando haya llegado, de decidir lo que quiera V. hacer del ejército que ha tomado á Breda.

El General en Jefe,

Firmado: C. VALENCE.

P. S.—Aun cuando quisiera V. seguir su proyecto de Holanda, hay que cambiar el plan de campaña y sólo V. puede hacerlo: *los minutos son siglos.*

Sólo V., dirigiéndolo todo, puede ordenar un movimiento que someta á Maestricht ó á nuestra retirada, á las contingencias de una batalla.

El General Miranda al General Valence.

Hochten, á 2 de marzo de 1793.

Mi querido General:

En la situación en que nos hallamos, después de haber sido rechazadas nuestras avanzadas, y de estar V. con todo el cuerpo de tropas entre el Roer y el Mosa, imposibilitado para impedir al enemigo que entre en Maestricht por el puente de Wyck, el partido que debemos tomar es el de hacer repasar á Leveneur por Visé, y uniéndome á él con el cuerpo de tropas que sitian á Maestricht, tomar posiciones entre Visé y Tongres para proteger la retirada de mi artillería y contener al enemigo hasta que unidas nuestras fuerzas, nos hallemos en estado de atacar al enemigo y romperlo. Los cuerpos de Champmorin y de Lamarliere, con-

servando la orilla izquierda del Mosa, podrán contener á los prusianos; lo que facilitará el movimiento que el General Dumouriez quiera efectuar después que conozca nuestra posición actual. *Me asegura el oficial de ingenieros Tardy que todos los Generales han calculado la fuerza de los enemigos en treinta mil hombres á lo menos;* y yo no podré, con un cuerpo de tropas de diez á doce mil hombres, á lo sumo, abandonar la artillería y marchar sobre ellos para detenerlos, en tanto que una guarnición de siete mil hombres podría atacarme por retaguardia. En previsión de esto doy mis órdenes y ruego á V. me comunique todas sus disposiciones para obrar de acuerdo.

Firmado: MIRANDA.

El General Miranda al General Valence.

Tongres, á 3 de marzo de 1793,
á las 10 de la mañana.

En este momento y al llegar aquí, recibo, mi querido General, la carta de V. de esta mañana. Sostengo á Tongres con un cuerpo de tropas de seis mil hombres: y ordeno á Leveneur que con otro igual mantenga la comunicación libre entre Visé y Lieja para que los enemigos no puedan penetrar por uno ni por otro lado. Para las ulteriores disposiciones, me dirijo personalmente á Lieja con el General Bouchet á fin de concertarnos con V. y adoptar una medida definitiva que nos

ponga en estado de infundir respeto á nuestros enemigos y de tomar la ofensiva.

He efectuado mi retirada sin ser molestado, y después de haber puesto en seguridad en Tongres toda mi artillería, la cual desfilará muy pronto por la calzada de Lieja á Lovaina.

No se inquiete V. por la retirada de Lamarliere y de Champmorin: estoy casi seguro de que la efectuarán con facilidad por Diest sobre San Trond, y se unirán á nosotros mucho más pronto que por el camino de Masseick.

Hasta la vista, hacia el medio día.

Firmado: MIRANDA.

El General Dumouriez al General Miranda.

Moerdick, á 3 de marzo de 1793,
año II de la República.

Necesitaba la carta de V. (*), mi querido General, para tranquilizarme un tanto respecto de las consecuencias del revés que ha sufrido el General Lanoue cerca de Aix-la-Chapelle. La carta que me ha escrito Valence por duplicado me ha causado mucha pena, á pesar de no haber podido formar por ella juicio alguno porque carece de pormenores. El informe que V. me da es infinitamente más claro y me tranquiliza. No puedo contestar

(*) La primera parte de la carta de Miranda al Ministro de la Guerra, fechada en Lieja el 4 de marzo, es copia de la carta á que se refiere Dumouriez en este lugar, y fué escrita el 2.

á V. más satisfactoriamente sino enviándole copia de mi carta á Valence. Verá V. que hemos coincidido. Defienda V. el Mosa vigorosamente, y si el enemigo quiere pasarlo, sálgale al encuentro. Esta noble actitud destruirá la mala impresión producida por la rota de nuestra vanguardia. Sostenga V. esta posición por *quince días:* para entonces el ejército de Bélgica estará considerablemente reforzado y los acontecimientos habrán cambiado; para entonces *seré dueño de la mitad de Holanda, por mi propio esfuerzo, ó me reuniré á V.; pero necesito que trascurran más de cinco ó seis días antes de dejar un ejército que hace milagros por el prestigio de mi presencia.* Williamstadt arde en el momento en que le escribo, y esta tarde, probablemente, la tomaremos por asalto. Bernerón dirige este sitio; D'Arçón ha tomado todos los fuertes exteriores de Gertruydenberg, y la bombardeará esta noche. Cubro á Moerdick con baterías, que estarán listas pasado mañana. Treinta y cuatro barcos de transporte bajan por el canal de Klundert, resguardados por estas baterías para transportarme á la orilla opuesta, donde no temo la menor resistencia hasta Amsterdam.

La revolución de Holanda depende de esta expedición; y si obtengo buen éxito, le libro á V. de los enemigos, que vendrán contra mí y á quiénes combatiré fácilmente en un país cortado por canales, donde hallaré numerario, equipos, municiones, provisiones, y cuarenta ó cincuenta mil hombres llenos del republicanismo más ardiente. Si renuncio á esta enorme ventaja, no podré salvar á Bélgica para la primavera;

en tanto que, si triunfo, los salvo á todos ustedes, yendo á atacar al enemigo por retaguardia. Las tropas holandesas pelean con repugnancia contra nosotros, y se alegrarán de tenerme por General, tan pronto como yo obligue á los Estados generales, á que les ordenen que se me incorporen. Todo depende por el momento, de la rendición de Williamstadt y Gertruydenberg: si se rinden, paso el Moerdick, porque mi retirada está asegnrada: si lo contrario, haré marchar el cuerpo que tengo conmigo, aumentado con el del General Deflers, sobre el punto más amenazado por los prusianos, é iré á encargarme de nuevo del mando del ejército. Anuncie V., pues, á las tropas, que mi ausencia redunda en utilidad de ellas; que voy á atacar á los enemigos por retaguardia, mientras que ellas los ataquen con vigor por vanguardia. *Infunda V. su energía á los demás generales, calme V. los ánimos y supla mi falta.* Nada se ha perdido todavía; pero lo perderíamos todo, si yo abandonase mi presa en el caso de que fuesen tomados Williamstadt y Gertruydenberg.

El General en Jefe,

Firmado: DUMOURIEZ.

Copia de la carta del General Dumouriez al General Valence.

—

Moerdick, á 3 de marzo de 1793.
año II de la República.

Thiery me trae, mi querido Valence, el *Duplicado* de V. Estoy muy lejos de considerar *como disipado el sueño de Holanda*, por impropia que me parezca esta expresión. Los enemigos no tienen más de veinte á veinte y cinco mil hombres. Han sorprendido los acantonamientos de la vanguardia de V. y ya piensa V. en abandonarlo todo: este suceso le parece á V. *siempre confirmar la crítica que ha hecho V. de nuestros acantonamientos.* Si estos hubiesen sido sostenidos con vigilancia; si se hubieran hecho concentraciones prudentes, como se debía, puesto que esta vanguardia que era preciso reforzar y aproximar, había llegado á ser un ejército de observación que cubría un sitio, no se hubiera recibido semejante golpe.

Dije á V. esta mañana que espero el resultado de los dos sitios de Williamstadt y de Gertruydenberg: será cosa de dos días, y ciertamente no iré yo á desalentar un ejército victorioso, abandonándolo en medio de sus triunfos para ir á hacer ¿qué? El sitio de Maestricht ha sido levantado; Aix-la-Chapelle está abandonada; y lo que toca por ahora á V. y á los demás generales, es ponerse de acuerdo para defender el Mosa y cubrir á Lieja por la posición de Herve. El General

Thowenot que me ha ayudado á trazar todos mis movimientos y posiciones, le bastará á V. para dirigir esta defensiva, que puede V. fácilmente sostener, por lo menos durante *quince días*, y de aquí á entonces las cosas tomarán otro aspecto. Si el enemigo quiere pasar por Maestricht, Miranda, colocado en Tongres, puede caerle encima, y seguirlo hasta los muros de la ciudad, porque se reunirá V. á él, siguiendo uno tras otro los movimientos del enemigo. Si éste viene sobre Herve, puede V. disputar largo tiempo dicho punto, que se halla en la actualidad considerablemente reforzado, puesto que veo por la carta de Leveneur, que se ha replegado sobre Henry-Chapelle; lo cual me hace suponer que toda su artillería se ha salvado, como igualmente toda la izquierda de la vanguardia. Este golpe debe servir de lección, y sería muy desagradable que consternase á los generales de la República, hasta el punto de incapacitarlos para defender el Mosa contra un ejército hasta hoy inferior. Espero que se haya V. repuesto del primer aturdimiento, y que por el próximo correo me envíe despachos más satisfactorios. Puede V. juzgar con cuánta impaciencia los aguardo. Supongo que sacará V. del cuerpo de D'Harville cuanto pueda, así como del interior. He dicho á Beurnonville que nos envíe todas las tropas que pueda tener á mano. Deffers reune, frente á Amberes, un cuerpo de seis á siete mil hombres, que podrá ser muy útil, así como los quince mil que tengo conmigo, cuando sea necesario reunirnos. Buen ánimo, mi querido Valence: esto no es sino un revés que U. puede reparar fácilmente, haciéndonos

concebir la esperanza de reunirnos en el punto preciso.

El General en Jefe,

Firmado: DUMOURIEZ.

Es copia exacta,

Firmado: DUMOURIEZ.

El General Dumouriez al General Miranda.

Moerdick, á 4 de marzo de 1793,
año II de la República.

Noble republicano, hermano mío, amigo mío, olvide V. sus penas y haga celebrar á su ejército la ocupación de Gertruydenberg, que se ha rendido hoy á las cuatro y media de la tarde, por capitulación. Espero que los ejércitos de Bélgica recobren aliento, y se posean de noble emulación. Resguardada Gertruydenberg por inundaciones, casi inaccesible, defendida por numerosos fuertes, guarnecida por formidable artillería, y con una guarnición de suizos, no se ha sostenido sino treinta y seis horas contra la impetuosidad francesa, y el ingenio y la habilidad del General D'Arçón. Gertruydenberg es la llave de Holanda, y me facilita la entrada por todas partes.

Puede V. juzgar, amigo mío, que me hallo más distante que nunca de abandonar un plan que me proporcionará numerario, municiones, subsistencias y aliados: plan que salvará de rechazo á Bélgica y á Francia.

Hé aquí lo que sucederá: los prusianos abandonarán á los austriacos para ir al socorro de la Haya y de Amsterdam, donde llegaré antes que ellos: los combatiré al frente de estos mismos holandeses á quienes combato ahora. Volverá V. á marchar contra Grave, que tomará V. y de allí atacará á Nimega, y nos daremos siempre la mano. Sin embargo, como el General Valence no tiene ya que habérselas sino con los austriacos, á los cuales será infinitamente superior, mediante los socorros que le llegarán de todas partes, los contendrá, hasta que V. vuelva y los ataquede flanco, por el país de Cleveris y Juliers.

Los prusianos tienen dos caminos para paralizar mis victorias: el primero consiste en forzar el paso del Mosa por Ruremunda ó Venloo, para venir por la Campine á cortar á Amberes. He previsto esto, haciendo reunir entre Berg-op-Zoom y Breda, un cuerpo de tropas á las órdenes del General Deflers, el cual, antes del 10, constará de cinco á seis mil hombres, y ascenderá á quince ó diez y ocho mil, con las tropas que enviará Beurnonville. Si nota V. que los prusianos adoptan este partido, sostenga á Champmorin y á Lamarliere, y dispute V. el paso del Mosa; y si aquéllos lo pasasen antes que V., reúnase á Champmorin, á Lamarliere, y á Deflers, y así combatirá V. al enemigo con superioridad. Dudo que éste sea tan fuerte como para adoptar este primer partido.

El segundo que pueden adoptar los prusianos, es el de marchar directamente por Nimega para llegar á grandes jornadas á Amsterdam. Si adoptan este plan, en-

víe V. á Deflers por el mismo camino que yo haya tomado, para que me refuerze, y V. irá á sitiar á Grave y en seguida á Nimega.

Si no adoptan ni uno ni otro partido, y se quedan reunidos al ejército austriaco para penetrar en Bélgica, entonces V. unido á Valence, los divertirá sobre el Mosa; y si tienen la audacia de pasarlo antes de recibir sus refuerzos, los combatirá V. con mayores ventajas.

En todo caso, la posición de V. no es peligrosa; *mas como se trata de reanimar el ejército y tal vez á los generales* (excepto á V. y á Thowenot), *envío á V. un manifiesto* dirigido al ejército, y suplico á V. que lo haga publicar é imprimir. Williamstadt se defiende muy bien; pero yo creo que la toma de Gertruydenberg ha desalentado la guarnición. Esta victoria aumenta, además, nuestros recursos de artillería, pues yo tomo en cada ciudad con qué entrar la siguiente.

Buen ánimo, mi querido peruano; [*] piense V. en que nos quedan todavía grandes cosas que hacer.

El General en Jefe,

Firmado: DUMOURIEZ.

---

[*] Desde mucho antes de que Miranda figurara como una de las celebridades de la Revolución francesa, la primera pregunta que se hacía á este preclaro patricio en los círculos más distinguidos de París, era referente á su nacionalidad. Miranda contestaba siempre con orgullo que era hijo de Caracas, capital de Venezuela. Mas como á esta respuesta sucedian nuevas preguntas respecto de la situación geográfica de Caracas, de su población, de sus recursos, etc., etc.; Miranda para sustraerse de un examen tan enojoso resolvió decir á cuantos volvieron á preguntarle por su nacionalidad que era hijo del

El General Miranda al Ministro de la Guerra.

Lieja, á 4 de marzo de 1793. [Terminada en San Trond el 6 y despachada á la una de la tarde].

El ataque de Maestricht, ciudadano General, continuaba con el mejor éxito, y el 2 de este mes se hallaban ya prontas nuestras baterías de á veinte y cuatro para empezar un fuego incendiario, el que, sin duda, habría reducido la ciudad al último estado y acarreado su rendición, cuando hacia las once de la mañana recibí noticia oficial del General Lanoue, confirmada por el General Valence, de que los enemigos habían atacado nuestras avanzadas sobre el Roer, y rompiendo al través de las tropas del ejército de observación, mandado por el General Lanoue, que cubría el sitio de Maestricht, se dirigían rápidamente con una fuerza de treinta y cinco mil hombres sobre la región de Wyck, para introducir un auxilio de tropas en Maestricht, y salvar la plaza, haciendo levantar el sitio y cesar el ataque.

En estas circunstancias apenas tuve tiempo de hacer retirar el cuerpo de tres mil hombres á las órdenes del General Leveneur, que se hallaba apostado delante de

---

Perú, país de la América española muy conocido en Francia. He aquí por qué Dumourier lo llama peruano y así se dice en enciclopedias y obras históricas al hablar de los hechos del General Miranda; error en que han incurrido Thiers, Lamartine y otros historiadores modernos. Mas en la historia de la Revolución francesa por Michelet, Miranda ha tornado á su verdadera patria, Caracas, capital de Venezuela, cuna igualmente de Bolívar.

Wyck, y el cual, tres horas después, era ya atacado por la vanguardia de los enemigos. A pesar de este movimiento, hice continuar nuestro bombardeo sobre la plaza, como de costumbre, para ocultar mis intenciones, y con tan buen éxito, que nunca fué el incendio más considerable.

A las doce de la noche empezé la retirada, haciendo marchar delante de nosotros toda la artillería de sitio, que llegó felizmente á Tongres, cubierta por un cuerpo de tropas de cuatro mil hombres, que formaba la retaguardia y al que el enemigo no logró hacer daño alguno, á pesar de las fuerzas que envió á este efecto, habiendo sido fácilmente rechazadas por las nuestras. Un cuerpo de siete mil hombres fué apostado ventajosamente en Tongres, á las órdenes de los Generales Egalité, Ruault y Blottefier, y otro de la misma fuerza á las órdenes de los Generales Diettman é Ylher, que era el total de las tropas que formaban por entonces el sitio de Maestricht, se dirigió sobre las alturas de Haccour, cerca de Visé, para cubrir á Lieja, é impedir que los enemigos pudieran penetrar por ninguno de los dos caminos que conducen á esta ciudad. Nuestras pérdidas en el ataque de Maestricht se reducen á veinte hombres muertos y diez heridos, lo que es de poca consideración, atendiendo al excesivo fuego de la plaza, que se estima, á lo menos en treinta y dos mil cañonazos. Una grave falta cometida por las tropas de observación que cubrían el sitio, detrás del Roer, es la causa de este desarreglo en nuestras operaciones. Espero que lo repararemos con nuestros ulteriores es-

fuerzos, y que la nación nos secundará con medios suficientes para realizar las grandes empresas que ella ha querido que ejecutemos en acatamiento á sus intenciones.

Los enemigos han intentado hoy cuatro ataques diferentes sobre las posicions que ocupamos; dos sobre Tongres, de donde han sido rechazados con pérdida de su parte; uno sobre Haccour, y otro sobre Herve. Me dirigí esta mañana sobre Haccour para reforzar esta posición con un cuerpo considerable de tropas; y á la vista de este movimiento, el enemigo, que se dirigía audazmente sobre Jupille, suspendió su marcha y retrogradó, después de un corto cañoneo de nuestras avanzadas, de una á otra orilla del Mosa. Creo que las disposiciones que tomamos ayer, los Generales Valence, Thowenot y yo para el arreglo de nuestras tropas, serán tal vez suficientes para contenerlas.

5 de marzo.

Ayer á las diez de la noche supe que los enemigos, por un cuarto ataque con un cuerpo de doce á trece mil hombres, habían tomado á Tongres, y obligado nuestras tropas á emprender su retirada sobre Hans y San Trond. Esta noticia nos hizo á los Generales Valence y á mí, tomar la resolución de hacer venir todas las tropas de Visé, Herve, etc. sobre Hans, cerca de la ciudadela de Lieja, para emprender una retirada con bastantes fuerzas sobre San Trond, donde pudiéramos sostenernos ocupando una buena posición militar, y hasta arriesgar, en caso necesario, una batalla.

En consecuencia, nos hemos reunido esta mañana

con fuerzas suficientes y puesto en movimiento para San Trond, por el camino real de Lieja. A la mitad del camino encontramos un cuerpo de tropas de tres á cuatro mil hombres, que el enemigo había dirigido al pueblo de Oreye. Al ataque de nuestras tropas ligeras se replegó sobre Tongres.

A las ocho de la noche llegó el ejército con toda su artillería á San Trond, donde hemos ocupado una posición muy ventajosa, de modo que podemos proteger la retirada de nuestros almacenes y hospitales y al propio tiempo recoger algunos cuerpos pequeños de tropa, que, por la imposibilidad de comunicarles órdenes á tiempo, ó por algún descuido de sus jefes, no se han incorporado aún al ejército.

Hemos tomado hoy disposiciones para proteger su retirada, y para hacerles llegar nuevas órdenes en todo el día.

El aspecto y el ánimo de nuestras tropas son buenos; y hay que esperar, si la ocasión se presenta, que su arrojo y amor á la patria vencerán todos los obstáculos y triunfarán de nuestros numerosos enemigos.

El General Valence ha informado á V., sin duda, de cuanto concierne al ataque de los enemigos sobre los acantonamientos del Roer y de Aix-la-Chapelle, y le escribe á V. hoy también. Ruego á V. dispense mi retardo en atención á los múltiples asuntos que me han obligado á permanecer al frente de las tropas casi siempre á caballo.

Firmado: MIRANDA.

El General Miranda al General Dumouriez.

San Trond, á 6 de marzo,
á las ocho de la noche.

Mi querido General:

Participo á V. con placer que todos los cuerpos que estaban á retaguardia y en los alrededores de Lieja, se han reunido esta tarde con el ejército, y componen un total de diez mil hombres, de caballería é infantería. El bravo General Ylher los ha recogido y conducido con intrepidez, habiendo tenido ocasión esta mañana, con seis batallones que formaban su retaguardia, de batir y rechazar un cuerpo de caballería enemiga que intentó atacarlo. (*) Pero lo más curioso es que durante la última noche ocupó una puerta de la ciudad de Lieja, mientras que los

[*] La orden dada al General Yhler para que se incorporase al ejército que está sobre Lieja, le fué trasmitida por el Ayudante General *Torreri*. Como el General Miranda no quiso confiarla á los ordenanzas que comunmente se emplean en estos casos, no la remitió hasta el día siguiente. Esto produjo un retardo tan considerable en la llegada de Yhler, que éste no llegó á las alturas de Lieja, sino mucho tiempo después de la partida del ejército. Se dejaron dos oficiales en este punto para comunicar á Yhler la orden de seguir el ejército que marchaba sobre San Trond; pero éstos cometieron la misma falta que *Torreri*, habiendo tenido Yhler que aguardar á que el Ayudante Thuring, enviado por el General Miranda de San Trond con una escolta, le trasmitiese de nuevo la órden para incorporarse al ejército en esta ciudad. Parece que *Torreri* emigró durante este tiempo ó poco después. Tal era el confidente que Dumouriez propuso al General Miranda. (*Nota de Antepara.*]

enemigos que se hallaban dentro, no se atrevieron á desalojarlo.

Nuestras tropas se encuentran en este momento perfectamente tranquilas, viendo que los enemigos huyen delante de ellas. No desean sino llegar á las manos con ellos por recuperar una ventaja que compense el asunto desagradable de Aix-la-Chapelle.

Puedo asegurar á V., mi querido General, que ahora nos sostendremos con firmeza y que probablemente romperemos á nuestros enemigos, si la ocasión se presenta. Creo que podría V. prescindir de venir en este momento; que podría V. muy bien continuar sus operaciones en Holanda, y hasta permitirme ir á verlo un instante, ó reunirme á V. con un cuerpo de quince mil hombres, sin que por ello pueda correr peligro alguno la seguridad de Bélgica. El cuerpo de tropas que quedará frente á Lovaina es muy suficiente para resistir el ataque de una fuerza cualquiera. Adiós, mi querido General: que Minerva proteja vuestros triunfos y que Marte corone vuestras hazañas.

Firmado: MIRANDA.

P. S. — Digo á Champmorin que se reúna con V. en el caso de que no pueda operar con seguridad su retirada hacia Lovaina. Espero que apruebe V. esta resolución. La carta que incluyo es mi parte al Ministro de la Guerra.

Hago poner en la orden del día el enérgico escrito de V. al ejército, que no dejará seguramente de producir el efecto que se propone V.

El General Dumouriez al General Miranda.

Moerdick, á 7 de marzo de 1793,

año II de la República.

Compare V. sus dos cartas, mi querido Miranda, y verá V. cuán grande es el servicio que me hace la segunda; sobre todo después de haberme dejado la primera casi sin esperanza. Pronto á pasar el Moerdick, á vencer todas las dificultades, y á asegurar, en fin, para siempre la libertad y á la gloria de mi patria y de Holanda, todo lo veía perdido, si no me hubiese V. tranquilizado con respecto á su posición y al ánimo del ejército. La carta de Valence, sobre todo, me desesperaba. Yo no veía en ella sino confusión y carencia de recursos. En la actualidad renacen mis esperanzas y los peligros disminuyen; tenemos tiempo con qué contar, y si V. me responde por su parte, como no lo dudo, por la mía tengo grandes esperanzas.

Ha hecho V. perfectamente bien en dar orden á Chapmorin y á Lamarliere de que se replieguen sobre Amberes y Breda. Allí encontrarán al General Deflers, y podremos formar en esa parte un cuerpo de ejército resguardado por varios ríos, el cual impedirá al enemigo envolver á usted por su izquierda, é internarse por un boquete donde correría mucho peligro. Dígame V. sencillamente cómo se conduce el General en Jefe: (*cuidado con este hombre*) si le molesta á V. con sus irresoluciones, con un correo saldríamos del paso. V., amigo mío, y Thowenot, son los únicos que pueden salvar la República.

Dígame V. si es cierto que ha desertado ***. Si es cierto, no busquemos fuera la causa de nuestra desgracia. Deseo, y se lo repito, que algunos de sus cuerpos separados se reúnan sobre Amberes, que naturalmente sería uno de los puntos de ataque, si el enemigo fuera tan fuerte como parece que algunos lo suponen. *La evacuación de Lieja y de Aix-la-Chapelle, no vale nada. El enemigo no puede sostenerse en dichos puntos más tiempo que nosotros.* Apresure V. la fortificación de Malinas; ponga un río delante de V.; tome posiciones y sosténgase quince días; pero, se lo repito, reúna un núcleo de ejército en el punto de Amberes, que, sostenido por Breda, será la agrupación de la porción de ejército que arroje á los austriacos de los Países Bajos. He dicho al Ministro que envíe algunas tropas á esta parte, sin disminuir, no obstante, el número de las que debe enviar á V. Dentro de quince días, seremos más fuertes que los enemigos; y gracias á V. tendremos además á Holanda. Según la carta de V. cuento entrar en ella pasado mañana. Si alcanzo mi objeto, los prusianos lo abandonarán á V. para venir contra mí: si salgo mal, iré á reunirme con V. y hallaremos otro medio cualquiera para penetrar allá, teniendo una de las llaves del país. No permitiré á V. que venga á reunírseme con quince mil hombres sino cuando el espíritu republicano y el valor renazcan por completo en el ejército, y cuando un aumento considerable de fuerzas lo haga infinitamente superior al enemigo. Hasta mis triunfos deben ayudarle á V.; y le será á V. cómodo persuadir á mis valientes compañeros de

armas que, presente ó ausente, debo siempre influír sobre su conducta. Dígales V. cuánta es la satisfaccion que experimento al contemplarlos de nuevo dignos de las victorias que hemos ganado juntos. Adiós, amigo mío, y más que nunca, mi amigo: seamos siempre dignos uno de otro, y pensemos en que no se necesitan sino dos ó tres buenas inteligencias para salvar una República.

El General en Jefe,

Firmado: DUMOURIEZ.

El General Miranda al General Dumouriez.

Tirlemont, á 8 de marzo de 1793.

Mi querido General:

Incluyo copia de mi parte de hoy al Ministro de la Guerra. Ella lo instruirá perfectamente de la situación actual del ejército y de nuestras operaciones. V. ve que todas las cosas cobran mejor aspecto, y que de nosotros depende el sacar un partido muy ventajoso, aún de la desgracia misma.

Lo mismo el justo que el sabio,

.....

Todo está actualmente en la mejor situación para secundar las heróicas empresas de V. En el ejército hay abundancia, hay orden, y está animado de valor republicano. Siento que el manifiesto no haya sido puesto en la orden del día, ó publicado, como yo me lo había propuesto: Valence lo objeta; y el deseo de sostener la

buena armonía y concierto tan necesarios en este momento, me hace ceder en muchas cosas, á las cuales en otra circunstancia no accedería: yo lo veré, sin embargo, muy pronto.

Cuente V., mi querido General, que en nuestra posición de Lovaina nos sostendremos tan largo tiempo como V. desea, y yo respondo á V. de más todavía, aún con la fuerza con que hemos llegado aquí.

Lamarliere y Champmorín han llegado felizmente á Lovaina y á Diest, después de una hábil retirada, como juzgará V. por sus informes cuyas copias van inclusas.

Dictaré las medidas necesarias de acuerdo con Thowenot para que se pongan en movimiento sobre Amberes. Creía que estos dos cuerpos debían marchar mañana sobre este punto; pero como ésta no es la opinión del General Valence, esperaremos hasta que se haga su voluntad, y yo la forzaré. Adiós.

Firmado: MIRANDA.

El General Miranda al General Beurnonville, Ministro de la Guerra.

San Trond, á 8 de marzo de 1793.

Desde mi última carta, ciudadano General, todos los cuerpos que se habían quedado separados del ejército, bajo las órdenes de los Generales Yhler, Lamarliere y Champmorín, se han reunido, después de haber combatido más ó menos á los enemigos que los perseguían,

y efectuado su retirada con el mejor éxito. Cuando me lleguen oficialmente los pormenores de estos informes, tendré la honra de enviarlos á V.

Las tropas de vanguardia del ejército han rechazado igualmente hacia Tongres un cuerpo enemigo de observación que nos seguía.

El ejército permaneció durante los días 6 y 7 en sus posiciones frente á San Trond, para hacer descansar las tropas y proteger la reunión de los cuerpos destacados. Hoy se moverá para dirigirse sobre Tirlemont, donde tenemos nuestros útiles de campamento y abundancia de provisiones. Es probable que mañana ocupe buenas posiciones, frente á Lovaina que cubre perfectamente á Bélgica y aun nos permite tomar la ofensiva sobre los puntos que ocupan nuestros enemigos. Aquí aguardamos las órdenes del General Dumouriez y las disposiciones del Poder Ejecutivo.

Acabo de saber que un correo de París dirigido al General Valence, ha sido detenido en diferentes sitios, bajo pretexto de que llevaba despachos á los generales que traicionaban la patria. Tan infame calumnia me parece indigna de mí y el mejor modo de contestarla es con el desprecio.... *La nación es demasiado sabia para dar fe á los indignos informes de cobardes desertores, que después de abandonar sus puestos pretenden cubrir su vergüenza calumniando á los valientes ciudadanos que, fieles al deber, defienden gloriosamente la patria. Espero que haga V. conocer estos mis sentimientos á la nación.*

El cuerpo del ejército y sus oficiales se conducen generalmente con patriotismo, subordinación y respeto;

y á mi entender sólo la gendarmería nacional [y particularmente la trigésima segunda división] profiere dichos escandalosos y muy criminales bajo todos respectos, según lo que se me ha denunciado por diferentes oficiales superiores del ejército.

El severo castigo de este cuerpo sería un acto de justicia y de necesidad en estos momentos. Yo lo despido hacia las fronteras de Francia y envío la orden inclusa á los Generales Lamarliere y Champmorín, para impedir los malos efectos que semejante conducta podría producir en el ejército.

Someto á la consideración de V. la copia inclusa de la carta del General Anghest, y la de la deliberación de los jefes de la artillería con mi respuesta.

Firmado: MIRANDA.

El General Dumouriez al General Miranda.

Moerdick, á 9 de marzo de 1793.
año II de la República.

Sólo V., mi digno amigo, y Thowenot me proporcionan consuelo y esperanza. La toma de Gertruydenberg me ha enriquecido con ciento cincuenta hermosos cañones y más de ciento cuarenta mil libras de pólvora, y además unos cincuenta buques de trasporte. La retirada de Champmorín y Lamarliere ha sido muy feliz; pero importa en extremo que V. los destine uno á Heristal y el otro á Lier. Participo á V. que he enviado sobre Turnhout al Coronel Westermann con la

legión que manda y la trigésima primera brigada de gendarmería, de la cual no estoy muy contento: este pequeño cuerpo, de unos 2.500 hombres, servirá para despejar la Campiña, donde sería posible que el enemigo quisiese penetrar, para alcanzarme por la espalda, si permanecemos tan separados como vamos á estarlo. Remitiré al General Marassé, al pasar á Amberes, una instrucción para el General Champmorín, que mandará el pequeño cuerpo de ejército, del cual formará parte el de Westermann. Me decido á ir á reunirme con V. porque las cartas de Valence son del peor carácter y particularmente la que recibo hoy de él por el correo de V. Estaré mañana por la mañana en Amberes, por la noche en Bruselas y acto contínuo con V.

Tan pronto como reciba V. mi carta, haga salir á Champmorín para Lier y á Lamarliere para Heristal. Coloque V. en Diest un comandante enérgico, con un batallón y treinta caballos. Es preciso fortificar este punto, del mismo modo que á Lier.

Un motivo me decide á partir: y es el de tranquilizar á los belgas y el de volverlos á atraer á nosotros por la confianza que en mí tienen, y sobre todo, para aliviarlos de la tiranía é injusticias que han sufrido hasta ahora. *Mi resolución está tomada en este respecto, cualquiera que sea la opinión de Cambón y de sus satélites.* Doy orden al General Anghest para que se dirija personalmente á Douai. Castigaré del mismo modo al General.... por haber abandonado á Huy, que quiero vuelva á ser tomada.

El paso del Moerdick por mis tropas está pronto á eje-

cutarse, durante mi ausencia, por el General Deflers y por Thowenot, el más joven. Haga que se le reúna á V. la artillería gruesa. Tendré gran placer, amigo mío, en abrazarlo. El sitio de Williamstadt continúa; esta plaza se defiende bien, porque ha sido débilmente atacada. Conversaré con V. dentro de dos días, y por lo tanto no le digo nada más. Mis caballos me llegarán á Lovaina dentro de cuatro á cinco días lo más tarde. Al pasar por Bruselas tomaré otros prestados. *Adiós* [*en español*] amigo mío.

El General en Jefe,

Firmado: DUMOURIEZ.

P. S.—Haga V. poner inmediatamente en la orden del día mi proclama al ejército y hágala imprimir.

El General Miranda al General Dumouriez.

Tirlemont, á 9 de marzo de 1793.

Mi querido General:

Envié á V. ayer el estado de la posición del ejército con las noticias referentes á nuestra situación actual. El cuerpo del General Lamarliere saldrá mañana y el de Champmorín el 12 para dirigirse á Amberes, donde aguardarán las órdenes de V. El estado incluso le hará ver á V. la fuerza y las condiciones de estos dos cuerpos, que bajo todos conceptos no pueden ser más satisfactorias.

El Capitán de Ingenieros Dambarrere con el Ca-

pitán Marescot del mismo cuerpo están encargados de Malinas, para ponerlo en estado de defensa.

Se ha fijado la posición general del ejército y todos los accesorios, como verá U. por la minuta inclusa. Todas nuestras tropas marchan contentas y con firmeza á sus destinos. Las provisiones y efectos de campamento han llegado en cantidad suficiente.

Adiós, mi bravo y digno General.

Firmado: MIRANDA.

El Ministro de la Guerra al ciudadano Miranda, General del ejército de Bélgica.

París, á 19 de marzo de 1793, año II de la República.

Me he apresurado á someter al Consejo Ejecutivo la petición que le hace V. en su carta del 8 de este mes acerca del pronto y severo castigo de la gendarmería nacional, empleada en el ejército de Bélgica y especialmente de la trigésima segunda división. El Consejo Ejecutivo ha aplaudido el partido que V. ha tomado de hacer retirar esta división sobre las fronteras y de salvar de este modo los demás cuerpos del ejército de tan peligroso contagio. El Consejo estimula á V. á que extienda esta medida á las demás divisiones de que se queja V., si cree que la presencia de ellas en el ejército compromete la seguridad públi ca.

Sea cual fuere la determinación que le dicte á V.

con tal motivo una justicia ilustrada, sírvase V. darme parte de ella inmediatamente.

Respecto á la trigésima segunda división, existen en ella culpables á quienes el Consejo Ejecutivo le autoriza á V. para que los haga juzgar por una corte marcial.

Para las demás divisiones de gendarmería, sea que las despida V. hacia las fronteras ó que disponga de ellas de otro modo, está V. igualmente autorizado á hacerles aplicar por cortes marciales la pena debida á la sedición de que han dado ejemplo. Será necesario en todo caso que haga V. partícipe al General Dumouriez de las medidas que haya V. dictado para restablecer el orden y la disciplina en los cuerpos de gendarmería nacional.

Firmado: BEURNONVILLE.

El Ministro de la Guerra al General Miranda.

París, á 23 de marzo de 1793,
año II de la República.

La Convención Nacional, por su decreto de 22 del corriente, me ordena darle informe en el menor plazo posible, respecto de los batallones ó regimientos á las órdenes de V. que en la jornada del 18 huyeron cobardemente delante del enemigo, comprometiendo, con esta cobardía, la salud de la patria.

Recomiendo á V. expresamente, General, que envíe en el acto el estado, con el objeto de que yo lo tras-

mita inmediatamente á la Convención, para que ordene el castigo de esos traidores.

Firmado: BEURNONVILLE.

El ciudadano Petión al General Miranda.

París, á 13 de marzo de 1793,

año II de la República Francesa.

Amigo mío, creo que hay traición en nuestros ejércitos, y que esta traición está ligada á una gran trama contra la República. Dígame V. francamente lo que piense de los oficiales generales que mandaban la vanguardia de Valence; é igualmente cómo juzga los sucesos actuales: ruego á V. que no guarde en este respecto reserva alguna porque necesito saberlo para el bien público.

Su amigo,

Firmado: PETION.

Miranda al ciudadano Petión, miembro de la Convención Nacional.

Lovaina, á 21 de marzo de 1793.

Mi querido y digno amigo, en el momento en que me preparaba á contestar su carta del 13 de este mes, los ataques diarios del enemigo á nuestros puestos avanzados me impidieron que continuase dando á V. los informes que de-

sea sobre los asuntos de la vanguardia en Aix-la-Chapelle, etc. Desde entonces no he tenido momento de tranquilidad para hacerlo, y V. juzgará de ello cuando sepa las consecuencias desagradables de nuestras ulteriores operaciones, combinadas y dirigidas por el General Dumouriez y su consejero íntimo *Thowenot*. Este su amigo no ha tenido la menor parte en tales disposiciones, las cuales lejos de estar conformes con mis ideas, han merecido siempre mi desaprobación; y si hubiese estado en mi poder impedirlas, en verdad que lo hubiera hecho sin vacilación.

No creo que haya habido traición en la conducta de los generales y oficiales superiores en Aix-la-Chapelle, como se ha sospechado; pero sí descuidos y faltas graves en el servicio del cuerpo que estaba encargado de la defensa del Roer. Sea una, entre otras, la ausencia del General Valence, quien, debiendo estar en su puesto, permanecía en Lieja desde el 23 de febrero.

El asunto posterior de Nerwinde, que es de mayor importancia, no está en el mismo caso, y sospecho mucho del consejero del General, ya que no posee ni los principios ni el republicanismo necesarios que lo protejan contra los vituperios. Me ha parecido muy extraño que el General Dumouriez, que me consultaba siempre sobre todos los asuntos militares y políticos del ejército, no me haya dicho palabra respecto de éste. A las once de la mañana recibí orden por escrito y supe verbalmente de él que íbamos á dar la batalla y á atacar á nuestros enemigos, quienes contaban con un número de cincuenta y un mil hombres, colocados muy ventajosamente,

y con artillería formidable; en tanto que nosotros sólo teníamos un cuerpo de tropas muy inferior en número, y con todas las desventajas del terreno, etc., sin haber hecho reconocimiento alguno de éste, ni conocer la posición exacta de aquéllos. En fin, yo no tuve tiempo sino para decir: *Cuente V. conmigo, y no dejaremos de ejecutar las órdenes de V. atacando vigorosamente con cinco columnas diferentes*: y de estas tres fueron conducidas por mí personalmente. En el ataque, encontramos en el camino diferentes dificultades que vencer por falta de conocimientos locales; pero logramos atacar vigorosamente al enemigo por cinco puntos diferentes, hacia las tres de la tarde, y habiéndonos batido hasta las seis con suerte varia, las tropas se vieron obligadas á replegarse ante el uúmero muy considerable de enemigos, ventajosamente colocados, y bajo el excesivo fuego muy bien sostenido de su numerosa artillería : los demás cuerpos del ejército corrieron más ó menos la misma suerte, en proporción de la aproximación de sus ataques sobre las líneas y baterías de los enemigos, diga lo que quiera sobre esto la proclama poco exacta del General Dumouriez, que no llegará jamás á oscurecer los hechos y la verdad Nuestras pérdidas son considerables; sólo en mi división ha habido un oficial general muerto, y más de treinta oficiales entre muertos y heridos; entre otros, mi primer ayudante de campo, conocido de V., muerto á mi lado, y unos dos mil hombres aproximadamente, entre muertos y heridos. Por esta pérdida, podrá usted computar la de las otras dos divisiones.

El enemigo nos atacó al día siguiente con vigor y

nos obligó á retirarnos detrás de Tirlemont y sucesivamente hasta Lovaina, donde conduje, hacia las tres de la tarde, el centro y división de izquierda del ejército. Este fracaso debe ser de muy fatales consecuencias para la suerte de Bélgica y para nuestros asuntos políticos en general. *Me extraña que Dumouriez haya sido capaz de semejante error.*

Hé aquí, mi querido amigo, lo que yo puedo decir á V. por el momento sobre la situación de nuestros asuntos militares en esta parte, y de ello puede V. estar seguro, por ser la exacta verdad, *á pesar de todas las tergiversaciones y de todos los sofismas* de que pueden hacer uso para oscurecerla los que han sido causa de nuestra calamidad.

Hay otras muchas cosas más importantes que me alegraría iufinito poder comunicar á V. y *que no puedo confiar al papel.* Cuando leí su carta en la que me decía V. que la ramificación de la trama descubierta últimamente, contra *nuestra querida libertad*, se extendía hasta el ejército, le creí á V. exagerado y demasiado tímido: hoy, estoy convencido de que hay fundado motivo para creerlo, y califico como agentes principales de nuestros actuales reveses, á *más de un individuo.* Le diré á V. más, amigo mío, y es, que he oído á estas mismas personas hacer proposiciones indirectas, con habilidad, las cuales proposiciones han alarmado mi patriotismo y mi amor íntegro á la libertad. En fin, veo que estámos agitados por infames intrigantes que han hecho ya mucho daño, y que pueden acabar por perdernos y arruinar la libertad. Si fuera posible procu-

rarnos una entrevista, ya viniendo V. mismo al ejército [lo que yo creo de la más alta importancia en este momento], ya haciendo que se me permita ir á encontrarle en cualquier punto, podría comunicar á V. cosas que creo del mayor interés para la salud de la República, y que sólo á V., cuya integridad, principios y amor puro á la libertad conozco, sólo á V., repito, pudiera franca y abiertamente comunicar; hasta creo que hay una cábala para deshacerse de mí como quisieron deshacerse de V. antes del 10 de agosto. No escribo una palabra al Ministro ni á nadie. *Dejo á Dumouriez y á los demás dar sus informes* como les parezca; creo que la virtud y la verdad se abren paso irresistiblemente, y que la máscara de la intriga no puede resistirles.

Haga V. prudente uso de esta carta y contésteme por el correo que la lleva, y que envío á V. á este efecto expresamente.

Firmado: MIRANDA.

P. S. [del 22].—Nuestra retirada sobre Francia y la evacuación de Bélgica están decididas, según lo que me ha dicho hoy el General Dumouriez, haciéndome leer la carta que ha escrito al Ministro con tal motivo, y ver al mismo tiempo la posición militar que nuestro ejército tenía hoy. Es la primera vez, desde su regreso, que me hace semejantes comunicaciones; me parece que ha querido de este modo que yo tome parte en el desastre que nos ha sucedido por sus malas combinaciones; por lo tanto ya comprenderá V. que no me he mezclado en ello; sin embargo, no rehusaré nunca

el contribuir con todos mis esfuerzos á la conservación del ejército, y al sostenimiento de la República á la cual me he consagrado sinceramente y seguiré hasta la muerte.

Firmado: MIRANDA.

Es copia exacta.

Firmado: MIRANDA.

Ordenes del General Dumouriez al General Miranda.

Campamento de Gutzenhoven, 17 de marzo,
á las nueve de la mañana.

Tan pronto como reciba V. esta carta, mi querido Miranda, dé V. instrucciones al General Champmorín para que se encargue de guardar toda la cortina de Oplinter y de Neerlinter. Si V. cree que él tenga necesidad de una brigada más de infantería, déjesela V. Es posible que el Príncipe de Coburgo quiera desquitarse; y como en este caso, desearía yo que el cuerpo de ejército del General Champmorín no se inutilize, encárguele V. que examine por sí mismo las salidas frente á los puentes sobre el Gheete, por las cuales, en caso de ataque, podría llegar á caer sobre el flanco de la

derecha del enemigo, dirigiéndose á la altura más allá de Wommersom. Si estos puentes fueren cortados, es preciso que se encargue él de restablecerlos en todo el día, para tener libre la comunicación con nosotros. En cuanto á V., mi querido General, le ruego ponga inmediatamente en marcha su división entera. Atraviese V. á Tirlemont, y venga en columna por el camino real empedrado, que nosotros iremos á designarle á V. puesto ó bivac en el campo. Si Champmorín no tiene cañones de á doce, déjele V. dos piezas. Cuento, á lo menos, con doce batallones de la división de V., suponiendo que le deje V. á Champmorín una brigada. Lo abrazo.

Firmado: DUMOURIEZ.

Hautmarre, á 17 de marzo de 1793.

Las tropas á las órdenes del General Miranda, se dirigirán á la altura que está entre Wommersom y el camino de San Trond, y allí tomarán posiciones. Los bosques de Walabergen y del castillo de Wommersom, serán ocupados. Se establecerá en Ortsmael un puesto respetable; otro en Heelen, y una guardia en el puente de la capilla de Betania.

El General Miranda enviará orden al General Champmorín para que tome posiciones á la izquierda de Neerlinter, haciendo ocupar los tres pueblos de Driesche y los de Vissecot, Terhaegen y Roere. Si es posible dar tiendas á los batallones destinados á ocupar

las alturas, podrán acampar. El cuerpo de ejército ocupa una posición sobre la derecha.

El lugar para las distribuciones se fijará por el Estado Mayor de la división, y será enviado al comisario de guerra en Tirlemont, para que pueda asegurar el servicio.

El General, etc.,

Firmado : DUMOURIEZ.

Del 18 de marzo.

El General Miranda atacará por la izquierda, entre Ortsmael y la capilla de Betania, tanto con sus tropas, como con las del General Champmorín. Pasará el río por todos los puentes, y atacará por todas partes y vigorosamente al enemigo en sus posiciones. Se le previene que el ataque es general, desde Overwinden hasta la capilla de Betania.

La totalidad del ataque de izquierda queda absolutamente á sus órdenes.

El General Champmorín debe necesariamente hacer resguardar el puente de Budingen y situar en él una fuerza imponente para poder, en caso necesario, amenazar al enemigo con un ataque de flanco hacia la parte de Leau, donde dicha fuerza marcharía en columna.

Firmado : DUMOURIEZ.

Orden del General Miranda á los generales Ruault y Champmorín.

Tirlemont, à 18 de marzo,
á las 7 de la noche.

Los generales Ruault y Champmorín ocuparán la misma posición que tenían esta mañana antes de la acción de Nerwinde, detras del Gheete menor, con la derecha apoyada en Wommersom.

Harán cortar los puentes del Gheete menor y guardarán los sitios que éstos ocupaban hasta recibir nuevas órdenes.

Firmado: MIRANDA.

Orden del General Miranda al General Yhler.

Tirlemont, á 18 de marzo,
once y media de la noche.

Se ordena al General Yhler, bajo su responsabilidad, que sostenga las posiciones de Haeckendover y Wommersom como le ha sido prescrito por orden anterior dada por mí á las siete de la noche.

Firmado: MIRANDA.

Orden del General Miranda al General Miaczinski.

Tirlemont, á 18 de marzo,
once y media de la noche.

Se ordena al General Miaczinski, bajo su responsa-

bilidad, que tan luego como las tropas que están á sus órdenes hayan reposado dos horas, las haga tomar la posición que ocupaban esta mañana entre Haeckendover y Wommersom, poniendo á vanguardia la caballería.

Firmado: General MIRANDA.

Los generales Ruault y Champmorín al General Miranda.

De la alquería de la Abadía entre Oplinter y Neerlinter, á 18 de marzo, once de la noche.

General.

La retirada de la división del General Ruault y de la mía, se ha efectuado bajo los fuegos del enemigo sin que hayamos sido rotos durante nuestra marcha. Ambas divisiones se han reunido en la posición que ocupábamos ayer, á la derecha de Oplinter y á la izquierda de Neerlinter. Los diferentes puentes del Gheete mayor, desde Budingen hasta la Abadía de Machlendal han sido cortados y están cuidadosamente resguardados y defendidos por tropas de infantería y de artillería. Las tropas están rendidas de fatiga, y aguardan recursos y aguardiente, que es lo que más necesitan.

Los batallones de línea y algunos de guardias nacionales se han conducido bien; pero la mayoría de los voluntarios, ó federados, nos han abandonado cobardemente, á pesar de los esfuerzos que hemos hecho para contenerlos.

Mañana ocuparemos la posición que V. acaba de indicarnos, más acá de Tirlemont.

El portador Dulac va encargado de relatar tanto á V. como al General Dumouriez, los incidentes de esta jornada.

Firmado: Los Mariscales de Campo,

RUAULT, CHAMPMORÍN.

Cuartel general en Tirlemont, á 19 de marzo de 1793, año II de la República.

Santo y seña: *Catón, Venganza.*—Contraseña: *Patriotismo.*

Toda la división del General Miranda que se halla colocada sobre Wommersom y más allá de Haeckendover, hará su retirada en buen orden, en el momento en que empieze el movimiento general del ejército; atravesará por Tirlemont, é irá á tomar posiciones en las alturas de Cumptich, apoyando la derecha sobre la carretera.

El General, etc.,

Firmado: DUMOURIEZ.

Del 20 de marzo.

El General Miranda efectuará su retirada por la carretera de Lovaina, hasta la cruz del camino, entre

la altura de Bautersem y el bosque de Struys Block-Bosch. Extenderá toda su infantería y colocará la artillería al frente del bosque y dentro de él, y dispondrá que se construyan inmediatamente en éste estacadas. Su retaguardia la formará el General Lamarche; y tan luego como la vanguardia de este general haya pasado, se obstruirá el camino con dichas estacadas. Se le previene que el General Igualdad ocupará con su infantería la altura de Bautersem, y que los Generales Champmorín y Ruault se retirarán, el primero por Wever y el segundo por Kerckhem para resguardar el bosque de las Liebres y las alturas de Binkom.

El General en Jefe, etc.,

Firmado: DUMOURIEZ.

[A las once y media se recibió esta orden.]

Certificado. El Ayudante-general, *firmado:* ARNAUDIN.

El cuerpo de ejército á las órdenes de los Generales Miranda, Chancel, Stetenhoff é Igualdad se formará en dos columnas: una pasará por la calzada y se retirará sobre las alturas detrás de Lovaina, donde se ha colocado el campamento; y la otra marchará por Lovenjoul, Corbeeck-Overloo y Heverlé, donde tomará posiciones detrás de Lovaina, apoyando la derecha sobre el río de Voer y la izquierda en el bosque del pueblo.

El General, etc.,

Firmado: DUMOURIEZ.

Lovaina, á 21 de marzo,
año II de la República.

Este movimiento se hará á las once en punto. *El General Miranda tomará el mando de estas dos columnas para mantener en ellas el orden.*

Cuartel general en Lovaina, á 22 de marzo de 1793,
año II de la República.

Santo y seña: *Franceses, Valor.*—Contraseña:

Constancia.

Muy satisfecho está el General de la confianza que le han demostrado los soldados del ejército á quienes ha hablado individualmente. Del ejército entero es de quien espera esta confianza; y sólo por ella podemos demostrar á nuestros enemigos y patentizar á todas las naciones que observan nuestra actitud, que somos los mismos franceses que vencieron en Jemmapes, Anderlecht y Lieja y que rechazaron á los enemigos del interior de Francia, con paciencia y valor heroicos.

Sin duda que el ejército padece á pesar de los cuidados de los generales para satisfacer las necesidades de todo género que lo aquejan; pero los enemigos, no obstante algunos triunfos que les han costado caro, padecen más todavía. Están diseminados en un país arruinado por la permanencia de los ejércitos, sin al-

macenes, y por tanto nosotros debemos esperar que pronto nos desquitaremos.

El Ayudante General,

Firmado : EMMONNOT.

Extracto de la orden general del 23 *de marzo de* 1793, *año II de la República.*

Santo y seña: *Patria, Firmeza.*—Contraseña: *Dumouriez.*

Las tropas á las órdenes de los Generales Miranda y Champmorín se pondrán en movimiento esta tarde á las siete; atravesarán por la ciudad de Bruselas, entrando por la puerta de Schaerebeeck y saldrán por la que conduce á Hal, tan pronto como hayan desfilado las divisiones mandadas por los generales Stetenhoff, Chancel y Champollón; seguirán la carretera de Hal y de Enghien hasta la altura del pueblo de Saintes, donde tomarán posiciones, apoyando la derecha en las divisiones que les preceden en la marcha, y la izquierda en el bosque de Strie-Houx. Se previene á los generales que los flanqueadores de izquierda ocupan las alturas de Haute-Croix y de Bogaerden. Ordeno formalmente á todos los generales que ne se separen por ningun motivo de sus tropas cuando éstas hayan tomado posiciones.

El General en Jefe,

Firmado : DUMOURIEZ.

Extracto de la orden general del ejército del 24 de marzo.

Cuartel general en Enghien, á 24 de marzo de 1793, año II de la República.

Santo y seña: *República, Gobierno.*—Contraseña: *Paz interior.*

El cuerpo de ejército á las órdenes de los generales Miranda y Champmorín, se pondrá en marcha á las cuatro de la mañana. Mañana se dirigirá por el camino de Enghien á esta ciudad; de aquí la columna se dirigirá por los pueblos de Marck, Moulin-du-Chêne, Rombeck, Hellbecq, Meslin-Eveque, Bonnier, Hermitage y Roux, y pasará el puente del Dender más arriba de Ath y de la aldea de Brantignies: tomará posiciones en la altura, detrás de esta aldea, apoyando la derecha en el camino real de Leuze, y la izquierda extendiéndose á lo largo de la colina detrás de la Cruz-de-Bilhee.

El General en Jefe,

Firmado: DUMOURIEZ.

P. S.—Los generales permanecerán al frente de sus tropas y enviarán ordenanzas al Cuartel general, que estará mañana en Ath.

Se previene al General Miranda que el Teniente General Rozieres y el Mariscal de Campo Kermorvan van á servir en la división de la izquierda cada uno según su grado.

El General de Brigada, Jefe de Estado Mayor del ejército del Norte,

Firmado: THOWENOT.

III

Carta del General Dumouriez al Ministro de la Guerra, sobre la pérdida de la batalla de Nerwinde.—Arresto de Miranda, por orden de los comisarios de la Convención Nacional. —Interrogatorio de Miranda.—Defensa de Miranda por Chauveau-Lagarde.—Boletín del Tribunal Revolucionario en lo Criminal y opinión favorable de los jurados.—Absolución de Miranda.—Manifiesto de Chauveau-Lagarde á sus conciudadanos.

Carta del General Dumouriez al Ministro de la Guerra.

Tirlemont, á 19 de marzo de 1793.

Con gran dolor, ciudadano Ministro, doy á V. cuenta del golpe funesto que acabo de recibir; por mi carta de ayer habrá V. visto que mis presentimientos en ese respecto estaban plenamente justificados. Al recibir noticia del peligro de Namur y del acercamiento de un cuerpo de diez mil hombres que se dirigía sobre Bruselas y Lovaina, *pensé que no podía salvar la cosa pública sino desalojando al enemigo de su campamento de Nerwinde. Concebí un plan de ataque sobre la izquierda del enemigo; la división del centro debía acometer*

á Nerwinde y la izquierda, al mando de Miranda y de Champmorín, la aldea de.... La derecha y el centro obtuvieron algunas ventajas á pesar de haberse replegado la infantería dos veces *y de haber sido arrojada del pueblo de Nerwinde; el ataque de la izquierda fué desgraciado; la retirada se efectuó entre confusión, hasta detrás de Tirlemont, y quizás más lejos aún.* El Mariscal de Campo Miklin, [*] jefe de la artillería, fué muerto, y resultaron heridos dos oficiales generales. Hemos perdido en esta retirada, ó más bien en esta fuga, mucha gente y varios cañones, entre ellos tres de á 12. Yo ignoraba esta derrota y me proponía atacar al día siguiente, para completar la victoria, cuando inquieto por no haber recibido ninguna noticia de Miranda, y como oyera decir que se había retirado, dejé, al caer la noche, la parte victoriosa del ejército para venir en busca de noticias de la izquierda. Llegué, con asombro mío, hasta Tirlemont sin encontrar el cuerpo de ejército. *He dado orden á Miranda para que vuelva á ocupar su puesto sobre las alturas de Santa Margarita, con el fin de cubrir allí la retirada.* Envío á V. una carta de Valence, quien ha sido herido, y acaba de salir para Bruselas. *Voy á ocupar nuevamente el campamento de Lovaina, para cubrir á Bruselas y á Malinas, y esperar allí auxilios.*

Esté V. seguro, ciudadano Ministro, *de que el mal y la desorganización han llegado al colmo.* Temo las consecuencias funestas de esta retirada, en un país cuyos habitantes hemos sublevado contra nosotros por el pi-

[*] Era el General Guiscard.

llaje y la indisciplina. Haré todo lo que pueda por salvar el ejército que me ha demostrado mucha confianza. Me atengo á su juicio, me someteré con entera franqueza al más severo examen y aun pediré un consejo de guerra para que juzgue mi conducta: ¡feliz me consideraré, si el sacrificio de mi vida puede ser útil á la libertad! Piérdala combatiendo por la patria ó sentenciado por ella, no temo ni el fallo de mis conciudadanos, ni el de la posteridad.

Comprenderá V., ciudadano Ministro, que la pérdida ha sido considerable; yo la calculo en 2.000 hombres. Debo hacer justicia á los soldados más valerosos del universo; pero carecían de oficiales, y principalmente de oficiales experimentados. Propongo la supresión del sistema de elección: la elección no da el talento, no inspira la confianza, no obtiene la subordinación.

Firmado: DUMOURIEZ.

Arresto de Miranda.

En nombre de la República Francesa.

Nosotros, miembros de la Convención Nacional, Comisarios delegados por élla al ejército de los países de Bélgica y de Lieja, etc.;

Considerando las quejas que se nos han dado contra el General Miranda, con respecto á su conducta en

el sitio de Maestricht y en la jornada del 19 del presente mes; y considerando, por una parte, que los hechos imputados á este General no parecen ser menos graves que los que han motivado el decreto por el cuál la Convención Nacional manda á comparecer ante ella á los Generales Lanoue y Stingel, y, por otra parte, que peligraría el buen éxito de las armas de la República, si un general inculpado conservase el mando de las tropas, en tanto que no se justificase:

Resolvemos, vista la urgencia del caso, que el General Miranda se presente, sin demora alguna, ante la Convención Nacional para dar cuenta de su conducta, y encargamos al General Dumouriez que lo haga reemplazar provisionalmente.

Dado en Bruselas, á 21 de marzo de 1793,
año II de la República.

Firmado: Gossuin, Dantón, Treilhard,
Merlín de Douai, Delacroix, Robert.

Interrogatorio del General Miranda. [*]

Primera pregunta.

¿Por qué atacó V. á Maestricht?

[*] Extracto del proceso verbal de las deliberaciones de la Junta de la Guerra. Sesión del lunes 8 de abril, á las ocho de la noche.

Respuesta.

Porque así me lo ordenó por escrito el General Dumouriez.

Segunda.

¿Cuáles eran las instrucciones de V. sobre este asunto?

Respuesta.

El General me dijo categóricamente que por los informes que tenía, Maestricht se rendiría á la tercera bomba; que la guarnición no quería defenderse; que los burgueses obligarían al Gobernador á rendir la plaza, y que, por lo tanto, era preciso precipitar el ataque, porque ni el tiempo, ni la estación eran propicios para abrir un sitio regular; que todo dependía, además, de la celeridad con que yo llevase á término feliz este sitio para marchar inmediatamente sobre Nimega con un cuerpo de veinte y cinco mil hombres; que era preciso que el ataque de Maestricht fuera muy brusco, y que de mi celeridad en secundarlo dependía la salud, no sólo de Holanda, sino también de la República y la libertad de los pueblos; y que él esperaba, además, que la plaza no resistiría más de dos ó tres días; que si la plaza se sostenía por más tiempo, era preciso dejar la continuación del ataque al ejército de las Ardenas y de Bélgica; y yo, con el del Norte, que estaba bajo mis órdenes, marchar inmediatamente sobre Nimega para impedir que los prusianos que estaban en el Güeldre penetrasen en Holanda y

cayesen sobre él: en ejecución de la cual orden la vanguardia del ejército del Norte ocupaba la orilla izquierda del Mosa desde el fuerte San Miguel hasta Veseme.

Tercera.

¿Tiene V. por escrito esa instrucción del General Dumouriez?

Respuesta.

Sí.

Cuarta.

¿Se conformó V. exactamente á ella?

Respuesta.

Tan así, que el General me dió su aprobación; y que por las órdenes que dí á los demás generales, en obedecimiento á las suyas, me dijo en términos expresos: "Todas vuestras órdenes á los diferentes generales me parecen muy claras y muy bien dictadas.

Quinta.

¿Estaba V. autorizado á asumir la responsabilidad de las disposiciones que creyera convenientes para asegurar y acelerar el éxito de su operación?

Respuesta.

Yo no estaba autorizado para hacer otra cosa sino lo que se me ordenara, y tenía orden del Consejo Ejecutivo para ejecutar cuanto el General en Jefe Dumouriez dispusiese, puesto que sólo él estaba encargado de dirigir las operaciones militares.

Sexta.

¿Y encontró V., al tiempo de ejecutarlas, suficientes para tomar á Maestricht las órdenes que le habían sido dadas?

Respuesta.

Creo que sí, si los informes que se me dieron por el General Dumouriez eran exactos; pero si no lo eran, creo que nó, porque en este caso la ciudad de Maestricht, exigía un sitio en regla y un ataque vigoroso, defendida hábilmeute como estaba por su guarnición.

Séptima.

Antes de llegar frente á Maestricht, ¿tomó V. todas las precauciones de costumbre para una operación de esta naturaleza?

Respuesta.

Hice venir la artillería de sitio de los tres ejércitos reunidos; y con todas las piezas capaces de arrojar bombas, ejecuté el bombardeo, haciendo venir también la gruesa artillería de los tres ejércitos para continuarlo, y tirar sobre la plaza con balas rojas, si el bombardeo no era suficiente.

Octava.

¿Estaba V. suficientemente provisto de bocas de fuego, municiones y víveres para todo el tiempo de la operación?

Respuesta.

Yo tenía todos los elementos necesarios para el bom-

bardeo de cinco á seis días, como el General lo suponía en sus órdenes; para la continuación del bombardeo, y después para disparar con bala roja, todas las piezas y municiones necesarias se hallaban en los depósitos de Tongres, Lieja, Tirlemont, San Trond, Lovaina y Malinas, las cuales debían ir llegando á medida que se hiciesen necesarias á la continuación del sitio por los ejércitos de las Ardenas y de Bélgica, puesto que el del Norte, que se hallaba bajo mi mando, debía salir á mis órdenes para Holanda. Su vanguardia se hallaba ya sobre Grave.

Novena.

¿A qué número ascendían las tropas que estaban bajo el mando de V. para la operación sobre Maestricht?

Respuesta.

Las tropas que sitiaban á Maestricht ascendían á unos catorce ó quince mil hombres, los cuales, durante el sitio, fueron disminuidos en tres á cuatro mil que marcharon sobre las fronteras de Holanda, á causa de algunos movimientos de los enemigos.

Décima.

¿Podía V. aumentarlas?

Respuesta.

No; no podía aumentarlas, sin desobedecer las órdenes del General en Jefe.

Undécima.

¿Qué día llegó V. frente á Maestricht?

Respuesta.

Del 21 al 22 de febrero.

Duodécima.

¿Cuáles fueron las disposiciones que tomó V. al llegar?

Respuesta.

Abrir las paralelas, para lo cual concurrí en persona con todos los jefes de ingenieros y de la artillería.

Décima tercera.

¿Por qué se decidió V. á bombardear la ciudad con preferencia á ponerle sitio en regla?

Respuesta.

Porque la orden que se me dió me prohibía lo último y me prescribía lo primero.

Décima cuarta.

¿Qué razón tuvo V. para creer que podría obligar la ciudad á rendirse con un simple bombardeo?

Respuesta.

Yo no lo creí nunca de propio dictado, pero el General lo creía y me dió órdenes en tal sentido.

Décima quinta.

¿Qué precauciones tomó V. para cubrir el bombardeo y proteger al ejército de toda sorpresa?

Respuesta.

Ejecuté las órdenes que el General en Jefe Dumou-

riez me había dado, y que eran hacer que todas las tropas del ejército de las Ardenas pasasen el Mosa para reunirse al de Bélgica que guardaba el Roer, formando así con estos dos cuerpos un ejército de observación que, bajo las órdenes de los generales Valence, Lanoue, Stingel, Miaczinski, Dampierre, Lamarche y Neuville, debía cubrir el ataque de Maestricht.

Décima sexta.

¿A qué distancia de la plaza estableció V. sus baterías para el bombardeo, y cuántos días duró éste?

Respuesta.

A quinientas toesas aproximadamente de la muralla de la ciudad; el bombardeo duró de cinco á seis días.

Décima séptima.

¿Por qué se ausentó V. durante el ataque por veinte y dos horas en las cuales se le solicitó?

Respuesta.

Nunca me ausenté del cuartel general, durante el sitio, sino para ir á la paralela, excepto la antevíspera del día en que se levantó aquél, para ir á las once de la mañana á las alturas del Homberge y de Willeré con el objeto de establecer las baterías de á veinte y cuatro que debían disparar con bala roja sobre la plaza, y para hacer un reconocimiento hacia el fuerte de San Pedro y ver si nuestras tropas estaban en orden, habiendo regresado al parque de artillería á la puesta del sol.

Décima octava.

¿Tenía V. noticia de la posición de los ejércitos enemigos?

Respuesta.

Solamente las que los oficiales de la vanguardia me comunicaban y que ellos recibían de los espías que empleaban con dicho objeto.

Décima novena.

¿Cuáles son las noticias que le comunicaron á V. estos espías?

Respuesta.

Que las fuerzas del enemigo aumentaban considerablemente, y según informes distintos podía conjeturarse que estas fuerzas alcanzaban á treinta, ó, á lo más, á cuarenta mil hombres.

Vigésima.

¿Qué día recibió V. esos informes?

Respuesta.

No podría fijar el día; pero los últimos me vinieron, según creo, del 20 al 26.

Vigésima primera.

¿Por qué general le fueron á V. dados estos avisos? ¿fué verbalmente, ó por escrito?

Respuesta.

Estos avisos me fueron dados por escrito por los diferentes generales que mandaron sucesivamente la vanguardia y el ejército de observación, y los trasmití siempre al General en Jefe.

Vigésima segunda.

¿Ha guardado V. copia de esos avisos?

Respuesta.

La costumbre es formar un cuadro general de los diferentes informes que llegan de distintos puntos y depositar los documentos en el Estado Mayor del ejército; dichos cuadros los remitía regularmente al General en Jefe y al Ministro de la Guerra.

Vigésima tercera.

¿Qué precauciones tomó V. en consecuencia de los avisos que le fueron dados?

Respuesta.

No podía tomar ninguna, puesto que las tropas disponibles se enviaban al ejército de observación según las órdenes del General en Jefe, y los generales Valence y Lanoue estaban encargados particularmente de esta defensa, mientras que yo preparaba el ataque de Maestricht y la marcha sobre Holanda, desde una gran distancia.

Vigésima cuarta.

¿Qué disposiciones dictó V. para conocer los movimientos de los ejércitos enemigos?

Respuesta.

No podía dictar ninguna, ocupado como estaba en el sitio de Maestricht y encontrándose los ejércitos enemigos á tan larga distancia.

Vigésima quinta.

¿Cuándo se le notificó que dichos ejércitos enemigos marchaban sobre V.?

Respuesta.

El mismo día en que levantamos el sitio, y por medio de un oficial de ingenieros que llegó á las once de la mañana á mi cuartel general de la abadía de Hochten, trayéndome una carta de los generales de la vanguardia, en la que se me informaba que un cuerpo de 30 á 35.000 hombres había penetrado en nuestros acantonamientos del Roer, batido nuestras tropas, y que avanzaba hacia Maestricht para socorrer la plaza.

Vigésima sexta.

¿Qué hizo V. para oponerse á ello?

Respuesta.

Como no tenía por todo, cerca de Maestricht, sino un cuerpo de 12.000 hombres que oponerle, los reuní, haciendo retirar sobre Tongres la artillería que cubrí con un cuerpo de 5 á 6.000 hombres; coloqué el resto de las tropas en las alturas de Visé, para cubrir igualmente la plaza de Lieja, y dí aviso al General Valence á fin de que nos reuniésemos y formáramos un cuerpo bastante considerable para oponernos

al intento de la guarnición de Maestricht y del cuerpo enemigo que avanzaba sobre esta plaza; lo cual ejecutamos con buen éxito.

Vigésima séptima.

¿Se comunicaba V. sin obstáculos con el General Lanoue?

Respuesta.

No me comunicaba libremente con el General Lanoue sino por Lieja, porque el enemigo estaba entre él y yo, y los puentes de barcos de Visé y de Rekem habían sido quemados.

Vigésima octava.

Las tropas confiadas al mando del General Lanoue ¿estaban bajo las órdenes de V?

Respuesta.

Estaban bajo las órdenes del General Valence desde su llegada, según las disposiciones del General en Jefe Dumouriez, y por ser el General Valence mi superior; no obstante, y en cierto caso urgente, dí una orden al General Lanoue, la que fué ratificada por el General Valence.

Vigésima novena.

¿Dió á V. aviso este general de la marcha de los enemigos contra él?

Respuesta.

Como estaba bajo las inmediatas órdenes del General

Valence, comunicó á este general todos sus avisos, habiéndome advertido, sólo al principio, del ataque de los enemigos y de la marcha de un numeroso cuerpo sobre Maestricht.

Trigésima.

¿Qué hizo V. cuando fué instruido de que las avanzadas del General Lanoue habían sido rotas, y que una columna enemiga se adelantaba contra V?

Respuesta.

Reuní todas mis fuerzas para proteger la retirada de mi artillería y me situé sobre Tongres y sobre Visé para impedir los progresos de los enemigos hacia Lieja y San Trond, como ya lo he dicho arriba.

Trigésima primera.

¿Hizo V. disparar con bala roja?

Respuesta.

No.

Trigésima segunda.

¿Dió V. órdenes para calentar balas á fin de disparar con bala roja?

Respuesta.

Sí; pero como las parrillas, carbones y demás cosas necesarias para esta operación no se hallasen dipuestas, el general de artillería me hizo observar que esto no podría efectuarse tan pronto como yo deseaba,

y lo difirió para el día siguiente; mas como el sitio se levantó por la noche, no llegó á tirarse con bala roja.

Trigésima tercera.

¿Dió V. órdenes para probar el carbón de piedra y las parrillas que debían servir para enrojecer las balas, antes de dictar las órdenes precisas con tal objeto?

Respuesta.

Como el General en Jefe de la artillería estaba encargado de cuanto se relacionaba con el bombardeo y la artillería, era el jefe bajo cuya responsabilidad se hacían las pruebas de todos estos objetos.

Trigésima cuarta.

Se observa al General que su respuesta es evasiva, puesto que no dice directamente si dió él mismo las órdenes al general de artillería para las pruebas.

Respuesta.

Yo dí órdenes muy precisas al general de este cuerpo para que tuviese dispuesto cuanto pudiera ser necesario en la artillería, conforme á las leyes y reglamentos militares, sin creer que debía particularizarle el carbón más bien que la pólvora y otros objetos concernientes á la parte de esta arma.

Trigésima quinta.

¿Tuvo V. conocimiento de que el carbón era de calidad tan mala, que las balas no pudieron enrojecerse?

Respuesta.

Se me dijo desde el principio que el carbón que se había llevado al parque de artillería no tenía la fuerza necesaria para enrojecer las balas, y habiendo llamado al jefe de artillería para preguntarle el motivo de esto, me observó que los hornillos estaban algo defectuosos, así como el carbón, pero que haría subsanar este defecto y venir mejor carbón, con el cual esperaba disparar perfectamente bien el día siguiente con bala roja, como ya lo he manifestado.

Trigésima sexta.

¿Tiene V. conocimiento de que las parrillas no pudieron servir para el objeto á que estaban destinadas?

Respuesta.

Tal queja no llegó nunca á mi noticia, y las parrillas que hice preparar para disparar balas rojas con la artillería de á veinte y cuatro contra las alturas de Hombery y de Willeré me parecieron perfectamente buenas como las de que hice uso en ocasión semejante: además los oficiales de artillería que estaban presentes me aseguraron que respondían del buen éxito.

Trigésima séptima.

¿Tuvo V. conocimiento de que en la mayor parte de los cañones de á doce, diez y seis y veinte y cuatro las balas eran de un calibre absolutamente inferior al cañón á que estaban destinadas?

Respuesta.

Ahora es cuando lo oigo decir, y habiéndome encontrado presente en más de veinte acciones, con la misma artillería y los mismos oficiales, siempre tuve que admirar la buena puntería de nuestros fuegos en todas las ocasiones.

Trigésima octava.

¿Hizo V. levantar un proceso verbal sobre lo defectuoso del carbón y de los hornillos destinados á enrojecer las balas?

Respuesta.

No; no lo hice y nunca he visto ni oído decir que se hiciesen levantar procesos verbales en ocasiones semejantes.

Trigésima novena.

¿Hizo V. castigar ó arrestar á las personas que tenían la dirección inmediata de ese ramo?

Respuesta.

Reprendí al jefe de la artillería, responsable de todas estas faltas y dí queja al General en Jefe, quien castigó á aquél.

Cuadragésima.

¿Quiénes son los jefes que fueron castigados y qué género de castigo se les impuso?

Respuesta.

El Teniente General Anghest, á quien el General Domouriez me dijo haber castigado, y que efectivamente fué enviado á Douai.

Cuadragésima primera.

¿Ha guardado V. copia de la queja que dirigió V. contra estos oficiales de artillería?

Respuesta.

Si la copia de esos papeles no se ha perdido con las otras diez ó doce que se extraviaron en la retirada, se hallará seguramente entre los míos.

Cuadragésima segunda.

¿Qué día elevó V. esas quejas, y qué día fueron castigados esos oficiales?

Respuesta.

La queja la dí en el mismo cuartel general de Hochten; y el General Dumouriez me dice en las cartas que he depositado aquí, en qué día despidió al General Anghest.

Cuadragésima tercera.

¿Cuáles son los nombres y apellidos de los dos ayudantes de campo que acompañaron á V. á París, y qué grado tenían antes de esto?

Respuesta.

Muerto uno de mis ayudantes en la batalla de Nerwinde y herido el otro, el General en Jefe nombró para reemplazarlos á los dos adjuntos á los ayudantes generales del ejército del Norte, colocados por los comisarios de la Convención Nacional, Nicolás Carlos Gregorio Dulac, y Carlos Dulac, uno sargento en otro tiempo en el batallón del Puy-de-Dome, y teniente el otro en el mismo batallón, ambos después ayudantes de campo del General Chasot.

Cuadragésima cuarta.

¿No recibió V. aviso por un capitán de cazadores tirolés, desertor, á mediados de febrero, de que los enemigos se formaban en cuerpo para forzar los acantonamientos franceses á lo largo del Roer?

Respuesta.

Recibí aviso por diferentes desertores á quienes examiné en Lieja, y entre ellos había uno que se decía oficial, quien confirmó aproximadamente el informe de nuestros espías. Todos estaban de acuerdo en decir que las fuerzas enemigas aumentaban sobre el Roer, y estos diferentes informes son los que me hicieron formar la opinión de que dichas fuerzas ascendían á treinta ó cuarenta mil hombres, como ya lo he manifestado anteriormente

Cuadragésima quinta.

¿No recibió V. aviso por el mismo capitán tiro-

lés desertor, de que las tropas austriacas que estaban del otro lado del Roer solían obtener víveres y forrajes de nuestros almacenes para sus subsistencias?

Respuesta.

No; é ignoraba hasta ahora semejante cosa; por otra parte, este oficial desertor no habló jamás conmigo, puesto que no comprendo su lengua; pero sé muy bien que la deposición fué dada y traducida por escrito y enviada en el estado general al Comandante en Jefe y á los oficiales generales á quienes correspondía.

Cuadragésima sexta.

¿Por qué no intentó V. detener al enemigo en su marcha?

Respuesta.

Porque era tres veces más fuerte que yo.

Cuadragésima séptima.

¿Qué disposiciones adoptó V. para cubrir su retaguardia y trasportar sus almacenes y provisiones?

Respuesta.

Retiré la artillería y casi todo lo relativo al sitio á los alrededores de Maestricht y á Tongres; los almacenes de Lieja, de Aix-la-Chapelle y otros estaban bajo la protección de los ejércitos de las Ardenas y de Bélgica, mandados por el General Valence, á quién me reuní después; y de acuerdo con él, que era mi supe-

rior, emprendimos la retirada desde Lieja hasta Lovaina.

Cuadragésima octava.

¿Hacia qué punto dirigieron VV. la retirada?

Respuesta.

Hacia Lovaina, en la forma arriba indicada.

Cuadragésima novena.

¿Dependió de V. el efectuar una reunión con las tropas del General Lanoue á fin de cubrir á Lieja?

Respuesta.

No; á menos que hubiese abandonado los puestos de Visé y de Tongres, por los cuales hubieran penetrado los enemigos y nos habrían cortado.

Quincuagésima.

¿Cuáles fueron las operaciones de V. después de su reunión con el General Lanoue?

Respuesta.

La de continuar nuestra retirada desde Lieja hasta Lovaina bajo las órdenes del General Valence, quien, como el más antiguo, mandaba todas las fuerzas reunidas.

Quincuagésima primera.

¿Qué órdenes recibió V. del General Dumouriez el día de la batalla de Nerwinde?

Respuesta.

Esta, del 18 de marzo:

" El General Miranda atacará por la izquierda entre " Ortsmael y la capilla de Betania, tanto con sus tropas co- " mo con las del General Champmorín; pasará el río por to- " dos los puentes, y atacará por todas partes y vigorosa- " mente al enemigo en sus posiciones. Se le previene que " el ataque es general desde Overwinden hasta la capi- " lla de Betania: *la totalidad del ataque de la izquierda* " *queda absolutamente á sus órdenes.* El General Champ- " morín debe necesariamente hacer resguardar el puente de " Budingen y situar en él una fuerza imponente para " poder, en caso necesario, amenazar al enemigo con " un ataque de flanco hacia la parte de Leau, donde dicha ' fuerza marcharía en columna.

" El General en Jefe,

" *Firmado:* DUMOURIEZ."

Quincuagésima segunda.

¿Las ejecutó V. exactamente?

Respuesta.

Tan exactamente, que reuní á todos los oficiales generales y á los jefes de brigada que mandaban los diferentes cuerpos, los cuales formé en siete columnas mandadas por los Generales Ruault, Champmorín, Miaczinski é Ylher, y los coroneles jefes de brigada Champollón, Dumenil y Kaeting, á quienes leí la orden del General en Jefe: estas diferentes columnas pasaron el riachuelo de Gheete por los puentes de

Ortsmael, Hellen y Leau, y atacaron vigorosamente al enemigo antes que ninguna otra división. Las columnas bajo las órdenes de Champmorín, Ruault y Dumenil fueron conducidas al ataque por mí, personalmente.

Quincuagésima tercera.

¿Quién pudo ocasionar el desorden que ocurrió en el ala mandada por V. y la retirada precipitada, consecuencia de aquél?

Respuesta.

La ventajosísima posición que ocupaba el enemigo sobre su derecha, y que nuestra izquierda tenía orden de atacar; la numerosa artillería que multiplicaba las ventajas del terreno, el número casi doble de tropas enemigas que la defendían, y en fin, la gran dificultad que encontraban nuestras tropas en buscar los caminos para aproximarse al enemigo y hacer uso de su artillería, fueron las causas de las pérdidas considerables que todos los cuerpos experimentaron al dar el ataque: de manera que al cabo de tres horas de combate el más vigoroso y mortífero que tropa alguna haya podido jamás experimentar, las nuestras se vieron obligadas á retirarse, habiendo dejado en el campo de batalla dos mil bravos defensores de la libertad, insigne testimonio de la virtud republicana; y la más cobarde acción, tal vez, del General en Jefe Dumouriez es la de arrebatar á la patria esta gloria, y el honor á los soldados que supieron morir en su puesto cumpliendo el más sagrado de sus deberes: si perdieron alguna artillería fué porque los ca-

ballos murieron y las piezas quedaron desmontadas bajo el fuego del enemigo, que nos dominaba. La sola brigada del Coronel Champollón tuvo en cuatro minutos, mientras que se desplegaba frente á las líneas enemigas, diez y siete caballos muertos y cuatro piezas desmontadas, según el informe de este oficial. Sucumbir de este modo es caer con honor..... La tropa tenía un río á la espalda, y para pasarlo sólo dos ó tres puentes á gran distancia, sin que el General en Jefe hubiera dado disposición alguna para echar puentes: así, no es extraño que, habiendo sufrido tanto en el combate y siendo vivamente perseguida por un enemigo muy superior en número y que tenía de su parte todas las ventajas que pueden dar en caso parecido el terreno y las posiciones, una parte de las tropas se retirara en desorden; pero, lo repito, no fué más que un reducido número, pues el resto de la división se condujo con el valor que cumple á dignos defensores de la libertad. Las faltas capitales no han sido ciertamente las del soldado, que, cuando es bien conducido se colma de gloria, como los de esta misma división lo hicieron al día siguiente, y el 22 de marzo en Pellemberg, según confesión propia de sus enemigos. No pretendo cubrir la vergüenza de los cobardes, ni el infame desorden de los pillajes á que se dió una parte de las tropas mandadas por malos oficiales, hecho que ha podido empañar la reputación gloriosa que el ejército se había conquistado con tan justos títulos hasta esta época; pero la fuente principal de estos desórdenes radicaba en el Estado Mayor y en el General en Jefe, quien no aplicó los re-

medios necesarios, ó, á lo menos, los que habíamos empleado hasta entonces para impedirlos.

Quincuagésima cuarta.

¿Por qué no participó V. acto contínuo al General en Jefe la retirada que iba V. á emprender?

Respuesta.

Envié inmediatamente un ayudante de campo y dos ordenanzas para prevenirle, en tanto que recibía yo el informe de la retirada de las otras divisiones, por oficiales del Estado Mayor y por ordenanzas; tan pronto como pude procurarme luz para escribir, hice mi informe muy minucioso, el cual le envié con un correo acompañado de nuestros ordenanzas del ejército, para que pudiese llegarle lo más pronto posible.

Quincuagésima quinta.

¿Qué hizo V. para rehacer sus tropas dispersas, y dónde llevó V. su división?

Respuesta.

Las tropas que estaban ya desordenadas recibieron orden mía para rehacerse detrás de la ciudad de Tirlemont, donde se hallaban ya los primeros cuerpos desbandados. Por este medio se detuvieron todos en el sitio que yo les había indicado. Las divisiones bajo las órdenes de los Generales Champmorín y Ruault recibieron orden de venir á tomar la posición de Wommersom, y á cinco batallones que llegaban de Lovaina

así como á la caballería que estaba bajo mis órdenes se les mandó que ocupasen la misma posición bajo las órdenes del General Yhler.

Quincuagésima sexta.

¿Qué día se reunió V. al General Dumouriez en su campamento cerca de Lovaina?

Respuesta.

El 21 de marzo, después de haber recibido la siguiente orden:

" El cuerpo de ejército á las órdenes de los Generales Miranda, Chancel, Stetenhoff é Igualdad se formará en dos columnas: una pasará por la calzada y se retirará sobre las alturas detrás de Lovaina, donde se ha colocado el campamento, y la otra marchará por Lovenjoul, Corbeeck, y Heverlé, donde tomará posiciones detrás de Lovaina, apoyando la derecha sobre el río Voer, y la izquierda en el bosque del pueblo.

" *Firmado:* El General en Jefe, DUMOURIEZ.

" P. S.—Este movimiento se hará á las once en punto. El General Miranda tomará el mando de estas dos columnas, para mantener en ellas el orden.

" *Firmado:* DUMOURIEZ.

Debo observar que el mismo día, 21 de marzo, en que este general me confiaba el mando de todos estos

diferentes cuerpos, me inculpaba ante los comisarios de la Convención Nacional y les hacía tomar la resolución de enviarme acto continuo ante la Convención para dar cuenta de mi conducta; orden que no me fué comunicada sino el 25 por la noche, cuando la retirada de las tropas se había efectuado bajo mi mando.

Quincuagésima séptima.

¿Qué hizo V. desde su reunión con el General Dumouriez hasta el momento en que se le mandó á comparecer ante la Convención?

Respuesta.

Cumplí día por día las órdenes del General en Jefe, órdenes cuyos originales deposito en manos de la Junta, y mandé siempre la retaguardia en la retirada del ejército, hasta el 25 á las diez de la noche, en que el General me envió al campo de Bouvignes, más abajo de Ath, el decreto de 21 de marzo, dictado en Bruselas por los comisarios de la Convención Nacional en Bélgica, para que me presentara ante ésta.

Quincuagésima octava.

¿Tenía V. noticias de las opiniones del General Dumouriez sobre los trabajos de la Asamblea?

Respuesta.

Sí; le oía decir con frecuencia que la mitad de aquélla eran unos idiotas y la otra mitad unos malvados, lo que produjo nuestra enemistad y ruptura de relaciones: esto, unido á otras observaciones y hechos

acaecidos desde su regreso de Holanda, motivó la carta que escribí con fecha 21 de marzo al ciudadano Petión, de la cual deposito copia en esta Junta, carta que envié en *duplicado* por dos correos á dicho ciudadano.

Quincuagésima novena.

¿Contestó á esa carta el ciudadano Petión?

Respuesta.

Por haber marchado el 25 de marzo, no recibí contestación alguna.

Sexagésima.

¿Qué día llegó V. á París? ¿En el mismo día comunicó á algunos miembros de la Convención los sentimientos antipatrióticos de Dumouriez?

Respuesta.

Llegué á París el 28 de marzo á las nueve de la noche é inmediatamente mandé decir al ciudadano Petión que le suplicaba viniese á verme para cierto asunto de la mayor importancia; éste vino á mi casa acompañado del ciudadano Bancal, miembro de la Convención Nacional; les dije que Dumouriez era un traidor, y que creía quería marchar sobre París con el ejército; que previniesen á las autoridades para evitar el mal que amenazaba á la República; que temía mucho que en el momento en que hablaba, se hubiese quitado la máscara y hecho estallar la conspiración, puesto que me había asegurado positivamente en

nuestras últimas entrevistas que no pondría jamás los pies en Francia, y yo lo había dejado en la frontera..... Yo me proponía hacer esta exposición exacta á la Convención Nacional al día siguiente de mi llegada, y á este efecto escribí al Presidente pidiéndole ser admitido ante ella; pero como no pude obtener audiencia, á pesar de haberme presentado todos los días, me decidí á publicar una memoria impresa que contiene todos estos hechos.

Sexagésima primera.

¿Sabe V. si los ciudadanos Petión y Bancal hicieron llegar á la Convención Nacional las declaraciones de V. que eran de tan grande importancia?

Respuesta.

El ciudadano Petión me informó que las había comunicado inmediatamente á la Junta de defensa general; y en cuanto al ciudadano Bancal, que salió con dirección á la frontera, no lo he vuelto á ver desde entonces.

Sexagésima segunda.

¿Sabe V. si el ciudadano que le acompañó á V. á París, y que servía bajo sus órdenes en el ejército, haya dado parte á algunos miembros de la Convención Nacional de las traiciones de Dumouriez y de la luz que V. podía dar sobre estas traiciones, si hubiese sido V. oído acto continuo por la Convención?

Respuesta.

Sí: como no tenía conocimiento íntimo con ninguno de los miembros de la Convención Nacional, y habiendo sido informado por el ciudadano Dulac [que se hallaba conmigo en ausencia de mis ayudantes de campo] sobre la integridad del ciudadano Magnet, miembro de la Convención, á quien él conocía íntimamente, le supliqué le hiciese esta confidencia, para que la comunicase á sus colegas y pudiesen remediar los males que amenazaban á la República por los pérfidos designios de Dumouriez.

Sexagésima tercera.

¿El General Dumouriez dió á V. orden de hacer ejecutar el decreto de 15 de diciembre último en la parte de Bélgica confiada al mando de V.?

Respuesta.

No recibí órdenes terminantes del General Dumouriez para hacer ejecutar el decreto de 15 de diciembre, pero, según las conferencias que se efectuaron con los comisarios de la Convención, lo hice cumplir en el ejército de mi mando.

El General ha entregado, en apoyo de sus respuestas, un registro de las cartas y órdenes de servicio, todo original, y los interrogatorios han sido terminados hoy 10 de abril de 1793, á las doce de la noche.

Firmado: MIRANDA.

Firmado: OLIVIER GERENTE,

Presidente de la Junta Militar.

Defensa de Miranda, por Chauveau-Lagarde, acusado aquél de alta traición y de complicidad con el General en Jefe Dumouriez. [*]

Ciudadanos Jurados.

Extraordinario destino el del hombre que en todo Europa es conocido por su filosofía, sus principios y su carácter, como uno de los más celosos partidarios de la libertad; que en las dos naciones más libres, antes de la revolución francesa, Inglaterra y América, tiene por amigos á los hombres más recomendables por sus virtudes, su talento y sus trabajos en favor de la libertad; que por causa de ésta ha sido perseguido por el despotismo del uno al otro polo; que durante toda su vida no ha reflexionado, respirado y combatido sino por ella, habiéndole ofrendado fortuna, ambición y hasta amor propio: es, digo, destino extraordinario el de este amigo de la libertad, que, sin embargo, está acusado de haberle hecho traición, en el momento mismo en que la defendía gloriosamente con las armas en la mano, y de haberle hecho traición de concierto con el hombre que era entonces su más mortal enemigo; del hombre cuyos proyectos liberticidas denunciaba, y á quien éste calumniaba ante los representantes del pueblo, entregándole, como un traidor, á la venganza nacional, precisamente porque veía en él al incorruptible enemigo de su traición.

---

[*] *Anales del Foro francés: Foro moderno*, tomo XII.— París, 1847.

Pero lo que no es menos extraordinario, acaso, es ver como esta acusación, que por sus incidentes parecía al principio deber ser en extremo complicada, se encuentra hoy, por resultado de los debates, reducida á tan grande simplicidad, que si existe algo difícil para mí, no es el buscar lo que debo exponer, sino hallar lo que queda por decir.

En efecto, ciudadanos jurados, el General Miranda, en sus respuestas, lo ha explicado, aclarado y probado todo, de manera que después de haber brillado en los consejos y en los ejércitos, como uno de los más ilustres é intrépidos defensores de la República, se ha mostratrado en este tribunal el más elocuente defensor de sí mismo que pudiera tener; y si me ha dejado alguna tarea que cumplir, lo es menos para su justificación que para su apología. Y ésta no será difícil: reproduciré algunas de sus palabras y pintaré sus acciones.

Voy, pues, ciudadanos jurados, á limitarme á trazaros el cuadro fiel de su vida, y sobre todo el de la conducta que ha observado en servicio de la República Francesa; y esta exposición, con algunas reflexiones muy sencillas, bastará para demostrar que en lugar de haber hecho traición á la patria, siempre mereció bien de ella y que lejos de deber esperar de ésta vituperio alguno, podría pedirle alguna gratitud, si él no se creyese harto recompensado con la dicha de haberla servido.

El sabe que al servirla ha cumplido su deber, y halla la recompensa en su propia conciencia; lejos de quejarse de la calumnia que lo trae ante vosotros, se felicita por ello, puesto que se le presenta así la oca-

sión ventajosa de rendir á sus conciudadanos honrosa cuenta de su conducta; y esta acusación, lejos de empañar su gloria, la hará, por el contrario, más brillante, añadiendo en su frente la corona de la inocencia á los laureles del triunfo.

Y vosotros, ciudadanos, que llenáis este augusto recinto, vosotros que no seríais republicanos si no fuéseis humanos y justos; dignaos escucharme con la altivez de un pueblo libre que si teme ver absuelto el crimen, desea, sobre todo, ver el triunfo de la inocencia: os exhorto á considerar bien las brillantes pruebas que os ha dado ya este tribunal, en el que si la patria ofendida encuentra terribles vengadores, la justicia satisfecha tiene también ministros de consuelo.

La familia de Miranda, oriunda de España, se estableció hace dos siglos en la América del Sur [provincia de Venezuela] y allí vivió siempre considerada, ocupando empleos civiles y militares. Francisco Miranda nació en 1754 en Los Andes venezolanos, en la provincia de Caracas. Dato es este por el cual he debido empezar, porque la calumnia, para dar á lo menos alguna sombra de verosimilitud á los delitos que se le imputaban en Maestricht, ha supuesto que había nacido en esta ciudad, y hasta que vivían en ella todavía sus padres.

No hablaré, á pesar de la ventaja que de ello pudiera sacar, del carácter que desplegó desde su infancia, y de la primera educación que recibió entonces en la Universidad de Caracas.

Os pido únicamente, ciudadanos, que me sea permitido decir algunas palabras de su vida moral y polí-

tica antes de la época en que tuvo la dicha de servir en los ejércitos de la República Francesa, y de este modo veréis cómo es imposible que un hombre semejante haya tenido jamás la idea de hacer traición á la libertad.

Su odio contra el fanatismo y la opresión que reinan en aquella parte de América le hizo abrigar temprano el deseo de salir de ella y de viajar.

Dominado por este afecto invencible, salió para España á la edad de diez y siete años.

Como el rey de España ofreciera á su familia colocar al joven Francisco en uno de los regimientos del ejército, en clase de capitán de una compañía, tal cargo le fué confiado á su arribo á Madrid. Pero menos ocupado en los empleos y en las filas, que en su instrucción, hizo venir de Francia profesores de matemáticas y de ingeniería, quienes le instruyeron en sus respectivas ciencias, ya que el gobierno no quiso permitirle salir del reino.

La guerra que estalló en Africa contra España le ofreció ocasión de hacer su primer ensayo en el arte militar, lo que realizó en las campañas de Argel, y en la defensa de la plaza de Melilla en Africa.

Una vez terminada esta guerra, la de la América del Norte contra Inglaterra le hizo solicitar el honor de ir á servir la causa de los americanos, lo cual le fué también negado. Fuése entonces á Gibraltar, donde encontró ocasión de examinar las tropas inglesas y hanoverianas que acababan de llegar para reemplazar la guarnición que se dirigía á América, y allí hizo su primer estudio comparativo de la infantería.

En este intervalo, cultivaba la filosofía y la literatura, lo cual no dejó de atraerle el odio de la Inquisición, cuyo tribunal, como no podía hacer en su persona un *auto de fe*, se vengó en su biblioteca filosófica, entregádola á las llamas.

Declarada la guerra entre Inglaterra, Francia y España, á causa de la independencia de la América del Norte, solicitó servicio para pasar á este último punto, lo cual le fué concedido en el ejército español que marchó á América. Partió en calidad de ayudante del General en Jefe. La apertura del puerto de La Habana al comercio americano; la conquista de la Florida del Oeste; la de las islas de Bahama; la salida del conde de Grasse para Chesapeake, cuyo resultado fué la captura del ejército inglés y la independencia de la América del Norte, y, en fin, la proyectada invasión de Jamaica, fueron, más ó menos, obra de sus consejos, y tomó parte en su feliz ejecución, en pro de la libertad del Nuevo Mundo.

Terminado el asunto importante de la independencia, y por estar España algo celosa, á causa de las relaciones de Miranda con la América del Norte, por las ideas de éste sobre la libertad del pueblo, y por su aversión á la tiranía que reinaba en el gobierno de las colonias españolas, abandonó Miranda el servicio, para sustraerse de la persecución que le amenazaba y para consagrarse enteramente á viajes y á estudios.

Empezó por examinar la América del Norte, de un extremo al otro, en la forma de su gobierno y en los medios por los cuales se había efectuado esta inmortal

revolución. El trato de las sociedades y de los principales individuos que tomaron parte en este grande acontecimiento, le permitió recoger cuantos informes podía desear; y los diversos lugares en que se dieron las batallas, así como las conversaciones con los generales que fueron actores en ellas, le hicieron juzgar el modo por el cual un pueblo agrícola y sencillo defendió su libertad contra las tropas más aguerridas de Europa, echando los cimientos de otra revolución que pudo hacer extensiva esa misma dicha á todo el Nuevo Mundo.

Terminada esta investigación, pasó á Inglaterra para examinar igualmente la forma de gobierno. En vano sondeó las disposiciones de éste para cooperar al bienestar de Hispano-América, á que él aspiraba; aquéllas le parecieron, por el embarazo en que este gobierno se hallaba entonces, que no debían ser por largo tiempo favorables á tan filantrópico proyecto, y resolvió dedicarse nuevamente á él, recorriendo todos los países de Europa. Para la ejecución de esta gloriosa empresa, á ejemplo de Platón, sacrificó una parte de su fortuna, y de este modo se hizo digno de recordarnos á este antiguo sabio, cuya imaginación, hasta en sus mismos extravíos, prueba su gran talento y virtudes.

Dejó á Londres para dirigirse á Prusia, donde asistió á las grandes revistas que Federico pasaba á sus ejércitos en 1785; y este examen le dió á conocer hasta qué grado de perfección había llevado el arte militar aquel infatigable guerrero; durante dos meses estudió los principios de este arte en la escuela del rey de Prusia.

De aquí pasó á Sajonia y á Austria, lugares donde las mismas observaciones le hicieron juzgar comparativamente el arte militar en Europa.

En seguida se fué á Italia, donde la mezcla de casi todas las formas de gobierno ofrece, en sus diversos matices, el cuadro de los diferentes géneros de desgracia ó de felicidad que la esclavitud ó la libertad pueden procurar á los pueblos; pasó á Grecia, donde el puerto del Pireo, las ciudades de Atenas, Corintio, Argos, Esparta y Tebas, ofrecen todavía en sus antiguos restos una confirmación de cuanto la historia nos refiere sobre los pueblos ilustres que en otro tiempo las habitaron; partió para Egipto y el Asia menor, tan famosa en otro tiempo por las colonias griegas que establecieron y sostuvieron la libertad en sus costas; fué hasta Constantinopla, cuyo gobierno extraordinario presenta singular contraste con los demás gobiernos repartidos sobre el globo; atravesó el mar Negro, con el deseo de estudiar la historia del comercio y de la navegación de Grecia, y recorrió, en fin, toda la Táurida, provincia poseída desde hace algunos años por Rusia, y en la cual un ejército de sesenta mil hombres, que la ocupaba entonces, le ofreció el cuadro de la fuerza terrestre de este vasto imperio, al que, de repente y como por efecto de mágico poder, un genio feliz ha arrancado del seno de la barbarie en que se hallaba sumido desde hace siglos para llevarlo á la civilización, y por decirlo así, al más alto grado de poder.

En este viaje vió al príncipe Potemkín, ministro principal del imperio, quien deseando conocer el sistema

político de los diferentes países de Europa que Miranda acababa de recorrer, lo invitó á acompañarle en los viajes que hacía en la Táurida, lo cual originó entre ellos una amistad muy íntima.

Al término de este viaje, habiéndole comprometido Potemkín, de parte de la Emperatriz, para que fuese á verla á Kiew, consintió en ello, aúnque con cierta repugnancia, temeroso de que esto interrumpiese el curso de sus viajes, que llevaban rumbo al Norte. La Emperatriz lo recibió con las mayores muestras de distinción, invitándole á que se quedase algún tiempo en su corte, y tuvo también ocasión de ver al emperador José II y al rey de Polonia, que se hallaban cerca de Kiew.

Esta circunstancia le hizo conocer á todos los personajes de aquel tiempo, del mismo modo que sus cortes, lo que no dejó de añadir mucho á sus observaciones en este sentido, y á su alejamiento de todo cuanto rodea á la realeza.

Os ruega, ciudadanos, que le permitáis decir aquí una palabra sobre las ofertas que le fueron hechas por la Emperatriz, no para envanecerse, lo cual sería ridículo sobre todo ante republicanos, sino para demostraros cuál es el precio que el fijó siempre á los favores de la corte y á la pompa de los honores y de las alcurnias.

Desde el instante en que la Emperatriz le conoció, escribió esta carta-circular á sus Ministros:

" *Carta-circular á todos los Embajadores y Ministros Pleni-*
" *potenciarios de Su Majestad Imperial de todas las Ru-*
" *sias, Catalina II, en las diferentes cortes de Europa.* [*]

" Señor.

" D. Francisco de Miranda, Coronel al servicio de " Su Majestad Católica, ha llegado á Kiew durante la " estancia en este punto de la Emperatriz y ha tenido " el honor de ser presentado á Su Majestad Imperial, " captándose la estimación de nuestra Augusta Sobe- " rana por sus méritos y distinguidas cualidades, y " entre otras, por los conocimientos que ha adquirido " en sus viajes á diversas regiones del globo.

" Queriendo Su Majestad Imperial dar al señor de " Miranda una prueba señalada de su estimación y del " interés particular que le inspira, ordena á V. E. que " tan pronto como reciba la presente carta, acoja á este " oficial conforme al aprecio que ella misma hace de " tal persona, rodeándole de todos los cuidados y aten- " ciones posibles; acordándole asistencia y protección " siempre que de ellas tuviese necesidad y las soli- " citase; y en fin, ofreciéndole, si llega el caso, como " asilo, su misma embajada.

---

[*] En la edición francesa de este libro, entre los documentos agregados, figura la defensa de Miranda por Chauveau-Lagarde, tomada de la obra titulada ANNALES DU BARREAU FRANÇAIS. —París, 1847. Mas como el editor de esta recopilación omitió insertar la carta de la Emperatriz de Rusia, á la cual se refiere en la defensa el abogado de Miranda, creemos que es de justicia figure este documento en la edición española, antes que indicarlo con puntos suspensivos como lo hace el editor de los ANNALES.

" La Emperatriz, al recomendaros á este coronel de
" de una manera tan distinguida, ha querido demostrar
" cuánto aprecia el mérito allí donde lo encuentra, y que
" para aspirar de preferencia á sus bondades y alta
" protección no puede haber mejores títulos que los
" que posee el señor de Miranda.

" Con sentimientos de la consideración más distin-
" guida tengo la honra de ser, de Vuestra Excelencia
" muy humilde y muy obediente servidor,

" *Firmado:* EL CONDE DE BEZBORODKO."

Según los sentimientos expresados en esta carta, la Emperatriz ofreció entonces á Miranda el puesto que él deseara en sus ejércitos ó en su corte, motivando la oferta en que las preocupaciones fanáticas y la política mezquina de España no podrían convenir nunca á sus principios. Él le dió las gracias diciéndole que sus viajes no tenían en modo alguno por objeto la ambición, sino solamente el deseo de instruirse, y de hacer un día útil esta instrucción á sus pobres compatriotas, excesivamente oprimidos por un gobierno arbitrario. Y sin desaprobar sus sentimientos, ella le declaró que podía desde luego considerar á Rusia como su propia patria; é inútilmente el Ministro español [y esto es un homenaje que Miranda debe rendir á aquella mujer célebre] lo reclamó en nombre de su amo como individuo necesario á España, replicando á la negativa de la Emperatriz, que si aquél no regresaba, *el imperio español se hallaba en peligro.* Ella contestó: "Que la persona de Miranda no podía entonces

estar en otra parte mejor que en Rusia, y que se alegraría mucho de que él se dignara quedarse allí para siempre."

¿Creéis, ciudadanos, que Miranda estuvo tentado á aceptar estas ofertas, honrosas y halagüeñas para otro hombre que no prefiriera la libertad á todo? Las rehusó como hubiera rehusado la esclavitud, y continuó sus viajes, harto tiempo interrumpidos, en bien de sus proyectos filosóficos.

De Petersburgo se dirigió á Suecia, donde tuvo ocasión de ver en la Dalecarlia los hermosos restos de esta nación libre y célebre. De allí pasó á Noruega, donde la libertad, desterrada del resto de Europa, se había refugiado con las artes, lo mismo que en Islandia, bajo la forma republicana, de donde partió en los siglos once, doce y trece la conquista de Escocia. De Noruega fué á Dinamarca, donde supo que el gobierno español, más celoso que nunca de la empresa que él proyectaba, había, aúnque inútilmente, dado pasos para prenderle en Estocolmo. En seguida se fué á ver las famosas ciudades anseáticas de Lubeck, Dantzick, Bremen y Hamburgo, donde el comercio, floreciente bajo la protección de alguna libertad, ofrece aún restos de su antiguo esplendor. Se dirigió á Holanda en el momento en que el pueblo, haciendo esfuerzos por sacudir el yugo del Estatuder, fué desgraciadamente oprimido por el poder prusiano; y en fin pasó á los Países-Bajos austriacos, los que para sustraerse del despotismo del Austria, hacían esfuerzos tanto más inútiles cuanto que su empresa tenía por móvil el fanatismo mucho más que el amor

á la libertad, y no podía, por consiguiente, ni triunfar ni hacer feliz al pueblo. Partió en seguida para Suiza, donde el cuadro de los diferentes gobiernos, más ó menos libres, le hizo ver lo que la política puede producir para la suerte de los hombres; y le confirmó en la idea que él había traído de Italia particularmente, y es que el pueblo no llega jamás al último grado de felicidad sino en los gobiernos democráticos.

Francia atraía entonces sus miradas: ardía en deseos de venir á ella para observar un pueblo todavía esclavo, pero cuyo antiguo aliento, esclarecido por la filosofía, las ciencias y las artes, anunciaba á las claras que no era ya compatible con la esclavitud.

Pero como Francia entonces, todavía aliada con España, no le ofreciese asilo seguro contra la tiranía del gobierno de Madrid, se vió obligado á esperar tiempos más felices; y después de haber atravesado rápidamente la parte meridional de Francia y visitado los arsenales y ciudades marítimas para seguir en ellas el desarrollo de la industria y del comercio, se dirigió á Inglaterra llevando consigo la esperanza de ver muy pronto á los franceses organizados en república: presentimiento que le sugiriera haber encontrado en sus asambleas populares el buen sentido que debía necesariamente conducirlos á la independencia.

A su llegada á Londres, supo con placer los rápidos progresos que la libertad acababa de alcanzar en la república americana del Norte, para bien del pueblo, y la disposición del gobierno británico para secundar el proyecto de establecerla al fin en todo el continente

americano: y se encontró para ello poco después ocasión favorable en el asunto de Nootkafond; pero por una fatalidad singular que no puede atribuirse sino á la inepta avaricia del ministerio británico, ó á su malévola envidia por la libertad de los demás pueblos, este asunto importante se terminó por una simple *convención*, y se escapó la ocasión de extender los verdaderos principios por todo el continente de la América y de preparar de este modo, por una alianza necesaria entre la América del Sur é Inglaterra, la preponderancia absoluta de la libertad sobre el despotismo.

En fin, Miranda concibió entonces la esperanza de hacer en París lo que no había podido hacer en Londres.

El trono, conmovido ya en sus cimientos, estaba en vísperas de caer cuando acertó á llegar Miranda en el mes de abril de 1792: la jornada del 10 de agosto le convenció de que el pueblo poseía energía necesaria para defender su libertad, y concibió la esperanza de ver ejecutados sus planes, que ofreció entonces como don patriótico á Francia. Habiéndole excitado el Consejo Ejecutivo á que aceptase servicio en los ejércitos, consintió en ello y tomó grado de mariscal de campo.

Llegó el 7 de setiembre al ejército que se encontraba en Grand-Pré á las órdenes de Dumouriez, y fué enviado al siguiente día por este general á hacer un reconocimiento de los enemigos, á quienes halló en los pueblos de Mortome y Briknai, y obtuvo la ventaja de rechazarlos con una fuerza de dos mil hombres contra otra de seis mil, constante de infantería y caballería.

El 14 hizo un reconocimiento en la Cruz del Bosque, donde descubrió el movimiento retrógrado de nuestras tropas sobre Vouziers, y la ventajosa posición que los enemigos habían ganado, lo cual ocasionó la famosa retirada que operamos del campo de Grand-Pré en aquella misma noche y que salvó al ejército.

En esta retirada conservó intacta su división en Vargemoulín; y tuvo la honra de comandar el ejército entero en el momento mismo en que, por uno de tantos terrores pánicos inexplicables, que según el testimonio de nuestros historiadores han hecho huir á la par dos ejércitos uno en presencia de otro, se habían desbandado todas nuestras tropas desde Courtemont hasta Chalons.

Esta conducta le valió muy pronto un grado superior: el 3 de octubre, sin pedirlo, recibió el empleo de teniente general de los ejércitos de la República, y tomó el mando de una división que estaba en marcha hacia Valenciennes, para hacer levantar el sitio de Lila.

Como el Consejo Ejecutivo manifestara entonces el deseo de que viniese á París para consultarlo sobre planes políticos y militares, relativos á la América del Norte, etc, se trasladó á dicha ciudad y presentó sus observaciones á la Junta diplomática y al Consejo Ejecutivo. Juzgadas éstas conformes á los intereses de la República, escribió Miranda al Presidente y á los Ministros de los Estados Unidos; y fué para él grato consuelo el saber que sus cartas habían cooperado eficazmente en América para que fuese reconocida la independencia de la República Francesa.

A su regreso al ejército recibió la orden de ir á tomar el mando en jefe del ejército del Norte, que se hallaba paralizado frente á Amberes. Os ruego, ciudadanos, que notéis cómo se condujo en esa época en que se le confiaba un ejército entero de la República, y cómo tuvo desde aquel momento, grandes medios para hacer traición, si de ello hubiese sido capaz. Cuando llegó frente á Amberes, empezaba á abrirse la paralela, pero no había llegado todavía un mortero, ni se había trazado una batería: destituyendo á un oficial de artillería y amenazando á varios otros con el mismo tratamiento, fué como llegó á reanimar en todos la tan necesaria actividad, y á obtener pronto feliz éxito. En cinco días quedaron terminados los preparativos, construídas las fortificaciones, tomada la ciudadela: el estilo republicano en que se redactó esta capitulación mereció los elogios de todos los representantes del pueblo.

Una vez obtenido este primer feliz éxito ¿hace acaso peor uso de su poder? Marcha rápidamente desde Amberes hasta Maeseyck; pasa en seis días el Mosa y el Roer, y se apodera de Ruremunda y de toda la Güeldre austriaca, después de haber batido un cuerpo de cinco á seis mil hombres apostados en esta ciudad, habiéndoles hecho repasar el Rin, así como á las tropas del Rey de Prusia, que estaban entonces en el ducado de Cléveris, en el condado de Meurs, y en la Güeldre prusiana.

Hace más aún: después de haber defendido á la patria con la espada, le sirve también con sus consejos. Dumouriez acababa de concebir el proyecto de

apoderarse de Zelandia! proyecto tan digno de un filibustero por su locura, como funesto hubiera sido por sus consecuencias; y gracias á sus observaciones el Consejo decreta y Dumouriez mismo reconoce que debe abandonarse este proyecto. ¡Qué digo! ciudadanos, que sirve á la patria con sus consejos! pues la sirve hasta á costa de su amor propio y de sus intereses. Dumouriez lo llama á Lieja para comunicarle una orden del Poder Ejecutivo en que se le proponía á Miranda el mando en jefe de algunas posesiones de ultramar: nada podía hacerse para lisonjear mayormente su ambición; pero nada le parecía menos interesante para el servicio de la República; y todo lo rehusa, y hace que se desista este plan, como acababa de hacer rechazar el de la Zelandia, y como había hecho suspender las azarosas empresas relativas á la América del Norte, etc.

Además de esto, este intrépido defensor de la patria, prudente consejero de estado, muéstrase también distinguido administrador del ejército. Hallábase éste á punto de que le faltasen las subsistencias, y por sus cuidados éstas le son devueltas, y se restablece el orden en todos los ramos de la administración. En fin, atendiendo á las quejas que se le elevan por soldados voluntarios contra los dependientes y criados de las oficinas de un comisario de guerra, y porque el comisario no justifica á estos empleados, aprovecha la ocasión para probar sus sentimientos patrióticos en favor de los defensores de la patria, y de ellos se expresa con suma veneración .....

Aquí empiezan los hechos que más se relacionan con la acusación, y por eso, ciudadanos, os ruego los sigáis con particular atención, pues no los hallaréis menos favorables al acusado.

Todo el mundo conviene en que Maestricht es una plaza en extremo fuerte; y si este hecho notorio necesitase pruebas, bastaría decir que Mauricio de Sajonia, con ciento tres mil hombres, ciento diez cañones, y después de veinte y siete días de paralelas abiertas, no llegó siquiera á tomar una fortificación exterior, ni pudo ocuparla sino á consecuencia de los preliminares de paz.

Pero no importa; Dumouriez encarga á Miranda, no de *sitiar* esta ciudad, como lo había hecho Mauricio de Sajonia, sino simplemente de *bombardearla;* no de sitiarla, como había hecho Mauricio de Sajonia, durante el espacio de un mes entero, sino de bombardearla en siete ú ocho días; no de sitiarla, como lo había hecho Mauricio de Sajonia, *durante un mes entero*, con *ciento tres mil hombres y ciento diez cañones, sino de bombardearla en siete ú ocho días con veinte y cinco cañones y diez y seis mil hombres;* y notad, ciudadanos, que al confiarle esta tarea inejecutable, le escribía que según las noticias que recibía la ciudad, "estaba cierto de que el país se hallaba "dispuesto en su favor; que el comandante no era mi- "litar; que las tropas brunswiquesas, al servicio de "Holanda, no tenían intención de combatir; que el "ejército de Clairfayt no se hallaría dispuesto tan "pronto y que se componía de reclutas que no va- "lían lo que nuestros soldados; que se hallaba por "otra parte mal provisto de vituallas, etc.; que con res-

" pecto al General Beaulieu, se encontraba gravemente " enfermo en Luxemburgo, y que en cuanto á su ejér- " cito le faltaba todo; en una palabra: que *la ciudad no* " *se sostendría más de dos ó tres días y se rendiría á la* " *tercera bomba.*"

El hombre valiente no es menos circunspecto en su confianza, que el sabio en su credulidad. Miranda no se dejó seducir por la exaltada aseveración de Dumouriez, aun suponiendo ciertos los informes que éste decía tener: no le disimuló los obstáculos que tendría que vencer, y hasta escribió el 14 de febrero al ministro Beurnonville: " La empresa me parece extraordinaria y muy difícil; por tanto espero que si el resultado no corresponde en todo á nuestros deseos y á la esperanza que ha podido V. abrigar, se tendrá por nosotros la indulgencia que un celo ardiente por el servicio y la gloria de la patria merecen de una nación libre que ve á sus hijos correr con júbilo al sacrificio."

Pero cualesquiera que fuesen las dificultades que presentase la ejecución de semejante proyecto, su deber le obligaba á ejecutarlo, porque estaba sometido, como general segundo jefe, á las órdenes del superior, único sobre quien pesaba la responsabilidad de la empresa; y os ruego, ciudadanos, observéis con qué religiosa exactitud se apresuró á cumplir tan inviolable deber.

En primer lugar se ve por las cartas de Dumouriez del 23 de enero y 8 de febrero, que el general quería encargarse personalmente desde el principio de la *toma de Maestricht;* y la de Miranda del 28 de enero anuncia los preparativos que éste hizo entonces forificando pro-

visionalmente las posiciones para secundarle en la empresa; y hasta se ve por una de 7 de febrero, al ministro, que se adelantó más, pues anuncia que como no había recibido ninguna noticia oficial de la declaración de guerra contra Holanda, pero creyéndola cierta, según la pública notoriedad, se preparaba para tomar fuertes, y pide, con este motivo, instrucciones; y por su contestación del 14 á esta carta, el ministro aprueba las medidas dictadas por él y encuentra muy acertadas sus disposiciones. Pero, muy pronto, reconociendo Dumouriez que su proyecto es atrevido, una verdadera empresa de desesperado [carta de 11], encarga de él á Miranda, dejando á Valence y á Lanoue el cuidado de sostener á Aix-la-Chapelle, y de defender el paso del Roer, y Miranda, desde el 12, le anuncia que va, si es posible, á poner sus órdenes en ejecución; que ha tomado los fuertes de Stevenswerdt y de San Miguel y que hace restablecer inmediatamente el puente de Visé, muy esencial para nuestras operaciones sobre Maestricht.

En seguida dispone que se haga por los oficiales de ingenieros y de artillería el reconocimiento de los sitios; hace venir y disponer todas las piezas de artillería que podían procurarse en los arsenales del ejército; da órdenes á los jefes de artillería y de ingenieros con el objeto de que todos estén listos para la operación; se procura todos los elementos necesarios para el bombardeo de seis ú ocho días, como el General en Jefe lo suponía; hace pasar, según sus órdenes, el Mosa á todas las tropas del ejército de las Ardenas, para formar con el de Bélgica, que guardaba el Roer, un ejército de observación propio á cubrir el bombardeo y á resguardar al

ejército que bloqueaba á Maestricht de toda sorpresa; coloca las baterías á distancia de quinientas toesas del muro de la ciudad; envía sus planes para el bombardeo al ministro, quien, en carta del 22 de febrero, los halla muy juiciosos y muy bien concertados. En fin, no perdona ninguna precaución y hace con la más escrupulosa exactitud los preparativos necesarios.

En seguida abre en persona la paralela, acompañado de todos los jefes de ingenieros y de artillería; no abandona el cuartel general sino para establecer baterías, hacer algún reconocimiento y ver si las tropas se hallan en orden; bombardea la ciudad durante seis días, y en lugar de tres bombas que debían bastar, según Dumouriez, para tomarla, arroja cinco ó seis mil; dirige al gobernador á los magistrados y al comandante de la ciudad intimaciones, en las cuales aprovecha con habilidad, para infundir terror, las ventajas que nuestras tropas acababan de obtener en Breda; intimaciones en que no se sabe qué admirar más, si la altivez del republicano que habla en nombre de un pueblo libre, ó la dignidad de la razón que pretende ilustrar á un pueblo esclavo, ó la suavidad de la filantropía que quiere economizar la sangre de los pueblos para destruir tan solo á los tiranos; en fin, en todas estas operaciones no obra por sí solo, sino las comunica al General en Jefe y al Consejo Ejecutivo, quienes las aprueban. [Véanse las cartas del 25 y 27 de febrero á Dumouriez y al ministro, y la del 28 á Leveneur.]

No es esto todo: como veía que el bombardeo y las intimaciones no producían efecto, ocúpase en esta-

blecer baterías de á veinte y cuatro para disparar con bala roja. Veinte y cuatro piezas se preparaban á disparar sobre la plaza: iba Miranda á encomendar la continuación del ataque al General Valence, y á marchar sobre Nimega [su vanguardia se hallaba ya sobre Grave] para impedir que las tropas prusianas que estaban en Güeldre á las órdenes del príncipe Federico de Brunswick entrasen en Holanda y suspendiesen las operaciones del General Dumouriez.

Pero pronto tiene noticia de que los enemigos, después de haber atacado nuestras avanzadas sobre el Roer y roto por entre el ejército de observación mandado por los Generales Valence, Lanoue, Stingel y Dampierre, se dirigían rápidamente, con una fuerza de treinta y dos mil hombres, sobre la parte de Wyck para hacer cesar el ataque; y entonces aunque no tenía sino un cuerpo de doce mil hombres que oponer á los enemigos, los reúne y hace retirar la artillería sobre Tongres, punto que cubre con cinco á seis mil hombres; coloca el resto de las tropas sobre las alturas de Visé, detrás del Jaar, para cubrir igualmente la plaza de Lieja; avisa al general Valence para que se le reúna, con el objeto de formar un cuerpo considerable que oponer al enemigo; ejecuta con buen resultado esta atrevida reunión; reúne íntegramente todas sus tropas, del mismo modo que algunos puestos que se habían rezagado; opera su retirada con el mayor orden sin perder en ella treinta hombres, aunque al frente siempre del enemigo, y teniendo que incorporarse de nuevo la vanguardia que se hallaba á más de

25 leguas, sobre la orilla izquierda del Mosa; finalmente hace tomar posiciones al ejército detrás del Dyle en las alturas de Lovaina, donde cubre la Bélgica; protege las operaciones de Holanda, y se coloca en disposición de recibir fácilmente todos los refuerzos que podían llegar de Francia para tomar la ofensiva contra los enemigos, ó defenderse de ellos.

En esta época, 11 de marzo, fué cuando el General en Jefe Dumouriez llegó de Holanda para tomar el mando de todos los ejércitos.

Comprendió desde entonces Miranda que aquél traía de Holanda una nueva doctrina y que su espíritu se hallaba exasperado contra la Convención Nacional; pero creyó que esto era efecto del mal éxito de sus impremeditados planes y el movimiento de un orgullo humillado que pretende en vano disimularse sus propias faltas.

Tuvo Miranda nueva ocasión de suponerlo, cuando, al día siguiente, Dumouriez le enseñó la carta que dirigía á la Convención Nacional, y en la cual atribuía nuestras pérdidas á causas que le eran esencialmente personales

Pero estaba todavía lejos de presumir que esta injusticia iba muy pronto á estallar en abierta traición; y fueron juntos á pasar revista al ejército.

Dumouriez habló á los soldados, con la intención de ganárselos; y hasta les enseñó una gaceta de las sesiones de la sociedad de los Jacobinos y les preguntó qué pensaban de la proscripción lanzada contra él en esta famosa sociedad, á la cual evidentemente no podía perdonar el haber predicho su cobarde traición. Miranda le hizo algu-

nas reconvenciones con este motivo, diciéndole que semejantes pasos le parecían reprensibles; que el ejército era de la República; que no debía distraerlo con querellas individuales, ni permitirle tomar parte en ellas. Dumouriez pareció someterse á estas reflexiones, y desde este momento, con tal motivo, fué más reservado con Miranda.

Sin embargo, habiendo recibido en tales momentos Miranda y Valence la orden de arrestar á los Generales Lanoue y Stingel, Dumouriez aprovechó esta ocasión para preguntar á Miranda qué haría si una orden parecida le llegara para hacerle arrestar á él mismo. Este hombre honrado le contestó: que como fiel servidor de la República obedecería, pero que desde luego la orden no le sería dirigida á él, atento á que el general Valence era el más antiguo.

Precisamente la recibirá U. le dijo Dumouriez, pero el ejército no la obedecerá: así no tendrá U. otra cosa que hacer sino formar el sumario y devolver la orden. En fin, algún tiempo después, estando á la mesa, hasta llegó á decir que al fin sería preciso ir á París. Miranda le preguntó de qué manera.—Con el ejército.—¿Y para qué?—Para restablecer la libertad.—Creo el remedio peor que la enfermedad, contestó Miranda, y ciertamente lo impediré si puedo.—Luego ¿se batiría U. conmigo? —Puede ser, si se bate U. contra la libertad.—Muy bien, será U. Labieno.—Labieno ó Catón, me hallará U. siempre del lado de la República. Y la conversación terminó. Dumouriez aparentó dar á todos estos discursos el carácter de una broma, cuando no tuvo ya duda alguna acerca de la resolución de Mi-

randa, pero parece que desde este momento juró perderlo.

En efecto, cesó de consultarle las operaciones militares, y no formaron ya parte de su consejo privado sino los Generales Valence, Thowenot é Igualdad: le encargó, como va á verse, operaciones las más peligrosas, con la esperanza de que la muerte lo librase de tan embarazosa persona; lo calumnió ante los representantes del pueblo, comisarios en Bélgica, á cuya prudencia arrancó por sorpresa un decreto que guardó cuatro días, ó para emplearlo después de la muerte de Miranda, como prueba de que no era él, Dumouriez, la causa de nuestros desastres, ó para no hacer uso de él, si Miranda sobrevivía y quería compartir la traición que estaba á punto de declarar.

Al siguiente día, 15 de marzo, se recibe la noticia de que los enemigos se divisaban y habían atacado y rechazado las tropas de nuestra vanguardia que ocupaban á Tirlemont. Nosotros hicimos un movimiento hacia esta ciudad; y al siguiente día, como á las nueve de la mañana, Miranda, á la cabeza de su división, atacó las tropas enemigas que estaban en Tirlemont, tomó la ciudad á viva fuerza, y los enemigos se replegaron sobre sus puestos avanzados, entre los dos Gheetes, frente á Nerwinde. El 17 el ejército tomó posiciones entre los dos Gheetes, la división de la izquierda detrás de Wommersom, excepto veinte y un batallones bajo las órdenes del General Champmorín, que tuvieron también que pasar el Gheete mayor al día siguiente.

En fin, el 18, al amanacer, atacamos el pueblo

de Ortsmael para tomar el puente, del mismo modo que el pueblo de Heelen y su puente que ocupaban los enemigos.

A las diez y media recibió Miranda orden del General Dumouriez de acudir adonde éste se hallaba, á la derecha, para una conferencia; pero no pudo llegar sino á eso de las once y encontró al General solo con el Mariscal de Campo Thowenot. En lugar de conferenciar con él, Dumouriez le entregó la orden, por escrito y cerrada, de lo que debía hacer, anunciándole que se iba á dar la batalla. Esta orden era descabellada, y la batalla una locura. Dumouriez ni siquiera había ordenado el más pequeño reconocimiento sobre el lado izquierdo; teníamos un río delante de nosotros, muy pocos puentes en una gran extensión y ningún pontón que echar sobre el río; los enemigos estaban apostados en las alturas de Halle y de Willere, cubiertos por una artillería formidable, mientras que nosotros estábamos en un terreno cortado, donde nos era imposible desplegarnos en batalla; ellos disponían de más de 52,000 hombres, en tanto que nosotros apenas teníamos 36,000; en una palabra: había temeridad, por no decir extravagancia, en exponer nuestras tropas, sin preparación y contra las reglas del arte, á las contingencias de una acción, en la que el valor tenía contra sí todas las ventajas del número, del terreno y de la artillería.

En vano al recibir Miranda la orden de dar batalla quiso hacer á Dumouriez algunas advertencias. Este no quiso oírle; Miranda se vió obli-

gado á volver á su puesto; y con la orden en la mano impuso á los comandantes de columnas de lo que debían hacer, intimándoles ejecutar puntualmente las órdenes del General en Jefe.

En fin, atacó, y es de estricta justicia decir que, excepto algunos cuerpos mandados por malos oficiales que abandonaron sus puestos, las tropas ejecutaron en esta jornada actos de la mayor bravura, actos cuya gloria no podrán borrar jamás las viles calumnias de Dumouriez.

Pero, como lo había previsto Miranda, el valor no pudo sostenerse contra tantas ventajas reunidas; y si le fué imposible impedir algún desórden en la retirada que se vieron obligados á emprender, después de tres horas de un combate el más sangriento, porque en semejantes circunstancias esto no está en manos de un general, como lo prueba la historia de los más grandes hombres de guerra antiguos y modernos, á lo menos supo contener la confusión, rehacer las tropas y volverlas á sus puestos, conforme á las órdenes del General en Jefe. En los siguientes días continuó su retirada, según las órdenes del General en Jefe, frente á Tirlemont, en la posición que había tomado anteriormente, protegiendo la retirada del ejército. Parte de su división de la izquierda retrocedió hacia Lovaina y tomó la posición de Pellemberg, donde fué vigorosamente atacada por el enemigo; detúvole en un combate que duró casi todo el día 22, lo rechazó por varias veces, haciéndole experimentar grandes pérdidas, y concluyó muy felizmente su retirada durante la noche,

después de haber dado tiempo al ejército para operar la suya hacia Bruselas.

En el mismo momento en que Miranda combatía de tal suerte, con peligro de su vida, para gloria de la República, cubriendo la retirada del ejército á Pellemberg, era cuando Dumouriez arrancaba por sorpresa á los comisarios de la Convención Nacional el decreto en virtud del cual se halla acusado ante vosotros; y os acordáis, ciudadanos jurados, de que el ciudadano Lacroix, diputado de la Convención Nacional, depuso que el traidor tuvo la bajeza de decirle que la batalla se había perdido por *culpa del General Miranda, á quien él había dado la orden de mantenerse firme sin combatir*, mientras que la orden firmada de su propia mano le mandaba expresamente lo contrario.

Pero habiéndola obtenido el 21 de marzo, y sin que siquiera hubiese sido oído Miranda, la guardó, como acabo de decirlo, durante casi cuatro días sin hacer uso de ella; y aquí debo renovar una observación decisiva, de la cual no podremos penetrarnos lo bastante.

¿Por qué Dumouriez, teniendo el 21 la orden de arrestar al General Miranda, no pone esta orden en ejecución sino cuatro días después?

Para ello no puede haber sino dos razones.

Si Miranda moría, entonces quería, presentando la orden que acababa de obtener contra él, reclamar el honor de denunciarlo, y arrojar sobre él las tristes consecuencias de su propia impericia.

Si Miranda sobrevivía á los peligros de que cuidadosamente lo rodeaba, y si no llegaba á seducir su in-

flexible republicanismo, entonces tendría en su mano un medio siempre pronto para vengarse de él.

Lo que hay á lo menos de innegable es que si Dumouriez hubiera tenido á Miranda por cómplice, no solamente no habría ejecutado la orden de arresto, sino que ni siquiera la hubiera solicitado.

Sea lo que fuere, Dumouriez no notificó á Miranda el decreto de 21 de marzo, por conducto de un oficial de su Estado Mayor, sino el 25 á las diez de la noche; y en este intervalo le dió diferentes órdenes importantes, á las cuales Miranda se conformó siempre exactamente para bien del ejército. [Ordenes del 19, 20, etc.]

Pero aunque al ejecutar sus órdenes no sospechó perfidia, sin embargo, por las conversaciones que el traidor había tenido con él, y el peligro á que acababa de exponer el ejército contra todas las reglas del arte, ya no le era dado dudar que hubiese traición; y desde el 21, á su llegada á Lovaina, escribió á Petión, uno de los representantes del pueblo y miembro de la Junta de seguridad general.

Al siguiente día, no contento con haberle escrito esta primera carta, le despacha un *duplicado* por un nuevo correo, añadiendo que el General en Jefe le había comunicado el plan de una retirada absoluta.

En seguida ejecutó esta retirada, teniendo siempre á sus órdenes las tropas que se hallaban en mayor peligro, conforme al deseo que tenía Dumouriez de que una bala le desembarazase de tan terrible testigo.

A su paso por Enghien, Miranda no pudo contenerse de manifestarle su sorpresa y su indignación con

motivo de las infames proclamas que acababa de publicar para cubrir sus errores, cuyas consecuencias atribuía entonces á hombres valientes que se quejaban de ello abiertamente: le dijo que impondría á la nación cómo y por qué habían sido sacrificados sus soldados; y como el traidor estallase en invectivas contra la República y contra la libertad, para las cuales tuvo la insensata audacia de decir que los franceses no estaban hechos, le respondió que un cuarto de hora de exaltación y de locura de su parte, no le haría á él, Miranda, abandonar sus principios fundados en la experiencia de veinte años de estudios y meditaciones.

En fin, fué después de esta conversación, presenciada en parte por el General Duval, según cree recordar, cuando Dumouriez le notificó el decreto de los comisarios.

Se concibe que golpe tan imprevisto debió no solamente sorprender, sino afectar profundamente á Miranda. Debió sorprenderlo, porque su conciencia no le reprochaba nada, y nada pudo prever, puesto que los comisarios no creyeron deber notificarle el arresto, ni siquiera hablarle ó interrogarlo; debió afectarse profundamente, porque el carácter de éstos, como representantes del pueblo, y su alta reputación de republicanismo, se prestaban á hacer correr sobre él las más deshonrosas sospechas.

Sin embargo, nada le pareció más urgente que dirigirse á París para justificarse y denunciar los hechos importantes que acababan de pasar entre Dumouriez y él.

Llegado el 28 por la noche, exhortó á los ciudadanos Petión y Bancal á que adoptasen inmediatamente los medios de poner estos hechos en conocimiento de las autoridades constituidas, añadiendo que tenía bastantes motivos para creer que Dumouriez no consentiría en volver á Francia, pero que se preparaba á algún acto de la más alta criminalidad; y es cosa muy notable que uno de los oficiales del ejército mandado por Miranda y que lo había seguido con intención de hacer conocer la verdad, comunicó por su parte á otros dos miembros de la Convención, los ciudadanos Maignet y Artaut Bianval, las mismas instrucciones. Al siguiente día, 29, se presentó con una carta al presidente de la Convención para informar él mismo ante ella; pero en vano acordó dicho cuerpo en un primer decreto de este día que se presentase al siguiente, y que las Juntas de guerra y seguridad general extendiesen sumariamente el informe de su asunto, y redactasen la serie de preguntas que se le harían en el acto de su comparecencia: la fatalidad de las circunstancias no permitió que el decreto fuese ejecutado.

En vano, el 22 de abril, un segundo decreto renovó las mismas disposiciones, pues quedaron sin efecto como las primeras.

En vano, dos días después, un tercer decreto le envió á las juntas encargadas del informe para ser oído por ellas; apresurábase á sufrir su interrogatorio; pero la suerte que le persigue ha querido que el informe no se diese.

En fin, los Generales Miaczinski, Lanoue y Stingel acababan de ser enviados al tribunal extraordinario el

12 de abril, y hacía un mes que Miranda no cesaba de atraer sobre sí la luz con la confianza de un hombre puro de toda mancha, cuando la Convención Nacional que no había podido, en la multitud de los grandes intereses que la ocupan, hallar el momento de admitirlo ante ella y de escuchar el informe de sus Juntas militar y de seguridad general, dispuestas ya en su favor, cuando la Convención Nacional, digo, lo comprendió en su decreto relativo á los demás generales; y en virtud de este decreto fué preso, y acusado de haberse hecho culpable de alta traición de acuerdo con Dumouriez.

Examinemos ahora, ciudadanos jurados, esta acusación.

Acusación inverosímil.

Antes de la saludable institución del jurado, la justicia no reconocía entre nosotros sino las pruebas legales; no admitía en la averiguación de los delitos ninguna moralidad; y el juez, esclavo del testigo, se hallaba á menudo obligado á condenar ó absolver contra su propia convicción. Pero hoy que la reforma de nuestras leyes criminales ha hecho prevalecer felizmente las pruebas morales, los jurados libres no tienen otra regla sino la de su conciencia, y pueden por lo tanto, antes de fallar sobre el hecho, examinar la persona del acusado, ó más bien deben hacerlo, puesto que la ley permite los testigos apologéticos; y este nuevo sistema, que sin favorecer el crimen es más favorable á la inocencia, no tiene además nada que no esté conforme con los primeros elementos de la razón; así como hay

acciones heroicas de las cuales no se podría suponer capaz á tal ó cual hombre, así también hay crímenes que es imposible atribuir á tales ó cuales individuos.

Según esto, ciudadanos jurados, ¿quién es el hombre acusado ante vosotros de haber hecho traición á los intereses y á la libertad de la República? Juzgad hasta qué punto choca la acusación contra todas las verosimilitudes.

¿Cuál es, en primer lugar, la reputación de Miranda? Vosotros acabáis de oír á una muchedumbre de testigos de todas edades y condiciones y de todos los países, la mayor parte de los cuales le son desconocidos, pero entre quienes ninguno tiene el menor interés en adularle; y vosotros habéis visto que si difieren entre sí en los términos de sus elogios más ó menos honrosos, todos están unánimemente de acuerdo sobre sus altas virtudes republicanas.

¿Cuál ha sido, desde que existe, su vida habitual? Habéis visto que la ha consagrado por completo al estudio de las ciencias, de las artes y de la filosofía; al despreciol de las dignidades, de los honores y de la fortuna; a odio á la opresión y al despotismo, sus perseguidores; y sobre todo á la aspiración, propaganda y gloria de la libertad, su ídolo, sin la cual no cree en la verdadera felicidad de los pueblos.

¿Cuáles fueron en todo tiempo sus discursos favoritos?

"Vuestra Constitución [del 89] no puede subsistir "*con la mezcla de la realeza.*"

"Se os hará siempre traición en los ejércitos, en "tanto que no sean *purgados de la nobleza.*"

"Temed [hablando del cuadro de proscripciones de "los Triunviros], temed la suerte que os espera si no "afirmáis el *imperio de vuestras leyes sobre* los despojos "de la *anarquía.*"

"Esos dos seres [la Emperatriz y José II] han na- "cido con talento y virtudes, pero han sido *desnatu- "ralizados por su oficio.*"

"Es tal el poder soberano en manos de un solo "hombre, que Marco Aurelio y Tito no tuvieron el va- "lor de devolver al pueblo sus derechos legítimos, lo cual "prueba que aun cuando *el hombre sea bueno*, la cosa "*siempre* es mala."

Hé aquí cómo se expresa con sus amigos en la intimidad de la confianza y en las expansiones de aquellas conversaciones familiares en que el hombre se pinta según su naturaleza.

Además, ¿cuál ha sido su conducta moral en los ejércitos?

¿Cométese un grande atentado en la persona de un representante del pueblo? Hace vestir á todos los soldados el luto que él lleva en el corazón. ¿Tiene ocasión de recibir á los comisarios de la Convención? Gossuin, precisamente uno de los que le hicieron arrestar, os atestigua que es el único de los generales que se apresura á rendirles el homenaje que debe á la representación nacional. ¿Tiene que defender á los soldados voluntarios contra la insolencia de un comisario

ordenador? Trata á estos valientes defensores de la República con respeto, y al comisario con desdén.

En fin, ¿cuáles son los sentimientos que le animan? Os ha dado una prueba de ellos en la calma, dignidad, energía y elevación que ha mostrado en los debates; y querría poder representárosle en su prisión, conforme lo he visto yo, para poder en cierto modo mostrar á vuestras miradas en toda su integridad tan noble alma. Aun aquí mismo su interés personal es lo último que lo preocupa, ó más bien, su interés personal no significa nada para él: preocúpanlo, sobre todo, los intereses de la República, no aspira sino al bien de la República, no habla sino de la República, y yo puedo afirmaros que no sin grandes esfuerzos, la víspera, y por decirlo así, en el instante mismo del juicio, le obligué á darme los apuntes necesarios á su causa personal; no me hablaba sino de la causa pública; y por esta sublime abnegación me ha recordado, si es permitido expresarse así, á Sócrates, quien al notificársele su sentencia, no se distrajo de los altos pensamientos que le ocupaban, y continuó su conversación sobre la inmortalidad del alma.

Tal es el hombre, ciudadanos, á quien la calumnia ha citado ante vosotros, como reo de alta traición.

Si se dijera que Catón y Bruto fueron traidores; que los marselleses, los vencedores de la Bastilla, y los franceses son cobardes; que los jurados son injustos, y que este tribunal, es anti-revolucionario....¿quién lo creería?

Pues bien, cuando se dice que Miranda ha hecho

traición á la República, se dice lo mismo en otros términos.

No, ciudadanos; injustos los jurados, anti-revolucionario este tribunal, cobardes los franceses, y Miranda, Catón y Bruto culpables de traición: hé aquí cosas que nadie en el mundo puede creer.

Pero ¡cuán increíble, sobre todo, es la acusación acerca de la pretendida complicidad de Miranda con Dumouriez!

¡Miranda cómplice de Dumouriez!

No pondré á estos dos hombres en paralelo; pero sin pintar á uno de ellos, os rogaré, ciudadanos, que os representéis el otro á vosotros mismos, á lo menos bajo algunos conceptos; y si os dignáis solamente observar que Dumouriez no ha sido nunca sino un cortesano intrigante, un ambicioso fanfarrón y vano, un hombre falso y por lo mismo vil y cobarde: juzgaréis no solamente que no ha habido jamás entre estos dos seres la menor relación, sin lo cual no se sabría concebir complicidad, sino que hasta presentan todos los contrastes que excluyen las apariencias de ello; y que, en una palabra, nada hay más inconcebible que Miranda culpable de traición, á no ser Miranda cómplice de Dumouriez.

Sin embargo, veamos si esta acusación que choca can todas las verosimilitudes, está apoyada en algunas pruebas.

Acusación desprovista de pruebas.

Antes de examinar si es cierto que Miranda haya

hecho traición á la República, pregúntome á mí mismo ¿donde está la traición? y la busco en vano; porque no existe en ninguna parte.

Si la causa de la evacuación de Lieja, de la suspensión del bombardeo de Maestricht y de la derrota de Nerwinde fuese ignorada, ni aun habría razón alguna para deducir de este fracaso una traición. El arte de la guerra es un arte tan conjetural, que Federico ganó ó perdió casi todas sus batallas contra las reglas del arte; y hé ahí por qué Turena, á quien se le preguntaba cómo habia sido batido, no se creyó traidor respondiendo que había sido por su culpa.

Pero la causa de estos fracasos es conocida. Lieja estaba indefensa, y la evacuación se hacía forzosa después de suspender el bombardeo de Maestricht.

Maestricht era intomable en cinco ó seis días por un ataque irregular y brusco, conforme lo había ordenado Dumouriez, y desde luego la suspensión del bombardeo era indispensable.

En cuanto á la batalla de Nerwinde, precipitadamente ordenada por el General en Jefe, sin reconocimiento alguno de los lugares, contra las reglas del arte, y á pesar de todas las desventajas reunidas del número, del terreno y de la artillería, nuestra derrota era inevitable.

En una palabra, la razón de estos diferentes reveses está en la naturaleza de las cosas, mal ordenadas por la imprudencia ó impericia de Dumouriez; y sería malevolencia gratuita el atribuirlos á una traición

que no sería probable, aun cuando la causa fuese desconocida.

Yo podría, pues, limitar aquí la defensa del General Miranda, puesto que es superfluo el buscar al traidor cuando la traición no existe; y el buen sentido, de acuerdo con la ley, dice que donde no hay cuerpo de delito no podrá jamás hallarse culpable.

Pero quiero ir todavía más lejos, y demostrar que suponiendo la traición tan real como es imaginaria, aun entonces Miranda sería intachable.

En efecto, ciudadanos, preséntase al espíritu una primera observación decisiva, en la cual yo os ruego os dignéis deteneros un instante; y es que el bombardeo de Maestricht, la batalla de Nerwinde y la vergonzosa evacuación de Bélgica, obras del General en Jefe, que las había ordenado, son empresas absolutamente extrañas á Miranda, quien no solamente no las aprobó en modo alguno, sino que hasta se opuso á ellas con todo su poder; y por consiguiente, sin la mayor injusticia, no podrían imputársele.

Además, una segunda reflexión, no menos importante, viene en apoyo de la primera, y lleva la evidencia hasta el último grado, y es que todos los testigos, aun los que declaran contra Miranda, os afirman que en estas empresas ha ejecutado puntualmente las las órdenes del General en Jefe, á quien estaba subordinado; y hasta habéis visto que no ha hecho nada sin someter sus planes á la aprobación de éste, del mismo modo que al Consejo Ejecutivo que los halló siempre muy prudentes y muy bien concertados.

Luego, si ha ejecutado puntualmente las órdenes de su General en Jefe, es preciso, ó convenir en que no es culpable, ó pretender que la subordinación en los ejércitos es un crimen; mientras que en un pueblo libre ni aun se perdona á las oficiales subalternos el batir al enemigo sin las órdenes de sus jefes; y el cargo de haber vencido contra las leyes militares no podría borrarse por el brillo mismo de la victoria.

Miranda no podría, pues, ser reprensible sino en los pormenores de ejecución; y en efecto, en simples pormenores es en lo que se finca la traición imaginaria que se le imputa.

Pero desde luego parece bastante extraordinario que habiendo ejecutado literalmente las órdenes de su jefe en empresas concebidas sin su participación, ó hasta contra su opinión, pueda ser culpable de traición en los pormenores, y si se hubieran deslizado en estos algunos descuidos, algunos errores, algunas faltas,estas faltas, estos errores, estos descuidos no debían ser juzgados sino en corte marcial, y según el código militar; pero en los tribunales donde la justicia quiere un hecho preciso reputado crimen por el código penal no podrían originar una acusación formal de alta traición.

Sin embargo, ciudadanos, os acordáis con cuánta fuerza ha refutado cargos relativos á particularidades que le han sido hechos: no imagino que hayáis olvidado la más insignificante de sus tan luminosas respuestas; y me guardaré bien de repetirlas para no debilitarlas. Siguiendo sus pasos en los ejércitos se está seguro de alcanzar victoria; pero si yo osara hablar

después de él sería exponerme inútilmente á la derrota.

Permitidme solamente una observación que juzgo indispensable.

Distinguid bien, ciudadanos, en el acta de acusación, *la acusación* misma, de los hechos que la motivan; y veréis que si aquélla es espantosa por su gravedad, éstos son poco dignos de fijar un instante la atención.

En efecto, ciudadanos, se le acusa " de haber hecho " traición, adrede y con maldad, á los intereses de la " República, y provocado su disolución, no oponiéndo- " se á la invasión del territorio por sus enemigos, y aun " facilitándola, cuando tenía todos los medios suficien- " tes para impedirla; y de haberle causado pérdidas in- " calculables, tanto en hombres, dinero y víveres, como " en municiones de guerra las cuales han quedado en " poder del traidor Dumouriez y de sus secuaces."

Ciertamente, hé aquí una acusación, la más grave que pueda ser lanzada contra un general, puesto que encierra á un tiempo todos los atentados públicos reprobados por la justicia, del mismo modo que por la humanidad, y sería un monstruo el hombre que fuera culpable de ellos.

Pero ¿dónde están los hechos que justifican esta acusación aterradora, espantosa, horrible?

Lo repito: yo no debo tocar de nuevo estos miserables pormenores tan victoriosamente refutados por Miranda mismo, sino me limitaré á presentaros su resultado.

En síntesis se le achaca:

En Maestricht, la mala calidad de los carbones, de las parrillas, de la pólvora y de las bombas.

En Lieja, el haber asegurado á varios habitantes que podían permanecer tranquilos, casi en el instante en que los enemigos iban á penetrar en ella.

Y en Nerwinde el haber dado batalla á pesar de que el General en Jefe le ordenó que se mantuviese firme para servir de eje al ejército; el haberse replegado en seguida sin combatir; y en fin el no haber advertido á Dumouriez que su ala izquierda cejaba, hasta el punto de dejarle ignorar, *á pesar de todas sus averiguaciones, lo que había sido de ella.*

¡Cuánta ligereza, ridiculez y falsedad en tan importante asunto!

Los carbones, las parrillas, la pólvora y las bombas, todo esto, decís, era inservible; pero suponiendo cierto el pretendido defecto, esto no era nada, puesto que los testigos declaran que el bombardeo duró cinco días, y que vieron la ciudad consumida por las llamas en muchos sitios. Por otra parte, aquellas particularidades estaban bajo la vigilancia inmediata y la responsabilidad personal de los jefes de artillería; el deber de Miranda, en este punto, consistía en darles orden de prepararlo todo para el bombardeo, y en castigarlos por su descuido; lo cual hizo con la mayor exactitud, como lo prueban todavía el castigo de Anghest y las declaraciones de los testigos oculares.

En cuanto al cargo que le dirigís de las seguridades dadas á los habitantes de Lieja, en el momento mismo, por decirlo así, de la invasión de los enemigos: primeramente eran fundadas, porque entonces los puestos de Tongres y de Visé, en los cuales no

mandaba personalmente, podían todavía sostenerse, y no estaban forzados; en segundo lugar, uno de los comisarios del Poder Ejecutivo, y los mismos oficiales municipales de la ciudad, os han atestiguado que él no les había dado estas seguridades sino con la circunspección posible; y por último, lo que prueba de qué sentimientos estaba entonces animado, es la satisfacción que mostró cuando se le anunció el voto que acababan de formar los habitantes de reunirse á Francia, y la prontitud con que anunció al Consejo Ejecutivo esta feliz noticia.

En fin, nada puede igualarse á la contradicción, al ridículo y á la evidente falsedad de los cargos que se le hacen, con motivo de lo de Nerwinde.

Ante todo, os ruego, ciudadanos, que observéis cuán contradictorio es pretender que haya dado batalla, y sin embargo que se haya replegado sin batirse; á menos de suponer que haya podido combatir, y sin embargo no haber combatido.

En seguida, notad hasta qué punto es ridículo decir que Dumouriez no haya podido descubrir el ala izquierda de su ejército por más averiguaciones que hiciera; á menos que se pretenda [perdonadme estos términos] que Miranda haya tenido el arte de escamotear quince mil hombres.

En fin, ciudadanos, no olvidéis que en todos estos cargos no hay una palabra que no sea evidentemente falsa.

Es falso que Dumouriez ignorase que el ala izquierda cejaba, é igualmente lo que había sido de ella;

tres mensajeros le fueron despachados; Miranda en persona lo puso al corriente en Tirlemont, á eso de las nueve de la noche; y Dumouriez estaba tan bien informado, que habiendo ordenado él mismo la retirada de esa parte del ejército, envió al día siguiente á Miranda una nueva orden á Wommersom, en la cual le mandaba expresamente volver á tomar, como en efecto lo hizo, su primera posición.

Es falso también que el ala izquierda se replegara sin combatir: los testigos afirman que un general de artillería, Guiscard, y treinta oficiales, fueron muertos; que un ayudante de campo de Miranda fué muerto á su lado; que quedaron en el campo de batalla cerca de dos mil hombres, y que las tropas hicieron prodigios de valor.

Pero lo que importa, ciudadanos, deciros de nuevo, lo que importa repetir sin cesar á Francia, y anunciar á Europa entera, *es ser falso, sobre todo, que Dumouriez ordenase á Miranda no combatir.* Tenéis á la vista la orden escrita, escrita de su propia mano; y Lacroix mismo, á quien Dumouriez había engañado, acaba de reconocerlo.

Así desaparecen como sombras los miserables hechos de tan espantosa acusación, y se desvanece como un fantasma ese informe coloso de atentados imaginarios.

Pero no es bastante para la gloria de Miranda, ciudadanos, haber establecido que esta acusación, en sí misma inverosímil, está además desprovista de pruebas: yo sostengo que está demostrada su falsedad con pruebas las más irresistibles.

Falsedad de la acusación demostrada por los hechos.

Que Dumouriez haya hecho traición á la patria no es dudoso, y desde que pudo traicionarla una vez, claro está que nunca la amó sinceramente.

Pero si bien en el fondo de su alma fué siempre un traidor, sin embargo no se ha mostrado siempre tal en sus actos; puesto que, en fin, no hacía traición á la República, cuando arrojaba á los enemigos de su territorio, ó cuando hacía la conquista de Bélgica, y empezaba la invasión de Holanda.

Así pues, la época en la cual se debe realmente fijar su traición, es la de sus reveses: hechos patentes pueden, además, convenceros de ello.

Vese desde luego, por su correspondencia con Miranda, que miraba su empresa de Bélgica y Holanda como un golpe decisivo, del cual dependía, no sólo la libertad de Francia, sino la suerte de Europa.

Por otra parte, esta misma correspondencia prueba que es vano y presuntuoso de carácter: tan pronto se compara á Catón, como se eleva por cima de Luxemburgo; considera siempre sus proyectos como infalibles; y tal es la idea ventajosa que tiene de sí mismo, que pretende en cierto pasaje que el valor de las tropas francesas necesita el prestigio de su presencia: se diría que está persuadido de que al solo sonido de su voz, deben disiparse los ejércitos enemigos y caer deshechas las fortalezas.

Pues bien, cuando este hombre vano y presuntuoso vió que por su impericia no salía avante en su em-

presa, infalible según él y decisiva, y que le abandona la victoria que él creía uncir á su carro, el delirio del orgullo le trastornó el juicio, y como no había sido republicano sino por ambición, fué traidor por desesperación.

No fué pues, realmente, sino á su regreso de Holanda, cuando Dumouriez ideó la traición, y no fué sino después del arresto de Miranda, cuando la declaró abiertamente.

Establecido esto ¿cómo se condujeron en esa época estos dos hombres recíprocamente?

1º Es cierto, según su correspondencia, que Dumouriez hasta entonces había consultado siempre á Miranda con confianza absoluta, y que reinaba entre ellos perfecto acuerdo y una amistad casi íntima; pero que desde aquel momento Dumouriez empezó á no consultar sino con los Generales Valence, Igualdad y Thowenot; y varios testigos os han manifestado que huía entonces de Miranda, así como éste se alejaba de él, y no comían ya á la misma mesa, y vivían ambos en recíproca desconfianza.

2º En esta época, aun ántes de que Dumouriez se declarase traidor, y cuando los comisarios de la Convención, especialmente encargados en el campamento de aquél de una activa vigilancia, ó no tuvieron el arte de sospechar de él, ó creyeron deber todavía echar un velo sobre su traición: en esta época sólo Miranda tuvo el valor de denunciar los proyectos liberticidas. Este hecho consta, tanto por la carta que escribió entonces á Petión, como por la declaración que le hizo á su llegada á París, del

mismo modo que á Bancal, y por la advertencia que encargó hacer á los otros dos diputados Maignet y Blanval, por medio de uno de los oficiales que le acompañaron á esta ciudad.

3º En fin, en esta época en que estos dos hombres, hasta entonces perfectamente unidos, vivían separados, y en que Miranda denunciaba los proyectos liberticidas ya harto evidentes de Dumouriez, éste calumniaba á Miranda ante los representantes del pueblo para entregarlo á la venganza nacional.

Tal era su conducta recíproca, en el momento mismo en que se pretende estuviesen de acuerdo. ¿Hay prueba más irrecusable, no solamente de que Dumouriez no tenía á Miranda como cómplice, sino que, por el contrario, Miranda no es aquí sino la víctima de Dumouriez?

En cuanto á la conducta particular de Miranda, ésta desmiente la acusación de traición, así como la conducta recíproca de estos dos generales desmiente la acusación de complicidad; puesto que vosotros tenéis la prueba, ciudadanos jurados, no sólo de que no ha hecho traición, ni aun siquiera descuidado los intereses de la República, sino que, por el contrario, los ha defendido muy útilmente. Testigos oculares os afirman que en Maestricht no abandonó el cuartel general sino para ir dos ó tres veces por día á la paralela, ó para ir á hacer reconocimientos: os atestiguan que en Nerwinde se hallaba á la cabeza de sus tropas, combatiendo en medio del mayor peligro, cercado por las balas, rodeado de muertos, entre éstos uno de sus ayudantes de campo

que cayó á su lado, y cubriendo así, con una de las más gloriosas retiradas, la del ejército que tal vez no hubiera podido soportar la impetuosidad de los enemigos sin esta vigorosa resistencia; en una palabra, estos testigos oculares os afirman que por todas partes y en todo tiempo le han visto el primero y el último en el fuego, sin comer, cuando era necesario, sino pan, como el soldado, ó acostándose, como él, en el suelo; y así le daba ejemplo de valor, de templanza y de todas las virtudes republicanas.

Pero caigo, ciudadanos, en que os hablo de justificación, cuando el General Miranda no tiene necesidad de justificarse.

Abandono una acusación que nunca debió oírse, que á Europa le costará trabajo creer, y que vosotros os apresuraréis á deshacer.

Considerad que al decidir de la suerte del General Miranda, vais á fallar sobre la suerte de nuestros ejércitos, pues si Miranda no obtiene una brillante satisfacción, quedará Dumouriez solo justificado; ningún hombre se atreverá en adelante á levantar el velo á la perfidia de los generales conspiradores; tan sólo éstos tendrán interés en mandar; y en este momento, sobre todo, en que la rebelión en el interior de nuestras provincias y el despotismo en nuestras fronteras exigen á la cabeza de nuestros ejércitos generales experimentados é incorruptibles, ello sería la destrucción de la República Francesa.

Números 36 y 37. Boletín del Tribunal Revolucionario en lo Criminal.

El Presidente hace las siguientes preguntas:

1º ¿Consta que Francisco Miranda, general de división, haya hecho traición á los intereses de la República en el bombardeo de Maestricht, empezado el 24 ó 25 de febrero de 1793, y suspendido el 2 de marzo siguiente?

2º ¿Hizo traición Francisco Miranda á los intereses de la República en la evacuación de la ciudad de Lieja el 5 de marzo último?

3º ¿Hizo traición Francisco Miranda á los intereses de la República, el 18 de marzo, día de la batalla de Nerwinde, donde mandaba el ala izquierda?

Opinión del ciudadano Dumont, primer jurado, sobre la primera pregunta.

No tenemos otro juez que nuestra conciencia. Inquebrantables en medio de las tempestades de las pasiones, no debemos cuenta de nuestras opiniones sino á nosotros mismos; pero conviene á la salud de la República que este tribunal no cese un instante de estar rodeado de la consideración de los buenos ciudadanos, y esta consideración me determina á hacer preceder de algunas reflexiones mi respuesta á la pregunta que se me hace.

La nación ha sido indignamente engañada; la perfidia de varios de nuestros generales es evidente; el pueblo pide, con razón, el castigo de los culpables; pero como estas grandes desdichas han extendido las sospechas sobre

todas las personas que se encuentran detenidas, estas conjeturas se han arraigado fuertemente, y he creído necesario fijar la opinión pública en el asunto actual.

Hay circunstancias en las que simples sospechas exigen precauciones extraordinarias; los acontecimientos que precedieron al arresto de Miranda eran de esta naturaleza; pero el pueblo, siempre justo, no puede querer el castigo de los inocentes; porque si una gran nación debe ser terrible hasta en sus venganzas, jamás el error debe dictar sus juicios, y sólo los criminales deben expiar sus maldades. Donde quiera que vemos el crimen, lo denunciamos valerosamente; el hombre culpable debe temblar cuando se acerca á este tribunal; no hay medio que no pongamos en juego para penetrar hasta en lo íntimo de su conciencia; pero el inocente puede presentarse aquí con seguridad. No somos de ningún modo hombres sanguinarios, como nos han pintado los enemigos de la libertad, y es para nosotros hermoso día aquel en que devolvemos á su familia, á sus amigos, y á la sociedad un ciudadano que no ha merecido perder la estimación pública.

El bombardeo de Maestricht me ha parecido que se emprendió con demasiada precipitación y sin haber preparado suficientemente las piezas necesarias para el ataque que Dumouriez anunciaba no debía ser largo; pero además de que yo no descubro traición alguna en esta operación, la artillería estaba especialmente confiada al General Anghest, y Miranda no podía ser personalmente responsable de las faltas particulares de este oficial.

Sobre la segunda pregunta. Miranda no se encontró en Lieja sino al ir del puesto de Visé al de Tongres,

ambos puntos bajo sus órdenes. Valence mandaba en dicha ciudad, de cuya defensa estaba encargado; y en las respuestas dadas por Miranda á los habitantes de Lieja, el día 4 de marzo último, no he visto nada que indique el deseo de entregar la ciudad á los enemigos.

Sobre la tercera pregunta. Relativamente á la batalla de Nerwinde Miranda había recibido orden terminante del General Dumouriez de atacar por todos los puntos; me ha parecido que la mala posición del ala izquierda mandada por él fué la única causa de su derrota, y que no había, por esto, ningún cargo que hacer á Miranda.

Podría limitarme á esta declaración y á las dos anteriores; pero siguiendo la expresión enérgica de un testigo, inglés de orígen, *no basta á un general francés ser reconocido inocente: es preciso que sea reconocido insospechable.* Y como la moralidad de los acusados es uno de los principales motivos de la decisión de los jurados, yo debo, en tal caso, rendir á Miranda justicia flagrante

El hombre que pasó, hace diez años, de la América meridional á Europa, en busca de medios para devolver la libertad á sus compatriotas, encadenados por el despotismo; el hombre que, relacionado en Inglaterra con los más ardientes amigos de la libertad, profesaba allí los principios del más puro patriotismo; el amigo de Price, de Priestley, de Fox y de Sheridan, no puede ser sino un excelente ciudadano.

Opinión del ciudadano Fallot.

He examinado imparcialmente el acta de acusación dirigida contra Miranda; he seguido el curso de los debates con la más escrupulosa atención: y nada he hallado que pruebe que Miranda haya abrigado el intento de hacer traición á la República. Sí he notado, y de ello tengo la convicción íntima, que la intriga y la perfidia han traído á Miranda á este tribunal, esperando sin duda que sus jueces, engañados por la astucia de ciertos intrigantes, harían rodar su cabeza.

Pero la integridad de este tribunal ha debido probar á todos los ciudadanos que han tenido conocimiento de los juicios que ha dictado, que si el crímen recibe en él justo castigo, la inocencia sale siempre triunfante.

Opinión del ciudadano Brochet.

Revestido con el carácter honroso de jurado en este tribunal establecido para hacer rodar la cabeza de todos los conspiradores, abro la ley sobre la institución del jurado, en la cual leo: *El jurado sentenciará según su íntima convicción.* Por lo tanto, las sospechas que pudiera tener desaparecen ante ella, y consiguientemente declaro que el hecho no consta.

Opinión del ciudadano Chrétien.

Llamado á formar parte de un tribunal justo y severo, he tratado siempre de distinguir el inocente del culpable; pero en estos momentos de revolución á menudo la hipocresía se cubre con la máscara de la virtud, y á menudo

el hombre virtuoso es considerado por sus conciudadanos como culpable. Engañados con frecuencia, los republicanos pueden también engañarse; pero los hombres á quienes la nación ha confiado sus más grandes intereses son los que deben rasgar el velo que nos oculta la verdad. El velo está rasgado para mí en cuanto á Miranda.

Opinión del ciudadano Sentex.

El conocimiento de los debates y el de la moralidad del acusado dictarán tan sólo mi juicio. No torceré jamás el testimonio de mi conciencia.

En los debates he visto testigos que deponían, ya de oídas, ya ocularmente. Estos últimos son poco numerosos y no declaran más que hechos de los cuales Miranda es sin duda responsable como jefe, pero su responsabilidad se atenúa por el castigo del comandante secundario y prevaricador; responsabilidad que desaparece por el celo que manifestó en colocar comandantes más instruidos y activos.

Los franceses saben desde hace cuatro años con cuánta rapidez vuela la calumnia, vomitada siempre por el crimen. Yo debo sin duda escuchar los efectos de la calumnia, pero debo juzgarlos. Declaro que repugna á mi conciencia el pronunciarme ó sentenciar sobre díceres, favorecer la calumnia y ser injusto; porque tales actos son indignos de un funcionario republicano y de mí. Aparto, pues, estas deposiciones de oídas. Republicano por principios y por afición, el testimonio de mi conciencia me fija sobre la decla-

ración de los testigos que ponen en contradicción consigo mismo al motor principal de la calumnia, al impostor Dumouriez. Yo he seguido con tranquilidad de espíritu las declaraciones en favor de la conducta del acusado, inculpado por este traidor; mi conciencia depone toda duda cuando vienen á agregarse á estos poderosos motivos de convicción las pruebas de amor del acusado por la libertad y por el régimen republicano. Declaro, pues, que, sordo á cualquiera influencia que no sea la de la justicia y la verdad, tengo la íntima convicción de que nada me prueba que Miranda haya hecho traición á los intereses de la República.

Opinión del ciudadano Jourdeuil.

He leído con suma atención las diferentes órdenes dadas por Dumouriez á Miranda, particularmente la de 11 de febrero de 1793 relativa al bombardeo de Maestricht, y Miranda ejecutó puntualmente esas órdenes.

Durante la información sumaria de este triste asunto he reconocido en Miranda el filósofo más distinguido, el amigo más sincero de la revolución, el padre de los soldados, el defensor del oprimido; y me he dicho muchas veces: Si la República no hubiera tenido sino generales parecidos á Miranda, no existirían ya los déspotas, nuestros más sagrados intereses no se hubieran visto obligados á vendarse los ojos para apartar de sus miradas á los Dumouriez y á otros malvados que han hecho degollar sin piedad muchos de los mejores hijos de la patria y sus más intrépidos defensores.

Obedezco al dictado de mi conciencia y cumplo un deber al rendir á Miranda el homenaje que su esclarecido talento merece: declaro por mi honor y mi conciencia, que no consta el hecho.

Sentencia absolutoria de Francisco Miranda.

16 de mayo de 1793.

Nos, Jacques Bernard Marie Montané, presidente del Tribunal Revolucionario en lo Criminal, creado por la ley de 10 de marzo de 1793, vista la declaración unánime del Jurado que conoce de la acusación intentada contra Francisco Miranda, general de división:

1° Que no consta que el dicho Miranda haya hecho traición á los intereses de la República en el bombardeo de Maestricht, empezado del 24 al 25 de febrero de 1793 y suspendido el 2 de marzo siguiente:

2° Que no consta que haya hecho traición á los intereses de la República en la evacuación de la ciudad de Lieja el 5 de marzo último:

3° Que no consta que Francisco Miranda haya hecho traición á los intereses de la República el 18 de marzo último, día de la batalla de Nerwinde, en la cual mandaba el ala izquierda:

Declaramos que el dicho Francisco Miranda queda absuelto de la acusación intentada contra él por el acusador público del tribunal, según acta del 10 del presente mes,

y en consecuencia ordenamos que sea inmediatamente puesto en libertad si no se halla detenido por otras causas, y que su nombre sea borrado de todos los registros de las cárceles en que ha estado detenido.

Hecho y dictado en la audiencia pública del tribunal, el jueves 16 de mayo de mil setecientos noventa y tres, año segundo de la República.

Firmado: J. B. M. Montané.

N. J. F. Fabricius, escribano.

Acto continuo, el tribunal ordenó que la presente sentencia sea impresa y fijada en todas partes donde sea necesario. Hecho y dictado en la audiencia, en la que se hallaban presentes los ciudadanos Montané, presidente; Etienne Foucault y François Christophe Dufriche Desmadeleines, jueces que han firmado la minuta.

Firmado: J. B. Montané. Foucault.

Dufriche Desmadeleines.

N. J. Fabricius, escribano.

Es copia exacta de la minuta.

Wolff, escribano.

Chauveau-Lagarde á sus conciudadanos. [*]

Viles calumniadores, hombres sanguinarios que no

[*] De la imprenta V. Herissant, calle de Ntra. Señora.

ven sino culpables, que no piden sino víctimas, no se ruborizan de ultrajar hasta la virtud misma. El día más hermoso de mi vida es aquel en que defendí á Miranda. Declaro que jamás he conocido hombre que me haya inspirado más estimación, y aun diré más veneración. No es posible tener mayor grandeza en el carácter, ni más elevación en las ideas, ni profesar más amor verdadero á la virtud. Yo habría deseado que Europa entera hubiese podido oirlo; es imposible ser más preciso en las respuestas, mas claro en las explicaciones, más fuerte en el raciocinio, más enérgico en todo lo que atañe al sentimiento, y principalmente más sereno, con la calma imperturbable que no puede imitarse y que sólo nace de una conciencia recta.

Así es que jueces, jurado y público han sido arrastrados por la fuerza de la verdad: todos han acabado por rendir magnífico tributo á la inocencia del acusado, á despecho de la prevención que la calumnia les había inculcado. Sostengo que no existe un solo ser que haya presenciado los debates sin que esté convencido, no sólo de que no era culpable Miranda, sino que era el más moral y el más virtuoso de los hombres; y afirmo, por mi honor, que varios testigos, de los que lo habían acusado con más encarnizamiento, proclaman actualmente su inocencia, y han depositado en mis manos retractaciones formales.

Pues bien! algunos intrigantes que no han cesado de atraer puñales sobre su cabeza, tan feroces que lo calumniaban cuando estaba aherrojado, cometen la infamia de perseguirlo aún hoy, cuando está reconocida

su inocencia; piden á gritos la cabeza de ese valeroso republicano, y declaman que á fuerza de oro ha comprado su sentencia y al pueblo que rodeaba al tribunal.

¡Hombres viles y corrompidos, sed menos estúpidos! ¿No veis que esta nueva especie de calumnia es aún más grosera que atroz? Es ciertamente imposible que en ningún tribunal del mundo se encuentre severidad mayor que la que los jueces, el acusador público y los jurados han ejercido en la instrucción de este famoso proceso: y de ello ha sido testigo París entero. Pero los hombres que publican semejantes absurdos son los primeros que no creen en ellos. Ciudadanos, al mentir con tal descaro, esperan desviar vuestro patriotismo, y quieren persuadiros de que el Tribunal Revolucionario debe empaparse en la sangre del inocente. ¡Cuidado, ciudadanos! los mayores enemigos de ese tribunal temible, y por consiguiente mayores amigos de los conspiradores, no son los que se quejan de su inflexible rigor: son aquéllos que calumnian su justicia inquebrantable, porque no pueden sobornarla.

IV

Parte Oficial del General austriaco, Príncipe de Coburgo, sobre la batalla de Nerwinde.—Fragmento de la historia de la Campaña de 1792, por el General Money.—Fragmentos del Cuadro Histórico de la Guerra de la Revolución de Francia, durante las campañas de 1792, 1793 y 1794.—Opiniones favorables á Miranda.

—

Parte oficial del General austriaco, Príncipe de Coburgo, sobre la batalla de Nerwinde.

Cuartel General en Tirlemont,
del 16 al 20 de marzo.

En la tarde del 16 salió el ejército de sus acantonamientos para ir á situarse en el campo que está detrás del río Gheete. De repente los dos ejércitos se encontraron, por haberse adelantado el enemigo desde Lovaina, con el fin de sorprendernos en nuestros acantonamientos. Habiendo regresado el enemigo á Tirlemont,

hubo de ambas partes un fuerte cañoneo que no ocasionó pérdida importante. La noche puso término al combate.

El 17 el ejército se situó de modo que pudiese lanzarse por todos lados sobre el enemigo, al avanzar éste. Teníamos en frente el riachuelo de Gheete, cuya orilla ocupaban las avanzadas. El ala se apoyaba en la calzada de San Trond, donde estaba apostada la vanguardia mandada por Su Alteza Real el Archiduque. Nuestro ejército había sido dividido en dos cuerpos: el primero, mandado por el General Conde de Colloredo; el segundo, por el Mariscal de Campo Príncipe de Wurtemberg: ambos cuerpos colocados frente á las aldeas de Ortsmael, Gutzenhoven y Nerwinde. El cuerpo de reserva, situado entre Raucoux y Lenden, constituía el ala izquierda, á las órdenes del General Conde de Clairfayt. El enemigo ocupaba su posición detrás de Tirlemont.

Al amanecer el 18, vimos al enemigo avanzar sobre nosotros en varias columnas. Desplegóse á derecha é izquierda sobre las alturas aquende Tirlemont, *apoyando su ala izquierda en Wilmorsum y su derecha en Goldsenhoven. Hacia las* 8, *una de sus columnas marchó con muchos cañones por la calzada de San Trond hasta Ortsmael, desalojó á nuestros cuerpos francos de esta aldea y estableció fuertes baterías cerca de la iglesia.* Su Alteza Real ordenó primero que se hiciese avanzar, en baterías, la artillería de nuestra vanguardia, *y desmontó varios cañones del enemigo, que éste lograba siempre reemplazar. Aunque no pudo el enemigo penetrar más adelante, aprovechó sin embargo las ventajas del terreno para hacer*

avanzar una de sus columnas á la izquierda sobre Leau; otra á la derecha sobre Raucoux, para atacarnos por flanco y retaguardia y envolvernos; y dejó bien guarnecido su centro para obrar con más fuerza. El Príncipe Mariscal de Campo ordenó el ataque contra todas estas columnas. En consecuencia, el Príncipe de Wurtemberg avanzó hacia Leau; el Teniente Mariscal de Campo Benjossky, hacia la calzada de Ortsmael y Dormael; Su Alteza Real el Archiduque, al frente de dos batallones de Starey, hacia la aldea de Ortsmael; y el General Conde de Clairfayt, hacia Raucoux. El General Colloredo permaneció en el centro. Cada uno de estos generales atacó el cuerpo de enemigos que halló á su frente, y todos lograron, mediante Dios, su inteligencia y la singular valentía de nuestras tropas, vencer al enemigo por dondequiera se presentó. El General Dumouriez, al frente de 30.300 hombres, dirigió personalmente el ataque cerca de Raucoux, el punto más importante del cual dependía nuestra suerte; pero el General Conde de Clairfayt partió á su encuentro con el cuerpo de reserva, constante apenas de 7 á 8.000 hombres, batió á Dumouriez, y aunque éste hizo todo esfuerzo por triunfar en un segundo ataque, fué de nuevo rechazado. Durante este ataque cerca de Raucoux, el enemigo hizo avanzar una columna hacia nuestro centro; pero el General Colloredo lo rechazó á su vez, lo desalojó de Nerwinde y quedó dueño de la aldea. La noche puso término al combate que había durado once horas, é impidió que nuestras tropas victoriosas ó invencibles persiguiesen al enemigo. Esta

victoria nos ha costado caro en gracia á la bravura extraordinaria del enemigo. Hemos perdido, muertos ó heridos, 1.200 á 1.500 hombres, entre los cuales se hallan el Comandante Hugo O' Donnell, muerto, el General Rebach y el Coronel Rische, heridos, y varios oficiales más. La pérdida del enemigo asciende, por lo menos, á 4.000 hombres entre muertos y heridos; le hemos tomado más de 30 cañones y muchos prisioneros.

El 19, al amanecer, vimos en el puesto que había ocupado el enemigo, una fuerte retaguardia, al tiempo que su ejército se retiraba bastante desordenado. El Teniente Mariscal de Campo Benjossky fué destacado con seis batallones y diez escuadrones en persecución del enemigo; y maniobró con tanta habilidad, que obligó á la retaguardia enemiga á abandonar el puesto que ocupaba y llegó con su destacamento muy cerca de Tirlemont.

El 20, el Teniente Mariscal de Campo Benjossky arrojó de Tirlemont á los franceses y los persiguió hasta legua y media allende dicha ciudad. *El enemigo cubrió su retirada con gran orden y serenidad.* A las doce en punto del día nuestro ejército se dirigió hacia la derecha y pasó á Tirlemont. Una parte acampó detrás de esta ciudad, con el río Gheete á su espalda, al medio la calzada que conduce á Lovaina, el cuerpo de reserva á la derecha y detrás la aldea de Hougarde.

El Coronel Barón de Mylins, destacado cerca de Kempten con dos batallones de Mich. Wallis y algunas tropas ligeras, había recibido orden de desalojar al enemigo, el 20, de Diest, lo que efectuó felizmente y con mucha habilidad, según consta en la relación siguiente:

A las siete de la mañana el Coronel de Mylins dirigió el primer ataque contra Diest y fué rechazado; pero al segundo ataque penetró en la ciudad por dos lados, hizo 50 prisioneros y se apoderó de un cañón y de varios arcones. Nuestra pérdida es de cincuenta hombres, muertos ó heridos, y entre ellos un capitán. El enemigo, viéndose separado de la calzada de Lovaina, ha tenido que retirarse hacia Heerenthal.

El ejército hizo alto el 21 de marzo.

(*Gaceta de Lieja*, del 27 de marzo de 1793.)

Fragmentos de la Historia de la Campaña de 1792 *por el General Money.* [*]

. . . . . .

. . . . . .

Hallábase á la sazón en Bonne el Príncipe de Coburgo con un ejército como de cuarenta mil soldados.

El de Valence, que cubría el sitio, no era superior en número y se encontraba mal distribuído en acantonamientos sobre una extensión de terreno de más de treinta millas: de manera que fué derrotado á la primera arremetida de las tropas austriacas. Y como no tenía ni reductos, ni aldeas fortificadas donde guarecerse, y carecía además de vituallas, rota su línea, sobrevino al fin en él la confusión. Al avistarse apenas la vanguardia

[*] Traducción del inglés, edición de Londres, 1794.

austriaca, el ejército francés se retiró precipitadamente sobre el Mosa. Algunos se dirigieron á Lieja, otros se incorporaron á Miranda, quien levantó el sitio y regresó á San Trond y á las aldeas comarcanas. Dumouriez comenzó entonces á convencerse de que era *una locura su expedición á Holanda*; *pues nunca cometió mayor error un general* [pag. 273].

Levantó Dumouriez el sitio de Williamstadt, en el cual tenía comprometidos veinte y tres mil hombres de sus mejores tropas, y contramarchó hacia Amberes y Lovaina á fin de reunirse, cerca de Tirlemont, con los ejércitos de Miranda y de Valence que venían en retirada; y el 17 y el 18 de marzo dió la batalla de Nerwinde ó Landen. Siendo notorias las relaciones de los periodistas sobre tan inconcebible función de armas, voy á trascribir la que de ella hace un oficial austriaco que presenció el encuentro:

"El General Dumouriez llegó á Bruselas el 10 de "marzo, y encontró tan exaltados á los habitantes como "si estuviesen á punto de una insurrección. Tranquilizó- "los en cierto modo, prometiéndoles oír sus quejas é im- "partirles completa justicia, al mismo tiempo que los ame- "nazó para el caso en que cometieran desafueros. Hizo "luego apresurar el movimiento de las tropas que ha- "bía llamado de Flandes para que concurrieran opor- "tunamente á Lovaina y sus cercanías, punto prefi- "jado y donde llegó el 16 por la mañana.

"El mismo día las tropas ligeras avanzaron de San

" Trond á Tirlemont, del cual se apoderaron, aunque
" muy luego se vieron obligadas á abandonarlo por la
" aproximación del General Lamarche con un cuerpo con-
" siderable de tropas ligeras enemigas, y además, por
" avistarse al mismo tiempo un grueso cuerpo de caba-
" llería enemiga á nuestra izquierda: por la tarde acampa-
" mos en Nerwinde, á las márgenes del riachuelo de
" Gheete.

" El *General Igualdad*, antes duque de Chartres,
" avanzó el 17 sobre nuestra izquierda con una colum-
" na de veinte mil infantes, y un grueso cuerpo de ca-
" ballería: todo el ejército enemigo avanzó entonces y
" ocurrió un vivo cañoneo. Mas, habiendo aquél pa-
" sado el Gheete, marchamos contra él y lo rechazamos
" hacia su posición anterior, tomándole veinte cañones
" que abandonó al repasar el río.

" Al rayar el día 18 vimos que el enemigo marcha-
" ba sobre nosotros por diferentes direcciones, y que
" su línea sobresalía de la nuestra á lo menos un cuar-
" to de legua por cada lado: la extremidad de su ala
" izquierda estaba en Wilmarsum y la de la derecha en
" Gutzenhoven. Se supo después que el enemigo tenía
" sesenta mil hombres en el campo de batalla y ade-
" más muchos cuerpos de reserva y tropas á retaguar-
" dia. La acción comenzó entre seis y siete de la maña-
" na. Cerca de las ocho, una columna considerable, con
" numerosas piezas de artillería, avanzó por la gran cal-
" zada de San Trond y desalojó nuestros cuerpos fran-
" cos que se hallaban apostados en Ortsmael. El Ar-
" chiduque, que mandaba la vanguardia, estableció una

" batería que debía obrar sobre Ortsmael y que des-
" montó muchos de sus cañones. Aprovechándose los
" enemigos por una parte del terreno y por la otra de
" su número, enviaron una fuerte columna de su iz-
" quierda, al mando del General Miranda, hacia Leau, y
" otra á la derecha de Raucoux, á fin de envolver nues-
" tros dos flancos: su centro permaneció en su primera
" posición para obrar según las circunstancias.

" El Príncipe de Coburgo ordenó el ataque con to-
" das sus columnas y á la brevedad posible: el Prin-
" cipe de Wurtemberg fué enviado con dos regimientos
" de infantería, uno de caballería y un destacamento de
" infantería, formando el todo cosa de seis mil hombres,
" á cuyo frente marchó sobre Leau, atacó la columna
" enemiga, compuesta de veinte mil hombres, y la re-
" chazó hasta Lier. El destrozo fué aquí horrible. La
" caída de la noche obligó al Príncipe de Wurtemberg
" á cesar en la persecución y á incorporarse al ejército.
" El Mariscal Benjossky avanzó entre Ortsmael y Dor-
" mael, y el Príncipe de.. . atacó el centro, en tanto
" que el Príncipe Carlos desalojaba de Ortsmael al ene-
" migo. Este, rechazado en toda la línea, abandonó
" sus muertos y mucha artillería. Nos impusimos des-
" pués de que el ataque había sido dirigido sobre nues-
" tra izquierda por la vía de Raucoux.

" Estaba presente el General Dumouriez á la ca-
" beza de treinta mil hombres de sus mejores tropas.
" El General Clairfayt marchó á su encuentro con
" el cuerpo de reserva y cuatro batallones de gra-
" naderos húngaros. La acción fué larga y dudosa.

" Puesta en desorden la primera línea del General Dumou-
" riez, presentó éste la segunda; y ya entre cuatro y cinco
" de la tarde nuestros soldados habían agotado todas
" sus municiones, aunque cada uno recibiera en la ma-
" ñana sesenta cartuchos. Dumouriez destacó de su cen-
" tro un cuerpo fresco de caballería. En tan crítico mo-
" mento el General Clairfayt, con su habitual serenidad,
" hizo que el regimiento de coraceros de Nassau, com-
" puesto de cuatrocientos hombres, penetrase, como pe-
" netró, á paso de carga, en la línea enemiga: *lo cual de-*
" *cidió el acontecimiento del día.* La caballería enemiga
" fué arrollada y puesta en fuga; pero en el ardor del
" ataque el bizarro regimiento de coraceros de Nassau
" se encontró estrechado entre dos baterías enemigas
" y recibió una descarga de diez y seis cañones car-
" gados de metralla. Doscientos sesenta perecieron, con
" lo que el enemigo trató de cortar la retirada de
" los restantes, aunque en vano, pues éstos se abrieron
" paso y se incorporaron á nuestra línea. Entretanto
" la izquierda y el centro del enemigo iban en plena
" retirada: hizo luego lo mismo la derecha, y al caer
" la noche cesó el fuego.

" Habíamos pasado dos noches y tres días, ya en
" movimiento, ya durmiendo sobre las armas. Todos
" nuestros equipajes habían sido enviados á cierta distan-
" cia á retaguardia, atentos á las eventualidades de una
" batalla.

" Nuestras tropas no tuvieron en aquel día [18] otro
" alimento que pan y agua pantanosa. Carecíamos de
" pertrechos y no podíamos contar con ellos antes del

" día siguiente por la mañana, cuando probablemen-
" te se habría recomenzado la pelea; visto lo cual,
" reunióse un consejo de guerra, que decidió to-
" mar por asalto á la bayoneta el campo enemigo entre
" tres y cuatro de la mañana. Avanzamos con el ma-
" yor orden y en profundo silencio al mando del General
" Clairfayt; mas al llegar al campo encontramos, con
" gran sorpresa, que el enemigo, aprovechando la oscu-
" ridad de la noche, se retiraba sobre Hougarde.

" Al amanecer recibimos nuevo abasto de municio-
" nes, y á las diez avanzamos en orden de combate; pe-
" ro el enemigo comenzó muy luego á retirarse en tan
" buena formación y tan bien cubierto por su
" artillería, que nuestra caballería no logró romperlo:
" con todo eso, la infantería húngara avanzó entonces con
" tal impetuosidad que lanzó al enemigo en gran des-
" orden fuera de sus baterías, de manera que muchos
" se ahogaron en el Gheete mayor y considerable número
" fué pasado á cuchillo. Terminó así esta batalla que
" puede decirse duró tres días."

Injustificable parece que se vitupere la conducta de un general por alguien que no asistió al combate; y sin embargo, á veces un jefe es juzgado y condenado á muerte por quienes jamás han visto una acción de guerra. *Como he tenido ocasión de conocer palmo á palmo el terreno donde se libró la batalla,* pues comandé un cuerpo de siete mil hombres en Tirlemont durante la revolución del Brabante, haré sin escrúpulo algunas observaciones sobre aquélla.

No debía el General Dumouriez pasar el Gheete con

cañones: hubiérale sido mejor defender con fuertes reductos las alturas de ambos lados de la calzada que conduce á Tirlemont. *Ni ha debido enviar al General Miranda para envolver el flanco derecho de los austriacos*, pues que el terreno del otro lado de la ciudad es tan ventajoso, como que seis mil hombres, según parece, derrotaron á veinte mil.

Hubiera debido mantener en jaque á los austriacos por medio de los referidos reductos, sobre el camino de Tirlemont, y hacer marchar un cuerpo sobre el flanco izquierdo del enemigo, obligándolo así infaliblemente á abandonar su posición de Nerwinde y á retirarse á San Trond, ó quizás á Maestricht; ó bien á comprometer la acción en sitio no tan ventajoso como el que sirvió de teatro á la batalla de Landen. Atravesó un río, el Gheete, para atacar al enemigo apostado en la otra margen; y al experimentar un revés se vió obligado á abandonar veinte piezas de artillería. *El Rey Guillermo* libró batalla entre los dos ríos: mejor posición escogió el *Príncipe de Coburgo*, pues verdaderamente no era atacable de frente. No obstante, el flanco izquierdo de esta posición podía ser envuelto por un ejército superior; ó bien Dumouriez hubiera podido cubrir á Bruselas y á todos los Países-Bajos, teniendo el Gheete por delante, sin arriesgar la acción. [*]

Después de su retirada de las provincias belgas; después que fracasó su plan para entregar á Lila á los austriacos y su tentativa de marchar sobre París para

[*] Véase la relación de esta batalla por Dumouriez mismo en sus Memorias publicadas después del escrito referido.

derrocar la Convención: Dumouriez abandonó su ejército, no sin haber enviado con antelación al campo de los enemigos los cinco comisarios que habían llegado de París para prenderlo. No haré sobre su conducta sino el siguiente comentario: *hubiera sido más honroso para él retirarse sin haber cometido semejante atentado.* [páginas 275 á 286]

Fragmentos del cuadro Histórico de la Guerra de la Revolución Francesa durante las campañas de 1792, 1793 y 1794.
París, 1808.

El frente de ambos ejércitos [francés y austriaco] se dilataba en una extensión de dos leguas más ó menos: los franceses ocupaban desde Goldzenhoven hasta las alturas de Wommersom y de Oplinter, y los austriacos desde las alturas de la aldea de Raucoux hasta más allá de Halle, en las llanuras de Leau. Comandaba la vanguardia austriaca el Archiduque Carlos; la primera línea, con parte de la segunda, el General Colloredo; la infantería de la segunda línea y los Dragones de Coburgo, el General Príncipe de Wurtemberg; dos divisiones de caballería y alguna infantería, al

mando del General Stipshitz, defendían la llanura de Leau; en tanto que el cuerpo de reserva estaba á las órdenes del General Clairfayt. El riachuelo de Gheete cubría el frente de esta línea y separaba los dos ejércitos.

La primera columna, que formaba la derecha del ejército francés, compuesta de la vanguardia á las órdenes del General Lamarche, desfilando por el puente de Neer-Heilissem, debía dirigirse á la llanura entre Landen y Overwinden, para arrollar la izquierda del enemigo ó á lo menos inquietarlo por este flanco. La segunda columna, compuesta de la infantería del ejército de las Ardenas, al mando del General Leveneur, desembocando también por el mismo puente y sostenida por un grueso cuerpo de caballería, debía apoderarse rápidamente de la colina de Middelwinden y atacar la aldea de Overwinden, que al parecer no resistiría al cañón de á 12 que estaba colocado sobre aquélla. La tercera columna, á las órdenes del General Neuilly, desembocando también por el mismo puente, debía atacar simultáneamente la aldea de Nerwinde por su derecha. Estas tres columnas constituían la línea de ataque por esta parte, al mando del General Valence.

Atacaban por el centro, á las órdenes del Duque de Chartres, dos columnas: una regida por el General Dietmann, la cual, después de pasar á prisa el puente de Laer y la aldea de este nombre, debía colocarse al frente de Nerwinde; la otra, mandada por el General Dampierre, una vez pasado el puente de Esmael, se presentaría á la izquierda de Nerwinde.

Por la izquierda, á las órdenes del General Mi-

randa, atacaban tres columnas: la primera, dirigida por el General Miaczinski, pasando el Gheete menor en Over-Hespen, debía combatir dirigiéndose á Neer-Landen; la segunda, á las órdenes del General Ruault, pasando el puente de Ortsmael, debía atacar por el camino real que va de San Trond á Lieja; y la tercera, regida por el General Champmorín, pasaría el Gheete mayor en el punto de Binger para caer sobre Leau.

Al apuntar el día las referidas columnas se movieron, y á las nueve la derecha comenzó á pasar el Gheete menor. Por la izquierda, el General Miranda desalojó primero las tropas ligeras enemigas de la aldea de Ortsmael, donde hubo de ambas partes un vivo cañoneo; mientras la tercera columna marchó sobre la ciudad de Leau, en la cual, después de ocupada, se sostuvo. Entretanto el General Valence, después de pasar el puente de Neer-Heilissem, arrojó á los austriacos de la aldea de Raucoux. Tamaña ventaja aseguró el paso de la vanguardia, y con tal refuerzo el General Valence empujó á los enemigos y arrolló su ala izquierda, lo que permitió á las columnas mandadas por los Generales Neuilly y Leveneur pasar el Gheete menor y apoderarse del retén de Overwinden. Delante de esta aldea hay una colina llamada de Middelwinden que domina las tres aldeas vecinas y asegura considerables ventajas al que de ella se apodera. La infantería francesa la había ocupado primero; pero como no fué reforzada, volvieron á tomarla los austriacos: se les atacó de nuevo y esta posición fué disputada durante la batalla.

Una vez que se posesionó de la aldea de Nerwinde la columna del General Neuilly, cometió el error de no sostenerse en ella, sino antes bien fué más allá y se esparció por la llanura; visto lo cual por el General Clairfayt, que había recibido refuerzos de la derecha, [la que por ventajas adquiridas bien podía enviárselos sin peligro alguno] expugnó á Raucoux, la colina de Middelwinden y Nerwinde, con lo cual quedó el ejército, francés en trance y riesgo de perderse. A la sazón los alemanes ocupaban las alturas, cubierto su frente con numerosa artillería y el centro y la izquierda por las aldeas de Raucoux y de Nerwinde, sobre que dichas posiciones se hallaban sostenidas por formidables columnas de infantería y caballería, cuando por el contrario el ejército francés estaba en el declive del terreno y con el riachuelo de Gheete á retaguardia.

A decir verdad el General Dumouriez, él logró recuperar las aldeas de Raucoux y de Nerwinde; perdió de nuevo y recuperó otra vez esta última; y al fin la abandonó llena de moribundos y de cadáveres. Mas sucedió, según el Príncipe de Coburgo, todo lo contrario; pues los franceses fueron rechazados en la aldea de Raucoux, por más que el General Dumouriez desplegase todo esfuerzo para recuperarla é hiciese avanzar una columna hacia el centro con ánimo de apoderarse de Nerwinde. Desalojado de ambas posiciones, quedaron dueños de ellas los austriacos, y la noche suspendió las armas después de once horas de combate.

Como quiera que sea, el General Dumouriez, que no era capaz de aceptar la responsabilidad de aquella ba-

talla y que desde el momento en que fué atacado en las aldeas que tomara debió darse cuenta de la superioridad del enemigo, y por tanto de la imposibilidad de desalojarlo de sus respetables posiciones, debió al mismo tiempo saber ó sospechar siquiera el desastre de su izquierda, sobre todo cuando dice que el fuego por aquella parte había cesado desde el mediodía; mentira demostrada, puesto que el ataque comenzó de nuevo en la izquierda hacia las dos y terminó á las siete. Empero, precisábale encontrar excusa á su derrota y no titubea en achacar la culpa á la división que comandaba el General Miranda, á quien en consecuencia hace ir á la desbandada, y huir hasta detrás de Tirlemont sin que pueda detenerse ni reponerse en Wommersom ó en Oplinter. Imputa además al General Miranda mismo el haber rehusado servirse de ocho batallones que se encontraban en Tirlemont para recuperar sus posiciones de la mañana, lo cual es falso, pues las divisiones de los Generales Ruault y Champmorín se retiraron el 18, bajo el fuego del enemigo y sin haber sido rotas, de esta manera: la derecha á Oplinter, la izquierda á Neerlinter, donde estaban el 18 en la tarde. En cuanto al General Miranda, después de reconcentrar las tropas detrás de Tirlemont, ocupó de nuevo por la noche á Wommersom, y resistió allí al día siguiente [19] los asaltos del enemigo durante siete horas.

Tenían, pues, para dicha fecha los franceses el centro y la derecha en acción y ya envueltos; y además dueños los enemigos de las alturas de Wommersom, desde

donde su formidable artillería ametrallaba las tropas situadas en la calzada de Tirlemont, preciso les fué á éstas decidirse por la retirada y repasaron en desorden el riachuelo de Gheete, formándose luégo con la derecha en Goldzenhoven y la izquierda en Haeckendover.

Esta batalla, cuyos verdaderos incidentes han sido tan poco conocidos y cuyos resultados fueron tan funestos, se dispuso y libró contra todas las reglas del arte militar.

Fué la primera falta mover el ejército del frente de Lovaina, donde lo había apostado el General Miranda, cuando los enemigos lo desalojaron de las riberas del Roer y del Mosa. En efecto, ¿cuál era entonces el objeto primordial, sino defender y proteger á Bélgica? ¿Y cuál era la posición más ventajosa para llevarlo á cabo después del revés que se acababa de sufrir? La sobredicha: delante de Lovaina ó de Malinas, porque la ocupación de estas ciudades daba á los enemigos medios de reconquistar la Flandes holandesa, y obligaba á los franceses á huir apresuradamente, presentando el flanco, por Mons y por Ath detrás de Bruselas, y á sostener esta ciudad sin ninguna probabilidad de buen éxito, sobre todo después de haber abandonado un país tan extenso.

Fué la segunda presentar batalla cuando la derrota traía más inconvenientes que ventajas la victoria; cuando no se disponía sino de treinta y dos mil hombres que oponer á los cincuenta y dos mil del enemigo; y cuando se esperaban refuerzos que llegaron en la

noche misma de la acción; y cuando el enemigo, en fin, estaba muy ventajosamente apostado en las alturas, mientras los franceses ocupaban una mala posición. Empero, la relación que de la batalla de Nerwinde presenta el General Miranda á la Convención Nacional el 19 de marzo de 1793, y la cual coincide perfectamente con las órdenes escritas del General Dumouriez, y con lo que relata el Príncipe de Coburgo, arrojan mucha claridad sobre esta jornada.

Al despuntar el día 18, las tropas comandadas por el General Miranda tomaron las aldeas de Ortsmael y de Bingen y los puentes que ocupaba el enemigo. A las diez y media, el General Dumouriez llamó al General Miranda, quien recibió de aquél orden escrita de lo que debía hacer, como también el aviso verbal de que había determinado dar la batalla. Sorprendido con esta noticia el General Miranda, que no había recibido ninguna orden para hacer un reconocimiento por la izquierda y que veía delante de sus columnas un río que no había modo de esguazar, preguntó á su jefe si conocía poco más ó menos la fuerza de los enemigos.—Créolas fuertes de cincuenta y dos mil hombres, y nosotros tenemos treinta y cinco mil.—¿Y cree U. desalojarlos en semejante posición?....

Convencido Miranda de que eran inútiles sus reflexiones, volvió á su puesto, leyó las órdenes que había recibido, y procedió según el tenor de ellas.

Como á las dos de la tarde, las columnas se movieron, y ya á las tres se rompió el ataque por la izquierda. Cuatro columnas pasaron por el puente de

Ortsmael y por la calzada, y otra por el puente de Leau. La posición del enemigo era tan ventajosa por el terreno, por el número y por la formidable artillería que lo resguardaba, que nuestra infantería se vió obligada á rechazar la caballería y las tropas ligeras que ocupaban las aldeas, esto bajo los fuegos cruzados de las baterías, antes de que pudiera escalar las alturas sobre las cuales estaba apostada en dos líneas la infantería enemiga. Los franceces principiaron por apoderarse de las aldeas y rechazaron la caballería; pero el fuego de a artillería enemiga causó tal estrago en sus columnas, [las cuales no podían desplegarse por impedirlo la fragosidad del terreno,] que después de los más enérgicos esfuerzos y de haber sufrido pérdida considerable, no pudieron desalojar de las alturas al enemigo, quien se hallaba cubierto por todas sus baterías: la artillería francesa, desmontada y con sus caballos perdidos en el camino donde estaba atascada, no pudo colocarse ventajosamente. Retiróse, pues, después de tres horas y media de combate, tras el riachuelo de Gheete la infantería francesa, con el ánimo de recuperar la posición que ocupaba antes del ataque. Hubo en efecto, algún desorden en esta retirada, pero que no se pudo achacar ni á los generales, ni á las tropas, sino al General Dumouriez, cuya impericia sólo iguala á la malevolencia que tenía para con el General Miranda.

Este, con la mira de organizar la retirada, destacó sobre las alturas de Wommersom cinco batallones que habían llegado de Lovaina el 18 por la tarde, y para tenerlos más á la mano acampó sus tropas detrás de Tirlemont.

A media noche, y por orden del General en Jefe, los volvió á sus antiguas posiciones, persuadido ya de que aquél pretendía, aunque indiscretamente, renovar la batalla al amanecer del nuevo día.

Con efecto, el 19 ocupó á las cuatro de la mañana las alturas de Wommersom; fué allí atacado á las nueve; y á las cinco de la tarde se retiró hacia Tirlemont, después de siete horas de combate. [*] Recibió allí reiteradas órdenes de atravesar la ciudad en la noche y ocupar á Cumptich, que demora detrás de Tirlemont, con el resto del ejército, el que, al día siguiente [20] continuó la retirada y vino á fijarse delante de Lovaina en la posición de Bautersem, la cual había abandonado tan á distiempo para ir á ser derrotado en Nerwinde. A fin de cubrir la retirada, el General Miranda tomó posiciones en Pellemberg, donde fué atacado vivamente, el 22, por fuerzas muy superiores á las suyas; mas, con todo, resistió al empuje todo el día; rechazó los repetidos ataques causando al enemigo considerables estragos; y al fin desocupó la plaza por la noche, asegurando así la retirada del ejército. De este encuentro se guardó muy bien de hablar el General Dumouriez; y hé aquí cómo queda demostrado que dió y perdió la batalla de Nerwinde por inconsecuencia é ignorancia; que esta derrota trajo la pérdida de Bélgica y la de las plazas conquistadas á los holandeses; y cómo, á pesar de los esfuerzos de aquél,

[*] Se ve por esta relación cuán calumniosos son los asertos del General Dumouriez contra el General Miranda y las tropas puestas bajo sus órdenes.

para hacer recaer tales reveses sobre sus subalternos, sólo á él puede acusarse.

[Tomo II, pp. 255 á 261.]

. . . . . .

. . . . . .

El General Dumouriez, más célebre como intrigante que ilustre como guerrero, y que acaba de quitarse la máscara, no pudo empero asegurar el buen éxito de sus maquinaciones: el desprecio y el odio fueron el fruto que recogió de sus ardides, y no le quedó, después de la inútil promulgación de un manifiesto publicado el 3 de abril, con el objeto de sobornar las tropas, sino el vergonzoso partido de huir; y poco faltó para que fuese asesinado el 4 de abril en el momento en que huía; sin que consiguiera, al escaparse, sino la reputación de ambicioso y de rebelde, él cuyas aptitudes militares eran indiscutibles.

[Id., p. 263.]

Observaciones.

. . . . . .

. . . . . .

Tan luego como fué declarada la guerra á Holanda, el General Dumouriez, que buscaba largo tiempo hacía los medios de elevarse y de salir de su esfera, resolvió invadir las Provincias-Unidas: primera falta que trajo muchas otras. Para poner en práctica su proyecto, reúne en Amberes un cuerpo de quince mil hombres, con lo que debilita el ejército en momentos en que necesitaba ser reforzado. Dispone en seguida

los diferentes cuerpos de tropas que comandaba de manera que le sirviesen para su operación de Holanda y para su gran plan de insurrección: segunda falta que permitía á los austriacos llevar una parte de sus fuerzas, para entonces bastante numerosas, á la extremidad de la derecha de los franceses y casi á retaguardia de la línea de operaciones. El General Dumouriez obró luego como si hubiera estado seguro de que los bátavos se sublevarían contra el Estatuder: tercera falta, pues que guiado por una esperanza mal fundada, dirigió sus tentativas hacia el Moerdick, con la pretensión de atravesar este brazo de mar en veinte y tres barcos que apenas podían trasportar mil quinientes hombres en cada vez; en lugar de obrar por Nimega donde sólo tenía un río que pasar y donde se hubiera encontrado sobre la izquierda de los holandeses y ligádose más de cerca á las operaciones sobre el Roer. Puesto de nuevo á la cabeza del ejército de Bélgica y de los otros cuerpos que obraban con aquél, en vez de concentrar las tropas quiso librar batalla con fuerzas muy inferiores á las del enemigo y escogió el momento en que éste ocupaba una posición muy ventajosa: cuarta falta de la que se siguió la pérdida de la batalla, la retirada bastante desordenada y la invasión de Bélgica por parte de los coligados. En fin, viendo que su plan quimérico de Holanda conquistada y de Bélgica insurreccionada en favor suyo, no era sino un sueño, se pone al habla con los generales enemigos para tratar de hacer, de mutuo acuerdo, lo que no había podido ejecutar por sí solo: quinta falta que lo arrastró á su per-

dición y que sumergió á Francia en conflictos desastrosos, entregándola á todos los excesos de la demagogia y á los peligros de verse invadida por la mayor parte de sus fronteras.

. . . . . .

[Tomo II, pp. 264 y 265.]

Opiniones favorables á Miranda.

J. P. Brissot, diputado de Eure y Loira, á sus comitentes.
[*Fragmento*]

. . . . . .

Me pregunto cómo los comisarios, que vivían íntimamente con Dumouriez, con los otros generales y con el Estado Mayor, oyendo todos los días las declamaciones de Dumouriez y de sus principales oficiales contra la Convención, no comprendieron sus pérfidos designios; cómo no trataron de prevenir los efectos; cómo en lugar de darlos á conocer, han venido á la Junta y á la tribuna de la Convención á elogiar á Dumouriez; cómo protestaron enérgicamente contra aquélla que pedía la acusación de éste? Me pregunto cómo y por qué casualidad y precisamente en la ocasión, Robespierre cesó en sus declamaciones contra Dumouriez; Marat no sólo se abstuvo de denunciarlo, sino que hasta afirmó que la salvación de Francia dependía

de Dumouriez, del hombre que en aquellos momentos conspiraba contra la República! Me pregunto cómo y por qué casualidad estos elogios súbitos, inexplicables para nosotros, coinciden con la conspiración del 10 de marzo, conspiración que tendía también á disolver la Convención y á cambiar nuestro gobierno. *Me pregunto cómo en medio de estas traiciones, los comisarios no arrestaran sino á un solo general, y á un general fiel á la República y que se había negado á tomar parte en la coalisión de los contra-revolucionarios: al General Miranda.*

París, mayo de 1793 [pp. 92 y 93].

Contestación sucinta de Jerónimo Petión al largo libelo de Maximiliano Robespierre.

[*Fragmento*]

En cuanto á Miranda, los hechos son muy sencillos. Cosa hará de un año cuando, siendo yo alcalde de París, Garrán-Coulón lo presentó en mi casa.

Descubrí en Miranda una persona sumamente instruída, que había meditado los principios de los gobiernos y que parecía muy adicto á la libertad, en fin, un verdadero sabio. Venía á verme de cuando en cuando y teníamos conversaciones muy instructivas.

Miranda había servido con distinción en América, cuando los americanos derramaban su sangre por la libertad.

Como el enemigo hollaba nuestro territorio, dije á Mi-

randa: "debiera V. tomar servicio en Francia"; y consintió en ello. Lo recomendé al Ministro Serván, como habría recomendado á todo oficial que hubiera creído útil á la causa de la libertad. El Ministro lo empleó y tuvo motivo para felicitarse de ello.

La conducta de Miranda en las llanuras de Champaña ha sido elogiada por todos los que la conocen: lo fué por los comisarios, y Dumouriez no escaseaba elogios para él.

Miranda acaba de explicar su conducta en Bélgica; y suplico á todos los miembros de esta asamblea que lean el informe que publicó hace poco.

Si, lo que no puedo creer, Miranda fuera culpable, no sería yo el último en hacerle cargos, tanto más severo contra él, cuanto más hombre de bien lo había creído.

Pero, lo confieso, hay hechos que me hablan elocuentemente en su favor. Entre los generales es el único á quien Dumouriez ha sacrificado. Al mismo tiempo, antes de que la traición de Dumouriez fuera conocida, Miranda me declaró, como también á Bancal, que Dumouriez lo había sondeado para saber si haría marchar su ejército sobre París: lo que él rechazó con indignación. Y este hecho lo denuncié á la Junta de Defensa General, en presencia de Bancal y antes de que se descubriera la conspiración.

¿Y es á tal hombre á quien Robespierre no vacila en herir con cierta especie de ferocidad? No lo ataca como á reo, sino afirma que es culpable. Cobardes!

esperad á lo menos que se le haya oído: será entonces tiempo de sentenciar, de castigar ó de absolver.

Valenciennes, á 20 de mayo de 1793.

Año II de la República Francesa.

Digno y respetado General.

Felicito á V., como felicito á la República, por la brillante justicia que el tribunal y la opinión pública han hecho á las virtudes cívicas y militares de V.

Puede decírsele á V. con Séneca: *virtus, cum violata est, refulsit.* No han podido perder á V. sus enemigos, y las persecuciones sólo han servido para mostrar á Francia cuánto vale V. Holgárame de verlo cuanto antes, devuelto á las funciones públicas y servir largo tiempo á la noble causa que lo ha afiliado á los franceses.

El amor que profeso á tan sublime causa me ha valido también los honores de la persecución; he sido cargado de cadenas y arrastrado ignominiosamente á las prisiones de Maestricht. Escribí á V. el 2 de abril, una hora antes de ser preso; mas, mucho temo que mi carta haya sido interceptada. En cuanto á mí, ninguna suya he recibido después que salí de Lieja, y sospecho que las hayan entregado al pícaro de Thowenot.

Adiós, respetado General; de la cordialidad de V. aguardo que me dirija algunas líneas, si acaso el

tiempo se lo permite. Conoce V. mis principios y los amistosos respetos que abrigo hacia V., y que son invariables, porque estoy persuadido de que los suyos no cambiarán á pesar de las intrigas y de las seducciones de que tratan de rodearlo según se suena por acá.

L. Antoine Pille [*] Ayud. Gen.

Vouziers, á 7 de octubre de 1792.

Año I de la República.

Entre las órdenes que Dumouriez me comunica, ninguna para mí más agradable, mi General, que las que me proporcionan la oportunidad de escribir á V. Comienzo, pues, por decirle, á nombre de él, que el estreno de V. en el mando y lo que ha dicho V. á las tropas para asegurar la subordinación y la disciplina, además de las conocidas prendas militares que lo abonan, prueban por extremo que la elección hecha en V. por el Poder Ejecutivo es digna de una República. Aprueba, igualmente, su conducta con el se-

[*] Este oficial era el único del Estado Mayor que estaba al lado del General Miranda cuando fué arrestado por orden del General Dumouriez, pues aquél había perdido en las acciones del 18 y del 19 de marzo tres de sus ayudantes; y no fué sino con el joven Dulac con quien se dirigió á París para justificarse, pues Pille, como se ve, había sido entregado á los austriacos por Dumouriez, probablemente con la intención de *salvar* á Miranda, por quien manifiesta *pesares* en esta ocasión. [*Vide Memorias*, segunda parte, pag. 78].

ñor de Lille, y se complace al saber que todo haya salido tan bien.

Si poseyera el español, mi General, contestaría íntegramente su carta. Siento mucho no conocer su idioma, porque me veo privado del placer de leer buenas cosas y de aprovecharme de la confianza que en mí deposita Dumouriez, pues estoy persuadido de que le comunica V. todos sus secretos en español.

Como su ordenanza me dice que tiene prisa en regresar, no puedo comunicar á V. más noticias. El General me encarga decir á V. que venga á verlo mañana, en el castillo de Vouziers, y me uno á él, mi General, para rogar á V. recuerde que no lo veo hace tres días, lo que es demasiado para quien lo estima, lo ama y lo respeta.

[Firmado] PHILIPPE DE VAUX.
Teniente coronel, Ayudante de campo.

Al ciudadano Miranda, Teniente General.

La Abadía, á 17 de mayo de 1793.

No es á V., mi querido General, á quien debo felicitar con la mayor efusión, sino á la República, por haber conservado en V. el más firme y su más virtuoso apoyo. Ha sido V. absuelto de la manera más honrosa y conmovedora. Ha hecho V. llorar á sus jueces, á los jurados y al auditorio. He aquí el triunfo que faltaba á V. y que tanto se le debía. Ojalá me hiciera

el tribunal parte de la justicia que ha acordado á V., por haberme aprovechado de las lecciones de V. y de sus consejos para saber amar la libertad. Se me juzgará el martes próximo. Llevaré al tribunal el testimonio de mi conciencia y de mi vida irreprochable. Espero que será justo, y que la desgraciada prevención del pueblo contra Dumouriez no influirá en su fallo, ni envolverá en la misma desgracia al hombre que, si compartió con Dumouriez peligros y trabajos, no prohijó nunca sus proyectos contra la libertad.

Creo, mi querido General, que conoce V. mis afectos y mis principios, y me diría feliz si mis jueces pudieran conocerlos por V. mismo; pero no quiero citar á V. como testigo sin saber si será de su agrado. Consulte V pues, su corazón: me atengo á lo que él le dicte.

Dirijo á V. esta carta por conducto del ciudadano de Albareda. Es uno de mis amigos en quien tengo toda confianza y á quien puede V. acordar la suya.

[*Firmado*] PHILIPPE DE VAUX.

Fragmento de una carta de Quentín al General Miranda.

Lieja, á 1° de Pradial,

año V de la República.

Dígnese V., General, seguir honrándome con su antigua bondad y darme su opinión, que me será de mucha utilidad en las delicadas circunstancias en que

ha largo tiempo me encuentro. La espero, y suplico á V. me responda lo más pronto que le sea posible.

[*Firmado*] QUENTIN.

Al General Miranda.

Post-Data.—Aprovechándome de los excelentes consejos que me da V. en su carta, leo buenos libros. Comencé por los que me ha regalado V., continué la lectura de sus comentarios de César en latín y actualmente leo á Plutarco, autor éste inimitable y que me encanta. Por la mañana trabajo en mi escritorio, el mediodía lo dedico á montar á caballo ó á ejercitarme en la música, y por la tarde leo. Sospecho, sin embargo, que la primavera traerá algún cambio en mi manera de vivir. Mi ayudante general solicita otro destino.

V

Certificado del General José Serván, ex-Ministro de Guerra, en favor de Miranda.—Notas del General Serván sobre el segundo volumen de las Memorias de Dumouriez.

—

Certificado del Ministro Serván.

Certifico que en la época en que estaba en el ministerio, después del 10 de agosto, y en momentos en que los enemigos penetraban en la Champaña, el General Miranda, á la sazón en París, y decidido á salir de Francia para continuar sus viajes, me fué presentado por los miembros más calificados de la Legislatura, y que instruído yo de sus conocimientos, de su extremado amor por la libertad y de sus servicios en la guerra de los Estados Unidos contra Inglaterra, le insté vivamente para que acudiese con su valor en socorro de Francia, que en aquellos momentos proclamaba tan hermosa causa. Fue-

se por esta solicitud, ó por la de sus amigos del Cuerpo Legislativo, se decidió á tomar el grado de Mariscal de Campo en los ejércitos franceses, con la expresa condición de que, puesta á logro la libertad é instaurada la paz, el gobierno le concedería un grado militar según el tenor de sus servicios, y al mismo tiempo con qué vivir decorosamente, en retribución, no sólo del sacrificio que hacía al combatir por la libertad francesa, sino de su fortuna adquirida y de la que se le aseguraba en otra parte.....condiciones que al punto le fueron otorgadas.

Certifico, además, que habiendo prestado inestimables servicios en la Champaña durante la guerra de los franceses contra los prusianos, y de acuerdo con los informes muy ventajosos del General en Jefe, el Consejo Ejecutivo, de que yo era miembro, se apresuró á hacer justicia al General Miranda elevándolo al grado de Teniente General.

París, á 3 de Nivoso, año III de la República Francesa.

[*Firmado*] José Serván.

Anotaciones que al segundo volumen de las Memorias del General Dumouriez, escritas por él mismo, hace el General Serván, ex-Ministro de la Guerra. [*]

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Plan de campaña.

[In 12, primer volumen, capítulo 15, p. 149, línea 12.]

In 8vo., página 6, línea 33.] [**]

Desde entonces los franceses.—Preguntad á los enemigos si después de Dumouriez los franceses han sabido hacer la guerra, si han seguido buenos planes, si han mostrado inteligencia, etc, etc.

[In 12, primer volumen, capítulo 15, página 154, línea 23.]

[In 8vo., página 7, línea 25.]

Que había ayudado á la toma de la ciudadela de Amberes.—¿Cómo pudo esta flotilla ayudar á expugnar dicha ciudadela, cuando no arribó á ella sino once días después

---

[*] París, en la imprenta de la Unión y casa de Louvet y otros.

[**] Las palabras Libro y Capítulo de que se hace uso en estos fragmentos indican los libros y capítulos de las Memorias de Dumouriez; también van indicadas la página y la línea para las dos ediciones de estas Memorias en 12 y en 8vo. Las palabras en bastardilla, al principio de cada párrafo, son las citadas de Dumouriez; lo que sigue es la nota de Serván.

que Miranda la hubo forzado á capitular? Antes de exponer semejante aserción Dumouriez hubiera debido recordar las cartas del 30 de noviembre. [Véase más abajo.]

[In 12, tomo primero, capítulo 15, página 155, línea 24.]

[In 8vo., página 8, línea 6.]

Pues no se había ni siquiera meditado, debía parecer impracticable.—Este proyecto era soberbio, ventajoso, único, etc. Démoslo por cierto; pero aun cuando fuera tan maravilloso ¿era oportuno el momento de tentarlo? El sitio de Maestricht, con tan malos auspicios emprendido, ¿no debía enseñar á los enemigos la coyuntura más á propósito para hacerlo levantar? Y nuestras tropas, entonces extendidas y abandonadas á las márgenes del Roer, las que se hallaban en Ruremunda y las que hacían la parada del sitio de Maestricht ¿podían resistir?..... Pero leed á Dumouriez en el último párrafo de la página 8 en 8vo., y página 156 en 12, primer volumen, y él os explicará por qué quería penetrar en Holanda: para venir á reinar en París en nombre de su amigo Luis XVI. Leed aún en 8vo., capítulo 2, página 12, tercer párrafo [esto falta en la edición en 12] y veréis al General convenir, siquiera esta vez, en una de sus faltas. ¡Cuántos males habría evitado entonces, si, servidor de la patria, se hubiera ocupado únicamente en salvarla de los enemigos exteriores, á pesar de los pérfidos designios que se fraguaban en el interior!

[In 12., primer volumen, capítulo 15, p. 159, línea 5.]

[In 8vo., p. 9, primer párrafo.]

Tal es el proyecto que no ha sido conocido sino de cuatro personas.—Fué en su viaje á París cuando concibió Dumouriez semejante proyecto; y Dantón, Lacroix y Westerman tres de las cuatro personas á quienes lo comunicó.

CAPÍTULO II

Formación del ejército

[In 12, primer volumen, capítulo 16, p. 162, línea 17.]

[In 8vo., p. 11, línea 26.]

Los franceses, á quienes debe siempre tratarse con alegría y confianza.—El General Miranda, cediendo á las instancias de los miembros del Consejo Ejecutivo, entró el 25 de agosto de 1792 al servicio de la República Francesa, y recibió, con el despacho de Mariscal de Campo, la orden de incorporarse al ejército que al mando de Dumouriez se encontraba en Grand-Pré, en la Champaña. Llegó allí el 11 de setiembre, y al día siguiente se le puso á la cabeza de un cuerpo para que practicase cierto reconocimiento del ejército prusiano, acampado en número muy superior á poca distancia del ejército francés..... tuvo la fortuna de batir en este encuentro á los enemigos con fuerzas muy inferiores, contribuyendo así á poner de resalte el valor de las tropas francesas.....En la retirada del ejército hacia Santa Menehulda, durante el 14 y el 15, reconcentró las tropas de su división que ha-

bían comenzado á desbordarse con la noticia de que iban á ser atacadas por la espalda.....mientras que al mismo tiempo las divisiones de Dumouriez, sobrecogidas de un terror pánico, huían en el mayor desorden, abandonando bagajes, artillería, etc.

Permaneció, en fin, á la cabeza del ejército durante su estadía en la posición de Santa Menehulda, y resistiendo allí los repetidos ataques de los prusianos hasta el momento preciso de su retirada. Instruído entonces el Consejo Ejecutivo por Dumouriez y por los elogios que tributaba él mismo al General Miranda, de los servicios que en la campaña había prestado éste á la República, y además del ascendiente que tenía en las tropas, nombróle teniente general de los ejércitos franceses.

La correspondencia del General Dumouriez con el General Miranda, impresa al fin del volumen, demuestra cuán diferente era su opinión respecto á este oficial, cuyo carácter y conocimientos tuvo ocasión de conocer y apreciar durante el curso de dos campañas; cuán diferente era de la que presume hacernos creer en sus Memorias respecto del carácter del propio Miranda y de sus conocimientos en la parte *práctica* de la profesión militar. Bastará leer dicha correspondencia [por esto mismo preciosa para la historia], para apreciar cuánta estimación le manifestó Dumouriez *hasta el* 12 *de marzo de* 1793, *estimación y miramientos que le inspiraban su talento, su filosofía y su ardiente amor por la la libertad, y cuántas pruebas reiteradas no le dió de ilimitada confianza.* Se verá allí y con qué tiernas expresiones, en cuánto tenía entonces Dumouriez á Miranda: lo llamaba constantemente *su consejero, su ilustre segundo, la cabeza filo-*

sófica y militar por excelencia entre sus cofrades, etc; no encontraba *nada mejor que lo que él hacía ó escribía.* Estos sentimientos de estimación y de confianza brillan particularmente en sus cartas á Miranda de 3, 4, 7 y 9 de marzo de 1793; y es de advertir que sus sentimientos posteriores contrastan singularmente con los profesados entonces, no sólo respecto á Miranda sino también á otros. Según el informe oficial de los comisarios de Bélgica á la Convención Nacional, Dumouriez les había declarado *que Miranda era el más apto para reemplazarlo en el mando en Jefe;* y cuando la Junta de Defensa General designaba á Miranda para reemplazar á Monge en el Ministerio de Marina, Dumouriez protestó, declarando *que si le quitaban á este oficial no podría de modo alguno encargarse de las operaciones militares.* Pero desde que Miranda se negó á someterse á las combinaciones pérfidas de Dumouriez, cuyo propósito era entregar el país y los ejércitos de la República á los enemigos de ésta, lo abandonó para unirse á *Valence*, á *Igualdad* y á sus cooperadores, arrojando todo el disfavor y el descrédito posible sobre Miranda: nada más natural, pues éste del amigo más íntimo habíase tornado en el crítico más sincero de sus proyectos liberticidas.

No puede revocarse á duda la autenticidad de las piezas que componen la correspondencia; pues constan *originales en el proceso del General Miranda; pueden ser documentos interesantes para la historia* y para demostrar la falsedad y la perfidia de Dumouriez en todos los amaños militares y políticos.

Estas razones me han obligado á insertarlas íntegras

al fin de este volumen, persuadido de que hago así un servicio interesante al público.

[Esto falta en la edición en 12.]

[In 8vo., p. 11, línea 33.]

Miranda estaba celoso de que Valence. — Leed las cartas de Miranda á Valence de fecha 2 y 3 de marzo de 1793, y os convenceréis cuánto distaba Miranda de abrigar los menores celos contra Valence. Estas cartas prueban el acuerdo con que obraban ambos generales y los consejos y socorros que Miranda se apresuró á dar á Valence en ocasión en que éste último había perdido completamente el juicio. Nunca dejó de participarle todas las operaciones que proyectaba. Esta prueba se evidencia más y se aquilata, si se considera el poco uso hecho por Miranda de los medios que Dumouriez mismo le suministraba en su carta del 7 de marzo de 1893, en la que se expresa sobre Valence de la manera siguiente: *escríbame sencillamente cómo se conduce el General en Jefe;* [en español: *cuidado con este hombre*—en francés: *guardaos de este hombre*]; *si os estorba por sus irresoluciones, un correo bastaría para arreglarlo todo.* Si efectivamente hubiera tenido celos Miranda de Valence, ¿habría desperdiciado semejante coyuntura? Por otra parte, esta correspondencia no es menos punzante en el juicio emitido por Dumouriez sobre Valence en aquella época, y los sentimientos de que se halla animado hoy respecto de él; juicio confirmado por Gossuín, diputado á la Convención Nacional, cuando de-

pone ante el Tribunal Revolucionario contra Miranda. Este diputado observó que en la retirada de los ejércitos franceses de Lieja, *Valence perdió completamente el juicio, y que Thouvenot era un hipócrita, etc;* pero á nadie le será difícil reconocer la diferencia que existe entre estas dos épocas y adivinar la causa.

[In 12, 1er. volumen, capítulo 16; faltan aquí casi 3 páginas.]

[In 8vo., p. 11, línea 89.]

No habían aún estallado estas pasiones fogosas, ni él las había desarrollado [*para desgracia de Francia*] *sino en la batalla de Nerwinde.*—Dumouriez llama aquí *desgracia de Francia* el no haber podido emanciparse de la Convención, para imponerle la ley, para vengar á Luis XVI y restablecer la realeza, lo cual era el objeto de la batalla de Nerwinde, según su espontáneo parecer [in 8vo, p. 54—in 12, segundo volumen, cap. 2, p. 34]. Aun cuando la supuesta rivalidad de Miranda para con Valence y los odios contra Dumouriez hubiesen existido [*lo que está contradicho por toda la correspondencia citada*], resultaría que el General Miranda, por efecto de *sus pasiones fogosas*, habría impedido siquiera inocentemente la supremacía de Dumouriez sobre la Convención Nacional y el restablecimiento de la realeza tan reciente y expresamente abolida por el pueblo; antes bien, esto sería *haber hecho un gran servicio á Francia.*

Pero se preguntará cómo valen para *la felicidad de Francia* los propósitos de Dumouriez, quien de simple ciudadano, oficial del ejército, que había jurado fideli-

dad á la nación, echa por tierra sus promesas, se sobrepone á las leyes y pretende que todos los individuos del ejército se tornen de soldados en esclavos de un perjuro, de un rebelde á la Representación nacional, suprema autoridad del pueblo francés! Tan absurdos son semejantes raciocinios, cuanto falsos y calumniosos los hechos, completamente desvirtuados así por la correspondencia oficial de Dumouriez, como por todas las pruebas que militan en el proceso de Miranda.

[Esto falta en la edición en 12.]

[In 8vo., p. 12, línea 4.]

Por lo de Maestricht.—Dumouriez no había dado orden de poner sitio á Maestricht, sino solamente de bombardear la plaza. Véase su correspondencia. Véase también p. 12, línea 32.

[In 12, primer volumen, capítulo 16, p. 163, línea 30.]

[In 8vo., p. 16., primera línea.]

Que no se avenían bien.—Nada puede confundir tanto la falsedad de este aserto, como la lectura de la correspondencia.

[In 12, primer volumen, capítulo 16, p. 165, línea 25.]

[In 8vo., p. 16, última línea.]

Rosière.—Fué el oficial á quien Dumouriez confió

el mando de los treinta y seis batallones con los cuales cubrió Miranda la retirada de Bélgica cuando fué sorprendido en Ath; y sin embargo, según Dumouriez, este oficial era *muy ignorante, asaz maligno, sin mérito, ni talento, etc.*

[In 12, primer volumen, capítulo 16, p. 166, línea 7.]

[In 8vo., p. 17, línea 8.]

Le recomendó visitase sus cuarteles de invierno.—El desastre del Roer no se habría consumado si Valence hubiera visitado los cuarteles é indicado el punto de reunión, como lo había querido Miranda en su instrucción al General Lanoue [véase en seguida la correspondencia, número 30]; y Maestricht, falto de socorros, se hubiera rendido en el lapso de ocho días.

[In 12, primer volumen, capítulo 16, p. 167, línea 14.]

[In 8vo., p. 17, línea 35.]

Hacía justicia al General Dumouriez.—La predilección que mostraba éste por la nación belga y particularmente por la ciudad de Amberes, fué tan fraternal, conmovedora y justa, que bien puede ufanarse de ello: para convencerse de lo cual no hay sino leer su carta del 10 de enero á Miranda.

CAPITULO III.

[In 12, primer volumen, capítulo 17, p. 197, línea 22.]

[In 8vo., p. 34, línea 2.]

Conociendo el Príncipe de Coburgo los desórdenes y

la desunión de los jefes.—Si el General Dumouriez hubiera leído con atención la carta que el 14 de febrero escribió Miranda á Beurnonville, y de que le envió copia, se habría convencido de que aquél tenía previstas todas las desgracias que muy luego ocurrieron en el Roer y evitádose así el trabajo de inventar la sú puesta desunión de los jefes para cohonestar su causa.

El General Miranda al General Beurnonville.

Lieja, á 14 de Febrero de 1793.

. . . . . .

Satisfecho como estoy de que al comenzar el sitio ó bombardeo de Maestricht, *el ejército austriaco, que se halla á nuestro frente sobre el Roer y que me dicen es fuerte de cuarenta mil hombres, tentará un ataque sobre el nuestro, que está detrás de este río y cubre el sitio de Maestricht, para hacerlo levantar y salvar la plaza. Lejos estamos de poder sostenernos con seguridad en la extensión que ocupamos en este momento y ejecutar las operaciones que vamos á emprender.* Supongo que el General en Jefe Dumouriez habrá instruído á V. particularmente de todo. He recibido sus órdenes y todo el ejército se mueve para ejecutarlas con confianza y buena voluntad. La empresa *me parece asombrosa y muy aventurada;* así, espero, que si el resultado no corresponde á nuestros deseos y esperanzas preconcebidas, á lo menos se tendrá por nosotros la indulgencia que celo ardiente por la gloria de la patria inspira á una nación libre, que ve á sus hijos correr con tanto ardimiento al sacrificio.

Firmado: MIRANDA.

[In 12, primer volumen, capítulo 17, p. 198, línea 5.]

[In 8vo., p. 34, línea 11.]

Miranda podía aún continuar el bombardeo, etc.—Desearíamos saber cómo Miranda hubiera podido, con 12.000 hombres, continuar el bombardeo de Maestricht, y detener al Príncipe de Coburgo que mandaba más de 40.000 soldados y á los que podía añadir la guarnición de Maestricht para atacarle por la espalda, mientras que el ejército francés de observación, fuerte de más 30.000 hombres á las órdenes de Valence había sido rechazado por los austriacos.

[In 12, primer volumen, cap. 18, p. 198, línea 12.]

[In 8vo., p. 34, línea 16.]

Dumouriez, á la primera noticia que recibió de este desastre.—Bastaría al lector leer la carta del General Dumouriez al General Miranda, del 3 de marzo, para convencerse de la falsedad de este aserto.

[In 12, primer volumen, cap. 17, p. 198, línea 18.]

[In 8vo., p. 34, línea 20.]

Una carga vigorosa de caballería en la llanura de Tongres.—Es absurdo, por no decir impudente, asentar una cosa tan fácil de desmentir con piezas auténticas. Pasad una ojeada á la carta de Miranda á Dumouriez, del 6 de mayo, y veréis cuán falso es este aserto. Fué el General Ylher quien condujo esta tropa y rechazó un

ligero ataque intentado á su retaguardia por los enemigos, y no Valence, como lo dice Dumouriez.

[In 12, primer volumen, cap. 17, p. 198, línea 23.]

[In 8vo., p. 34, línea 23.]

Miranda perdió el juicio.—Consta por las declaraciones del General Lanoue y las de los comisarios de la Convención, que se encontraban en Lieja el 3 de marzo, declaraciones rendidas ante el Tribunal Revolucionario en el proceso de Miranda, que Valence opinó en el consejo de guerra celebrado respecto de la evacuación de Lieja, por abandonar dicha ciudad sin pérdida de tiempo, á lo cual se opuso Miranda decididamente....Gossuin decía sobre el particular ni más ni menos, que *Valence había perdido el juicio etc.*.....La carta de Dumouriez á Miranda, del 7 de marzo, y la del 3 de marzo á Valence mismo, prueban cuán convencido estaba Dumouriez de esta verdad, de manera que se ve uno tentado á creer que era de Valence de quien quería hablar cuando dice que *Miranda había perdido el juicio.*

[In 12, primer volumen, cap. 17, p. 199, línea 26.]

[In 8vo., p. 35, línea 6.]

Miranda, quien hasta corrió riesgos, etc.—La carta del General Miranda escrita el 8 de marzo al Ministro de la Guerra y leída en la Convención Nacional, prueba que aquél, muy lejos de correr tales riesgos, castigaba á los culpables y mantenía el ejército en subordinación.

[In 12, primer volumen, cap. 18, p. 200, línea 24.]

[In 8vo., p. 35, línea 25.]

Lo que podían y debían hacer.—¿Por qué Valence, General en Jefe del ejército de observación, no hizo esta reconcentración á tiempo? El General Miranda estaba tan íntimamente convencido de que los imperialistas se reconcentrarían sobre el Ersse, que bastaría leer su carta de 14 de febrero para confundir al General Dumouriez y convencerlo de la atrocidad de su impostura: léase también la carta del 16 de febrero al General Lanoue, encargado del mando de las tropas, mientras llegaba á su puesto el General Valence.

[In 12, primer volumen, cap. 18, p. 201, línea última.]

[In 8vo., p. 36, línea 9.]

Que regrese allí el General Miranda.—El General Dumouriez cambió de resolución tan luego como se dió cuenta de lo poco inclinado que se hallaba Miranda á prestarse á sus pérfidos ardides.

CAPÍTULO IV.

Llegada del General á Amberes.

[In 12, segundo volumen, cap. primero, p. 6, línea 8.]

[In 8vo., p. 38, línea 24.]

A la Convención, que había aplaudido aquella firmeza romana.—Tal hecho no parece verosímil según los debates conocidos en el proceso del General Miranda, donde fué tan minuciosamente discutido.

[In 12, segundo volumen, cap. primero, p. 11, línea 29.]

[In 8vo., p. 41, línea 30.]

Llevaban á Francia todo el parque de artillería.— Tan imprudente conducta de la artillería fué castigada por el mismo Dumouriez; hizo que regresase á Douay el General Anghest....Véase la carta del 9 de marzo escrita por Dumouriez á Miranda.

CAPÍTULO V.

Estado del ejército, etc.

[In 12, segundo volumen, cap. 11, p. 26, línea 4.]

[In 8vo., p. 49, línea 21.]

Y tomó sin demora una disposición más caracterizada.— La resolución tomada por Dumouriez de abandar la posición ocupada por el ejército detrás de Lovaina [quizás porque era de la preferencia de Miranda] es la causa principal de todos los desastres acaecidos después á los ejércitos franceses..... Para convencerse de esta verdad basta leer la carta escrita á este respecto á Federico I rey de Prusia, por el Mariscal de Sajonia, que comandaba los ejércitos franceses en el mismo país. La relación de esta carta es tan interesante y tan aplicable al caso presente, que nos importa trascribirla, porque probará al mismo tiempo la perspicacia de Miranda al tomar esta posición y al procurar conservarla.

" No me atrevía á dejar la hoya de Bruselas para " dirigirme á Maestricht, porque una vez que los enemi-

" gos hubieran pasado el Dyle y se hubieran colocado
" detrás de este río, yo no hubiera podido desalojarlos;
" Lovaina y Malinas les hubieran pertenecido; hubieran
" podido reconquistar la Flandes holandesa; nos hubié-
" ramos visto obligados á desamparar á Maestricht y á
" marchar precipitadamente y presentando el flanco por
" Mons y Ath, á ponernos detrás de Bruselas para sos-
" tenerla. Falta saber aún si habríamos llegado á tiem-
" po, pues Bruselas importaba poco: por otra parte, nos
" habríamos visto obligados á abandonar un extenso país,
" etc." [*Historia del Conde de Sajonia, por el señor barón d'Espagnac; París*, 1775, *segundo volumen*, *página* 271.]

[In 12, segundo volumen, capítulo 2, p. 32, línea 21.]

[In 8vo., página 53, línea 4.]

Para comenzar la campaña.—O el General Dumouriez traicionaba cuando daba esta batalla, ó se hacía reo de falta imperdonable. Para aquilatar esta verdad vamos á presentar á qué motivos debe atender un general para no librar batalla [*son tomados del gran maestro del arte de la guerra*, Montecuculli], y á demostrar que ninguno autorizaba para ello al General Dumouriez.

1º *Cuando resulta que hay más daño en perderla, que provecho en ganarla.*—Con la pérdida de la batalla, arriesgaba Dumouriez la posición de Bélgica; ganándola, no podía ir más allá de Maestricht.

2º *Cuando se es inferior al enemigo.*—Los franceses no tenían sino 32.000 hombres: 52.000 los enemigos.

3º *Cuando se esperan socorros.*—Se esperaban soco-

rros que empezaron á llegar en la noche misma de la acción.

4º *Cuando el enemigo se halla apostado ventajosamente.*—La posición del enemigo era sobrado ventajosa en las alturas donde estaba bien atrincherado.....La nuestra era la que ocupaba el Príncipe de Orange cuando fué batido por el Mariscal de Luxemburgo, pero sin los reparos que dicho Príncipe supo procurarse antes de aceptar la batalla, y á pesar de los cuales fué completamente derrotado.

CAPÍTULO VI.

Batalla de Nerwinde.

[In 12, segundo volumen, capítulo 3, página 52, línea 14.]

[In 8vo., página 63, línea 16.]

Que estaban en batalla delante de Nerwinde.—Si pudiéramos prestar fe á los pormenores de esta acción, de los que Dumouriez pretende servirse para excusar sus errores capitales, nos sería fácil, por sus propias contradicciones, convencerlo de ineptitud ó de falsía..... Pero habiendo tenido ocasión de oir, en el proceso del General Miranda, las declaraciones de *más de treinta oficiales*, desde el *General Lanoue hasta los propios ayudantes de campo de Dumouriez, de Vaux y Thuring* y su secretario Quentín, empleados del ejército en estas diferentes épocas, y cuando el mapa y las órdenes escritas por mano del General Dumouriez han confirmado todos los pormenores que sobre tan ingrato asunto expone el General Miranda en el discurso que debía pronunciar ante

la Convención Nacional el 29 de marzo de 1793.....Nos decidimos á trascribir fragmentos de este discurso á fin de facilitar la comparación entre la verdad y la mentira, y para hacer conocer mejor la perfidia del General Dumouriez, tanto más cuanto que este informe se encuentra perfectamonte de acuerdo con las órdenes escritas de Dumouriez y el relato acerca de la batalla por el Príncipe de Coburgo.

"También es esencial que diga á la Convención Na-
" cional que desde la llegada del General Dumouriez á
" Lovaina me dí cuenta de que traía de Holanda cierta
" nueva doctrina que no me parecía conforme con la
" igualdad y con el republicanismo, y que su ánimo
" estaba agriado y exasperado contra la Convención Na-
" cional. Creí, por el pronto, que fuese efecto del fra-
" caso de planes indigestos que yo le había corregido
" en parte ó combatido; así, lo dejé entregado á sí
" propio. Al siguiente día vino á verme muy tempra-
" no; me comunicó una carta que había escrito á la
" Convención Nacional y me dijo que no le extrañaría
" que se presentara un decreto de acusación contra él.
" Lo tranquilizé; y montando en seguida á caballo
" fuimos á pasar revista al ejército. Con las palabras
" que dirigió á los soldados me pareció que procuraba
" atraérselos; mostrábales una gaceta de las sesiones
" de la Sociedad de los Jacobinos, y les preguntaba
" qué pensaban de la proscripción presentada contra él.
" Le hice reflexiones á este respecto y le manifesté que
" aquellos procederes no me parecían plausibles; que al
" ejército de la República nunca se le debía hablar de

" querellas individuales ni permitírsele inmiscuirse " en ellas. Me pareció que se amoldaba á mi dictamen, " aunque luego le ví muy reservado siempre que tra- " taba en mi presencia sobre el particular.

" Recibí á la sazón orden para arrestar á los Ge- " nerales Lanoue y Stingel, igual á la que había reci- " bido el General Valence; y *aprovechó esta ocasión para* " *preguntarme qué haría yo si me ordenasen que lo arres-* " *tara á él mismo*; á lo cual le respondí que como ser- " vidor leal estaba obligado á obedecer; más que por " otra parte no me vendría á mí tal orden, visto que " el General Valence era el más antiguo.—Será preci- " samente dirigida á V., me dijo, pero el ejército no " la obedecerá. Así sólo tendrá V. que instruir un proce- " so verbal y devolverla. Hallándonos á la mesa algún " tiempo después, díjome que al fin sería preciso venir á " París para establecer la libertad. Le pregunté: ¿ de " qué manera?—Con el ejército.—¿ Y para hacer qué?— " Para restablecer la libertad.—Creo peor el remedio que " el mal, le respondí, y ciertamente, lo impediré por " cuantos modos sea posible.—De manera que combati- " rá V. contra mí?—Como y cuando V. combata contra " la libertad.—Muy bien, será V. Labieno.—Labieno ó Ca- " tón, me encontrará V. siempre servidor de la Repúbli- " ca. Terminada en este punto la conversación, aparen- " tó llevarlo todo á chanza, ya que estaba convencido " de que yo cumpliría mi deber.

" Al siguiente día vi cuánto había descendido yo en " su amistad y confianza y cómo quería estrecharlas con los " Generales Valence é Igualdad, con quienes consultaba ya,

" sin yo saberlo, los asuntos militares. Sospeché desde luego que no sería sino de resultas del amor propio despechado, porque yo no me había doblegado á sus designios. El 15 recibimos la noticia de que los enemigos estaban á la vista y que habían atacado y rechazado las tropas de nuestra vanguardia que ocupaban á Tirlemont. Nos movimos con todo el ejército en dirección á esta ciudad y al siguiente día, á las nueve de la mañana, atacamos las tropas enemigas que estaban en Tirlemont; la ocupamos á viva fuerza; y los enemigos se replegaron sobre sus puestos avanzados, entre los dos Gheetes, delante de Nerwinde.

"Ya el General en Jefe no consultaba conmigo las operaciones militares, sino con los Generales Valence, Thowenot é Igualdad, quienes constituían su consejo privado. El 17 tomó el ejército posiciones entre los dos Gheetes; la división de izquierda detrás de las alturas Wommersom, menos los veinte batallones que á las órdenes del General Champmorín tuvieron el día siguiente que pasar el gran Gheete. El 18, al clarear el día, las tropas que estaban á mis órdenes tomaron la aldea de Ortsmael, así como la de Heelen, con sus puentes que ocupaba los enemigos. A las diez y media recibí orden del General Dumouriez para conferenciar con él en la derecha, adonde no pude llegar sino cerca de las once. Encontré al General con el Mariscal de Campo Thowenot; y en vez de conferenciar conmigo me dió orden escrita y sellada relativa á lo que debía hacer; me dijo que íbamos á dar la batalla, lo que me preocu-

" pó mucho, porque él no había ordenado ningún re-
" conocimiento por la izquierda; porque teníamos un
" río por delante sin modo alguno de pasarlo, y por-
" que los enemigos estaban apostados muy ventajosa-
" mente sobre las alturas de Halle y de Willeré. Li-
" mitéme á preguntarle si conocía más ó menos la fuerza
" de los enemigos; me respondió que creía ser de 52.000
" hombres.—¿Y cuál la nuestra?—De 35.000.—¿Cree V. pro-
" bable que podamos lograr desalojar los enemigos de se-
" mejante posición?..... Comprendí que no era oportu-
" na la ocasión para tales reflexiones, sino que estaba
" ya resuelto á todo. Volví entonces á mi puesto y
" con mi orden en la mano instruí de sus deberes á
" los comandantes de las columnas y de que debían
" ejecutar puntualmente las órdenes del General en
" Jefe. No fué sino á las dos cuando las columnas se
" pusieron en movimiento y á las tres comenzó el ataque
" de la izquierda. Cuatro columnas pasaron por el
" puente de Ortsmael y por la calzada; otra por el
" pequeño puente de madera de Heelen; y otra por el
" puente de Leau. La posición del enemigo era tan
" ventajosa por el terreno, por el número y por la for-
" midable artillería que lo cubría, que nuestra infan-
" tería antes de poder alcanzar sus filas, se vió obliga-
" da á rechazar la caballería y las tropas ligeras que
" ocupaban las aldeas y á soportar el fuego de baterías
" cruzadas, antes de poder subir á las alturas donde esta-
" ba apostada la infantería enemiga en dos líneas. Toma-
" mos la aldea y rechazamos la caballería; pero el fuego
" de artillería causó tal estrago en nuestras columnas

" que á causa de la fragosidad del terreno no habían podi-
" desplegarse, que nuestra infantería, después de los ma-
" yores esfuerzos y de sufrir considerable pérdida, no
" pudo desalojar la del enemigo que estaba sobre las
" alturas cubierta con toda su artillería, mientras que
" la nuestra desmontada y perdiendo sus caballos en
" la difícil salida de los caminos donde estaba atasca-
" da ó encajonada, no pudo ser puesta ventajosamen-
" te en batería. Nuestra infantería se vió, pues, obliga-
" da á replegarse, después de tres horas y media de
" combate, detrás del pequeño Gheete, tratando de to-
" mar la posición que había ocupado antes del ataque.
" En esta retirada hubo algún desorden, á causa de la
" pérdida considerable que los cuerpos acababan de ex-
" perimentar en el choque.

" Aprovecho esta ocasión para vindicar el honor de
" nuestros bizarros conmilitones, tanto de los que murie-
" ron gloriosamente en la jornada, como de los que les
" han sobrevivido: honor que ni la patria, ni estas ilus-
" tres víctimas pueden perder, porque pluguiera á un
" *general insensato* hacer caer sobre ellos la vergüenza
" en que sólo él ha incurrido, librando una batalla con-
" tra todas las reglas y los principios del arte. No pre-
" tendo yo justificar la conducta vergonzosa que tres ó
" cuatro cuerpos mandados por imperitos oficiales obser-
" varon aquel día, abandonando cobardemente sus pues-
" tos; pero la conducta culpable de ese muy pequeño
" número no puede empañar la de toda una división
" que bajo el fuego más mortífero ha dado durante tres
" horas gran ejemplo de valor y dejado en el campo de

" batalla dos mil víctimas de virtud republicana [*]. " Estoy persuadido de que los enemigos mismos no le " esquilmarán esta justicia. El testimonio de 15.000 hom- " bres, actores en esta terrible función de armas, será " ciertamente más valedero que el de un general, que " no se halló en la contienda, y que se aventuró " en su proclama del 21 con impudencia y cobar- " día á enrrostrar á las tropas las faltas de las con- " secuencias desastrosas que sólo eran debidas á su " impericia ó á su malevolencia. Me cumple declarar " ante mis contemporáneos y á la posteridad, que á " dichas tropas, que veían un río á sus espaldas, río " que no podían pasar sino por tres puentes muy aleja- " dos; que estaban privadas además de casi toda su arti- " llería, cuyos caballos habían perdido en gran parte; y que " estaban obligadas en fin á luchar con todas las desventa- " jas del número, de la artillería y sobre todo, del " terreno: no se las debe impugnar por la confusión " que acaeció en la retirada, como tampoco lo hace la " historia respecto de las mejores legiones de César en " Gergovia y de las de Federico en Kunelsdorf en pari- " dad de circunstancias, y sin que estos dos maestros " en el arte de la guerra hayan fincado en semejante " circunstancia la pérdida de la batalla, sino que la atri- " buyeron á ocasiones del momento; mientras que el " General Dumouriez, que se había procurado gratuita- " mente y á pesar de mis consejos más formales todas

[*] Un oficial general de artillería y treinta y seis oficiales más muertos, entre los cuales se cuentan dos ayudantes de campo del General Miranda.

" las desventajas de la acción, toma á empeño disimu-
" lar las faltas de que sólo él es responsable y hace
" recaer todas las consecuencias sobre los bizarros solda-
" dos que cumplieron con su deber.

" Empero con el fin de impedir la confusión con
" que se retiraba la infantería, aposté sobre las alturas
" de Wommersom cinco batallones que llegaban de Lo-
" vaina y mandé hacer alto á las tropas detrás de Tir-
" lemont, para incorporarlas más fácilmente, y las traje
" de nuevo á sus acantonamientos á media noche, por
" orden del General en Jefe, persuadido de que quería
" trabar de nuevo la batalla al amanecer, lo que me
" pareció muy falto de meditación.

" Al siguiente día cumplí también puntualmente
" sus instrucciones y á las cuatro de la mañana todas
" las tropas ocuparon las alturas de Wommersom. A
" las nueve el enemigo las atacó impetuosamente, y los
" nuestros, después de disputar con bizarría el terreno
" durante siete horas, se replegaron á las cinco de la
" tarde de Tirlemont. El General Dumouriez me tras-
" mitió órdenes para que pasasen á través de la ciudad
" la noche y para hacerles tomar la posición de Cumptich,
" detrás de Tirlemont. Los enemigos comenzaron á
" atacarnos en los días subsecuentes, y nos retiramos
" á Bautersem, una legua más á retaguardia. Al si-
" guiente día se continuó la retirada por detrás de
" Lovaina, buscando la posición que ocupé anterior-
" mente. Con el propósito de cubrir la retirada aposté
" en Pellemberg una parte de la división izquierda,
" que fué atacada el 22 furiosamente por el enemigo,

" con fuerzas superiores, lo que no obstó para que re-
" sistiera todo el día y lo rechazara reiteradas veces, cau-
" sándole grandes pérdidas y efectuando la retirada du-
" rante la noche, no sin haber dado tiempo al ejérci-
" to para que llevara á cabo la suya. No ha mencio-
" nado el General Dumouriez esta acción, una de las
" más serias y honrosas que haya dado el ejército;
" y no porque no tuviese noticia de ella, puesto que
" es notorio que los enemigos le han hecho saber des-
" pués de dada que habían experimentado en ella gran-
" des pérdidas; y quizás se deba tan sólo su silencio
" á la circunstancia de que ni él ni el General Valen-
" ce estaban presentes en aquel campo."

CAPÍTULO VII.

Retirada del 19, etc.

[In 12, segundo volumen, capítulo 4, página 53, línea 22.]

[In 8vo., página 64, línea 2.]

Tanta sorpresa les causaron las grandes ventajas alcanzadas por la derecha y el centro de los franceses.—Como el General Dumouriez se olvida indicar en qué consistían dichas ventajas, nos es permitido ignorarlas.

[In 12, segundo volumen, capítulo 4, p. 56, línea 11.]

[In 8vo., página 56, línea 17.]

Para conducir sus columnas.—Si tomáramos á empeño corregir todas las contradicciones, errores y fanfarronadas que sin tregua lo hastían á uno en esos fasti-

diosos pormenores de la valentía y del *prestigio personal de Dumouriez*, escribiríamos una obra tan repugnante para el lector, como para nosotros fastidiosa. Nos limitaremos pues á hacer notar que, por las tres órdenes dadas inmediatamente después de la batalla á los Generales *Ylher*, *Miaczinski*, *Ruault* y *Champmorín;* por la contestación de los dos últimos; y en fin, por la orden dada por Dumouriez mismo, al siguiente día de la batalla de Nerwinde: consta que las tropas del ala izquierda ocuparon durante la noche de la batalla las posiciones en que se hallaban antes de haberse librado ésta, de lo cual es fácil convencerse con sólo comparar dichas órdenes con la del General Dumouriez al General Miranda, el 17 de marzo [*Véase la correspondencia*]; y si Miranda no hubiera tenido la confianza del soldado, como dice Dumouriez, ¿por qué éste encargó directamente al General Miranda [*como puede verse en la orden del* 21 *de marzo*] de la parte más esencial de la retirada á Ath, donde se dió por terminada, y donde comenzó á descubrirse la urdimbre del infame ardid de Dumouriez?

CAPÍTULO VIII.

Retirada del 20 y 21, etc.

[In 12, segundo volumen, capítulo 5, página 65, línea 4.]

[In 8vo., página 70, línea 14.]

Tal es la brillante jornada del 22, *de Lovaina.*—Champmorín no hizo, el 22, sino cumplir las órdenes del General Miranda, quien mandó en persona *esta brillante acción.* Dumouriez, menos acostumbrado á mentir, habría podi-

do y debido dar la justicia á quien era debida; pero Miranda no era ya *su ilustre segundo, su cabeza filosófica y militar por excelencia, etc.* [correspondencia]. Hagamos notar que para esta época Miranda creyó sus sospechas suficientemente fundadas para escribir á un miembro de la Junta de Defensa General, que informara al Gobierno de la conducta extraña de Dumouriez [*véase la carta de Miranda*]. No es menos notable también que la entrevista del Coronel Mack y del General Dumouriez *data del mismo día.* ¿Tendría ésta realmente por objeto hablar sobre prisioneros de guerra? ¿No había ningún otro proyecto de parte del General Dumouriez en esta entrevista con el Coronel Mack? Ello debe parecer sospechoso y los acontecimientos subsecuentes lo prueban de una manera evidente. Por lo demás, nada tendría esto de particular; Dumouriez no disimula su ambición, ni sus miras; todos los medios le parecen buenos para llegar á sus fines: un rey y la *bella* constitución de 1789.

CAPÍTULO IX.

Retirada sobre Bruselas, etc.

[In 12, segundo volumen, capítulo 6, pág. 78, línea 23.]

[In 8vo., página 77, línea 40.]

Recibió orden de la Convención.—El arresto del General Miranda no se efectuó por orden de la *Convención Nacional*, sino por la de *Lacroix* y otros diputados á quienes Dumouriez la *arrancó* por fuerza.

El documento inserto á continuación probará si el General Miranda fué preso por orden de la Convención

Nacional, como lo afirma falsamente Dumouriez, ó bien por las órdenes de los diputados de la Convención enviados en comisión al Ejército del Norte; las cuales fueron expedidas á causa de los falsos informes y por instigación del mismo Dumouriez: *hecho confesado* por dichos diputados ante el Tribunal Revolucionario, cuando rindieron declaración contra Miranda. No puede uno menos que observar que la tal orden, expedida el 21 de marzo, no se hizo efectiva por Dumouriez sino el 25, en el momento en que terminó la retirada de Miranda; de modo que Dumouriez quería con ahinco deshacerse de este oficial, pero no sin antes aprovecharse de los servicios de que le creía capaz y cargarlo de cadenas en el momento en que él, Dumouriez, comenzaba á urdir los planes para consumar su abominable traición á la patria, conociendo demasiado bien á Miranda para esperar corromperlo y hacerlo contribuir á aplaudir su infame conducta; por otra parte el hecho prueba además cuán poco importa á Dumouriez aseverar con impudencia, en sus Memorias, las más absurdas mentiras y las más negras falsedades [*].

En nombre de la República Francesa.

Nosotros, miembros de la Convención Nacional, Comisarios delegados por ella al ejército de los países de Bélgica y de Lieja, etc.;

]*] En el momento en que Miranda fué preso y partió para París, Dumouriez hacía circular en el ejército, por Thowenot y otros, que el General Miranda debía ser asesinado tres días después.

Considerando las quejas que nos han dado contra el General Miranda, con respecto á su conducta en el sitio de Maestricht y en la jornada del 19 del presente mes; y considerando, por una parte, que los hechos imputados á este general no parecen ser menos graves que los que han motivado el decreto por el cual la Convención Nacional manda comparecer ante ella á los Generales Lanoue y Stingel, y, por otra parte, que peligraría el buen éxito de las armas de la República, si un general inculpado conservase el mando de las tropas, en tanto que no se justificase:

Resolvemos, vista la urgencia del caso, que el General Miranda se presente, sin demora alguna, ante la Convención Nacional para dar cuenta de su conducta, y encargamos al General Dumouriez que lo haga reemplazar provisionalmente.

Dado en Bruselas, á 21 de marzo de 1793,

año II de la República.

[Firmado]. Gossuín, Dantón, Treilhard,

Merlín de Douai, Delacroix y Robert.

Es copia exacta,

El General en Jefe, Dumouriez.

Entregado á las 9 de la noche al General Miranda en su cuartel general de Bouvignies, el 25 de marzo de 1793, año 2° de la República Francesa.

El Ayudante, Bourdois. [L. S.]

[In 12, segundo volumen, capítulo 6, página 79, l. 7.]

[In 8vo., página 78, línea 7.]

Acusando al General Dumouriez.—No acusando á Dumouriez, según éste lo pretende, fué como Miranda quedó bien. Justificóse, eso sí, mostrando á las comisiones de la Convención Nacional y al Tribunal Revolucionario las órdenes escritas dadas por el General Dumouriez, y que debía cumplir como que provenían del Comandante en Jefe de operaciones militares en Bélgica, único responsable de lo que de ello se acarreara; órdenes, por lo demás, que nada tenían que hacer con la guerra y que no contenían nada que indujera á sospechar traiciones..... No fué tampoco, como pérfidamente lo pretende Dumouriez, por su amistad con Petión y la Gironda por lo que Miranda compareció ante el Tribunal Revolucionario, *sino como cómplice de Dumouriez:* tuvo la desgracia de haber sido amigo suyo, en época en que lo creyó hombre honrado y buen republicano.....Dumouriez, á la infamia de traicionar su patria añadió el crimen de acusar á un inocente ante los comisarios nacionales, diciéndoles que Miranda *había atacado á Nerwinde contra sus órdenes*....Citaremos á este respecto las propias palabras de *Lacroix*, diputado á la Convención Nacional en su declaración contra Miranda....

Miranda [decía Dumouriez] *debía permanecer firme en el ala izquierda en Nerwinde, sin que su línea adelantase ni retrocediese, siendo así el punto de apoyo del ejército.* [Véase la orden del 18 de marzo.]

Orden del 18 *de marzo.*

El General Miranda con sus tropas y con las del General Champmorín *atacará por la izquierda* entre Ortsmael y la capilla de Betania. Pasará el río por sus respectivos puentes y *atacará con otras tantas columnas vigorosamente al enemigo en su posición.* Se le previene que el *ataque* debe ser general desde Overwinden hasta la capilla de Betania.

Queda absolutamente á sus órdenes la dirección del ataque por la izquierda.

El General Champmorín debe necesariamente guarecer el puente de Budingen con una fuerza suficiente que le permita, en caso dado, amenazar al enemigo por el flanco hacia la parte de Leau á donde la fuerza marcharía por columnas.

[Firmado] DUMOURIEZ.

Sólo la verdad y la inocencia esclarecida de Miranda han disipado tantas columnias atroces, y probado á la nación entera la adhesión inquebrantable de este general á la libertad y su horror á todo crimen y traición.

VI

Fragmentos de las Noticias de Champagneux en su edición de las obras de Madame Roland.—Documentos varios que hacen disipar algunas calumnias esparcidas contra Miranda.

—

Fragmentos de las Noticias de Champagneux, en su edición de las obras de Madame Roland.—París, año VIII.

. . . . . .

Difícilmente podría describir el horror que me inspiraron aquellas terribles puertas que por vez primera se cerraban tras de mí. Es necesario haber atravesado por semejante situación para poder formar de ella una idea precisa. Se me condujo primero á un patio que servía de sitio de recreo á los encarcelados y donde ví reunidas como cien personas, que me parecieron tan desemejantes por su aspecto y traje como por las sensaciones que parecían experimentar. Allí reconocí, al *General Miranda, á Custine, hijo, al General Lécuyer, á Adam*

Lux y *á los diputados Vergniaud y Valazé.* Tendré más tar de ocasión de referirme á algunos de los que acabo de nombrar.

¡Cuánto extravía á veces nuestros deseos la ignorancia del porvenir, mostrándonos como fuerza de bien lo que una vez realizado acarrearía nuestra pérdida! también quise ser trasladado al Luxemburgo.....comuniqué mi proyecto á Miranda, quien felizmente me disuadió de él, pues era muy probable que se me hubiera atribuido participación en esa fábula de conspiración que fué imaginada para llevar al cadalso á casi todos los presos del Luxemburgo.

He nombrado ya dos veces á Miranda y es tiempo de dar á conocer algo que se conexiona con este extranjero. Nació en el Perú [*] y apenas á los 24 años había recorrido el mundo y acumulado muchos conocimientos, entre otros los de varias lenguas que hablaba con facilidad. Llegado á Francia, en tiempos de la Asamblea Legislativa, proyectó establecerse en ella y comenzó á estrechar amistad con Petión y otros diputados de igual importancia para quienes había traído de Inglaterra cartas de recomendación.

Miranda interesó en su favor á todos los amigos de la libertad comunicándoles el proyecto que meditaba para emancipar su país. En demanda de los auxilios necesarios se acercó primero á la Emperatriz de Rusia y en seguida á Pitt; y aunque fué bien acogido por ambos esperaba mayor protección de la Francia libertada. Los

[*] Véase la nota sobre la nacionalidad de Miranda, página 103 de esta obra.

Girondinos, que á la sazón tenían gran provento en los negocios públicos, prometieron ayudarlo en su empresa y le ofrecieron entre tanto un mando en el ejército. En la época en que los ejércitos coligados acababan de invadir la Champaña.

Nombrado general de división, hizo Miranda la campaña de 1792 y el principio de la de 1793. Compartió con nuestros generales el honor de rechazar fuera del territorio francés á los ejércitos prusianos é imperiales y el de conquistar la Bélgica. Hay que recordar lo que se dijo entonces relativamente á la retirada de los prusianos; muchos aseguraban, con opinión que aun convalece, que inclusive el rey debió quedar prisionero todo el ejército prusiano. Con frecuencia he interrogado á Miranda sobre el particular; mas siempre me ha respondido, que tal cosa era imposible, aunque sí hubiera sido posible hostilizar más á los prusianos haciendo más mortífera su retirada. Pero no atribuía á mala parte esta negligencia, sino que la imputaba á la estupefacción que causó en nuestros generales el verse tan rápida como impensadamente convertidos de fugitivos en triunfadores.

Hasta aquí acompaña á Miranda la fortuna; pero el mal éxito del bloqueo de Maestricht que corrió á su cargo y más aún la pérdida de la batalla de Nerwinde donde Miranda mandaba el ala derecha [*], que fué la más maltratada, á lo que se agrega la caída de los Girondinos, lo perdió en la opinión. De aquí que fuese tratado

[*] Debió decir izquierda.

como cómplice de Dumouriez y acusado delante del Tribunal Revolucionario.

Acababa de establecerse esta monstruosa institución y aun conservaba algunas de las fórmulas protectoras de la inocencia y la virtud. Durante once sesiones se discutió el asunto de Miranda. El público, que al principio estaba mal prevenido, terminó por experimentar por dicho general el más vivo interés. Cada testimonio en contra suya producía una discusión de la cual casi siempre salía el acusado con honor.

En el plan de defensa que se había trazado consideraba cada testimonio como si formara por sí solo un proceso en pequeño, que se esforzaba en ganar antes de pasar á la audición de otro nuevo testigo. De este método resultaba que no dejaba acreditar ninguna declaración en su contra, cuando podía ser contradicha ó debilitada. Custine no habría quizás sido condenado si hubiese adoptado este orden en su proceso. Aplazó hasta su defensa general la discusión de las diversas declaraciones, pero agregándose la impresión que cada una producía con la de las siguientes y aumentándose todas unas por otras, no le fué ya posible destruir el efecto combinado, ni detener el movimiento de los ánimos que hacen tan pronto y violento las circunstancias revolucionarias. Fracasó pues la acusación inventada contra Miranda, y débese el honor del buen éxito tanto á su ingenio, como á la bondad de su causa. Fué absuelto por unanimidad de votos; cada jurado, cada juez al emitir su opinión añadía un elogio; y aquel general cuya cabeza se pedía poco antes, fué llevado en triunfo hasta su morada.

Pero si respecto al estigma de traidor quedó ante el tribunal su reputación sin mancilla, no pudo del mismo modo disculparse ante la opinión del cargo de haber contribuido, por malas maniobras, á la pérdida de la batalla de Nerwinde. Muchos testigos oculares he consultado, entre otros el General Songis que se encontraba en la división de Miranda, y todos le imputaban la pérdida de esta batalla. Ejecutó mal las órdenes de Dumouriez, no supo hacer obrar oportunamente el ala que mandaba, y sin las faltas que cometió esta jornada hubiera sido una de las más gloriosas para las armas francesas. En efecto Dumouriez había destruido al enemigo con el ala que mandaba; pero derrotada la de Miranda, el General en Jefe se vió obligado á ordenar la retirada. Miranda explicaba las cosas de muy distinto modo, pero confieso que nunca me ha convencido. [*]

---

[*] Verdaderamente se admira uno al oir al ciudadano Champagneux aparentar amistad y respeto al General Miranda, y asegurar, además, que su defensa *honra tanto su ingénio como la bondad de su causa*, y decir formalmente, "que él fué causa de la pérdida de la batalla de Nerwinde." ¿Qué razones abonan sus palabras? Con el solo dicho de un General Songis y el de ciertos testigos oculares, pretende destruir pruebas judiciales otorgadas por el testimonio de más de treinta oficiales, la mayor parte testigos presenciales y actores en las tropas mandadas por Miranda, desde el General Miaczinsky hasta los propios ayudantes y secretarios de Dumouriez, Thuring, de Vaux, Quentín, etc., quienes han declarado ante el tribunal sobre estos hechos. Si hubiera querido darse la pena de leer el proceso del General Miranda, así como su correspondencia con los Ministros y con los generales de estos ejércitos, publicada en tan solemne ocasión, habría encontrado que quizás no hubo, en toda la revolución, un asunto más profundamente examinado ni establecido

Ni gozó largo tiempo Miranda del triunfo que había conseguido sobre sus enemigos. Retirado á una quinta en las cercanías de París, organizaba las ricas colecciones de libros, grabados, cuadros y estatuas que había adquirido durante sus viajes, cuando de improviso se vió rodeado por fuerza armada que la comuna de París, presidida á la sazón por Pache, había enviado para allanar su domicilio. Véase con qué motivo. Poco tiempo hacía que Miranda había recibido gran número de cajas, y cierto vecino lo denunció sospechando que contenían municiones y armas. Dichas cajas no habían sido abiertas aún; mas practicada la requisa se vió que no contenían sino libros, con lo que se retiró la fuerza sin otra consecuencia. Pero no fué esta la única calumnia lanzada para perder á Miranda. Mal avenido con él cierto criado lo denunció nuevamente, y se aprovechó esta oportunidad

---

con más claridad. Y si además se le hubiera antojado consultar testimonios imparciales y muy competentes, le bastaba con preguntar á su compañero de infortunio [el Presidente Montané] con quien vivió en la Force por más de un año, y quien como principal juez en este asunto lo conocía mejor que nadie y tenía una opinión diametralmente opuesta á la que el ciudadano Champagneux pretende dar al público.

Lo remitimos también á las *sabias* y *juiciosas observaciones* del General Serván, ex-Ministro de la Guerra, y á la correspondencia del General Miranda relativa á la campaña de Bélgica, donde encontrará una refutación completa y sólida de las falsas inculpaciones del General Dumouriez contra el General Miranda, [véase la página 254] así como la relación crítica y bien detallada de la batalla de Nerwinde por los autores militares del "Cuadro Histórico de la Guerra de la Revolución de Francia." (Véase la página 233.)

para sumergir de nuevo á Miranda en la mazmorra. Fué llevado á la Force, *como sospechoso:* así decía la orden de la Junta de seguridad general.

La conversación amena, los múltiples conocimientes que poseía, más los principios que formaban su austera virtud, me hicieron preferir la sociedad de Miranda á la de casi todos los demás prisioneros. De mutuo acuerdo llegamos á ser vecinos de cuarto, y cada día hablábamos de la lectura y de los estudios que nos ocupaban, ó de nuestra situación y la de la República. Por el tiempo aquel escribía yo la historia de Francia procurando darle una fisonomía análoga á la política actual, y apropiarla á la enseñanza de la juventud. Con varias excepciones, los reyes de las tres razas me proporcionaron vasto campo para tachar los vicios de su gobierno, lo cual hacía yo sin afectación, sin declamaciones y con el mayor respeto á la verdad. Precedía dicha historia un esbozo sobre el estado de las Galias hasta César. Demás está decir cuántas indagaciones tuve que hacer, ni cuánto padecí para llevar á cabo este trabajo, sobre todo en una cárcel donde sólo hay motivo de indignación y de enojos. Miranda y Achille du Chatelet me habían suministrado todos los libros y materiales que había menester.....

.....

Versaban particularmente los estudios de Miranda sobre la ciencia de la guerra. Socorríase de cuantos autores habían escrito sobre el particular, historiadores ó teóricos, y puedo añadir que jamás he oído á nadie razonar á este respecto con tanta profundidad y solidez.

Pero mientras más se imbuía en los sistemas de ataque y de defensa conocidos hasta el día, más abierta oposición mostraba al proceder de los modernos generales que ganaban batallas y tomaban ciudades prescindiendo de las reglas con que los Turena, los Condé, los Catinat y tantos otros héroes franceses y extranjeros habían sabido cautivar la fortuna y hacer suya la victoria. El éxito favorable de nuestras armas me suministraba argumentos de peso contra Miranda; creía rebatirlos atribuyendo al acaso estas ventajas, que según él no serían constantes. Parecieron justificar su opinión algunos de los reveces que experimentamos; mas por suerte se presentaron ocasiones que venían en apoyo de mi parecer, pues nuestros ejércitos triunfando en diez batallas compensaban la desventaja de un combate. Achille du Chatelet, que departía á menudo con nosotros, se erigía en juez de nuestros desacuerdes y atribuía nuestra buena fortuna al valor prodigioso de los soldados, á quienes consideraba además dotados de cierta especie de tacto militar. He visto á menudo, decía, que generales ignorantes les ordenaban atacar en una dirección; pero el instinto del soldado lo inducía á desobedecer y tomar de propia cuenta el camino de la victoria.

.....

Interrumpo aquí lo concerniente á Miranda para dar algunos pormenores relativos á Achille du Chatelet. Fué traído á la Force en el mes de octubre de 1793, á su regreso de la frontera, donde el primer cañonazo disparado por los austriacos le había destrozado la pantorrilla de la pierna izquierda. Su estado exigía cuidados

asiduos, á lo que se añade que, privado del uso de la mano derecha, estaba imposibilitado para bastarse á sí mismo en las diversas necesidades de la vida. Por consentimiento unánime los prisioneros que ocupábamos los aposentos del escribano y del cirujano, que eran los más cómodos, le invitamos con su compañía; y fué así como tuve la ocasión de conocer de cerca tan interesante personaje. Me cabe el placer de asegurar aquí, en acatamiento á la verdad, que Achille du Chatelet era uno de los más valientes paladines enamorados de la libertad.

Y aunque aherrojado, supo darnos lecciones de republicanismo y encendió en nuestras almas el fuego sagrado que ardía en la suya. Amigo sincero de la revolución, depuraba su ardimiento por ella en el crisol de la razón y de la filosofía. Sus relaciones con Condorcet y otros republicanos semejantes no dejen duda acerca de sus verdaderos sentimientos, y sin embargo se le trató en la Force como conspirador y traidor. Durante los primeros días de su cautiverio se permitía que entrase su criado para ponerle apósitos; gozó empero muy poco de aquella lenidad, mas todos nosotros, y para honra nuestra, nos apresuramos entonces á tributarle las mismas atenciones.

Achille du Chatelet vivía contraído al estudio, pues aunque sabía mucho, tenía sed incesante de nuevos conocimientos; aunque familiarizado con muchas lenguas muertas y vivas se propuso en la prisión aprender el griego y puso á logro su deseo con brillantes resultados. Hizo trasportar á la Force parte de su biblioteca,

no sólo para recreo particular suyo, sino para el de sus compañeros de infortunio que quisieran sacar provecho de ella. En efecto me sirvió de mucho auxilio para los trabajos en que me ocupaba.

Pero debí á Achille du Chatelet un servicio más inestimable. Sabía que Miranda, para permanecer dueño de su suerte, se había procurado veneno. Manifestando yo un día, en presencia de du Chatelet, envidia por su dicha, éste, que me había comprendido, me prometió satisfacer dentro de breves días mis deseos; y en efecto no tardó en remitirme una dosis de opio.

Continuas inquietudes conturbaban mi espíritu respecto de la suerte que me hubiera de caber; pero desde aquel momento respiré libremente y aguardé con calma asaz inconcebible el golpe final de la tiranía, seguro de poderlo parar en el instante mismo en que creyera herirme. Desde luego no pensé sino en ocultar aquel precioso tesoro, del cual no me separé jamás y aun hoy, cuando aparecen disipadas las tormentas revolucionarias, lo conservo con sin par cuidado, tanto para mantener despiertos recuerdos que importa no olvidar, como para conservar en todas las situaciones de mi vida la mirada tranquila y serena con que entonces miraba cara á cara el porvenir.

En vano indagué la mano generosa á que debía tan preciado presente; pero Achille du Chatelet no creyó conducente revelármelo; sospecho que lo debía á su amigo *Cabanis*.

Achille du Chatelet gestionó ante las Juntas de la Convención para obtener su libertad ó cuando menos

su traslación á donde le fuese posible recibir los cuidados que necesitaba. Mas sus diligencias no tuvieren otro resultado que agravar su suerte, la cual desde entonces no pudo soportar con ecuanimidad; el colmo de tamaña injusticia suscitó en su alma el colmo de la desesperación. Acrecentaban las penas morales sus sufrimientos físicos, y su salud, declinando día por día, exigía cuidados continuos. Creyóse ya estorboso para nosotros que no le abandonábamos de noche ni de día. Oscureciéndose más y más el horizonte político, apagóse la esperanza en su corazón; deseó la muerte, y bien pronto se la procuró por el mismo medio que había puesto en mis manos y que sólo había compartido conmigo.

Llevó á cabo su resolución el 20 de marzo de 1794, precisamente á las seis de la mañana, mientras dormitaba el diputado Chastellain que había estado en vela á su cabecera toda la noche. Como á las ocho vino Chastellain á decirnos que su enfermo, después de una noche agitada, reposaba en aquel momento, sin sospechar lo que hubiera podido causarle tal reposo. Fuimos á él Miranda y yo, y al verlo concebimos la misma sospecha, que se convirtió en certidumbre cuando vimos á su cabecera una caja pequeña y vacía; imposible nos fué obtener de él una palabra. Apenas respiraba ya, ni daba en semejante estado el más leve indicio de dolor; el pulso se fué retirando poco á poco hasta que al cabo se hundió por completo á las doce. Aunque lo creíamos muerto, nos opusimos durante día y medio á que lo llevaran de allí, pues demasiado cruel habría sido para nosotros conservar la menor duda á este respecto.

Tal fué el fin de tan bizarro y virtuoso militar, cuyas relevantes cualidades apenas he esbozado á vuela pluma. No eran los tiempos dignos de él; sus luces, sus talentos y sus virtudes hubieran honrado los más bellos días de Atenas y de Roma. En la prisión cobró por Miranda mucho afecto y en testimonio de ella lególe todo su mobiliario y parte de la biblioteca que había hecho traer á la Force. A mí me tocó un Séneca, edición de los Elzevirios, y una colección de autores latinos que versan sobre la agricultura. Dicho presente será siempre para mí caro y precioso, renovando recuerdos que á pesar de su amargura me complazco en conservar.

Torno ahora á Miranda y á su respeto por los principios de la ciencia militar, de los que se hallaba tan imbuido que no hubiera de grado consentido en ganar una batalla ó en expugnar una plaza, contra las reglas del arte. Lejos de mí el querer ridiculizar persona de tanta calidad. Al decir que era esclavo de las reglas me refiero solamente á las que hicieron de Alejandro y César los conquistadores del mundo; á las que uncieron la victoria al carro de tantos héroes antiguos y modernos, y que han sido norte y guía de todos los guerreros. Creo, pues, que Miranda habría descollado mucho en el arte de la guerra, si hubiera conformado á la practica aquel vasto saber que en la materia poseía. Tan diversos pareceres había oído acerca de este extranjero, respecto de la Francia, que á menudo hacía recaer la conversación sobre el particular. Siempre me pareció que tenía especial predilección por los ingleses, sobre

todo por su gobierno á quien no cesaba de elogiar Y seguro estaba de animar la conversación, y aun de provocar un tanto su enojo, cuando al discurrir acerca del valor de ambas naciones yo le daba la palma á los franceses, parecer al cual no se atemperaba, pues decía: que la constitución inglesa era preferible á todas las que habían hasta entonces gobernado los pueblos; que sólo en Inglaterra el hombre gozaba plenamente de la libertad civil y podía sin riesgo emitir sus opiniones; que allí el gobierno omnipotente para el bien se hallaba incapacitado de hacer el mal; y allí por último la agricultura y el comercio se hallaban en tal grado de prosperidad y gloria como en ninguna parte.

En cuanto á la marina inglesa, creía que aun unidas las escuadras de las demás potencias europeas no podrían competir con ella y que dicha superioridad duraría muchos años. Tomaba á burla nuestros esfuerzos para resistirla; había predicho la suerte de la flota dirigida por *Jambon St. André.* Se admiraba de que hubiera escapado uno solo de nuestros barcos y aun presumía que el almirante inglés sería sometido á juicio por no haber completado la victoria y sobre todo por no haber apresado el convoy.

Tenía de Pitt la más alta opinión y lo colocaba en línea con los mayores políticos y á su genio atribuía las ventajas obtenidas por los ingleses en esta guerra. Mas, á pesar de todo, gustaba mucho de la oposición; y en efecto, durante su estadía en Inglaterra, cultivó estrecha amistad con *Fox, Price, Priestley* y otros miembros distinguidos de la misma causa, amistad que conservó también en Francia. Hablaba con admiración de

los héroes que combatieron por la libertad de la parte septentrional de América, y lo que me refería respecto á sus usos y costumbres me hacía participar de su entusiasmo. En general he notado en Miranda marcada predilección por los hombres justos y virtuosos, y de ahí que naturalmente prefiriese el gobierno inglés y sobre todo el americano, que los hacían tales. Por razón de los contrastes tenía horror profundo á los hombres que se habían apoderado del gobierno de Francia. Cuando hablaba de los *Robespierre*, de los *Dantón*, de los *Collot*, de los *Barrère*, de los *Billaud* y otros fundadores del régimen revolucionario, su lenguaje se tornaba en patético por la cólera y la indignación. Si á veces me acontecía entrever un rayo de esperanza y encontrar sanas intenciones en ciertas medidas gubernativas, Miranda no me lo perdonaba; sino que me tildaba de esclavo, de complaciente, de cómplice de la tiranía y con otros duros epítetos que no dejaban duda respecto de su adhesión á la libertad y á los gobiernos que la protegían. Debido á este estudio acerca del carácter y de los principios de Miranda durante nuestro común cautiverio, me es posible asegurar que si los viajes adornaron su inteligencia, no dieron patria á su corazón; pues á pesar de su deferencia por los gobiernos inglés y americano, prefería el suelo de la Francia, y sin que dejase de amar á Londres y á Filadelfia hubiera vivido con nosotros, á no oponerse á ello las órdenes del Gobierno.

Es la oportunidad de referir la cruel posición en que me hallé respecto á él, cuando al ocupar un antiguo puesto en el Ministerio del Interior, bajo *Benezech*, se me comunicó una Resolución del Directorio por la cual debía con-

ducir á Miranda fuera de las fronteras de Francia. Se agolparon entonces á mi mente todos los recuerdos de aquella amistad consagrada por la desgracia y se combatieron dentro de mí los deberes del hombre privado con los del funcionario público. ¡Cuánto no costó á mi corazón ceder á los deberes del puesto! Hubiera querido hacer con Miranda lo que Platón quería se hiciese con los poetas: coronarlos de flores, colmarlos de bendiciones y después expulsarlos de la República. [*]

[*] Por más que el ciudadano Champagneux diera testimonio de sensibilidad y respeto para con su amigo, no por eso dejó de ser instrumento del Directorio para violar la constitución que debía mantener, cuando quizo expulsar de Francia por un acto arbitrario al General Miranda, que les era antipático. Sin embargo, no se llevó á cabo el atentado, porque la carta que dirigió el General á las autoridades constituidas y que al mismo tiempo fué publicada en París, aun en el *Monitor*, órgano del Directorio, á tal punto exaltó la opinión pública que no osó insistir en su Resolución y dejó á Miranda gozar tranquilo de su libertad hasta el 18 de Fructidor en que se cometió el crimen de añadir su nombre á la lista de esa proscripción infame y en la que, según parece, también el ciudadano Champagneux fué comprendido como recompensa de sus servicios.

Si hubiera impartido justicia el Cuerpo Legislativo á la suprema queja del General Miranda contra el Directorio [gestión que no dejó de consultar con sus sabios amigos Lanjuinais, Boissy d'Anglas, Sage de Eure y Loira, etc., miembros del mismo cuerpo y que compartían su opinión] habría puesto freno al despotismo de éste y no hubieran acaecido los sucesos funestos del 18 de Fructidor del año V, los que al violar la representación nacional, como lo hizo Robespierre el 31 de mayo, dieron golpe mortal á la libertad francesa. Será siempre satisfactorio para Miranda haber defendido, aun con peligro de su vida, la libertad en sus postrimerías, sacrificando todo por ella; pues si se perdió definitivamente en Francia, puede decir con plena satisfacción: *que no fué por culpa suya.*

Documentos que desvirtúan algunas calumnias propagadas contra Miranda.

Dumouriez á Louvet, editor de El Centinela.

En fin, en la página 24 y á expensas mías justifica la conducta del General Miranda, criatura de Petión, en la batalla de Nerwinde y hace recaer tada la responsabilidad de dicha jornada en la facción desorganizadora, con la cual, dice en la página 23, había yo *transigido.* Participo al ciudadano Louvet que su *honrado* protegido, Miranda, acaba de tomar servicio en Inglaterra; deduzca, pues, las consecuencias.

Me dirijo á la conciencia del ciudadano Louvet á fin de que con buena fe se retracte de lo que en su acaloramiento de partido ha hecho escribir; ó que lo mantenga y por consiguiente lo pruebe. [*El Centinela*, número 609. 22 de febrero de 1797].

Respuesta del General Miranda.

Cercanías de París, á 8 de Ventoso.
Año V. [26 de febrero de 1797.]

En mi retiro cerca de París, de cuyos alrededores hace cuatro años no me he separado, me he impuesto por dos periódicos, uno de Louvet, otro de Poultier, *que acabo de tomar servicio en Inglaterra.* Dumouriez es quien da semejante noticia á su corresponsal Lou-

vet. No sé en verdad, si cuando una noticia sólo tiene por garantes á Dumouriez, Louvet y Poultier, se halle uno obligado á desmentirla.

Por lo que hace á Dumouriez, espero que *calumnia tan notoria* servirá para que los hombres de rectitud aprecien con cabalidad las inculpaciones que aquél hace relativas á su batalla de Nerwinde.

Respecto á los periodistas que propagan tales calumnias me limitaré á exponerles lo singular de mi posición y la inconsecuencia de los jacobinos de todos colores que me persiguen. Unos toman á mala parte que yo siga siendo francés y que sirva á Francia, otros me acusan de que quiera ofrecer mis servicios fuera.

Leal á los compromisos que contraje con la República Francesa, compromisos que he sellado combatiendo en su pro, declaro que todas las calumnias y *todas las persecuciones* no bastan siquiera á menoscabar la gratitud que le debo, sobre todo desde que me galardonó con el título de ciudadano francés.

[*Firmado*] MIRANDA.

[*El Mensajero de la Tarde*, Nº 161. 1º de marzo de 1797.]

Y como el ciudadano Champagneux hubiera podido dar más crédito á las nuevas inculpaciones del General Valence, propaladas por el ciudadano Segur, el mayor, en su *Cuadro Histórico y Político de Europa* [tercera edición, París, 1803], añadiremos aquí en contestación cuatro palabras. [*]

---

[*] Observación de Miranda en la obra de Antepara, p. 239.

El General Valence y Segur el mayor.

En el tomo II, p. 134, Segur dice: "El Consejo Ejecutivo, en ausencia de Dumouriez, dió el mando de los ejércitos de Bélgica al General Valence. Miranda que se creía independiente *le negó copia de sus instrucciones; le aseguró que el enemigo tenía pocas fuerzas á la izquierda del Rín* y le advirtió que había ordenado el concentramiento de las tropas que debían cubrir el sitio de Maestricht. Resultaron falsos los informes, pues llegaron de improviso, á la cabeza de numeroso ejército, el Príncipe de Coburgo y Clairfayt, sorprendieron los acantonamientos dispersos, atacaron las tropas mandadas por el General Lanoue, forzaron sus posiciones y marcharon sobre Maestricht y Lieja, etc, etc."

El General Miranda dió sus intrucciones al General Lanoue, de conformidad con las que había recibido del General en Jefe las cuales fueron aprobadas, tanto por el Ministro de la Guerra, como por General Dumouriez.—*El plan de las operaciones de V.*, [dice el primero] *que he examinado con mucha atención, me ha parecido muy prudente y bien concertado.* [*]

Todas las órdenes de V. á sus diferentes generales me parecen muy claras y muy en regla, [añade el segundo]. [**].

Es pues falso lo de que haya el General Miranda negado las intrucciones necesarias, puesto que todos los generales las habían recibido con antelación;

[*] Correspondencia, carta del 22 de febrero. Véase p. 77.

[**] Correspondencia, carta del 19 de febrero. Véase p. 73.

como lo es también que asegurase á Valence *que el enemigo tenía pocas fuerzas en la margen izquierda del Rín*; visto que dijo al Ministro de la Guerra y al General Dumouriez, antes de dar principio á las operaciones, cuán poca confianza fincaba en el buen éxito de estos planes, y cuando sus previsiones se cumplieron al pié de la letra. [*]. Hé aquí la prueba.

El General Miranda, Comandante en Jefe,
al General Lanoue.

Lieja, á 16 de febrero de 1793.

Es de toda necesidad, General, para el servicio de la República, que vaya V. inmediamente á Aix-la-Chapelle á tomar el mando de las tropas del ejército de Bélgica, que se hallan acantonadas entre el Roer y el Mosa.

El General Stingel, que las manda actualmente, ha recibido las órdenes necesarias para el arreglo de aquéllas y la pauta que se debe observar si los enemigos hicieren un movimiento sobre alguna parte de los acantonamientos y aun si pasaren el Roer. Hágase V. presentar estas órdenes, y obrando conforme á ellas, y de acuerdo con aquel respetable veterano, del mismo modo que con los Generales Miaczinsky y Dampierre, haga V. cuantos arreglos le dicten su prudencia y conocimientos militares, para *defender vigorosamente el paso del Roer, ó librar batalla á los enemigos que lo hubieren pasado con*

[*] Consideraciones de Miranda en la obra de Antepara pág. 240.

la idea de introducir refuerzo de tropas en Maestricht, atacando á las nuestras que sostienen el sitio, ó con cualquier otro designio.

Después que haya V. hecho sus observaciones sobre la colocación de nuestras tropas y posición de las del enemigo, comuníqueme V. el resultado, para que podamos obrar de acuerdo, y pueda yo darle los socorros que nos permita la extensión de nuestras operaciones.

Firmado: MIRANDA.

El mismo al mismo.

Lieja, á 19 de febrero de 1793.

Recibí, General, su carta escrita ayer en Aix-la-Chapelle. Dispuse que por el Jefe de Estado Mayor Thowenot se hiciera un estado de la fuerza disponible que tiene V. bajo sus órdenes, y resulta de él, que con los cuerpos de los Generales Lamarche y Neuilly, que están también bajo las órdenes de V., y con cinco batallones que recibirá por momentos y de los cuales salen hoy dos, *tendrá V. una fuerza efectiva de cerca de treinta mil hombres*, sin contar con el cuerpo de *tres mil quinientos* mandados por el General Lamarliere que cubre la izquierda de V., ni con el del General Leveneur, de seis mil hombres que está frente á Wyck; todos en estado de apoyarlo á V. en caso necesario.

La artillería de V., según el estado que me presenta el General Anghest, Comandante en Jefe, consta

en la actualidad de *veinte y dos piezas de sitio*, además de las de los batallones; cuatro ingenieros han sido empleados en fortificar los puntos que ellos han juzgado más convenientes. Así, General, es preciso que con esta fuerza trate V. de cumplir su propósito, mientras que nosotros terminamos las operaciones que se nos han ordenado por otro lado con menores fuerzas respectivamente.

Si juzga V. oportuno enviar copia de esta orden á los Generales Lamarche, Neuilly ó á otros, puede V. hacerlo *para que el concierto y la armonía convenientes* reinen en todas partes.

Acabo de dar órdenes para que no falten fondos al hospital y para que los forrajes sean abundantes.

Firmado : MIRANDA.

El General Miranda al General Beurnonville.

Lieja, á 14 de febrero de 1793.

Disponemos siempre de la orilla izquierda del Mosa que protege todas nuestras operaciones sobre Holanda, mientras que los prusianos, con un cuerpo considerable de tropas ocupan la Güeldre prusiana, y establecen baterías sobre la orilla derecha del Mosa. No dudo que este cuerpo prusiano, fuerte, según me dicen, de *más de quince mil hombres*, tenga por objeto el socorrer á Holanda en el caso en que nuestros ejércitos intenten

la invasión de las Provincias Unidas; *y sólo en el caso de que estallase una revolución por la libertad en Holanda* podríamos realizar esta operación, sin experimentar grande oposición por parte de las tropas prusianas.

Veo muy probable también que, desde el momento en que empieze el sitio ó bombardeo de Maestricht, *el ejército austriaco que está frente á nosotros sobre el Roer, y me dicen alcanza á más de cuarenta mil hombres, intentará un ataque sobre el nuestro situado detrás de este río cubriendo el sitio de Maestricht, para hacerlo levantar y salvar la plaza. Nuestras fuerzas no son bastantes, ni con mucho, para sostener con seguridad toda la extensión que ocupamos en este momento y ejecucutar las operaciones que vamos á emprender.* Supongo que el General en Jefe Dumouriez habrá instruido á V. particularmente de todo. He recibido sus órdenes, y todo el ejército se mueve para ejecutarlas con confianza y buena voluntad. *La empresa me parece asombrosa y muy difícil,* y por lo mismo espero que si el buen éxito no satisface por completo nuestros deseos y la esperanza que V. ha podido concebir, se nos concederá la indulgencia que un celo ardiente por el servicio y la gloria de la patria inspira á una nación libre que ve á sus hijos marchar gozosos al sacrificio.

.....

.....

[Firmado] MIRANDA.

Del mismo jaez son los demás asertos del General Valence, sobre que se hallan en contradicción evidente

con los informes oficiales y con el examen judicial. [*] Mejor les habría estado, tanto al General Valence como al ciudadano Segur el mayor, emplear su tiempo en justificar á este jefe de tan vergonzosa conducta y de tan escaso valor militar, como lo demuestra el no ocupar su puesto cuando fué atacado y derrotado su ejército sobre el Roer, derrota que desbarató todos nuestros planes; como también debieron hacerlo respecto de sus *crímenes* y *complicidad* en la defección de Dumouriez por la que fueron entregados nuestros comisarios, acarreándole además á Francia la anarquía con sus desastrosas consecuencias.

El calificado con que exorna Dumouriez á su cómplice Valence, diciendo que era el mejor sostén militar y cívico de la República [**], es tan ridículo como falso, pues se trataba nada menos que de acabar con ella.

Por sus Memorias [***] se verá la exactitud del hecho y quizás los motivos que tuvo para tributarle tan merecidos elogios. "Vuestro amigo Dumouriez da señal, en sus memorias, de la gratitud que os merece, pues, á la verdad, os debe la vida, ya que no hubiera llegado á París sino cadáver; por tanto él daría su vida por la vuestra." Ni de esto, ni de lo que dice la carta *apócrifa* del 14 de marzo [cotejados ambos documentos] resulta ningún motivo que justifique al General Valence, ni que en mane-

[*] Véase la Correspondencia, 6 de marzo, y el proceso del General Miranda.

[**] Véase á Segur el mayor, Cuadro Histórico, Tomo II, página 376.

[***] Parte segunda, página 115.

ra alguna sea honroso para él; y si el historiador hubiera consultado documentos oficiales, que establecen de modo irrecusable el hecho á que se refiere, jamás hubiera intentado desvirtuarlos por medio de una carta evidentemente apócrifa. Milita además en pro de las razones expuestas para calificarla de tal, la de que dicha carta, que se dice dirigida al Ministro en aquel tiempo, nunca figuró en su correspondencia con dicho magistrado, la cual se presentó original y completa en el proceso de Miranda.

Los verdaderos documentos que irrevocablemente dan fe de la reprensible conducta de Valence son: *Memorias del General Lanoue* [París, Imprenta de la Comuna.—Fonrouge, imprenta del departamento de la guerra, 1793] y la sabia *Narración del General Stingel sobre lo sucedido en los acantonamientos del Roer* [misma imprenta, 1793;] obras que recomendamos al ciudadano Segur y al comandante Valence, á fin de que el primero las consulte y el segundo las refute.

Semejante cargo podría hacerse también á los autores del *Nuevo Diccionario de los Sitios y Batallas* [artículo Nerwinde], así como al autor, por lo demás estimable, del *Tratado de Grandes Operaciones Militares, parte quinta*, quienes sin maduro examen han incurrido en los mismos errores, por falta de aquella perspicacia y crítica histórica tan indispensables para comparar y discernir bien los hechos que se establecen, cuando se aspira al título de *historiador imparcial.* [*]

---

[*] Consideraciones de Miranda en la obra de Antepara, páginas 243 y 244.

VII

Miranda á la Convención Nacional.— Miranda á los representantes del pueblo francés.

—

Miranda á la Convención Nacional.

Ciudadanos Representantes.

Más de 18 meses ha que habiendo comparecido ante la Convención para denunciarle mi prisión arbitraria, pasó mi queja á la Junta de seguridad general para hacerme justicia, y la Junta ni siquiera me ha interrogado todavía.

En virtud de la ley del 18 de Termidor que ordena se comuniquen á todo detenido, *como medida de seguridad general*, los motivos de su detención, he pedido los míos á la Junta y me ha contestado que *no tenía ninguno*.

Cuantos fueron detenidos como sospechosos por la tiranía de Robespierre y se encuentran fuera de los casos exceptuados por la misma ley de 18 de Termidor están, desde hace algún tiempo, en libertad; y yo estoy todavía preso.

Varios diputados que me conocen mucho tiempo ha, por haber compartido mi suerte en la misma prisión, reclamaron hace algunos días á la Junta la ejecución de esta ley en lo que me respecta, y el relator de la Comisión Laumón declaró en su informe *que no había hallado ni un solo documento contra mí*, y en consecuencia pidió que se acordase mi libertad; pero, por una política indefinible, se aplaza todavía este asunto hasta la primera reunión de las tres Juntas... Desde entonces se han reunido varias veces dichas Juntas sin que varíe mi suerte.

¿Qué política es esta?... Ciertamente no puede ser la de la libertad. El senado francés, que ha puesto *la justicia á la orden del día*, ¿podría tolerar que, por una *política digna de los Cajus y de los Robespierre*, un hombre inocente ante las leyes sea detenido y aherrojado *por la pura voluntad de otro*, y que los derechos imprescriptibles del hombre y de la humanidad y el derecho de gentes sean violados en nombre del pueblo francés? No, ciudadanos; estoy persuadido de que me haréis la justicia que reclamo devolviéndome la libertad que nunca creí perder.

De lo contrario os pido lo que las leyes conceden á todos los hombres, y lo que la justicia no rehusa ni aún á los malvados, es decir: un juicio, co-

mo solo medio legal para que el hombre probo conserve su honor intacto y al abrigo de la infame calumnia, ó satisfaga el interés público, si ha tenido la desgracia de infringir las leyes.

La existencia de *un solo* ciudadano *inocente* cargado de cadenas, con conocimiento de los poderes constituídos de cualquier país, sería la prueba mayor del *despotismo;* y si este hombre es *auténticamente* declarado, como lo he sido yo por un juicio, *excelente ciudadano y padre de los soldados*, que por sus servicios *ha merecido bien de la patria*, y que está amparado hasta de la sospecha misma [*]: esto sería el colmo de la tiranía.

"Hay opresión contra el cuerpo social cuando uno solo de sus individuos se encuentra oprimido." [*Derechos del Hombre*, art. 34.]

En la Force, á 15 de Nivoso, año III de la República francesa.

F. DE MIRANDA.

Miranda á los representantes del pueblo francés.

Ciudadanos.

Denuncio á la Convención nacional un crimen cuya averiguación y persecución importan esencialmente á la libertad.

---

[*] Véase la sentencia del Tribunal Revolucionario: Proceso del Miranda, números 36 y 37. [Véanse p. p. 212 y las que siguen en esta obra.]

Este crimen existe, ó en la impunidad de un gran culpable, ó en la persecución de un inocente.

Entre las diversas maneras de matar la libertad, no hay ninguna más homicida para la república, que la impunidad del crimen ó la proscripción de la virtud.

No hay sociedad allí donde algún miembro del cuerpo social insulta impunemente á la justicia, es decir, á la voluntad del cuerpo que quiere esencialmente su seguridad, y que no la encuentra sino en la represión de los criminales.

No hay sociedad allí donde el cuerpo social deja oprimir á uno de sus miembros; pues de la opresión de la parte á la del todo, la consecuencia es directa y necesaria.

Uno de estos dos crímenes contra la libertad existe en la detención ilegal de mi persona, que denuncio á la Convención Nacional.

O soy culpable, y entonces se comete un crimen contra la sociedad dejándome impune. En este caso, yo mismo reclamo mi castigo legal; pues prefiero morir libre, es decir, por la fuerza de la ley, que vivir esclavo, es decir, en menosprecio de la ley y por la voluntad de otro.

O soy inocente, y entonces hay también crimen contra la sociedad, teniéndome preso sin juzgarme ¿qué digo? sin que se atrevan á confesar el motivo, y según declaración de la actual Junta de seguridad general, sin que exista cargo alguno contra mí. En este caso, reclamo mi libertad en interés del cuerpo social, herido en mi persona por la tiranía de que soy objeto.

Pido que la Convención tome una resolución sobre tan extraña alternativa, cuya prolongación es un delito hacia la sociedad, y para mí un suplicio peor que la muerte.

Yo acepté en 1792 el honroso empleo que se me ofreció con reiteradas instancias, por defender la libertad francesa contra la liga de los déspotas. Mi destino parece que me ha llamado á ser siempre y en todas partes el soldado de esta ilustre causa. [*]

Cualesquiera que hayan sido, en la época de mi mando, las intrigas que amenazaron comprometer el resultado de la Revolución francesa, no hay, con seguridad, en Francia un solo hombre que pueda, menos que yo, ser sospechoso de haber tomado parte en esas maniobras; pues nadie ha rendido cuenta tan severa de su conducta como yo.

Como mi posición pudo exponerme á sospechas, las Juntas de defensa general y de vigilancia de entonces quisieron que les fueran sometidas todas las circunstancias de mi conducta. El resultado del más profundo examen fué una decisión que alejaba de mí hasta la más ligera sospecha. El informe quedó ahogado por las intrigas de Lacroix y otros, quienes creyeron que su connivencia con Dumouriez se dejaría entrever en la Convención; y obtúvose, en menosprecio de todo decoro, mi traslación al Tribunal Revolucionario.

---

[*] Véanse las declaraciones de *Payne, Stone, Christie, Sabonadiere, etc.*, en el proceso del General Miranda ante el Tribunal Revolucionario.

Nueve sesiones se emplearon en este tribunal en la discusión de todo este conjunto de denuncias que la intriga y la perfidia acumularon contra mí. Todas ellas se disiparon y desaparecieron ante el sol de la justicia. Salí de tan formidable prueba con todo el brillo de un hombre que no hubiera debido nunca justificarse, ó por decir mejer: recibí una corona cívica. No hay un solo jurado que no haya motivado su declaración con elogios, que no pretendo merecer, pero que á lo menos prueban la opinión que los debates habían dado de mí á la justicia; y no olvidaré en toda mi vida el afectuoso interés que una muchedumbre inmensa me demostró después de la sentencia, llevándonos á mi defensor y á mí por las calles en medio de esos trasportes de júbilo que sólo puede experimentar un pueblo generoso por el triunfo de la inocencia oprimida de tiempo atrás.

Los triunfos del hombre de bien son otras tantas derrotas para el malvado. Los que se encarnizan en mi pérdida recurrieron á su arsenal de calumnias, y desde esta muralla, inaccesible á la inocencia, me abrumaron cobardemente con sus dardos emponzoñados. Según ellos, mis cajas de libros estaban llenas de fusiles: las Memorias de mis viajes eran correspondencias con el extranjero; todo fué allanado y no se encontró sino la calumnia. Fué preciso, en fin, buscarme delitos en lo porvenir, con el objeto de arrebatarme el medio de probar su no existencia. Imagínose el decir que yo tenía el proyecto de un viaje á Burdeos. Cambón lo anunció en la tribuna de la Convención, y aunque no existiese indicio alguno, ni pudo existir jamás, de este

viaje, Pache dió, bajo este ridículo pretexto, la orden de prenderme. [*]

De entonces acá han trascurrido diez y ocho meses, durante los cuales me consumo entre cadenas: diez y ocho meses ha que me veo arrastrado de prisión en prisión, sin que me haya sido posible obtener recurso alguno; sin saber qué ha sido, después de mi absolución, de mis caballos y coches; sin haber podido cobrar un solo sueldo, bien por el tiempo en que he servido la República á la cabeza de los ejércitos, ó ya durante mi primer cautiverio; sin que me haya sido posible hallar el más pequeño refugio en el banco aniquilado; y reducido, en fin, á vivir con los despojos de una biblioteca de la cual me he visto obligado á vender una parte para atender á mi subsistencia. En una palabra: más de diez y ocho meses ha que espero que la tiranía se canse de mi persona. Pero declaro que me considero demasiado consagrado al glorioso empleo de combatirla, para ser menos incansable que ella.

Estoy resuelto á mostrar á Europa, del mismo modo que á América, que tengo en Francia el *privilegio exclusivo* de la persecución. Quiero ver si, después de haber sido la primera víctima del tiránico sistema de Robes-

[*] Cosa es muy extraordinaria que un miembro de la Junta de Salud Pública haya desfigurado esta relación en la sesión del 2 de Brumario de tan extraña manera, que pone mi nombre en lugar del de Dillón, acusado éste de capetismo. No creo que Delmas lo haya hecho adrede; pero la equivocación es en verdad grosera y muy censurable. [Véase *El Monitor*, del 4 de Brumario, y la relación de Cambón, del 11 de julio de 1793, *estilo antiguo*.]

pierre, tendré la dicha de ser también la última, gracias á sus discípulos; y entonces se verá, á lo menos, hasta qué punto estoy distante de haber compartido las atroces y tiránicas opiniones de esos infames enemigos de la libertad, y cuán fuera de mi poder estaba el oponerles la menor resistencia.

Hay ahora algo glorioso en ser el único hombre sospechoso en Francia, es decir: el último reducto en que la tiranía se haya atrincherado. Es curioso el ver las diferentes y contradictorias acepciones que, con respecto á mí, se han dado á esta palabra, *sospechoso*. Desde luego, y por tener un pretexto aparente de persecución, fuí sospechoso de *complicidad con Dumouriez*. En seguida, y cuando se probó que lejos de ser su cómplice era su víctima, me hice sospechoso de ser republicano, pero no *revolucionario* [esto era en 31 de mayo]. Poco después, fuí sospechoso de *federalismo;* y ahora, cuando ya no puede servir esta denominación de pretexto á la opresión, soy sospechoso de *capetismo*. En fin, no me habría sorprendido que, si Robespierre y sus cómplices hubieran arruinado la cosa pública, como ha estado en poco, se me hubiese proscrito como ardiente *amigo de la libertad*, lo cual hubiera sido la sola sospecha legítima que jamás habría desmentido.

Reconozco que este destino, para mí inesperado, me da el valor de soportarlo. Y puesto que en fin se tiene la crueldad de no querer encontrarme crimen, temiendo quizás que yo adquiera la facilidad *de encontrarlo en otros;* puesto que se me priva del favor de una acusación para arrebatarme la gloria de la de-

fensa y de la justificación, cedo á la mano invisible de alguna indefinible tiranía.

Mas no se dirá que yo la haré inútil á la República francesa. Es preciso que ésta sepa que la tiranía existe todavía, puesto que permanezco aherrojado, sin acusación, sin motivo y con la confesión de que no existe ningún cargo contra mí. Es preciso que los franceses, escapados de las cien mil bastillas de la tiranía decemviral, sepan que estas bastillas les aguardan, y que están dispuestas á abrirse de nuevo para ellos, si es posible que un hombre justo esté todavía encerrado en ellas arbitrariamente. Es preciso que sepan que el peso de mis cadenas gravita sobre ellos tanto como sobre mí; y que, en fin, todo el cuerpo social se halla atacado, si hay un culpable impune, ó un inocente ilegalmente abrumado de cadenas.

La máxima execrable de los Couthon y Robespierre, *que el interés individual debe sacrificarse al interés público*, es la base sobre la cual fundaron ellos la tiranía. Es el infernal axioma con el cual los Tiberios y los Felipes II de Castilla llegaron, antes que ellos, á sojuzgar y ultrajar la mayor parte de la especie humana. He sabido que ciertos miembros de la Junta de seguridad general, á falta de causas legítimas, habían dado por motivos de mi detención semejante doctrina, que ellos llaman *política*, y que pretenden apoyar en mi calidad de *extranjero*. [*]

[*] Sea como fuere considerado, no es más español un habitante de *Caracas* ó de *Lima*, que inglés un habitante de *Connecticut* ó de *Boston*.

Desde luego, en virtud de qué ley se me concede el título de *ciudadano francés*, cuando se trata de hacer pesar sobre mi cabeza los compromisos sagrados que encierra; y cuando se ha reconócido que los he cumplido con exactitud, y que se trata de perseguirme, se me despoja de ellos para sustituirlos con el de *extranjero*. ¿No seré yo, pues, francés sino para cumplir los deberes de tal? ¿Y puedo cesar de serlo cuando se trata de reclamar los derechos? [*]

Si fuese verdad que el buen éxito de la libertad pública estriba en la pérdida de mi libertad personal, los sacrificios que ya le he hecho prueban que sería todavía capaz de esta nueva abnegación; pero como el simple buen sentido dice á gritos que esta pretendida razón de estado no es sino el pretexto de una persecución, me permitiré refutarla con la más grave y sana autoridad en punto á democracia. J. J. Rousseau es quien habla:

"Es menester no creer que se pueda ofender ó cortar un brazo, sin que la cabeza sufra dolor; ni es más creíble que la voluntad general consienta en que

[*] Me comprometí por juramento á servir la República, al alcance de mis conocimientos, y á exponer mi vida en defensa de sus intereses. *Ella* me prometió formalmente recompensar mis servicios con su estimación y con un sueldo honroso. ¿He cumplido yo mis compromisos? Un tribunal y dos juntas de la convención lo han declarado unánimemente. ¿Y cuál ha sido mi recompensa? Una atroz persecución de veinte y dos meses y una larga y cruel prisión, *por medida de seguridad general y sin causa*, contra un hombre que ha merecido bien de la patria! Increíble es esto, y sin embargo nada es más verdadero.

un miembro del estado, sea cual fuere, hiera ó destruya á otro, que lo es el que los dedos de un hombre en el uso de su razón, vayan á sacarle los ojos. La seguridad particular está de tal modo ligada con la confederación pública, que sin las consideraciones que se deben á la debilidad humana esta convención quedaría disuelta por el derecho, si pareciese en el Estado un solo ciudadano á quien se hubiera podido socorrer; si se retuviese sin razón á uno solo en prisión y se perdiese un solo pleito con una injusticia evidente; porque, infringidas las convenciones fundamentales, no se ve ya qué derecho, ni qué interés podría mantener al pueblo en la unión social, á menos que no estuviese retenido por la sola fuerza que produce la disolución del estado civil.

"En efecto, el compromiso del cuerpo de la nación ¿no es el de proveer á la conservación del último de sus miembros con tanto cuidado como á la de los demás? Y la salud de un ciudadano ¿afecta menos la causa común que la de todo el Estado? Dígasenos que es bueno que uno solo perezca por todos y admiraré esta sentencia en la boca de un digno y virtuoso patriota que se consagra voluntariamente y por deber á la muerte, por la salud de su país; pero si se entiende que sea permitido al gobierno sacrificar un solo hombre al bien de la multitud, tengo esta máxima por una de las más execrables que haya inventado jamás la tiranía; la más falsa que se pueda presentar; la más peligrosa que pueda admitirse; y la más directamente opuesta á las leyes fundamen-

tales de la sociedad. Lejos de que uno solo deba perecer por todos, todos han comprometido sus bienes y su vida en defensa de cada uno de ellos con el fin de que la debilidad particular estuviese siempre protegida por la fuerza pública, y cada miembro por todo el Estado. Después de haber, por suposición, suprimido del pueblo un individuo tras otro, estrechad á los partidarios de aquella máxima para que expliquen mejor lo que entienden por *cuerpo del Estado*, y veréis que lo reducen al fin á *un pequeño número de hombres, que no son el pueblo, sino los oficiales de éste*, y que habiéndose obligado bajo juramento particular á perecer ellos mismos por su salud, pretenden por lo mismo que es él quien debe perecer por la salud de ellos." [Discurso sobre la economía política.]....

Sin embargo ¡extraña paradoja! ¡bárbara contradicción! el hombre que desde hace veinte años confiesa públicamente la libertad á que sirve y por ella ha hecho en todas partes el sacrificio de riquezas y dignidades las más propias para halagar el orgullo y la ambición de los hombres; que no ha dejado de visitar uno solo de los pueblos libres de la tierra y en todos ha vivido algún tiempo, consultando á los legisladores y á los sabios para instruirse en su importante ciencia; que cuenta á sus amigos entre estos grandes hombres y á sus enemigos entre los déspotas; que es notoriamente conocido en toda Europa y América por uno de los más ardientes partidarios de la libertad; que perseguido por el despotismo español, de un polo á otro, vino á Francia llamado para defender esta libertad santa, y que en efecto la ha de-

fendido en cuanto le ha sido posible: inconcebible singularidad es que este mismo hombre sufra desde hace diez y ocho meses la más horrible persecución en el hogar francés y en nombre de la misma nación por la cual ha combatido exponiendo la vida, no solamente sin que la calumnia haya podido presentar, durante estos diez y ocho meses, una sola prueba en su contra, sino que, por el contrario, existen en su favor gran número de las más honrosas! [*]... Si yo fuera prisionero de guerra me quejaría altamente de tal persecución: ¡con mayor motivo habiendo merecido bien de la República! La historia nos muestra en los primeros romanos los más hermosos modelos de un pueblo libre y republicano. "¡Con cuánta magnani-" midad, después de las grandes calamidades de la Repú-" blica, se cuidaban de colmar de gratitud á los *extranje-*" *ros*, ciudadanos, esclavos, y *hasta á los mismos animales*" que durante sus desgracias les habían hecho servicios" señalados!" Ella nos enseña igualmente, para vergüenza de otra nación célebre y rival del mismo pueblo, que habiendo alistado á su servicio en un momento de angustia al griego *Jantipo*, *hábil general* que llegó por su

[*] En la época de la sentencia de los veintiún diputados, la Junta de Seguridad General ordenó el examen de todos mis papeles, los cuales están en casa del ciudadano Barrois el mayor; entre ellos se encuentra un diario exacto de mi vida desde la adolescencia, con la relación de mis viajes durante doce años: la simple lectura de este documento bastaría para avergonzar á la calumnia misma y haría ver que soy el más constante y fiel amigo de la libertad. Examinados minuciosamente mis papeles, no se halló sino *la invariable prueba de mi apasionado amor por la libertad, y de mi afición á las artes.* [Tales son las expresiones textuales de los comisarios examinadores del tiempo de Robespierre.]

talento militar á servirle con mucha utilidad, éste fué de tal manera recompensado que, después de haber recibido demostraciones de reconocimiento en los primeros momentos de alegría pública, fué llevado en triunfo por el pueblo; pero que pocos días después, habiendo tomado la resolución de retirarse á su casa, en Grecia, en navíos cartagineses, fué ahogado en el mar con perfidia inaudita, por orden secreta del mismo gobierno. Inspira tánto horror semejante política, que el mismo historiador añade: "Tal maldad no me parece creíble ni aun en car-" tagineses."

Pues bien, ciudadanos, ¿qué diréis al leer lo que ha sucedido conmigo? Os protesto que no ya una vez sino diez hubiera yo cambiado mi suerte por la de ese griego infortunado, antes que soportar los tormentos que he sufrido y sufro todavía en este momento. Si Jantipo tuvo la desgracia de que le arrebatasen la vida, cosa tan común en la profesión de las armas, tuvo también la dicha de que se le dejase su honor y reputación sin mancha, objeto mucho más precioso para un militar y para todo hombre libre. ¿Hubiera podido yo esperar que, en lugar de la *magnanimidad romana*, hubiese encontrado la *fe cartaginesa* en la nación más civilizada, quizás, de la tierra?

¡Ah! no se diga que esto es efecto de una tiranía que se ha destruido. Ello puede ser cierto hasta el 9 de Termidor; pero después que se han abierto las bastillas, y que hasta á los asesinos públicos se les concede [lo que es justo] las formas prescritas por las leyes para su defensa ¿por qué continuar en rehusármelas? De esto me quejo altamente á los representantes de la nación, y sobre

ello reclamo la atención de todos los pueblos de la tierra. No pido gracia á la Convención. Reclamo la más rigurosa justicia, tanto para mí, cuanto para los que han osado, por un doble atentado, comprometer la dignidad del pueblo francés envileciendo su representación nacional.

F. MIRANDA.

VIII

Miranda al Consejo de los Quinientos.—Miranda al Poder Ejecutivo.—Destierro de Miranda.

Miranda al Consejo de los Quinientos.

Ciudadanos Legisladores.

Cuando una causa de conspiración contra la seguridad pública ha sufrido dos discusiones en el Cuerpo Legislativo, y por lo tanto revestido carácter de notoriedad, importa que su resultado sea conocido tanto del legislador como del público.

Habiendo comunicado el Directorio Ejecutivo, según acuerdo del 26 de Brumario, al Consejo de los Quinientos que *no poseía dato alguno ni estaba en conocimiento de las circunstancias que se relacionaban con mi*

arresto, y pasada dicha comunicación á la orden del día, el Directorio, ateniéndose al artículo 145 de la Constitución, pero con dilaciones contra las cuales en vano reclamé, ordenó, el 4 de Frimario: "que fuese yo arrestado incontinenti; que mis papeles, puestos bajo sello, fueran perentoria y escrupulosamente examinados, y que los que pareciesen sospechosos se entregasen al comisario de policía, ante el cual debía yo comparecer para que se me siguiese causa."

Esta resolución se ejecutó al punto con todo rigor, pero en contradicción con la libertad.

Fuí arrestado, en efecto, el 6 de Frimario, á las once de la mañana; y del examen de mis papeles, que se practicó en seguida, resultó *que no había en ellos cosa reprochable*, tal como aparece en el proceso verbal cuya copia acompaño. No obstante, el mismo día y cuando, no digo pruebas, pero ni leves indicios se habían encontrado que obrasen contra mí, se me condujo como reo de conspiración á la casa de corrección de Plessis.

El artículo 145 de la Constitución, á que se refiere el Directorio, dice así:

"Si el Directorio tuviese noticia de que se urde alguna conspiración contra la seguridad interior ó exterior del Estado, podrá hacer comparecer, interrogar y arrestar á los que resulten cómplices ó fautores de aquélla; pero debe ponerlos dentro de cuarenta y ocho horas á disposición del comisario respectivo, para seguirles causa, si hubiere lugar, so pena de incurrir en el delito de detención arbitraria."

Estaba, pues, obligado el Directorio Ejecutivo, *so pena de incurrir en el delito de detención arbitraria*, á ponerme á la disposición del comisario de policía dentro de *cuarenta y ocho horas*, según el tenor de la ley.

Pues bien, no obstante dicho artículo, pasaron hasta cuatro días sin que tuviese yo noticia ni del comisario de policía, ni del interrogatorio; al fin, el 10, y después de un interrogatorio de pura fórmula, vista la declaración que había hecho con fecha 26 de Brumario el Directorio, y la del 6 de Frimario, al allanar mis papeles, fuí puesto en libertad.

Como se ve, no hubo motivo alguno que justificase mi detención; pues ni de un solo dato, ni de hecho alguno, ni de mis papeles, ni del interrogatorio que se me hizo, resultá contra mí siquiera sospecha de culpabilidad. Y hé aquí, ciudadanos legisladores, la contestación que me cumple dar, como inocente, á los osados detractores que con avilantez y calumnia quieren vilipendiar mi honradez y probidad.

Empero, lo que importa más, y de lo que más me quejo, es de que se *hayan violado en mi persona las garantías que otorga la Constitución*. Lejos de mí la venganza personal, ni la recriminación á tal ó cual persona, siquiera sea del Directorio Ejecutivo, ó á quienquiera sea culpable de la violación que aquí denuncio! Sólo me preocupo del interés general puesto en peligro con la persecución particular que se ha cebado en mí; pues se sabe que por desafueros contra la libertad individual es por donde comienza á prevalecer la tiranía; no importa averiguar quién es el culpable: basta saber que

han sido violados mis derechos y falseada la Constitución.

Con efecto, sin escudriñar lo que hizo el Poder Ejecutivo durante cuatro días y medio con relación á mi arresto, ni si lo debía verificar en cumplimlento del artículo constitucional á que se refiere, sobre todo cuando no tenía noticias de mi detención ni de las causas que la hubiesen motivado, y cuando del examen de mis papeles no se podía deducir ningún delito: lo procedente, según la Constitución, era que se me hubiese puesto á disposición del comisario de policía para ser interrogado dentro de 48 horas, y no cuatro días después como se hizo.

Hé ahí, pues, flagrante la violación de la Constitución que está obligado á mantener y á hacer respetar el Directorio; porque de su estricto cumplimiento depende la libertad civil del pueblo francés.

Cúmpleme declarar que á nadie acuso porque sólo á vosotros legisladores corresponde designar quién sea el delincuente: á mí no me toca sino denunciar el delito; y me complazco en añadir que, si bien el Directorio ha faltado á su deber, no ha sido por ignorancia de su parte, puesto que por el mismo artículo cuya violación denuncio fuí privado de mi libertad; pero ¿adonde llegaríamos ¡gran Dios! si el Directorio Ejecutivo, encargado de vigilar el cumplimiento de la Constitución, pudiera impunemente hallarla?.... *seríamos constitucionalmente esclavos del Poder Ejecutivo, como lo fuimos revolucionariamente de Robespierre.*

[Monitor del 20 de Frimario, año IV [11 de dic. de 1795.]

Miranda, general de los ejércitos de la República Francesa, al Poder Ejecutivo.—Du Mesnil, 25 de Frimario, año IV de la República Francesa, una é indivisible.

Ciudadanos, si desdeñé el inútil guardián que me disteis para obligarme á salir de Francia en el término de tres días, *conducido de un puesto de gendarmería á otro* como criminal, en el *supuesto de no haber cumplido la ley del 23 de Mesidor contra los extranjeros*, y porque según el parecer del ciudadano Letourneur de la Mancha, *yo hacía mucha sombra al Directorio:* confieso que obré así por dos motivos, que vosotros mismos, ciudadanos, habréis de aplaudir.

Quise tomarme el tiempo necesario para arreglar mis asuntos particulares y cancelar las deudas que había contraído en los tres años que estuve preso ó perseguido; persecución y cautiverio con que el gobierno revolucionario remuneró mis servicios, sin pagarme mis sueldos, ni devolverme mis propiedades de las cuales se había arbitrariamente apoderado: yo tenía la persuasión de que tal debía proceder un hombre honrado, al dejar el país donde fijó su residencia. Sospeché, además, que debía daros tiempo suficiente para subsanar el error en que habíais incurrido con respecto á mi persona, seguro de que vosotros mismos os apresuraríais á reparar esta injusticia no premeditada.

Hoy cuando muchos miembros del gobierno ante-

rior os dan testimonio de que al promulgarse la ley contra los extranjeros no solamente me presenté ante el Consejo que debía ejecutarla, para pedirle mi pasaporte, sino que éste me fué negado *por unanimidad*, alegándose que tal ley no me concernía, visto que era yo uno de los más antiguos generales, empleado público, aunque no en ejercicio; que había comandado con buen éxito los ejércitos durante tres campañas; que había prestado importantes servicios á la República; que sería irrisorio calificarme de *general de ejército* y luego descargar sobre mí toda responsabilidad, haciéndome juzgar por un tribunal revolucionario, y calificarme de *ciudadano francés para reducirme á prisión como medida de seguridad pública y sin causa justificada*, durante veinte y dos meses, y luego no reconocer en mí sino un *advenedizo* para desterrarme del país por *sospechoso*, sobre todo cuando estaba yo ligado á Francia por virtud de un pacto recíproco y formal: hoy, repito, y en conocimiento como estáis de los hechos referidos, me parece imposible que dejéis de reconocer cuán infundado fué para conmigo vuestro anterior procedimiento.

En cuanto á la inculpación que arroja sobre mí el ciudadano Letourneur de la Mancha, os confieso que no alcanzo á discernirla bien; pues no sé qué especie de sombra puede hacer á un gobierno libre aquel que se precia de amante de la libertad y ajeno de bandería, ni toma parte en los negocios públicos, ni ambiciona ningún empleo; sino que, antes bien, aspira sólo á vivir bajo el seguro de la amistad y en

medio de la filosofía, las letras y las artes. Y más aún, cuando el mismo gobierno, por boca de sus magistrados, acaba de aseverar que mi *conducta es irreprochable, según la ley.*

Sin embargo, ciudadanos, ya que *hago sombra* al Directorio, no os pido que retiréis vuestro decreto. En cuanto al *ostracismo* á que virtualmente me condenáis, sólo quiero evitar lo ultrajante de la forma al tratarse de un ciudadano *irreprochable. Hago sombra* al Directorio; y salgo de Francia con la alta satisfacción de haber probado de un modo brillante que no sólo no ataco su libertad, sino que ni la sospecha admito de que tal sea mi intención.

Pido en consecuencia: 1º, pasaporte para Copenhague, ciudad neutral y amiga de Francia.

2º El pago previo de las sumas que el Estado me adeuda, tanto en papel moneda, como en numerario, según documentos que poseo y que están secuestrados en tesorería; la devolución de mis caballos, coches y demás efectos de que se apoderaron los agentes revolucionarios, propiedades que me han sido reconocidas por resoluciones legales del gobierno.

3º Por último, pido que se me conceda tiempo suficiente para arreglar mis asuntos, encajonar mis libros y algunos objetos artísticos; reservando para otra ocasión reclamar los derechos que me corresponden por virtud del pacto inviolable que con Francia tengo celebrado y por los servicios que ella me debe.

[*Monitor, del* 4 *de enero de* 1796.]

Destierro de Miranda.

A mayor abundamiento, y como testimonio de las sanas intenciones del Directorio para con Miranda, debe leerse la carta que copiamos á continuación. Por su contexto se verá que apenas se encontró fuera del territorio francés, de donde el Directorio quiso expulsarlo á todo trance, [véase la resolución á que se refiere Champagneux, y la proscripción general del 18 de Fructidor, año V] *cuando fué puesto su nombre en la lista de los emigrados* para que no volviese más á Francia. No obstante, Bonaparte, ya Primer Cónsul, no quiso conllevar tan notoria injusticia y le permitió volver á París en 1800. Dejó Miranda á París poco tiempo después; pero de propia voluntad. [*]

El Ministro de la Policía General al Prefecto del Departamento de los Dos Nethes.

París, á 27 de Brumario, año 9
de la República, una é indivisible.

Me informa V., ciudadano Prefecto, en carta del 12 del corriente mes, que el *General Miranda, inscrito en la lista de los emigrados*, se encuentra de nuevo en Francia.

Encargo á V. que lo haga salir perentoriamente de la República, que tome las medidas necesarias para ello, y que me dé cuenta del cumplimiento de esta orden.

El Ministro de Policía,

[Firmado] FOUCHÉ.

---

[*] Antepara, página 269.

IX

Escrito de Miranda, publicado en París en 1795. [*]

—

Opinión de Miranda sobre la situación actual de Francia y los remedios convenientes á sus males.

> Sed ea animi elatio, quæ cernitur in periculis et laboribus, si justicia vacat, pugnatque non pro salute communi, sed pro suis commodis, in vitio est: non enim modo id virtutis non est, sed potius immanitatis, omnem humanitatem repellentis.
>
> Cic. Offi. Lib. I. Cap. 19.
>
> El valor que se muestra en los peligros y en los trabajos es un vicio, si la justicia no lo acompaña, si el interés particular, y no la salud de la Patria, es el motivo que le hace obrar; entonces, lejos de ser virtud, sólo es fiereza que se opone á todo sentimiento de humanidad.

El primer deber de todo buen ciudadano es el de ocurrir al socorro de la Patria en peligro. Después de

[*] En la edición francesa de esta obra, en el capítulo IX, figura parte de un estudio que escribió Miranda en París, en

las terribles convulsiones causadas por el despotismo y la anarquía que han puesto á la Francia en el borde del precipicio, la única esperanza que queda á la nación, y al gran número de amigos que la libertad cuenta entre sus hijos, es la unión íntima de los hombres virtuosos é ilustrados que pueden salvarla por medio de sus luces y energía. Pueda la magnanimidad de aquellos que como yo han sido víctimas del terrorismo, olvidar sus ultrajes, y sacrificando sus resentimientos individuales al interés general, sostener la libertad tan peligrosamente amenazada.

1795, con el siguiente título: "Sobre la situación actual de Francia y los remedios convenientes á sus males." Miranda no insertó en el volumen de Antepara sino un fragmento de su estudio, que él mismo tradujo al español, y que apareció en El Patriota de Venezuela de 1811, número 2, de donde lo tomamos para que figure en la edición española de "Miranda dans la Révolution Française." El Patriota acompañó la publicación del estudio de la siguiente nota:

"El pequeño opúsculo que presentamos traducido, es la "opinión que el ciudadano General Miranda dió á la Francia "el año de 95, cuando esta nación, despedazada por la tiranía "de Robespierre y sumergida en la anarquía por la facciones "que la dividían, titubeaba sin encontrar base sólida de go- "bierno sobre qué apoyarse. Entonces este corifeo de la li- "bertad, olvidando los resentimientos que debían animarle con- "tra un pueblo que había pagado tan mal sus servicios y que "no tenía en consideración el haber combatido por la defensa "de sus derechos, tomó la pluma para estampar estos princi- "pios que son los cimientos de la libertad civil y política de "los pueblos. Creemos, pues, que en hacerlos conocer hare- "mos un servicio á todos cuantos buenos ciudadanos se ocu- "pan en la investigación de tan importante materia."

La PAZ y un GOBIERNO: tal es el objeto de todos los votos.

Jamás concurso tan unánime de voluntades ha expresado más decididamente la necesidad de un pueblo entero.

Los desgraciados acontecimientos de la revolución han producido el bien de que habiendo llegado á ser el interés público el de mayor entidad para cada miembro del cuerpo social, ningún otro le es ya desconocido. Las personas y las propiedades han sido tan repetidas veces presa de las violencias públicas y privadas, que aun los más fríos egoístas conocen la necesidad que hay de una autoridad protectora, y de una organización que se componga de diferentes poderes, de suerte que los ciudadanos nada tengan que temer de la arbitrariedad de su ejercicio.

En el fondo, pedir la paz es querer un Gobierno. Las potencias extranjeras no tendrán ninguna confianza en nuestros tratados mientras que una facción sustituyendo á otra pueda anular lo que ésta haya estipulado. Así es que solamente por una sabia división de los poderes podrá dársele estabilidad al gobierno. Todas las autoridades constituidas vienen á celarse mutuamente, porque todas se interesan en la permanencia de la constitución de que ellas emanan, y por esto es que todas se ligan contra cualquiera que quisiere atacar á una de ellas. Mas al contrario si todos los poderes se concentran en un solo cuerpo, se arrogará siempre la autoridad de la masa entera y bastará á una facción dirigir sus tiros á esta masa soberana de hecho para hacer una

revolución. El 31 de mayo, y el 9 de Termidor han dejado subsistir la misma Convención Nacional, y sin embargo ambos han mudado la faz del Estado, porque ambos hicieron mudar de mano al poder.

La espantosa tiranía de Robespierre y de la antigua comisión de seguridad pública no fué producida sino por esta fatal confusión de los poderes, y es bien notable que el principio de las iniquidades y asesinatos se debe fijar en la época en que la Convención, transfiriendo toda su fuerza al comité de salud pública, hizo desvanecer enteramente la fantasma del poder ejecutivo, que aunque sometido y dependiente de los caprichos del legislador, no obstante le oponía aún una débil barrera. Este se apoderó bien pronto del poder judicial que la Asamblea había ya usurpado en una grave circunstancia. La Convención, ó por la influencia del Junta, ó por sí misma, dictaba los juicios; y hasta la sombra de la libertad civil y política, desapareció de este territorio desgraciado.

Seis años de revolución nos excusan de ir á buscar en la historia de los pueblos los males producidos por la confusión de los poderes; nosotros hemos cometido los más horribles crímenes, y hemos sufrido desgracias las más inauditas de cuantas nos han trasmitido los anales del mundo, sin otra causa que porque la Constitución se arrogó una plenitud de poder más grande que la que un tirano haya gozado. Los que han tiranizado á los pueblos han sido detenidos, ó por las costumbres, ó por las leyes, ó por las creencias del pueblo á quien dominaban; pero la Con-

vención, al contrario, queriendo mudarlo todo, y trastornando todos los principios, nada respetó, no se detuvo por dique alguno, ni retardó por ningún obstáculo; y este cuerpo tiránico acabó por despedazar todo cuanto no se doblegaba, y destruir todo lo se oponía á sus designios.

> Les lois étaient sans force, et les droits confondus;
> Ou plutôt en effet, l'Etat n'existait plus.

La revolución feliz del 9 de Termidor vino á disipar el caos; pero cuando la luz disipó las tinieblas, vieron todos con espanto la extensión de los males, y la insuficiencia de remedios. Las relaciones de la sociedad estaban desordenadas, sus lazos relajados, la seguridad personal no tenía garantía alguna, ni la propiedad base sólida. La fuente de las riquezas nacionales estaba agotada, y sus canales obstruidos, separados ó rotos. Todo cuanto el Estado tomaba con una mano, lo disipaba con la otra. Tales son los efectos de la tiranía, y tales las consecuencias de la confusión de los poderes.

Para volver pues á los principios de que tan horriblemente nos hemos separado, conviene seguir una carrera inversa. Es necesario que la libertad los divida escrupulosamente y haga desde luego imposible esta monstruosa confusión, y hé aquí el primer paso que se ha de dar para el restablecimiento del orden.

Dos condiciones son esenciales para la independencia absoluta de los poderes; la 1ª, que la fuente de donde ellos emanen sea *una*; la 2ª, que velen continua-

mente los unos sobre los otros. El Pueblo no sería soberano si uno de los poderes constituidos que le representan no emanase inmediatamente de él, y no habría independencia si uno de ellos fuera el creador del otro. Dad al Cuerpo Legislativo, por ejemplo, el derecho de nombrar los miembros del Poder Ejecutivo, y ejercerá sobre ellos una funesta influencia que hará desaparecer la libertad política. Si nombra los jueces tendrá igualmente influencia sobre los juicios, y sucederá lo mismo con la libertad civil. Así es que en la Inglaterra, en donde el poder ejecutivo tiene una influencia notable sobre el legislativo, la libertad política está considerablemente disminuida. El poder judiciario, aunque elegido por el ejecutivo, está al abrigo de su perniciosa influencia, porque el Pueblo compone el Jurado, y los jueces son inamovibles; por esto es que allí la libertad civil no ha recibido ningún choque.

Solamente el poder ejecutivo debe tener agentes para el ejercicio de las funciones que se le han confiado, y por consiguiente debe nombrarlos. Como las de los otros poderes no pueden delegarse, es de su esencia el no tener la facultad de nombrar ningún empleado. Sería un absurdo pretender que el poder legislativo nombrase los ministros del tesoro público, pues que todo cuanto pertenece á la hacienda del Estado no es más que una función puramente administrativa, y por consiguiente pertenece al poder ejecutivo, ó á los agentes á quienes éste nombre, bajo su más estricta responsabilidad.

Hay más de un siglo que la Inglaterra confía sin in-

conveniente alguno al poder ejecutivo el derecho de la administración del numerario producido por las contribuciones públicas, y á pesar de que la corona ha abusado muchas veces de su lista civil para hacerse criaturas en el Parlamento, los fondos del Estado jamás han sido mal administrados. Los americanos han encargado igualmente esta función al poder ejecutivo, y Hamilton, nombrado por el Presidente de los Estados Unidos, ha hecho conocer que es un ministro no menos íntegro que hábil administrador. Su talento y operaciones han restablecido de tal suerte el crédito público que el papel-moneda americano era despreciado en la época de la celebración de la paz hasta el punto de no valer sino por diez por ciento, y llegó á valer después de la constitución actual hasta ciento veinte y siete por ciento: fenómeno que sorprende á todos aquellos que se detienen en contemplar los efectos sin examinar las causas.

Los poderes deben velarse y contenerse recíprocamente, y ninguno de ellos debe atribuirse exclusivamente este celo, supuesto que todos son nombrados por el soberano. Si la confianza que éste ha hecho de todos es igual ¿por qué se ha de suponer que uno de ellos sea infalible é incapaz de ser corruptible, mientras que los otros se consideran sujetos al error y á la depravación? Tal es no obstante el absurdo sistema de aquellos que suponen al poder legislativo el observador nato de las operaciones del ejecutivo, y que no consideran en éste derecho alguno de inspección sobre aquél. Los que así juzgan se olvidan sin duda de que los tres poderes son como centinelas avanzadas para velar por la seguridad del Estado, y que si

una de ellas se extravía de sus funciones, las otras dos deben dar el alarma, para que el pueblo así advertido provea á su salud y á su seguridad. No es verosímil que tres poderes independientes y celosos se reúnan jamás para hacer traición á los intereses del soberano, y así es que sobre esta probabilidad moral se ha fundado la seguridad del ciudadano con respecto á la libertad civil y política.

Un legislador debe ser sin duda inviolable por sus opiniones, y no habría libertad en la nación en la que un miembro del cuerpo legislativo pudiera ser atado por lo que hablase ó escribiese durante el ejercicio de sus funciones.

¿Pero se deduce de esto que el poder ejecutivo no deberá denunciar al pueblo entero las tentativas del cuerpo legislativo, cuando éste quiere traspasar sus funciones, y mezclarse en las de la ejecución, y de este modo atentar contra la libertad política? Yo no lo creo, y juzgo que es bien difícil defender tan extraña teoría.

La fuerza del poder ejecutivo debe estar en razón directa de la libertad del pueblo y del número de los ciudadanos. Todos los políticos convienen en que cuanto más numerosa es una nación, tanto más fuerte debe ser el poder encargado de la ejecución de las leyes; mas no todos están de acuerdo en la necesidad que hay de darle más vigor, á medida que los ciudadanos gozan de mayor latitud en el ejercicio de su libertad, y hay no obstante una verdad que es evidente por sí misma, á saber: que la actividad de los hombres crece en razón de su libertad civil, y que es

por consiguiente necesaria una suma mayor de fuerzas represivas para contenerlos si se apartan de la senda de la razón. Entre las pueblos libres el ciudadano obra enérgicamente y puede hacer todo lo que no viole el derecho de otro, así es que se necesita una gran fuerza de represión para que no pase esta barrera.

Queriendo, pues, la Francia ser la más libre y más numerosa de cuantas repúblicas han existido, es necesario darle el más vigoroso y más firme de los gobiernos, si no se quiere que sea al instante derruído por la acción destructiva que el pueblo ejercerá continuamente contra él. Resulta de esta verdad que el poder ejecutivo de la República francesa no debe ser compuesto de un gran número de miembros, porque como lo ha hecho conocer muy bien Rousseau: *La fuerza de todo gobierno está en razón inversa del número de los gobernantes.* Para responder á los que creen necesarios talentos extraordinarios en las personas que deben encargarse de esta importante función, observaremos que ni el genio ni los talentos eminentes deben considerarse como cualidades esenciales y propias de los miembros encargados del poder ejecutivo, sino la *prudencia*, y la *justicia*. El Presidente de los Estados Unidos [á quien conozco personalmente] no ha obtenido la confianza de sus conciudadanos por cualidades brillantes, que no tiene, sino por su consumada prudencia y la rectitud de sus intenciones. Esta prudencia, esta rectitud de juicio es la que le ha dictado la elección de agentes tan hábiles é ilustrados, y que han contribuido tan eficazmente á consolidar la libertad y felicidad de su país.

Uno ó dos hombres de bien á la cabeza del poder ejecutivo, que deseen ardientemente la felicidad de la nación, y que escojan seis ministros de probidad y talento, tendrán todo lo necesario para cooperar eficazmente al establecimiento sólido de la libertad y de la dicha del pueblo francés.

También es de la mayor importancia que no sea una sola cámara ó parte del cuerpo legislativo ó de la representación, la que tenga la iniciativa ó derecho de proponer las leyes, mientras que la otra esté privada de él; pero en caso de que se quisiese absolutamente adoptar este sistema, debería ser más bien al senado ó consejo de los ancianos á quien se concediese esta prerrogativa, como á un cuerpo envejecido en el conocimiento de los negocios, instruido y maduro por la edad, que no á la cámara ó consejo de los quinientos á la que no se le suponen todas estas cualidades.

En Atenas el senado solo proponía las leyes, y la asamblea del pueblo las adoptaba ó rechazaba. En América el senado goza de los mismos derechos que la cámara de los representantes, que á imitación de los Comunes de Inglaterra, tiene el derecho exclusivo de proponer los *money bills* ó leyes sobre contribuciones. Esta excepción, excelente en un gobierno mixto como lo es el de Inglaterra, parece superflua en una república democrática como la de los Estados Unidos, en donde no debe temer el pueblo las imposiciones que quiera hacerle un cuerpo aristocrático. Así, pues, me parece mucho más conforme á los principios de la democracia

que representan estas dos cámaras y á la utilidad que debe resultar en la formación general de las leyes, que ambas tengan el derecho recíproco de proponerlas y sancionarlas.

PAZ

La confianza que las potencias extranjeras tengan en nuestro nuevo gobierno será el medio más seguro de entrar en conferencias que den la paz á la Europa y la tranquilidad al Estado; pero para obtenerla es preciso proclamar antes altamente los principios de moderación y de justicia que deben guiar á la nación francesa después que ha conseguido la libertad. La justicia es la que únicamente afirma los estados, pues naturalmente se forma una liga contra los pueblos usurpadores, del mismo modo que se reúnen los ciudadanos de un mismo país contra aquel que quiere usurparle sus derechos. La gloria de las conquistas no es digna de una república fundada sobre el respeto debido á los derechos del hombre y á las sublimes máximas de la filosofía. Los Alejandros, los Césares y sus semejantes serían en ella peligrosos ciudadanos; el filósofo apacible y el magistrado íntegro le son más necesarios, puesto que pueden servirla en todos tiempos.

La extensión de la Francia le ofrece medios más que suficientes para defender su libertad é independencia. Toda nueva adquisición no haría más que aumentar los embarazos del gobierno demasiado complicado ya en un país tan vasto y que apetece la forma democrática, y no produciría otra cosa que excitar contra ella, sin provecho alguno, el celo de todos sus vecinos.

La verdadera gloria de un pueblo libre consiste en su felicidad y seguridad, no en la vana gloria de las conquistas. Veamos cómo se expresa Rousseau sobre tan importante materia: "¡Grandeza de las naciones! extensión de los estados! Primero y principal origen de las desgracias del género humano, y sobre todo de las innumerables calamidades que minan y destruyen los pueblos civilizados. Casi todos los pequeños estados, sean repúblicas ó monarquías, prosperan por la misma razón que son pequeños, porque todos los ciudadanos se conocen y se observan, porque los jefes pueden ver por sí mismos el mal que se hace y el bien que se puede hacer, y porque sus órdenes se ejecutan á su vista. Los grandes pueblos agobiados por sus propias masas gimen, ó en la anarquía, ó bajo el yugo de los opresores subalternos que por una necesaria gradación es preciso que tengan. No hay otro que el Ser Supremo que pueda gobernar al mundo, y serían necesarias facultades más que humanas para gobernar grandes naciones."

Desaprobar altamente las exageradas pretensiones que el decemvirato presentaba como el voto de la nación; declarar que la Francia se circunscribirá á sus antiguos limites, añadiendo solamente algunas plazas de guerra que pongan su frontera al abrigo de todo insulto: hé aquí cuales deben ser las primeras operaciones diplomáticas del nuevo gobierno de la República francesa; y como la máxima es que ninguna potencia se mezcle ó tome parte en su régimen interior, también debe tener por principio el no ingerirse en el de los otros pueblos. Luxemburgo, Mons

Tournay, Nieuport, Kasserslantern, Gezmesheim y algunas otras plazas situadas en esta línea de defensa, harán nuestra frontera más fácil de defenderse, que si las extendiésemos hasta las márgenes del Rin. Los Alpes, los Pirineos, y el Océano deben ser por otra parte los límites de la Francia; y tomando siempre en las montañas la pendiente de las aguas por línea de demarcación, se deben declarar libres, independientes y amigos del pueblo francés todos los pueblos situados entre nuestras fronteras y las orillas del Rin. Estos pueblos formarán, por decirlo así, una doble barrera inaccesible á los ataques imprevistos de nuestros enemigos, y siendo garantida su independencia por la Francia y demás potencias beligerantes, se asegurará su tranquilidad. Entonces la libertad, bajo la protección de la Francia [como en otro tiempo en Holanda], producirá una mutación asombrosa en la dicha y prosperidad de estos pueblos simples é industriosos.

Se estipulará también una equitativa indemnización en favor de los soberanos que tienen posesiones de la parte de acá del Rin, y que serán indemnizados por los tres eloctorados de Maguncia, Tréveris y Colonia, que les serán cedidos en cambio del territorio que les pertenece sobre la orilla derecha del Rin. Suprimidos de hecho estos tres electorados, dejarán de ser parte del Colegio del Imperio. Pero como no es justo que individuo alguno sea despojado del goce de sus derechos, tanto cuanto sea compatible con el bien general, se concedará á los tres electores una renta

suficiente para vivir con decencia y dignidad el resto de sus dias.

Siendo la libre navegación de los ríos un derecho imprescriptible que la naturaleza concede á los habitantes de los países que ellos riegan, la del Lys, del Mosa, del Escalda, del Mosela y del Rin será común á la Francia y á todos los pueblos que tengan posesiones en la continuación de estos ríos, y podrán navegar libremente hasta la embocadura del océano.

Sin embargo, como la apertura del Escalda debe devolver á Amberes su antiguo explendor y atraer á este puerto el comercio y las riquezas de Amsterdam y de las otras ciudades, helvéticas y como la Francia no quiere perjudicar los intereses de sus aliadas, haría muy bien en ceder á los bátavos una parte del marquesado de Amberes, en cambio de la parte holandesa de la Flandes marítima, que por los tratados está ya reunida á Bélgica. Este cambio conciliaría los intereses y las ventajas de ambos pueblos.

Por lo que toca á nuestras colonias, como sus productos son tan interesantes á la Francia, y que en ello está fundado su comercio y manufacturas, ofrecemos algunas de nuestras islas menos importantes por la parte española de Santo Domingo y por Puerto Rico, que se nos cederán en cambio de las plazas fuertes que ocupamos en el territorio español. Por esta sola disposición indemnizaríamos á nuestros colonos desgraciados de las innumerables pérdidas que la tiranía les ha hecho sufrir. La cesión de estas dos posesiones debe ser tanto menos costosa á la España,

cuanto que ella no saca provecho alguno de estas dos islas, y por el contrario el mantenimiento de las guarniciones le cuesta considerablemente al estado por la falta de comercio y de industria. Hecho esto, se darían posesiones á aquellos hermanos nuestros á quienes el error de un momento, ó el terror de una atroz persecución, ha obligado á anexar su país, y que no habiendo tomado jamás las armas contra su patria expían con largas desgracias un error momentáneo. Por esta conducta se evitarían los funestos efectos que hizo sentir á la Francia Luis XIV por la revocación del edicto de Nantes, forzando á emigrar á países extranjeros una multitud de hombres industriosos, cuyo trabajo enriquecía á su país natal, que se resiente aún de su pérdida.

Una paz fundada sobre tales bases repararía de algún modo los males que los franceses han hecho á la humanidad, destruiría los funestos efectos producidos por el famoso tratado de Westfalia, y daría á la parte protestante de Alemania la influencia que debe obtener por su instrucción, su filosofía y su adhesión á los verdaderos principios de la libertad. En fin, el resultado de esta guerra será tan útil al género humano, cuanto los demás han sido funestos.

> Tunc genus humanum positis sibi consulat armis
> Inque vicem gens omnis amet.
>
> VIRG.

La suerte actual de la Polonia no debe ser un objeto indiferente para la Francia, pues su existencia política le toca mucho más de lo que se cree comunmente. Ade-

más, ella ha combatido valerosamente por la noble causa de la libertad, y animada por la Francia emprendió en el Norte una diversión en su favor. La alianza que acaban de formar la Rusia, el Austria y la Inglaterra, como también la conducta de la Prusia con respecto á la desgraciada Polonia, anuncian designios muy profundos y peligrosos para la Francia, y sería de la mayor importancia examinarlos cuidadosamente y prevenirlos con tiempo.

¡ Cuán respetable se haría la Francia el día en que, abandonando todas sus conquistas, estipulase el bien de la humanidad y preparase las vías de propagar la *sana libertad!* Franceses ! para vosotros está aún reservada tan envidiable suerte ! ¡ cumplid pues vuestros altos destinos ! La posteridad algún día pondrá en balanza los horrores de que os habéis hecho culpables con los bienes que debe producir la paz á los hombres, y os absolverá de vuestros crímenes en favor de estos beneficios.

Las potencias interesadas en esta gran mutación formarán un congreso para la disposición y ratificación de estos grandes intereses, que debiendo estrechar la mayor parte del contineute, servirá por decirlo así de base á su felicidad futura. Entonces sí que gozaréis por vuestra *sabiduría*, vuestra *moderación* y vuestra *justicia* de una consideración mucho más alta que aquella que os han producido vuestras proezas militares y la suerte precaria de las armas.

Después de haber admirado á toda la Europa por vuestro valor, la cautivaréis por vuestra equidad, y probaréis al Universo que no habéis combatido sino por la defensa de vuestra libertad, y que luego que la habéis salvado

del peligro, deponéis generosamente las armas, sin demandar grandes recompensas que tenéis derecho de exigir de aquellos que os han atacado con tanta injusticia, sin tener queja alguna que alegar contra vosotros.

HACIENDA

Uno de los más terribles males que afligen actualmente á la nación francesa, es el descrédito enorme de su papel-moneda. Cuantos sistemas se imaginasen para aproximar el valor nominal del papel de su valor real, serían ilusorios si no se establece definitivamente un gobierno sólido y estable; y aun cuando se haya hecho la paz con toda la Europa, el papel nacional no podrá adquirir su valor si no se ha dado bastante solidez al gobierno. La Francia se encuentra bajo muchos respectos en el mismo estado en que se hallaban los Estados Unidos de América al fin de su revolución.

El papel del congreso estaba entonces tan desacreditado como el nuestro, y no fué por cierto el tratado de paz é independencia el que restableció su valor, sino la constitución definitiva que aseguró á este pueblo el más alto grado de dicha y de libertad de que jamás nación alguna ha gozado. Las mismas causas producirán infaliblemente entre nosotros los mismos efectos. Una sabia constitución fundada sobre principios de filosofía y de justicia, un gobierno al abrigo del ataque de las facciones, volverán á ganar la confianza, y adquirirán el crédito que es necesario.

No es la riqueza de una nación la que inspira esta confianza, sino la justicia y la adhesión á los verdaderos

principios. En vano se mostrarán pomposos recursos, si no se prueba que la facultad de poder satisfacer á sus acreedores está acompañada de la voluntad firme de cumplir exactamente sus compromisos. La mala fe produce efectos más funestos que la insolvencia, porque un estado pobre puede enriquecerse y hacerse solvente; pero no es lo más ordinario que un gobierno injusto llegue á ser observador de sus promesas.

El crédito de un estado, como el de un particular, está fundado en pagar sus deudas y tener opinión. Son, pues, los elementos de este crédito la *solvencia* y la *buena fe*; mas ni el uno ni el otro tendrán una base sólida, mientras el estado no haya tomado una consistencia fija é invariable: es decir, en tanto que el gobierno no se haya constituido irrevocablemente.

A medida que un gobierno es menos arbitrario, más entera es la confianza de los que contratan con él, y la razón es la impotencia en que se encuentra de poder faltar á sus promesas. Esto es lo que ha hecho que el papel moneda de la América Septentrional sea preferible al de los demás países, y lo que ha establecido el crédito del de la Inglaterra.

Sin entrar en pormenores complicados del plan presentado por Hamilton al gobierno americano, y perfeccionado por los que añadió el Congreso, voy á exponer sumariamente las bases de esta excelente operación.

Hamilton comenzó por declarar que la nación se obligaba á pagar esta deuda, y que la justicia exigía cumpliese exactamente sus compromisos.

Después presentó un estado de la suma total de la

deuda consolidada que estampó en el gran libro de la Tesorería de los Estados Unidos. Propuso al mismo tiempo á los acreedores el cambio del valor numérico de su papel en los términos más ventajosos á ellos, de suerte que la mayor parte de su deuda les produjera un interés de seis por ciento por año, y el resto un interés menor, siendo el mediano de cuatro y medio por ciento; y haciendo ver al mismo tiempo que las rentas del Estado excedían el interés prometido, tranquilizó á los acreedores sobre la posibilidad de su pago. Se les permitió igualmente poder cambiar sus capitales, contra el crédito estampado en el gran libro de los estados, según el valor fijado anteriormente por las leyes de ellos, ó guardarlos para exigir el pago según los compromisos anteriores, luego que el estado, que aun no tenía los fondos suficientes para verificar los pagos, pudiera efectuarlo. Fué cosa bien notable que en el momento en que se conoció que la nación tenía medios para pagar puntualmente y asegurar á los acreedores tan alto interés, ninguno dejó de aceptar el cambio; y en un momento, como por encanto, las mismas deudas que estaban reducidas como se ha dicho anteriormente á un diez por ciento, ascendieron algunas semanas después á un ciento veinte y siete por ciento: lo que prueba demostrativamente que la buena fe y buena administración en un estado son garantes más seguros del crédito que sus riquezas ó su grandor. [*]

Por último, la paz, el establecimiento de un gobierno

[*] Los que quieran ver el pormenor de lo que acabamos de decir, podrán consultar el plan publicado por el Congreso, el año de 1767.

libre y vigoroso y el crédito público abrirán las fuentes de la prosperidad de nuestro país; y la Francia colmará de bendiciones á los hombres que después de tantos crímenes y desgracias encuentren la solución de este problema difícil: *Aliar la libertad de un pueblo con la calma y la tranquilidad.*

¡Ojalá puedan estas cortas reflexiones llamar la atención de los hombres instruidos sobre tan importantes materias; á fin de que profundizando mejor estos principios, y desenvolviendo sus ideas sobre la constitución conveniente á la Francia, le proporcionen la paz y tranquilidad que necesita para consolidar su libertad; y de este modo se establezca la felicidad futura de una nación inmensa que, por sus conocimientos, su gusto é industria ha tenido siempre una gran influencia sobre todos los pueblos, y debe también por consiguiente influir en la dicha del género humano.

"Tu Gale exemplo populos moderare memento."

FRANCISCO MIRANDA.

APENDICE

MIRANDA

JUZGADO POR HISTORIADORES FRANCESES.

J. B. Louvet de Couvray.

Biografía de Contemporáneos.

J. Michelet.

Luis Blanc.

LOUVET DE COUVRAY.

MEMORIAS.

Edición de Barriere.—París, 1863.

. . . . . .

. . . . . .

Acaeció después la jornada de Nerwinde, donde la derrota del ala izquierda acarreó la pérdida de la batalla. Oíd á Miranda: [*] os dirá que fué sacrificado

[*] Creo á Miranda absolutamente irreprochable y tenía que contentarme con decir tan sólo esto desde mis cavernas, en donde, desprovisto de todo socorro, escribía de memoria; pero á mi regreso he adquirido datos acerca de la controversia entre Miranda y Dumouriez. Me parece que los planes enviados por éste de París para su campaña de Holanda eran bastante aventurados, por lo que fueron á menudo modificados por Miranda, especialmente la empresa proyectada sobre la Zelandia. También parece que Miranda, como lo testifica la carta impresa en su correspondencia, tenía previstos, desde el 14 de febrero de 1793, los reveses experimentados poco después sobre el Roer, en lo que más tarde convino Dumouriez. Tan sabia como juiciosa fué la retirada que según disposiciones de Miranda efectuaron nuestros ejércitos por Lieja, Ruremunda y Grave, como la posición tomada por este general en Lovaina, detrás del Dyle, que permitía á un tiempo cubrir la Bélgica y recibir los refuersos que por la

por Dumouriez; oíd á Dumouriez: os asegurará que Miranda se dejó derrotar intencionalmente, para arrancarle la victoria. En cuanto á mí, sabedor de que la facción detestaba tanto al uno como al otro, me inclino á creer que fué ella, y sólo ella quien causó los desastres de aquel día decisivo; y todo inclina á poner de manifiesto que los primeros que en el ala izquierda, mandada por Miranda, gritaron, *Sálvese quien pueda*, y la desbandaron, fueron aquellos desorganizadores asalariados, los cordeleros, dignos emisarios de Marat y agentes de Lacroix.

[T. XII, páginas 248 y 249.]

---

frontera Norte aguardaba el ejército francés. Cierto es que si Dumouriez no hubiese abandonado dicha posición, para marchar contra los austriacos tan ventajosamente apostados en las alturas de Nerwinde, Landen y Leau, con fuerzas además tan notablemente superiores por el número, hubieran podido llegar á tiempo nuestros refuerzos, y según toda probabilidad habríamos vuelto á ocupar nuestra posición primera y rechazado al enemigo hasta más allá del Rin. Pero Dumouriez, temeroso de ver llegar una orden de prisión contra él, y sabedor además de que Miranda no transigía con los principios, á pesar de los lazos de su antigua amistad, se dió prisa á aventurar la batalla con la esperanza de imponerse á la Convención si era vencedor; y si vencido, unirse al enemigo para marchar aparentemente contra la Montaña, pero en realidad, contra algunos de sus jefes y la totalidad de la Gironda. Tanto los celos que atribuye á Miranda, como el desacuerdo que supone existir entre los generales antes de su llegada á Lovaina, han sido desmentidos, no sólo por su propia correspondencia, sino también por las pruebas que cursan en el proceso del General Miranda ante el Tribunal Revolucionario.

[*Nota de Louvet.*]

BIOGRAFIA DE CONTEMPORANEOS.

Diccionario histórico de hombres vivos y de hombres muertos desde 1788 *hasta nuestros días. Publicado bajo la dirección de los señores Rabbe, Vieilh de Boisjolin y Sainte-Preuve.—París*, 1834.

MIRANDA [Don Francisco de] oficial del ejército español, general de la República Francesa, y uno de los primeros fundadores de la independencia de América, nació en Caracas, el año de 1752, de una familia antigua, rica y considerada. Después de haber recibido los primeros elementos de educación, fué á España á la edad de 17 años á continuar sus estudios. Pronto entró al servicio militar, y obtuvo, por influencia de su familia, el grado de capitán.

Ávido de conocimientos, quiso ir á París, y pidió al efecto su licencia, la cual le fué rehusada. Decidido á instruirse á cualquier precio, el joven Miranda hizo llevar de Francia, á su costa, maestros de diversas ciencias cuya enseñanza era imperfecta entonces en España, y se entregó con ardor extremado al estudio de las matemáticas y de las lenguas vivas. Hizo llevar también de París un gran número de libros que la Inquisición le secues-

tró. A pesar de este contratiempo, que Miranda supo reparar oportunamente, adelantó sus trabajos sin descuidar el servicio militar.

Encontróse más tarde en el sitio de Melilla, sobre la costa de Marruecos, é hizo parte del cuerpo español que fué á la América del Norte á cooperar con el ejército francés, á las órdenes del Mariscal Rochambeau, al establecimiento de la independencia de los Estados Unidos. Redobló en aquella época sus esfuerzos para ponerse al nivel de los oficiales ingenieros franceses cuya sociedad cultivaba, mientras que sus conversaciones con los principales personajes, con los fundadores de la Confederación americana, desarrollaban en él grande entusiasmo por la libertad y un deseo muy pronunciado de no economizar sacrificios para alcanzar la independencia de su patria de la opresión de España y de su régimen déspótico. Entre los hombros ilustrados y virtuosos que frecuentaba Miranda se encuentran King y el coronel Hamilton. En la intimidad de estos hombres ilustres adquirió sólidas máximas sobre las instituciones republicanas, de las cuales no se apartó nunca.

Concluida la guerra de los Estados Unidos, Miranda dejó el servicio militar. Recorrió la Europa para instruirse más todavía y para buscar los medios de ejecutar el proyecto que había concebido de hacer la América independiente de la madre patria. Dirigióse desde luego á Inglaterra, visitó en seguida á Prusia, Austria, Italia, Grecia y parte de Turquía. De aquí pasó á Rusia y encontró en Cherson al príncipe Potemkim, quien lo presentó á la Emperatriz Catalina en Kiew. Esta soberana,

sorprendida de ver á un español viajando por instruirse, miróle como un fenómeno y le dió la más benévola acogida, y tanto le agradó su conversación, que le propuso se quedara á vivir en Rusia, porque, le dijo: "España no es el país que os conviene; allá se os quemará." Después de haber presentado testimonio de reconocimiento á la Emperatriz, le comunicó sus miras y el empeño que tenía en libertar á su patria, objeto único y constante de toda su vida. Catalina le manifestó el más vivo deseo por el feliz éxito de su proyecto, asegurándole que sería la primera en apoyar la independencia de la América española. Concedióle el grado de coronel y mandó pasar una circular á sus embajadores en las cortes europeas, encargándoles que protegieran á Miranda del modo más eficaz, y le autorizó para que girara contra el Tesoro imperial por todo lo necesario para sus gastos personales.

Al regresar de Rusia, en 1792, volvió por segunda vez á Inglaterra pasando por Francia; presentado por su amigo el Gobernador Pownal á Pitt, Miranda propuso á éste su plan sobre emancipación de la América española. Fué acogido con sumo interés por el ministro inglés, quien halló muy oportuna la ocasión, en razón de las desavenencias que existían entre Inglaterra y España por causa de la navegación del estrecho de Nootka; convínose en que, si la Corte de Madrid no cedía de sus pretensiones, se daría inmediata ejecución al plan de Miranda. Mas, terminado el desacuerdo entre las dos cortes, el proyecto fué abandonado. Sin embargo, Pitt aseguró todavía á Miranda que la eman-

cipación de la América española era una medida que acabaría por ser adoptada tarde ó temprano. El tiempo ha demostrado que Pitt hablaba con sinceridad, y los acontecimientos han probado igualmente que el proyecto de arrancar las colonias españolas á la madre patria no era cosa tan fácil como Pitt y Miranda se lo habían figurado.

No viendo más perspectiva favorable del lado de Inglaterra, Miranda dejó este país y volvió á París, para seguir las escenas memorables que se sucedieron rápidamente y que anunciaban una de las más grandes revoluciones políticas de que la historia hace mención. Esperaba encontrar allí entre los jefes del gobierno y los miembros más influyentes de la Asamblea Nacional el mismo apoyo en favor de la independencia de las colonias españolas, que el gobierno de Luis XVI había acordado á las de Inglaterra. Entre sus antiguos compañeros de armas, volvió á encontrar á muchos que lo pusieron en relaciones con Dumouriez, Brissot, Petión y los hombres más distinguidos del partido girondino, y se convenció pronto de que el triunfo de la Revolución francesa acabaría por asegurar la independencia de la América española. En esta firme persuasión Miranda no pensó ya sino en hacerse útil á la causa de la libertad, adquiriendo así derechos perfectos al reconocimiento del pueblo francés y de sus jefes.

Dueño de una fortuna suficiente, de carácter independiente, Miranda no pensó entonces en obtener grados militares ni riquezas, y jamás hombre alguno ha merecido menos el epíteto de aventurero que la igno-

rancia y la malignidad solamente han podido darle en algunas memorias históricas, biografías y otros escritos. Un hecho bien averiguado basta para demostrar el desprendimiento y desinterés de Miranda: sirvió dos años en Francia en calidad de general de división y nunca recibió ni reclamó ningún sueldo.

Al aproximarse la guerra, fué invitado por Dumouriez á tomar servicio en el ejército de la República con el grado de general. Miranda aceptó y se condujo como experto guerrero, valeroso y leal. Contribuyó poderosamente al buen éxito de las armas francesas durante la célebre campaña contra los prusianos y en la de Bélgica, donde cubrió la retirada del ejército derrotado en Nerwinde por culpa de Dumouriez, quien trató en vano de arrojar sobre Miranda el mal éxito de aquella jornada, como más adelante se verá. En el momento en que Dumouriez traicionaba la patria, hacía arrestar á Miranda y lo acusaba de haber desobedecido sus órdenes terminantes, atacando el ala derecha de los austriacos, en lugar de guardar su posición y defenderse. Conducido á París, interrogado por la Junta de guerra de la Convención Nacional el 8 de abril de 1793, y llevado en seguida ante el Tribunal Revolucionario que acababa de ser constituido, Miranda fué absuelto por unanimidad de votos. Fué defendido por Chauveau-Lagarde, pero no debió su salvación sino á la felicidad de haber conservado la orden por la cual Dumouriez le mandaba *pasar el Gheete menor por todos los puentes y atacar vigorosamente al enemigo en su posición.* La producción de este documento demostró la falsedad

de la acusación del General en Jefe, quien, por otra parte, confió á Miranda después de la batalla el mando de las dos columnas encargadas de proteger la retirada del ejército sobre Lovaina, y rendía así el testimonio más irrefutable á la capacidad y á la fiel conducta de este general. Dumouriez, engañado por su esperanza de dictar leyes á la Convención y á la Francia, buscaba antes los medios de perder á sus compañeros de armas que razones para disculparse él mismo de haber librado batalla en una mala posición, y de haber dirigido tan mal sus operaciones. Juzgó, sin duda, que Miranda no llegaría á efectuar la retirada, y por esto probablemente se decidió á confiarle comisión tan peligrosa.

Pocos días antes de la batalla, Dumouriez, que hasta allí había mostrado la mayor deferencia y amistad hacia Miranda en quien tenía toda confianza, dijo á éste: que él había decidido pasar el Rubicón é ir á París y someter la Convención á la razón. Respondióle Miranda: "General, V. no es César, ni el ejército francés se compone de las legiones del vencedor de las Galias: si llega á sospecharse que ha dicho V. semejante cosa el ejército le contestará á tiros y á sablazos." Tal fué en efecto lo que experimentó pocos días después de su traición. La verdad y la justicia nos imponen el deber de reconocer que Dumouriez, durante su permanencia en Londres, convencido de que había agraviado á Miranda, trató de reconciliarse con él por intermedio de amigos comunes, notablemente de Lady Stanhope; pero el severo Miranda lo rechazó constantemente.

Después de su absolución permaneció Miranda en París

sin tomar participación en los negocios políticos; rehusó intervenir en el insensato proyecto de los federalistas, é hizo todo esfuerzo por demostrar á Wimpfen y á los otros jefes que no tenían probabilidad de buen éxito, y que su empresa no tendría otro resultado que entregar el partido moderado á los terroristas. Pronto se realizó su predicción; y al propio tiempo que deploraba la suerte de tantos patriotas virtuosos, no ignoraba cuánto habían contribuido la indecisión y la imprevisión de éstos al triunfo de enemigos feroces y encarnizados, que ellos habían despreciado demasiado y de quienes habían implorado más tarde apoyo el 10 de agosto. A pesar de su circunspección, Miranda fué sepultado en una prisión durante el terror, y no salió de ella hasta después de la muerte de Robespierre.

Ofrecióle el gobierno entonces el mando de un ejército: Miranda contestó que él había combatido de todo corazón por la causa de la *libertad*, pero que le repugnaba ir á pelear por hacer conquistas. Publicó esta respuesta en un folleto que circuló en París en 1795. Proscrito en el mismo año, por intrigas políticas urdidas contra él, tuvo la fortuna de escapar á la vigilancia de los gendarmes. Poco tiempo después, sostenido por su inocencia, entró nuevamente en París, donde vivió tranquilo hasta la revolución del 18 de Fructidor. Fué injustamente comprendido en el decreto que pronunció la deportación del partido vencido; pero escapó una vez más á las pesquizas de la policía y regresó á Inglaterra. Vuelto Miranda á París en 1804, Bonaparte, hecho primer Cónsul, rehusó contarlo entre los generales del ejército

francés; y como consecuencia de esta injusticia, lo hizo encarcelar cuando se efectuó la conjuración de la máquina infernal, pretexto que acogió el receloso usurpador para proscribir á los republicanos á quienes detestaba y temía más que á los borbonistas. La inocencia de Miranda fué reconocida, pero no debió su libertad sino á peticiones enérgicas de sus amigos y sobre todo del Senador Lanjuinais.

Desde entonces Miranda dejó la Francia para siempre. Retiróse á Inglaterra y no se ocupó en lo sucesivo sino de los asuntos de su país natal y de la causa de la emancipación de América. Conviene aquí volver al pasado, á fin de no interrumpir más la narración.

Fué mientras que Miranda servía en Bélgica en el ejército comandado por Dumouriez, en 1792, cuando los Girondinos concibieron el proyecto de arrancar las colonias españolas á la metrópoli. Hé aquí lo que escribía Brissot á Dumouriez el 28 de noviembre en carta que hemos visto original: "España se madura para "la libertad; su gobierno emprende nuevos preparati- "vos; es preciso, pues, prevenirnos para alcanzar buen "éxito, ó más bien para naturalizar allí la libertad. Es "preciso hacer esta revolución á un tiempo en la Es- "paña europea y en la España americana. Todo debe "coincidir. La suerte de esta revolución depende de un "hombre; V. lo conoce, lo estima, lo ama: es Miranda. "No ha mucho buscaron los Ministros con quien reem- "plazar á Desparbes en Santo Domingo. Un rayo de "luz me iluminó, y dije: *nombrad á Miranda.*—En pri- "mer lugar, Miranda aplacará pronto las miserables que-

" rellas de las colonias; pronto hará entrar en razón " á aquellos blancos tan turbulentos y se hará el ídolo " de la gente de color. Y luego ¡con cuánta facilidad " sublevará las islas españolas, ó el continente americano " que poseen los españoles! ¡Con cuánta facilidad in- " vadirá las posesiones españolas á la cabeza de más " de 12.000 hombres de tropas de línea que se hallan " actualmente en Santo Domingo, y de diez á doce " mil valientes mulatos que le suministrarán nuestras " colonias! Tendrá además una armada bajo sus ór- " denes, mientras que los españoles no tienen nada que " oponerle. Su solo nombre le valdrá por un ejército; " y sus aptitudes, su valor, su talento, todo nos res- " ponde de un éxito feliz..... Los Ministros están de " acuerdo con respecto á esta elección, pero temen que " V. se niegue á cederles á Miranda, tanto más, cuanto " que lo ha escogido para reemplazar á Labourdonnaie.... " Ofrecí esta mañana á Monge que escribiría á V., y " me dió su palabra de que nombraría á Miranda Go- " bernador General, si V. consiente en dejarlo ir.— " Apresúrese, pues, á enviar su consentimiento. ¿De- " beré agregarle que nuestro excelente amigo Gensonné " opina como nosotros? Sobre esto le escribirá mañana. " Claviere y Petión están encantados con esta idea."

A pesar de tan brillantes ofertas que estaban de acuerdo con los proyectos de Miranda, no desconoció éste las numerosas dificultades que presentaba un plan improvisado; presintió que la revolución iba demasiado aprisa y demasiado lejos, y que no ofrecía ninguna garantía de estabilidad para la ejecución de un plan que

requería tiempo y constancia; reflexionó sobre todo que su condición de extranjero, y acaso de español, era un obstáculo insuperable para el buen éxito de un proyecto que dependía en gran parte de tropas y de habitantes de Santo Domingo, presa entonces de las facciones. Después de una correspondencia continuada y de conferencias sobre el asunto, la empresa fué abandonada, y consideraciones mayores hicieron olvidar propósito tan lisonjero, que acaso hubiera dado buen resultado si se hubiese puesto inmediatamente en ejecución, y hubiera colocado en conflictos á Inglaterra y España.

No se trató más de tal asunto hasta 1795, en que diputados mejicanos vinieron á París en solicitud de Miranda, encargados de concertar con él los medios de efectuar la independencia de su país. Después de haber conferenciado, se convino que Miranda iría á Inglaterra, y que haría al gobierno inglés ofertas capaces de decidirlo á dar á las colonias españolas los medios necesarios para ayudarlas á proclamar su independencia. Miranda y los comisionados mejicanos, á nombre de sus comitentes, ofrecieron al gobierno inglés treinta millones de libras esterlinas, un ventajoso tratado de comercio, la cesión de todas las islas españolas á Inglaterra, menos Cuba, la apertura de comunicación entre el océano Atlántico y el Pacífico por el istmo de Panamá y el lago de Nicaragua, por canales cuya libre navegación garantizaría Inglaterra; en fin, se propuso formar una asociación entre el Banco de Londres y los que serían establecidos en Lima y Méjico, á fin de ayudarse mutuamente, y dar á la Gran Bretaña la ventaja de procurarse con fa-

cilidad los metales preciosos. Propúsose igualmente una alianza con los Estados Unidos, á los que se cederían las Floridas mediante un pequeño contingente de tropas destinadas á sostener la causa de la independencia.

Estas proposiciones fueron enviadas á Pitt desde París el 22 de diciembre de 1797, y el ministro inglés se apresuró á invitar al General Miranda á ir á Londres, á donde se trasladó en efecto, y después de varias conferencias las bases del plan fueron adoptadas. Miranda consideró el asunto tan avanzado, que lo anunció, el 6 de abril de 1798, á su amigo el Coronel Hamilton, en la esperanza de que éste decidiría al Presidente Adams á cooperar á la ejecución del proyecto de emancipación.

Efectivamente Miranda había obtenido del gobierno inglés que éste suministrara el dinero y los buques necesarios para el trasporte de 10.000 hombres de tropas de los Estados Unidos, y que se limitase á apoyar las operaciones con fuerzas navales; pero el Presidente Adams se abstuvo de dar una respuesta terminante, y como no quería desavenirse con España, el proyecto encalló, lo que no podía ser de otro modo. Creemos que en esta ocasión Miranda fué engañado por su patriotismo y buena fe; que no vió las dificultades que impedían una alianza franca entre el gabinete de San Jaime y el gobierno de los Estados Unidos, ni la imposibilidad en que se encontraba el Presidente Adams, odiado por el partido democrático dominante entonces, para emprender una guerra de agresión contra España, sin objeto justificable, y levantar un ejército en un país donde la opinión pública toleraba apenas una reducida fuerza militar costeada por el Tesoro nacional.

¡Cómo pudo Miranda creer que los americanos consentirían en recibir sueldo de Inglaterra para librar á los mejicanos del yugo español en provecho de los ingleses. Si Pitt concibió tal esperanza, fué porque no conocía bien la opinión dominante en los Estados Unidos en esa época, y porque contaba demasiado con la benevolencia del partido federalista, del cual era jefe Adams, y con los hombres de dicho partido á quienes estaba unido Miranda.

No desesperó semejante contrariedad al perseverante patriota: en 1801, bajo la administración de Lord Sidmouth, reprodujo su plan, y ya se ocupaba de los preparativos militares para llevarlo á cabo, cuando la paz de Amiens vino á cruzar una vez más sus propósitos. Tampoco lo desalentó este nuevo contratiempo, y desde que la guerra estalló otra vez con España, en 1804, Miranda se dirigió á Pitt, que había vuelto al ministerio, para obtener el cumplimiento de sus promesas. Las negociaciones adelantaron rápidamente: Lord Melville y Sir Home Popham fueron encargados de arreglar con Miranda el plan de operaciones.

Todo estaba preparado, cuando el estado de Europa y la esperanza en el buen éxito de la tercera coalisión contra Francia hicieron diferir aún la emancipación de la América española. Cansado de verse burlado por el gobierno inglés y por Pitt, cuyas estrechas miras no le permitían apreciar toda la importancia de la independencia de las colonias españolas, Miranda, llamado por algunos emigrados de Caracas y de Bogotá que se hallaban refugiados en los Estados Unidos y en la Isla de Trinidad,

tomó la atrevida resolución de tentar el efecto de un golpe de mano sobre Venezuela, donde contaba con numerosos amigos. La oportunidad le pareció tanto más favorable, cuanto que Francia y España no se encontraban en estado de enviar recursos á sus posesiones americanas, y que los Estados Unidos tenían diferencias con la última de estas potencias por causa de la Luisiana; Miranda contaba también con el apoyo de Inglaterra.

Partió para los Estados Unidos, donde fué muy bien acogido por el Presidente y por el Secretario de Estado y recibió protección de muchos ciudadanos de nota. Mas, pronto se apercibió de que no debía lisonjearse de ser ostensiblemente secundado por el gobierno americano en su empresa, puesto que el Poder Ejecutivo deseaba á todo trance conservar buenas relaciones con Francia, y no haría cosa alguna que pudiese desagradar á esta potencia. Reducidos sus escasos recursos, Miranda tentó sin embargo la fortuna, y acaso habría alcanzado un resultado feliz si los ingleses le hubieran ayudado. Desembarcó en Coro sin resistencia, y contando demasiado con el apoyo de sus paisanos, descuidó las precauciones convenientes para sostenerse allí. Los jefes españoles, oportunamente advertidos, le obligaron á reembarcarse sin haber conseguido nada.

Las negociaciones entabladas á la sazón en París por Lord Londerdale, dieron origen á las órdenes que se trasmitieron á Sir Alejandro Cochrane, jefe de las fuerzas navales inglesas, y á los comandantes en Trinidad y Barbada, para que limitasen los recursos que estaban autorizados á dar á Miranda, de modo que paralizaron todas sus ope-

raciones. Según esas órdenes, los comandantes ingleses debían reducirse á interceptar las expediciones francesas ó españolas, y á proteger la retirada de Miranda, en el caso de que fuese obligado á reembarcarse. Sin embargo, se le había permitido reclutar en ambas islas, aun entre las milicias, y el General Hislop, Gobernador de Trinidad, favoreció públicamente la formación de tres cuerpos: uno de infantería, otro de caballería ligera y el tercero de artillería, á las órdenes de los Coroneles Conde de Rouvray y Kingston, y del Capitán Harvey, que habían ofrecido sus servicios al General Miranda.

Frustrado en sus designios, volvió á Inglaterra sin perder la esperanza de un porvenir más afortunado. Durante su ausencia, el ministerio había cambiado, y la invasión de España por los franceses había hecho pensar una vez más en el proyecto favorito de Miranda, quien fué agradablemente sorprendido al ver que se preparaba una formidable expedición en Cork, en el estío de 1808, bajo las órdenes de Sir Arthur Wellesley, destinada para la América española. En efecto, este jefe tuvo varias conferencias con Miranda respecto de la elección del lugar á propósito para desembarcar, y sobre las medidas ulteriores que debían adoptarse en cuanto á lo militar y á lo político. Ningún inconveniente tuvieron para ponerse de acuerdo en lo relativo á operaciones militares; pero cuando se trató del gobierno que debía proclamarse en los países que ocuparan las tropas inglesas, Miranda halló la más viva oposición de parte del general inglés, quien no quería oir hablar de libertad ni de formas republicanas aun cuando fuesen algo aristocráticas, como

proponía el prudente Miranda. Combatido el general inglés por los argumentos irresistibles de Miranda, argumentos fundados en la situación de América, en sus costumbres y en el régimen municipal establecido en estos pueblos, Sir Arthur Wellesley, no sabiendo ya qué contestar, puso la mano sobre la empuñadura de la espada, exclamando: "Nó, jamás haré uso de mi espada para defender la causa de la libertad." Este general nunca había dejado de ser fiel al sistema de gobierno absoluto, bajo cuyo régimen se había formado en sus campañas de la India, comandando á los Cipayos. Esa expedición recibió pronto otro destino, y fué enviada á Portugal á combatir á los franceses.

La resistencia de la nación española había adquirido consistencia, y el gobierno inglés ofreció á Miranda el mando en jefe de los ejércitos destinados á España, lo que rehusó éste sin vacilar. Digna es de trascribirse aquí la respuesta de Miranda: "He servido en los ejércitos franceses, respondió, y aunque Napoleón haya sido injusto respecto de mí, jamás usaré mi espada contra mis antiguos hermanos de armas; tampoco olvido que he sido oficial en el ejército de España, y cuando veo hombres tales como O'Farril, Mazarredo y Azanza seguir el partido de José, no sé en verdad por quién optar; por otra parte, yo he resuelto consagrar el resto de mi vida á un solo objeto: la emancipación de mi país natal; es allá, únicamente allá, donde combatiré á los españoles." Tal respuesta aumentó aún más la estimación que los hombres más distinguidos de Inglaterra no cesaron de atestiguar á Miranda.

Conocía demasiado á España para esperar ver establecido allí un gobierno libre en gracia á los solos esfuerzos de las Cortes de Cádiz, demasiado débiles para luchar contra un clero todopoderoso, fanático y activo, y sostenido por un populacho embrutecido por la ignorancia y la supertición. Durante la guerra de la Península, Miranda renovó sus peticiones al gobierno inglés, y aprovechó el buen éxito de los franceses en España y las insurrecciones de Buenos Aires, para decidir al gabinete británico á secundar sus propósitos; pero viendo que eran estériles sus esfuerzos, determinó, en 1811, trasladarse á Caracas, á fin de organizar un gobierno independiente, semejante al de los Estados Unidos, pero con un patriciado y con un ejecutivo más fuerte. Ayudado por los principales habitantes de Caracas, obtuvo grandes ventajas, y en 1812 se lisonjeaba con razón de haber superado los principales obstáculos que se oponían á la emancipación de su patria.....

.....

.....

Miranda era de talla elevada, con mirada penetrante, fisonomía expansiva, pero severa, y algo imponente que infundía respeto. Su constitución era extremadamente robusta, y á la edad de sesenta años nada había perdido de su vigor. Estaba dotado de gran sobriedad; era fuerte y asiduo en el trabajo y poseía una actividad poderosa. Tenía su carácter alguna aspereza: hombre grave, poco sufrido, sostenía con demasiada tenacidad sus propias opiniones. Poseía á fondo los idiomas científicos, y conocía las principales len-

guas de Europa ; su erudición era vasta y esmerada, particularmente en la historia militar. Era excelente oficial de ingenieros, y como general dió prueba de gran talento y serenidad en medio del peligro.....

.....

.....

[Tomo III, p.p. 618 á 621.]

MICHELET.

Historia de la Revolución Francesa.

Edición ilustrada por Vierge.—París.

. . . . . .

. . . . . .

Querían los jacobinos implantar por doquiera el gobierno revolucionario: no era Dumouriez el hombre que necesitaban. Los girondinos procuraban la propaganda revolucionaria, la cruzada universal: tampoco era Dumouriez el hombre que les convenía. [*]

---

[*] Se hallan aquí justificados los girondinos de modo tan absoluto como inesperado por Garat, el hombre á quien trataron con la mayor dureza y desprecio, y también por Mallet Du Pan, realista rencoroso, quien insultando sus aún tibias cenizas, prueba involuntariamente la inocencia de aquéllos. Dice Garat en sus *Memorias:* "Los antiguos nexos de Dumouriez con Brissot y con la Gironda *se habían trocado hacía largo tiempo en resentimientos* que á duras penas alcanzaban á encubrir los miramientos recíprocos que debían mediar entre los legisladores y el general por quien triunfaba la Repúbli-

Necesitaban un general entusiasta y convencido, que no se preocupase tanto en los medios materiales, sino en las victorias de la fe; en una palabra, un noble Don Quijote de la Revolución. Este hombre era el amigo de Petión y de Brissot, lugarteniente de Dumouriez, ex-voluntario de Washington, en fin, el caraqueño Miranda.

Permítasenos dedicar siquiera una palabra á la gloria del infortunado Miranda, á la gloria del carácter español que tan dignamente representó en su vida y en su muerte. Nacido noble y muy rico, este hombre tan heroico como austero sacrificó juventud, fortuna y reposo en aras de una idea: la emancipación de la América española.

No hay ejemplo de vida tan abnegada, ni tan fervorosamente consagrada al triunfo de una idea, y tan ajena al interés ó al egoísmo. Desde la infancia, y no obstante la inquisición que imperaba en España, hizo grandes gastos para traer á España á su lado los primeros maestros y los mejores libros. Recorrió luego la Europa y los Estados Unidos y visitó los campos de batalla. Necesita de un ejército y lo pide á Inglaterra y á Rusia que le dan

---

ca." Perfectamente expresadas están la desconfianza de Brissot hacia Dumouriez y su preferencia por Miranda, en el pasaje siguiente de una carta que el primero dirige á uno de los ministros, á la cual hace referencia Mallet Du Pan: "Pegad fuego á Europa por los cuatro vientos y nos habremos salvado: *No nos conviene Dumouriez, del que siempre he desconfiado. Miranda es el hombre de las circunstancias*, no sólo porque conoce el poder revolucionario, sino por su ilustración y por su ingenio." Frases son estas escritas por Brissot á fines del año pasado [1792]". [Mallet Du Pan, *Consideraciones acerca de la naturaleza de la Revolución de Francia*, p. 37.]

acogida. Pero llegó el 89, y se obliga á servir á Francia; veamos qué suerte le esperaba allí. [*]

Dumouriez, que lo calumnió indignamente, tuvo no obstante que confesar el mérito raro y singular del general español. Nadie con más talento, nadie más instruido que él; y en cuanto al valor, si carecía de la brillante iniciativa de los militares franceses, abundaba en él la impavidez castellana, noble cualidad á que servía de base otra aun más gloriosa, la fuerza y profundidad de su fe revolucionaria. Cuando fueron sorprendidas y expugnadas las famosas térmópilas de la Argona, donde aspiró á ser Leónidas, Dumouriez; cuando sobrecogido de pánico el ejército, se retira en confusión y á la desbandada hacia Santa Menehulda: Miranda acude á retaguardia, y con admirable serenidad hace frente al enemigo. Poco en armonía estaba con el carácter francés tan heroica y altiva impavidez. Miranda, de faz morena y española, tenía, además de su altivez sombría, el aspecto trágico de quien está predestinado más al martirio que á la gloria: había nacido desgraciado.

Ya, desde fines de 92, Brissot y Petión habían deseado sustituir con Miranda á Dumouriez, reemplazar al gascón con el honrado y severo español; mas para esto, como hemos dicho, había que superar dificultades sin cuento. Miranda era extranjero y apenas conocido en Francia, ni

[*] En Vendimario cometió un error al combatir la Convención; pero contribuyó á la libertad de América, combatiendo, aunque anciano, al lado del joven Bolívar. Ya á punto de alcanzar la victoria, la más cruel ingratitud de la fortuna lo puso en manos de España por obra de una facción americana; y murió lentamente, cuatro años después, en los calabozos de Cádiz.

tampoco traía en abono suyo ningún hecho de notoriedad. Por lo que nombrarlo general en jefe en vez de Dumouriez equivalía á sorprender y escandalizar á todo el mundo y suministrar pretextos á la Montaña; sobre que ningún teniente de Dumouriez le hubiera obedecido.

[T. VI p. p. 349 á 352.]

. . . . . .

. . . . . .

Un pobre riachuelo, el Roer, los separaba de los franceses, que dispersos, divididos, sin plaza alguna en qué apoyarse, y por otra parte escasos en número, debían al primer empuje retirarse de nuevo á Lieja.

En ausencia de Valence [el hombre de Dumouriez, con quien se acompañó para ir á París] había dejado el mando á Miranda, sin siquiera indicarle el punto donde debían reunirse, en caso de ataque, los cuerpos que estaban separados; él mismo confiesa su imprevisión. Por toda instrucción le había dado la de tomar á Maestricht, que se rendiría indefectiblemente, según él, á la tercera bomba. Cinco mil disparó Miranda. Es de creerse, sin que ello envuelva una conjetura demasiado aventurada, que Dumouriez, conocedor de la parcialidad de los Girondinos por el general español, deseaba que Miranda recibiera el golpe de un contratiempo inevitable, para humillarlo y desprestigiarlo.

El 1º de marzo, mientras Dumouriez, aparte de todo peligro, sin nada que distrajera su atención, se ocupa de invadir á Holanda y reúne buques, se desborda sobre nuestras líneas el torrente de los austriacos, con los húsares húngaros en primera línea, comandados por el

joven príncipe Carlos que se estrenaba en las armas. A la primera arremetida se vieron los nuestros obligados á guarecerse en Lieja, movimiento previsto por todos, menos por Dumouriez que confiaba en sus secretas maquinaciones y en las promesas con que, según las apariencias, lo había entretenido el enemigo.

[Tomo VI, p. 355.]

Apenas tenía Dumouriez en línea treinta y cinco mil hombres ya desorganizados, y en su mayor parte voluntarios; al paso que el enemigo contaba con cincuenta y dos mil soldados veteranos, y escogidos con cuidado durante el invierno. Miranda quería que solamente se guareciese á Lovaina, ocupando una posición muy fortificada, donde el ejército se hubiera reforzado en poco tiempo con las reclutas traídas de Francia; pero verdad es que entonces Dumouriez, lejos de imponer la ley á la Convención, hubiera quedado bajo su dependencia.

Avanzó hasta Nerwinde, donde encontró á los austriacos en una ventajosa posición, análoga á la de Jemmapes; pero menos concentrados, pues su frente de batalla se extendía dos leguas. Desplegó igualmente Dumouriez el suyo, mas, para un ejército tan inferior, extenderse equivalía á diseminarse, dejando vastos claros que aislaban los cuerpos unos de otros. Como en Jemmapes, Dumouriez había confiado el mando del centro á su pupilo el joven Igualdad; su predilecto, el General Valence, mandaba la derecha; Miranda la izquierda.

Grandes obstáculos naturales separaban á éste del enemigo, pues tenía que atravesar un terreno fragoso que no le permitía movilizar libremente sus tropas, las que eran además ametralladas desde las alturas por el fuego cruzado de formidables baterías. Para convencerse de que Miranda hacía frente á las más poderosas fuerzas del enemigo, bastará saber que la derecha austriaca era mandada en persona por el hijo del Emperador Leopoldo, el Príncipe Carlos, quien hacía su estreno en la guerra y se puede afirmar con toda seguridad, cuando se conoce la historia de las guerras monárquicas, que el joven príncipe había sido colocado en posición tal, que una superioridad absoluta aseguraba, por esta parte, de un modo indefectible, el triunfo sobre los franceses.

¿Estaba en cuenta Dumouriez de que al frente de Miranda estaba el príncipe? Lo ignoramos; mas si lo supo, sencillo tuvo que ser su plan, casi el mismo que en Jemmapes. Tocóle á Miranda en Nerwinde representar el papel de Dampierre en Jemmapes, el de ser sacrificado. El lance había sido preparado para servir á la gloria de los orleanistas y Dumouriez destinaba á Valence el honor de dar el golpe decisivo. Como en Jemmapes, donde Thowenot vencedor vino á reforzar á Igualdad y á salvar en fin á Dampierre, al triunfar Valence en Nerwinde, vendría al centro á incorporarse con Igualdad y ambos habrían salvado los restos de Miranda, si algo quedaba por salvar. Una vez más habría aparecido en el desenlace el pretendiente, como un dios salvador, y hubiera podido escribir Dumouriez que por segunda vez aquel joven había salvado á Francia.

Si no hay error de nuestra parte, en ambos campos reinaba precisamente la misma idea: *asegurar la gloria á un príncipe.* Dumouriez acomodaba las cosas en pro del Duque de Orleans, mientras que Coburgo hacía otro tanto en favor del príncipe Carlos, á quien cupo en efecto el honor de la jornada y comenzó á los veinte años su reputación de primer general del imperio.

La narración de Dumouriez, perfectamente calculada en el propósito de oscurecer todo esto, ha sido aceptada sin discusión por Jomini, á quien todos han copiado. A pesar de eso, dicha narración ha sido desmentida, destruida, pulverizada: 1°, por las órdenes escritas que dió el mismo Dumouriez; 2º, por el honrado Miranda, cuya palabra vale más que la de aquél; 3°, por un testigo imparcial, Coburgo, general de los austriacos, cuya relación está en todos sus puntos acorde con la de Miranda. Razón han tenido Serván y Grimoard, los mejores historiadores militares de la época, en preferir la narración consecuente de Miranda á la insostenible y contradictoria de Dumouriez, quien se equivoca [voluntariamente] en nombres, horas, lugares, cosas y personas.

Pretende Dumouriez que su derecha llevó siempre ventajas y que conservó á Nerwinde, tomado y retomado, hasta la noche; pero Coburgo afirma lo contrario. Lo cierto es que en la izquierda Miranda acribillado perdió cerca de dos mil hombres en ataques obstinados durante siete horas. Obtuvo por fin el triunfo el Príncipe Carlos; avanzaron sus granaderos y por una calzada simularon cortar nuestros voluntarios, los que retroce-

dieron en desorden sin que hubiese medio de obligarlos á dar frente.

Acerca de estos hechos entáblase una polémica entre Dumouriez y Miranda. El primero dice: "Miranda debió advertirme;" y el segundo afirma que hizo la advertencia, y prueba con testigos ante el Tribunal Revolucionario que en efecto envió un expreso al general. Quizás no llegó, pero ¿era tan indispensable? Bien sabía Dumouriez que el fuego había cesado. Si como lo dice, era dueño de Nerwinde y vencedor en la derecha, muy bien hubiera podido acudir en auxilio de la izquierda, de donde no se oían fuegos. Pero él no era dueño de Nerwinde. Demasiado afortunado fué en encontrar á Miranda para hacerlo responsable del mal éxito de la batalla; ésta se había perdido en la izquierda y no se había ganado en la derecha.

Miranda, á quien Dumouriez acusa de "haber perdido el juicio" cubrió bizarramente la retirada, y el 22, en Pellemberg, resistió durante el día el empuje de un enemigo muy superior.

[T. VI, p.p. 435 á 439.]

. . . . . .

. . . . . .

Lo que induce á creer en el patriotismo fanático aunque muy efectivo y á veces imparcial de aquellos hombres, es que si absolvieron á Marat á quien querían, también lo hicieron con el General Miranda, quien solo tenía por patrocinantes y defensores á los Girondinos, á la sazón perdidos por completo. Acogieron,

declararon inocente y honraron al hombre preferido de sus enemigos, al cliente de Brissot y de Petión. Resarcieron de las calumnias de Dumouriez al infortunado patriota que se había consagrado á Francia.

[T. VII, p.p. 70 y 71.]

. . . . . .

. . . . . .

LUIS BLANC.

Historia de la Revolución Francesa.

París, 1878.

Traición de Dumouriez.

. . . . . .

. . . . . .

Organizado con toda la lentitud germánica, el ejército austriaco constaba de 55.000 hombres, comandados por los mejores generales del imperio; llevaba una formidable artillería, y dueño del Mosa desde Maestricht hasta Lieja, acudió al combate con el ardor adquirido por su reciente triunfo de Aix-la-Chapelle. [*]

Por el contrario, el ejército francés que sólo alcanzaba á 32.000 hombres, era comandado, bajo la dirección

---

[*] Toulongeon, *Historia de Francia desde* 1789, T. II, p. 164. Año XII, París.

de Dumouriez, por generales que á sabiendas de éste se recelaban entre sí [*]; reinaba en este ejército el desórden que en aquel tiempo motivó la queja que elevó á la Convención el General en Jefe [**]; y finalmente, los soldados, aunque valerosos, se hallaban bajo la mala impresión de un revés.

No hicieron mella estas consideraciones en Dumouriez, quien confiado en su talento militar y en su fortuna, precipitó el desenlace, desdeñando esperar refuerzos que estaban á punto de llegar y que llegaron en efecto.... muy tarde.

Existe en el cantón de Landen, al noroeste de Lieja y al sudeste de Lovaina, la aldea de Nerwinde, célebre desde 1693 por una victoria que contra los holandeses obtuvo allí el Mariscal de Luxemburgo; fué también allí donde Dumouriez jugó su última parada.

El 17 de marzo, por la tarde, dió disposiciones para el día siguiente y el modo con que distribuyó los diferentes mandos deja ver la huella de sus preocupaciones políticas.

El frente de cada ejército se extendía en una línea de dos leguas. El riachuelo de Gheete, que el enemigo tuvo que repasar la víspera, después de un combate en el cual perdió mil doscientos hombres [***], cubría el frente de

---

[*] Véase lo que Dumouriez dice con referencia á los sentimientos de Miranda respecto á Valence, T. IV de sus *Memorias*, p. 93.

[**] Carta del 11 de marzo de 1793.

[***] Este es el dato que trae Dumouriez. Véanse sus *Memorias*, T. IV, libro VIII., cap. V, pág. 80.

la línea y separaba á los combatientes. En la margen derecha había cuatro aldeas, cuyos puentes había que pasar para llegar á los austriacos y además era menester subir un terreno que se alzaba en anfiteatro hasta una meseta donde estaban otras tres aldeas ocupadas por el enemigo: Nerwinde, Middelwinden y Oberwinden. [*]

Había pues que vencer obstáculos insuperables, sobre todo en la izquierda, como va á verse. Y como tenía que escoger entre sus dos principales oficiales, Miranda y Valence, no titubeó Dumouriez en confiar al primero el puesto más comprometido y de donde era casi imposible tomar la ofensiva. [**]

¿Tendría para obrar así motivos políticos? En primer término, Dumouriez no estimaba á Miranda, en quien temía al republicano sincero, al amigo de Petión, al general favorito de la Gironda. Habiendo pocos días antes oído al General en Jefe decir á los soldados: "Amigos míos, los Jacobinos piden mi cabeza, ¿consentiréis en ello?...Miranda se aventuró á hacerle algunas observaciones, á las que replicó Dumouriez con esta brusca exclamación: "¿Cree V. acaso en la igualdad de que hablan los facciosos?'

[*] Toulongeon, *Historia de Francia desde* 1789, T. II, p. 171. Año XII, París.

[**] No hay para qué decir que esta opinión no es de Dumouriez, cuya narración, llena de errores voluntarios, sirvió de norma á Jomini, sino la de varios escritores militares, entre los cuales se halla el autor del *Cuadro histórico de las guerras de la Revolución.* Véase al fin de las *Memorias de Dumouriez,* T. IV, la nota B de los documentos oficiales.

Miranda contestó: "Sí creo." [*] En otra ocasión, y con motivo del arresto de los Generales Stingel y Lanoue, se atrevió Dumouriez á preguntarle: "¿Qué haría V. si le llegase orden de arrestarme?" Miranda respondió: "Cumplirla." Tal rectitud republicana no podía agradar á un hombre del temple de Dumouriez. Lo cierto es que sin rayar en los extremos del jacobinismo, Miranda había dado desde temprano prendas á la libertad. Oriundo del Perú, fué desterrado de allí por haber querido independizar su país. Errante por Europa, desdeñó el favor de los reyes, y solicitó la amistad de los hombres distinguidos. En San Petersburgo rehuyó noblemente las ofertas de la emperatriz; en Inglaterra se granjeó la estima de Price, Priestley, Fox y Sheridan. Luego, encariñado por la Revolución francesa, le tributó el mismo culto que Vergniaud y Petión. [**]

[T. IX., p. p. 342 á 344.]

. . . . . .

. . . . . .

En el intervalo, Dumouriez hizo sobre Lila y Valenciennes dos tentativas que tuvieron mal éxito por la noticia de su traición, ya muy esparcida. Quedábale la esperanza de apoderarse de Condé, y para acercarse á esta

[*] *Boletín del Tribunal Revolucionario*, números 30-33. De los interrogatorios de Miranda.

[**] Véase la *Biografía universal*, artículo *Miranda*, y el *Boletín del Tribunal Revolucionario*, á propósito del proceso de este general: 1º los estrados de su defensor Chauveau-Lagarde; 2º la *opinión motivada* de Dumont, primer jurado.

ciudad trasladó su cuartel general á Boues-de-Saint-Amand, donde estaba acantonada la caballería de toda su confianza [*]. La víspera su vida había peligrado. Se le presentaron seis voluntarios con el sombrero al revés y encima escrita con tiza la palabra República. Le declararon que si desobedecía á la Convención estaban resueltos á matarlo, lo que habrían quizás llevado á cabo si Bautista no hubiera llamado la guardia que los apresó [**].

El aviso era grave: recibió otro no menos significativo; el 2 de abril fué interceptado un paquete con órdenes de arrestar al Duque de Chartres, á Valence y á muchos otros oficiales del Estado Mayor. Una simple junta asumía la responsabilidad de tales órdenes, firmadas por *Duhem* [***].

Fingía Dumouriez contrarrestar con su firmeza semejantes amenazas; mas sus mejores adeptos no las tenían todas consigo. El Duque de Chartres pensó solicitar de la Convención permiso para expatriarse y no volver á Francia; mas antes de enviar su petición, comunicóla á su padre, quien le respondió con sequedad: "*Semejante idea es insensata.*" [****]

Extrañaba Dumouriez en su cuartel general de Saint-Amand, no haber recibido para el 2 de abril noticias

---

[*] *Memorias de Dumouriez*, T. IV, libro VIII, cap. XII, p. 144.

[**] *Idem*, cap. XI, p. p. 135 y 136.

[***] *Memorias de la Condesa de Genlis*, T. IV, p. 135.—París, 1825.

[****] *Idem.*

de Beurnonville; cuando de improviso, á eso de las cuatro de la tarde, llegan dos correos que anuncian asustados la próxima llegada del Ministro de Guerra, acompañado de comisarios de la Convención. Apenas habían hablado cuando entra Beurnonville seguido de cuatro comisarios: Camus, Lamarque, Bancal y Quinette [*].

Dumouriez, rodeado de sus oficiales de estado mayor, se dirigió entonces á Beurnonville, amigo suyo, y lo abrazó. Camus le suplicó que pasase á otro aposento para que oyera la lectura de un decreto de la Convención, á lo que se negó el general, objetando que siempre habían sido públicas sus acciones, y sólo después de las reiteradas instancias del ministro y de los otros tres comisarios, pasó con ellos y con Valence á un gabinete, cuyas puertas, por exigencia de los oficiales de estado mayor, quedaron abiertas. Allí leyó Camus el decreto de la Convención mandando que compareciese ante ella el general; excusóse éste, alegando que su presencia era necesaria en el ejército, y en seguida se estableció una discusión á la que Lamarque, Bancal y Quinette traían formas conciliadoras que contrastaban de un modo singular con la inflexibilidad altiva de Camus. "¿Quiere V. obedecer el decreto de la Convención?" Tal era el tema al cual volvía sin cesar el viejo jansenista, y al que siempre respondía Dumouriez en términos alternativamente moderados ó violentos, con turbación involuntaria de la cual quedan vestigios en su propia narración: que no quería

[*] *Memorias de Dumouriez*, T. IV, libro VIII, cap. XII, p. p. 149 y 150.

hasta cierto punto tachar una decisión de la Convención Nacional; que le parecía prudente *suspender* la ejecución de dicha orden; que no se sometería al Tribunal Revolucionario mientras tuviera una espada al cinto; que no buscaba eludir un juicio y que se sometería á él, más tarde, cuando la nación tuviera un gobierno y leyes; que á menudo había hecho el papel de Decio, pero que no era hombre para arrojarse como Curcio en el abismo.... "¿Luego no quiere V. obedecer el decreto de la Convención?" repetía Camus con voz inexorable Pero Dumouriez eludía siempre la pregunta, á la que habría podido contestar con un monosílabo, y dirigiéndose siempre á Beurnonville le preguntaba: "Qué haría V. en mi lugar?" á lo que contestaba aquél: "No me corresponde aconsejar á V.; bien sabe V. lo que le toca hacer." Después de conferenciar más de dos horas, se separaron los comisarios para deliberar, y Dumouriez para regresar con Beurnonville y Valence al común alojamiento, donde inquietos é impacientes lo esperaban otros compañeros de armas. Una vez allí, acercándose al Doctor Menuret, médico del ejército, Dumouriez asegura que *jovialmente* le dijo: "Bien, Doctor; ¿qué tópico receta U. para esta herida?" A lo que respondió el médico: "Un grano de insubordinación." A poco rato regresaron los comisarios. En el semblante de los oficiales se reflejaba el furor. "Conoce V. el decreto, dijo perentoriamente Camus, ¿lo acata V?—Nó, replicó esta vez Dumouriez.—Luego desobedece V. á la ley.—El ejército me necesita.—Con semejante insubordinación se hace V. culpable.—Y bien, ¿qué más?—Se sellarán sus papeles.—No lo consenti-

ré. Camus pide entonces los nombres de los circunstantes, quienes respondieron.... "Me llamo Devaux..." "Me llamo Denize".... etc. "Hé aquí, dijo Dumouriez, mostrando dos mujeres con uniforme de húsar, las señoritas Fernig." Una de ellas dijo á media voz: "Esto es horroroso." Sin más tardar pronunció Camus estas solemnes palabras: "General, en vista de su rebeldía declaramos á V. suspenso en las funciones que ejerce." "Suspenso! suspenso! nuestro padre! el que nos conduce á la victoria!" tal fué el grito que corrió de boca en boca. "Vamos, exclamó á su vez Dumouriez, tiempo es ya de poner punto á esto. Teniente, llame V. á los húsares." Inmediatamente se lanzaron al aposento veinte y cinco húsares de Berchiny, á los que dijo en alemán: "Prended á estos señores." Dirigiéndose á Beurnonville y tomándole la mano, añadió: "V. también está preso." La orden fué al punto ejecutada á pesar de la indignación y de las protestas del Ministro de Guerra. Los prisioneros fueron conducidos á otra pieza, donde el General les prometió serían tratados con toda especie de consideraciones. [*]

---

[*] Existen dos versiones de este suceso: una de Dumouriez, el menos escrupuloso de todos los historiadores; la otra de Camus, el más austero y verídico de los hombres. La primera de estas versiones es la que casi siempre ha privado, probablemente por no ser conocida la segunda. Por lo que á nosotros hace, del cotejo de ambas hemos discernido nuestra narración, decidiéndonos, en caso de contradicción, por al carácter moral de las personas y por las leyes de la verosimilitud. Cuando, por ejemplo, Dumouriez asienta que Camus "tartamudeaba con temerosa voz" dice evidentemente una ridiculez, desmentida en su propia narración por la conducta misma del intrépido jansenista.

Pero no sucedió así. "Nos dejaron sin fuego, escribe Camus, y nadie se curó de nuestras necesidades. Trajeron tan sólo una botella de vino blanco, que nadie probó, y dos vasos. Mucho trabajo nos costó obtener nuestros gabanes, para abrigarnos del frio, y cuando pedimos los gorros de dormir y las chinelas se nos dijo que ambas cosas eran inútiles, pues estábamos de marcha [*]." Mas ¿ qué importaba tan baja venganza á quienes sostenía y confortaba la satisfacción del deber cumplido ? Refiere Camus que, al verse preso, su primer movimiento fué de alegría, y dijo para sí: "¡ Al fin, se quitó la máscara!" [**]. El que tenía menos calma entre los cinco prisioneros era Beurnonville, quien exasperado por tanta insolencia, llevó varias veces la mano á la espada y costó no poco contenerlo. Como acertase á entrar un oficial á quien reconoció, le dijo con amargura: " Lo ví á V. en Jemmapes.—"No lo he olvidado, mi general, y tengo muy presente el modo como asaltó V. los reductos, cargando al enemigo.—Jamás hubiera creído que la tropa con que batí á los austriacos me prendiera un día y que la mandaría V." El oficial se calló [***].

El ministro y los cuatro comisarios fueron entregados á Clairfayt, trasladados de Tournai á Mons, luego á Bruselas, y finalmente á Maestricht [****].

Tal escándalo era para el enemigo gaje de la crimi-

[*] Fragmentos de las *Memorias de Camus*, á continuación del tomo II de la *Historia de Francia*, de Toulongeon, en las *Piezas justificativas*.

[**] *Idem.*

[***] *Idem.*

[****] *Memorias tomadas de los papeles de un hombre de Estado*, T. II, p. 223.

nal sinceridad de Dumouriez; á fin de aprovecharlo y de dar á los convenios mutuos de Ath cierta especie de sanción diplomática, decidieron los coligados, por iniciativa del Conde de Metternich, reunir en Amberes un congreso, al cual fueron convocados: Lord Auckland, embajador de Inglaterra en la Haya; el Conde de Starhemberg y el Conde de Keller, ministros del emperador y del rey de Prusia; el general prusiano de Knobeldsdorff y el Conde Tauenzien, mayor al servicio de Prusia. [*] Ninguno de estos diplomáticos ponía en duda que la Revolución francesa, abandonada por Dumouriez, tocase á su término, y dos de ellos, Lord Auckland y el Conde de Starhemberg, no vacilaron en presentar á los estados generales de las Provincias Unidas un oficio en que eran tratados de *miserables* los miembros de la Convención Nacional. Decían en él, refiriéndose á Camus, Bancal, Quinette, Lamarque y Beurnonville: "Algunos de estos detestables regicidas están á punto de *ser sometidos á la espada de la ley.* [**] Jamás se cometió tamaño ultraje contra la dignidad é independencia de un gran pueblo. Pero había más locura que arrogancia en tal lenguaje; porque cómo equipar á Dumouriez con la nación francesa? Los profundos diplomáticos de Bruselas veían menos claro que Prudhomne cuando escribía en su periódico: *Dumouriez no es sino un pigmeo á quien aplastará la Montaña.* [***]

---

[*] *Memorias tomadas de los papeles de un hombre de Estado,* T. II, p. 226.

[**] Véase el texto del documento, citado en extenso en las *Memorias tomadas de los papeles de un hombre de Estado, T. II. p.* 227-229.

[***] *Revoluciones de París,* número 195.

Y en efecto, el ejército, lejos de aprestarse á seguir á su general, no pensaba sino en derrocarlo; y tan sombríos estaban los rostros, que el espanto fué el único sentimiento que en lo sucesivo reinó en el séquito de Dumouriez.

La Condesa de Genlis había venido á ponerse bajo su protección, con la señorita de Orleans; pero desde que supo el arresto de los comisarios, sólo pensó en huir dejando atrás á la joven princesa con el Duque de Chartres, su hermano: "No quería, escribe ella, asociarla á mis peligros y miserias. Durante mis insomnios, acostada cerca de mí gemía sordamente; porque al ver los prepativos de mi viaje, lo comprendió todo y lloraba en silencio." [*]

La Condesa, sin embargo, había resuelto efectuar esta separación que juzgaba prudente, cuando al otro día, al subir el coche, acude el duque de Chartres, llevando en brazos á su hermana, deshecha en lágrimas. Sin más ruegos la depositó en el coche, chasqueó el postillón su látigo y partieron. La pobre princesa que había saltado del lecho vestía sencillo traje de muselina y sólo pudo llevarse su reloj que estaba en la cabecera. Baúles, trajes, ropa, joyas, todo lo perdió, excepto su arpa que un criado fiel trajo en una carreta que pasaba y que alcanzó á los fugitivos. [**] Tal es uno de los mil rasgos de la fisonomía de los acontecimientos en el momento de la defección de Dumouriez.

---

[*] *Memorias de la señora de Genlis*, T. IV, p. 140. París, 1825

[**] *Idem*, p. 140-144. París, 1825.

Empero él esperaba aún. El 4 de abril sale de Saint Amand para ir á Condé que debía entregar á los imperialistas como garantía; mas hé aquí que encuentra en el camino tres batallones de voluntarios, cuyo movimiento no había ordenado. Estupefacto, se aparta del camino real, entra en la primera casa y allí escribe una orden para que estas tropas regresen á su campamento. En ese momento óyese el grito de *alto! alto!* El General, á quien se designa y amenaza con este grito, tiene apenas tiempo de montar á caballo, y de huir por los campos en medio de una lluvia de balas, acompañado del Barón de Schonberg su sobrino, de Bautista su camarero, de algunos húsares y de varios criados. [*] De los tres batallones lanzados en su perseguimiento, el que se mostró más ensañado fué el del departamento del Yonne, al mando de Davoust, que llegó á ser más tarde mariscal de Francia [**]. Murieron en dicha ocasión muchas de las personas que acompañaban á Dumouriez, y él mismo escapó de milagro. [***]

No fué sino en la tarde cuando logró reunirse con el Coronel Mack, con quien pasó la noche redactando en nombre del Príncipe de Coburgo una proclama que apareció al siguiente día.

Declaraba en ella el príncipe que el propósito de los austriacos era unirse á las tropas francesas "para

---

[*] *Memorias de Dumouriez*, T. IV, p. 167–169.

[**] *Memorias tomadas de los papeles de un hombre de Estado*, T. II, p. 230.

[***] Véanse los pormenores en sus *Memorias*, T. IV, p. 169.

cooperar como *amigos* y *compañeros de armas*, dignos de recíproca estimación, á reinstaurar en Francia la constitución que ésta se había dado, *y á su rey constitucional.*" Ello demuestra que Dumouriez no se sentía ya bastante fuerte para imponer á los aliados su candidato predilecto, el Duque de Orleans, y patentiza esto aún más claramente en un *manifiesto á la nación francesa*, que publicó bajo su nombre, en el cual reconoce por rey al niño preso en el Temple. [*]

Pero el hecho que demuestra hasta dónde llegaban las ilusiones de Dumouriez y su audacia, es que tratara el 5 de abril, al amanecer, de volver á su campamento como si nada le hubiera acontecido la víspera. Mas sus soldados no lo habían querido sino en tanto que lo creyeron fiel á la patria; ahora no veían ya en él sino al traidor que volvía contra la Revolución la espada que ésta le había ceñido, y que ardía además en deseos de derrocar el jacobinismo después de haberse adornado tantas veces con el gorro encarnado. Al llegar frente á sus soldados pudo, por el continente de éstos, darse cuenta inmediata de que su fortuna había pasado, y tanto más cuanto que había cometido la falta de aceptar una escolta de cincuenta ginetes austriacos, cuya presencia fué considerada como un insulto [**]. Unció sus caballos la artillería y tomó el camino de Valenciennes; los demás la siguieron. Por lo que hace á los oficiales ge-

[*] *Memorias tomadas de los papeles de un hombre de Estado*, T. IV, p. 230.

[**] *Idem*, p. 234.

nerales, se apresuraron éstos á su vez á abandonar al que había sido abandonado por las tropas. Desde la batalla de Nerwinde, sólo una vez había obedecido Dumouriez á la Convención..... y fué cuando hizo prender á Miranda [*]. En cuanto á Valence, lo había enviado á Bruselas [**]; así es que no encontró á su lado, en la tarde del 5 de abril, sino á los dos hermanos Thowenot, al Duque de Chartres, al Coronel Montjoie, al Teniente Coronel Barrois, á dos ó tres oficiales de Estado Mayor y algunos ayudantes [***]. Rodeado por esta reducida escolta y con la desesperación en el alma fué como se retiró á Tournai, donde se alojó casa del general austriaco Clairfayt; y una hora más tarde, se juntaron con él allí medio escuadrón de húsares de Sajonia y el regimiento de Berchiny [****].

Así terminó la carrera política y militar de este funesto hombre genio, á quien aguardaba en lo sucesivo largo destierro, oscuro y triste. Duró poco su gloria, comenzó tarde y pronto la eclipsó el crimen. Le sucedió lo que por desagravio rara vez ocurre, que del crimen sobrevino inmediatamente el castigo; apenas fué culpable, desapareció de la historia.

[T. IX, p.p. 360 á 368].

---

[*] *Memorias tomadas de los papeles de un hombre de Estado*, T. IV. p. 120.

[**] *Idem*, T. VI, p. 262.

[***] *Idem*, p. 175.

[****] *Memorias de Dumouriez*, T. IV, p. p. 175 y 176.

INDICE

CAPÍTULO I P.

Correspondencia entre el General Miranda y el Diputado Brissot, referente á la emancipación política de la América Española..... 1

CAPÍTULO II

Correspondencia oficial entre los Generales Miranda y Dumouriez, y Miranda con Pache, Beurnonville, Leveneux, Valence, Petión, etc.—Ordenes de Dumouriez á Miranda durante las campañas de 1792 y 1793..... 12

CAPÍTULO III

Carta del General Dumouriez al Ministro de la Guerra, sobre la pérdida de la batalla de Nerwinde. —Arresto de Miranda, por orden de los comisarios de la Convención Nacional.—Interrogatorio de Miranda.—Defensa de Miranda por Chauveau-Lagarde.—Boletín del Tribunal Revolucionario en lo Criminal y opinión favorable de los jurados.—Absolución de Miranda.—Manifiesto de Chauveau-Lagarde á sus conciudadanos..... 135

CAPÍTULO IV P.

Parte oficial del General austriaco, Príncipe de Coburgo, sobre la batalla de Nerwinde.—Fragmento de la Historia de la Campaña de 1792, por el General Money.—Fragmentos del Cuadro Históco de la Guerra de la Revolución de Francia, durante las campañas de 1792, 1793 y 1794.—Opiniones favorables á Miranda..... 222

CAPÍTULO V

Certificado del General José Serván, ex-Ministro de la Guerra, en favor de Miranda.—Notas del General Serván sobre el segundo volumen de las Memorias de Dumouriez 252

CAPÍTULO VI

Fragmentos de las Noticias de Champagneux en su edición de las obras de Madame Roland.—Documentos varios que hacen disipar algunas calumnias esparcidas contra Miranda..... 284

CAPÍTULO VII

Miranda á la Convención Nacional.—Miranda á los representantes del pueblo francés..... 308

CAPÍTULO VIII

Miranda al Consejo de los Quinientos.—Miranda al Poder Ejecutivo.—Destierro de Miranda..... 323

CAPÍTULO IX

Escrito de Miranda publicado en París en 1795.... 331

APÉNDICE P.

Miranda juzgado por historiadores franceses.

LOUVET DE COUVRAY.—Memorias.—Edición de Barriere.—París, 1863..... 355

BIOGRAFÍA DE CONTEMPORÁNEOS.—Diccionario histórico de hombres vivos y de hombres muertos desde 1788 hasta nuestros días. Publicado bajo la dirección de los señores Rabbe, Vieilh de Boisjolín y Sainte Preuve.—París, 1834..... 357

MICHELET.—Historia de la Revolución Francesa.—Edición ilustrada por Vierge—París..... 374

LUIS BLANC.—Historia de la Revolución Francesa.—París, 1878..... 383

ERRATAS SUSTANCIALES

Pág.	1,	lín.	13,	dice:	*mil;*	léase:	*nil.*
„	7,	„	17,	„	hable;	„	hablé:
„	48,	„	15,	„	Cleveres;	„	Cléveris.
„	51,	„	5,	„	Apesar;	„	A pesar.
„	60,	„	12,	„	Mosa;	„	del Mosa.
„	80,	„	11,	„	apesar;	„	á pesar.
„	82,	„	28,	„		„	su lado.
„	91,	„	12,	„	Hanghest;	„	Anghest.
„	105,	„	16,	„	Egalité;	„	Igualdad.
„	306,	„	18,	„	merecidos;	„	inmerecidos.